
LUIS A. SANTAMARÍA
HERIDAS
ABIERTAS
UN NUEVO CASO DE LA
INSPECTORA MÓNICA LAGO

LUIS A. SANTAMARÍA

HERIDAS ABIERTAS

UNIVERSO
MÓNICA
LAGO

Muchas gracias
por leerme.
Vamos a cerrar algunas
heridas, así que
respira hondo y...
¡EMPEZAMOS!

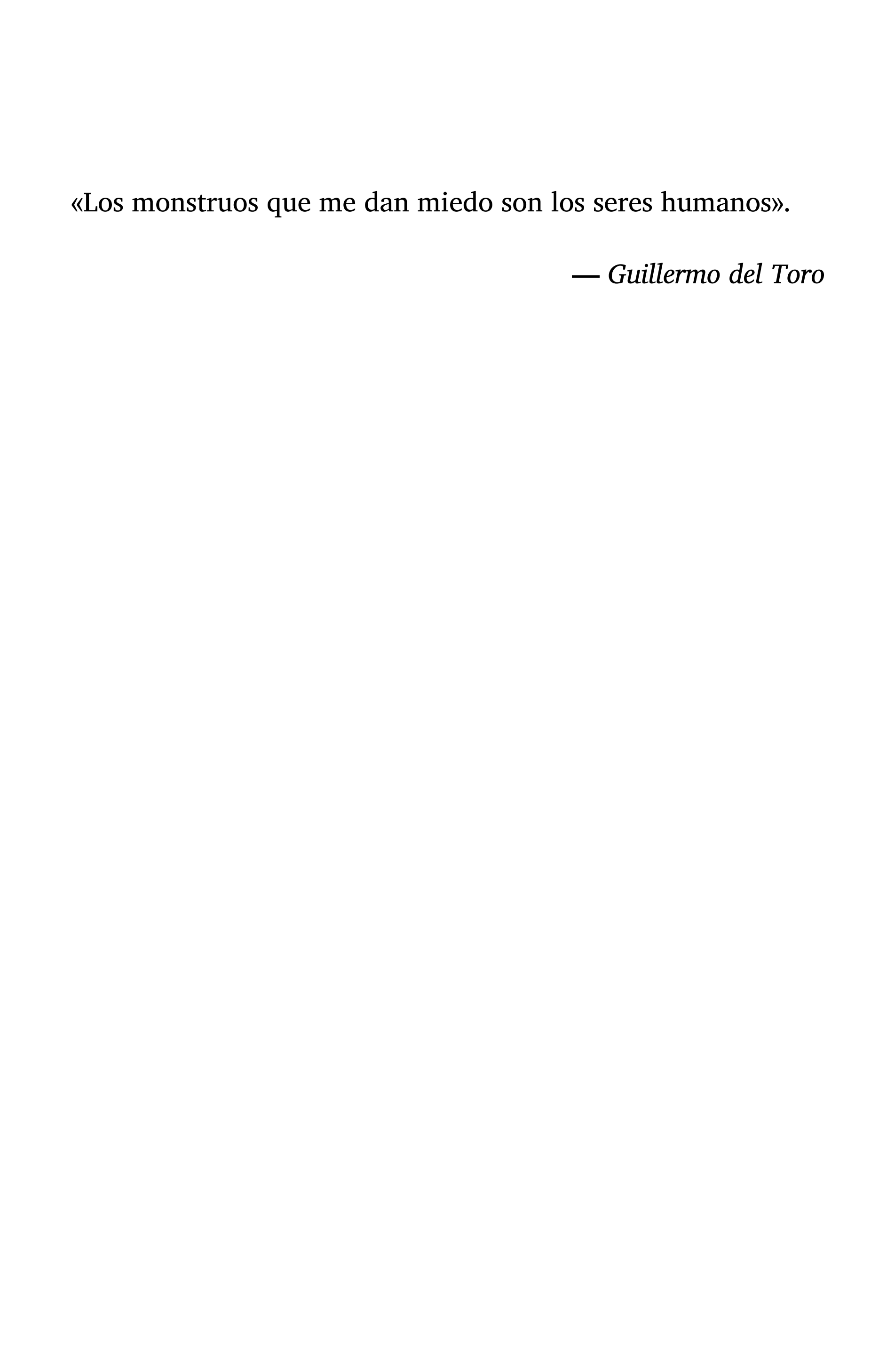
Luis [illegible]

ÍNDICE

Autor: Luis A. Santamaría Fecha de edición: Mayo de 2024

www.luisalbertosantamaria.com

Para Silvia, mi luciérnaga de aire



«Los monstruos que me dan miedo son los seres humanos».

— *Guillermo del Toro*

1

Los últimos minutos de la vida de Yago Flores, tal y como la conoce, son inciertos, delicados como un susurro.

Ese domingo se ha levantado tarde, con los ojos hinchados y la mente embotada, testimonio mudo de una noche larga y de un sueño superficial que lo acompaña desde… bueno, desde entonces. Ha soñado con la mujer más bonita que ha visto nunca, muy suave, dulce… y sonreía tan claro que iluminaba cada rincón oscuro de su sueño. Olía (sí, este sueño venía equipado de maravillosos olores) como si los dioses reposteros del mundo onírico hubieran fabricado, solo para él, la golosina con la que soñaba de niño.

Al despertar, aún enredado entre la confusión y un amor absurdo hacia el fantasma de su mujer, ha deslizado la mano por la sábana buscando en vano el calor en el lado vacío de la cama y le ha dado unas palmadas en el lomo a Lenny, que a sus ocho años aún no ha aprendido que no debe despertar a su amo a lametazos. Después se ha estirado, sentado al borde del colchón, sin saber que sería la última vez que haría todas esas simples acciones.

Se ha incorporado y ha mirado por la ventana, ojos entornados, la sierra bañada por el sol, más allá de la calle y las últimas parcelas sin construir. Un perro ladraba lejos, en alguna parte, mientras que, en el parque de enfrente, dos niños disputaban su particular derbi, vistiendo orgullosos las camisetas de Antoine Griezmann y Karim Benzema.

Ha abierto la ventana, inhalando el olor a hierba aún húmeda tras el chaparrón de ayer, y ha sonreído sin ganas a su vecina, que podaba las plantas en el jardín adyacente. Yago no sospechaba que ese día iba a recibir la llamada más crítica de su vida.

Después de ese momento, no ha vuelto a sonreír.

Millones de microscópicas partículas de polen planean ahora entre los últimos rayos de luz del día, hasta posarse sobre el asfalto mojado, que divide la arboleda como un oscuro y brillante río. Al ser perturbadas por el Hyundai rojo, se elevan en el aire formando remolinos antes de posarse definitivamente sobre la pegajosa carretera de doble sentido que serpentea montaña arriba.

Yago Flores reparte su atención entre la carretera y el conductor, cuyo pie flirtea con el acelerador en un baile calculado, aligerándolo

en las curvas pronunciadas y presionándolo con decisión en las rectas. Sus manos, firmes en el volante en la clásica postura de las diez y diez, sugieren un control absoluto, aunque el silencio que de repente se ha adueñado del vehículo dice todo lo contrario.

Si las sospechas de Yago se confirman, hoy será resuelto uno de los episodios más oscuros de su carrera, uno que lo afecta a nivel personal. Quizá solo entonces, pueda descansar por las noches.

Hace días que sabe que tiene que tener una conversación con Mónica, pero no consigue armarse de valor. Podría destrozarla, y ahora ella tiene que mantener la cabeza centrada en su reincorporación al Cuerpo; le espera una semana saturada de papeleo y tareas administrativas. Les espera a ambos.

Parece fácil cuando se imagina la conversación, pero Yago conoce a Mónica y sabe que su reacción es totalmente imprevisible; podría volverse loca. Y es que Mónica ha transitado por un sendero de pruebas desgarradoras: primero, el aborto que desembocó en un divorcio; luego, lo de su padre y lo sucedido en Londres; un año después, el ataque terrorista en Getxo; y por último, la reciente traición de John, el padre de su hijo recién nacido. Añadir otro peso a su ya sobrecargada existencia parece más que una crueldad.

Por eso, cuando ha recibido la llamada inesperada hace apenas media hora, no ha tenido el valor de telefonearla para darle la noticia.

—¿Dígame?

—Em… Hola. —Era un hombre. No ha reconocido la voz, aunque por el timbre, habría dicho que no se trataba de un chaval, pero tampoco de un anciano. Apenas cuarenta años, tal vez alguno más—. ¿Es el inspector Flores?

—Lo soy. Inspector jefe Yago Flores. ¿Con quién hablo?

—Mi nombre no es relevante.

Eso tendría que haberlo puesto en alerta, pero no lo ha hecho.

—¿Podría hablar un poco más fuerte, por favor?

—L-lo siento. Estoy algo nervioso. Llamo… llamo de parte de un amigo en común. Han estado hablando antes por teléfono.

«Néstor Burgos», ha pensado Yago. Habían hablado por la mañana. Una conversación breve pero que había puesto su vida patas arriba. Y al mismo tiempo le había dado esperanza.

—Lo escucho.

—Quiere verlo en persona. También está asustado.

—Comprendo —ha dicho Yago, en el tono más conciliador posible —. ¿Podemos encontrarnos su amigo y yo?

—Eso es precisamente lo que él quiere.

—¿Qué tal en una cafetería?

—¡No! —la respuesta del hombre ha brotado teñida de pánico—. ¡Podría verlos alguien! ¿Es que no lo entiende?

Yago ha levantado una mano para apaciguar a su interlocutor, lo que, por supuesto, no tenía ningún sentido al estar hablando por teléfono.

—De acuerdo, tranquilícese, por favor.

—Los están vigilando. Ahora mismo corren mucho peligro.

En cualquier otro momento, Yago habría dicho que ese hombre se estaba comportando como un paranoico, pero lo cierto era que la gravedad del asunto justificaba el celo con el que estaba manejando la conversación.

—No se preocupe, pensemos en algo.

Han tardado poco en delinear un plan con el que se sintieran cómodos los tres implicados. Yago conduciría hasta la gasolinera Repsol en la carretera M-607, cerca de la salida de Colmenar Viejo. Dejaría el coche y esperaría allí. Burgos iría a buscarlo en un vehículo de alquiler. Le haría señales con las luces y, en ese momento, él se acercaría y subiría al vehículo. Luego se dirigirían hasta un lugar apartado y seguro, propiedad de Burgos, donde podrían hablar del gran asunto sin miedo a ser escuchados.

Sí, el intermediario ha usado la expresión «gran asunto».

—¿De qué modelo será el coche de alquiler? —ha preguntado Yago.

Tras un breve silencio:

—Néstor prefiere no decirlo. Cualquier precaución es poca, ¿entiende?

—Entiendo.

—Debe venir solo. De lo contrario, Néstor no se presentará.

—No se preocupe.

—Si sospecha que alguien lo sigue, abortará el plan.

Antes de salir de casa, Yago ha buscado Néstor Burgos en Google. No había encontrado gran cosa anteriormente y tampoco ahora. Luego, se ha puesto su americana gris, la que le deja espacio bajo la axila para ocultar discretamente su pistolera, y ha salido de casa en dirección al norte.

Mientras esperaba la ráfaga de luces de Burgos, ha reconsiderado la idea de telefonear a Mónica para contarle todo. Pero no ha llegado a hacerlo. Y no solo por no perturbarla en su crucial semana, sino también porque, de haberle confesado todo, ella habría irrumpido en la gasolinera con la determinación de un sabueso tras su presa. «Debe venir solo», había sido la orden. No podía arriesgarse a estropearlo todo.

Finalmente, ha apaciguado su conciencia enviándole un mensaje de texto .

La señal de luces convenida ha tardado más de un cuarto de hora en manifestarse. El crepúsculo ya se cernía, y la oscuridad no ha

permitido a Yago reconocer el modelo del vehículo hasta que no estuvo casi encima: un Hyundai Tucson híbrido de color rojo. Con discreción, ha capturado la matrícula con su móvil. Por si acaso. Nunca se sabe.

Alguien ha abierto la puerta del acompañante desde el interior, revelando al conductor: un hombre adulto de barba salpicada de canas y mirada cansada. Vestía como un cazador, con una camisa vaquera, pantalones militares y botas de montaña; sin embargo, sus manos, que ahora reposaban sobre el volante, eran las de un pianista.

—¿Néstor Burgos? —ha preguntado Yago, aún fuera del vehículo.

—Por favor, suba. Rápido.

Nada más posar Yago su trasero sobre el asiento, antes incluso de que cerrara la puerta tras de sí, Burgos ha pisado el acelerador, reincorporándose a la carretera.

—Supongo que lleva un teléfono —ha dicho sin preámbulos.

—Sí.

—Guárdelo en la guantera.

—¿Y eso por qué?

—Esto es entre usted y yo. No quiero grabaciones, ni vídeos, ni siquiera fotos. Tampoco llamadas ni mensajes. Lo que va a suceder de aquí en adelante no ha ocurrido para nadie, excepto para usted y para mí. ¿Queda claro?

Yago lo ha pensado un momento.

—No sé si me siento cómodo dejando mi teléfono en el coche.

Burgos ha pisado el freno abruptamente, deteniendo el vehículo en el arcén y llevándose de paso una sinfonía de bocinazos en cadena.

—Entonces lo dejamos, aquí y ahora. Se baja del coche y usted y yo nunca hemos hablado.

—No, no, está bien. —La alternativa de regresar a casa sin respuestas le resultaba más aterradora que todo lo demás.

—¿Porta una pistola? —ha preguntado Burgos .

Yago no ha respondido.

—Déjela también en la guantera.

Antes de que Yago pudiera replicar, Burgos intervino:

—No pienso negociar con alguien armado.

—No sabía que íbamos a negociar.

—La vida es una negociación continua —ha respondido, al cabo de un momento de reflexión—. Por favor, insisto. El teléfono y el arma, en la guantera. Los recuperará una vez que hayamos terminado.

Yago, sintiéndose en una encrucijada, ha accedido. Con un presentimiento incómodo, ha depositado su móvil y su arma reglamentaria en la guantera. «Si hay una emergencia —se consolaba —, no tardaré demasiado en volver y recuperarlos».

Durante el silencio que se ha creado a continuación, Yago ha

estudiado el perfil de su acompañante, reparando en una cicatriz que asomaba bajo la barba. A pesar de ella, y el aparente empeño por mostrar un aspecto rudo y desaliñado, era innegable que aquel hombre maduro era atractivo. Sus pálidos ojos, fijos en la carretera, seguramente habían cautivado a más de una mujer en el pasado.

El coche toma un giro brusco a la derecha, adentrándose en un angosto e irregular camino que se alejaba de la seguridad y previsibilidad de la carretera principal.

—¿Adónde vamos? —pregunta Yago.

—Ya falta poco.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Depende de qué.

—¿Quién era el tipo con el que he hablado antes por teléfono? Ya sabe, el que ha coordinado este encuentro.

—Mi hermano pequeño. Él es… la única familia que me queda, así que no lo involucre en esto.

Yago se fija en que Néstor Burgos agarra el volante con más fuerza, sus manos casi temblando.

—Entonces, ¿por qué me ha llamado él, y no usted?

—Cambiemos de tema —responde, seco. Luego, con un tono mucho más suave, casi como saboreando la pregunta—: ¿Usted tiene a alguien ?

Ese pinchazo. Otra vez el maldito pinchazo.

—No —responde Yago secamente—. La tenía, pero fue asesinada. —Se arrepiente nada más terminar la frase. No sabe muy bien por qué lo ha dicho. Quizás haya sido un desliz del subconsciente. O quizá necesitaba decirlo—. Quiero decir, que falleció.

—Lo lamento.

—Gracias. Se llamaba Paloma.

Por primera vez en todo el trayecto, Burgos lo mira directamente a los ojos. Dos pupilas inquietas y temblorosas con el traqueteo del vehículo.

—Oiga, ¿no estará haciendo todo esto por venganza?

Yago le sostiene la mirada.

—He accedido a dejar mis pertenencias en la guantera, pero mis motivaciones no son de su incumbencia.

El conductor vuelve a centrarse en la carretera.

—Ya casi hemos llegado.

Al final del camino, junto a un estanque a medio secar y rodeada de pinos, se divisa una cabaña de madera pintada de blanco. O al menos lo estuvo en su día. Ahora luce desconchada y desgastada por el paso de los años.

—Bonito refugio —comenta Yago, más por cortesía, aunque debe admitir que la paz que se respira es innegable.

—Gracias. Nadie conoce este sitio, salvo algún cazador ocasional que se extravía de vez en cuando. La carretera más próxima está a kilómetros de aquí, y no hay cobertura de móvil, lo que lo convierte en el lugar perfecto para desconectar.

Detiene el coche a unos metros del porche y mira a Yago con una expresión amable.

—Vamos, entremos.

Al pisar la tierra firme, el inspector jefe inhala profundamente, llenando sus pulmones de aire fresco. Le duele en el alma pensar que ese lugar le hubiese encantado a Paloma, mucho más amante de la naturaleza que él. Es una realidad a la que tiene que habituarse: la de no volver a compartir experiencias, anécdotas o sensaciones con ella. Esa es, quizás, la parte más difícil de todo .

La pregunta de Néstor Burgos, antes, en el coche, referente a su difunta esposa, ha revivido en él un torbellino de recuerdos, llevándolo de vuelta al momento en que se conocieron. Paloma solía bromear diciendo que ellos habían tenido el mejor primer encuentro de la historia, y aunque él, avergonzado, siempre la mandaba callar, no podía negar que había algo de verdad en sus palabras. Había sido, sin duda, un encuentro memorable.

Era su tercer año como agente de policía cuando, durante una operación en un edificio tomado por okupas en las afueras de Villaverde, un barrio difícil al sur de la capital, Yago recibió un navajazo en la parte baja de la espalda (un modo elegante de decir culo). Aunque el corte era más incómodo que doloroso, lo que de verdad había resultado herido era su orgullo, al haber resultado dañado en un zona tan comprometida. Sería objeto de burlas en la Jefatura.

Fue en un hospital cercano, mientras se recuperaba de las curas, boca abajo en una camilla y con el trasero desnudo asomando por el agujero de la sábana para evitar el contacto con la tela y favorecer la ventilación, cuando corrió la cortina de su *box* la psiquiatra especializada Paloma Rincón, apareciendo… —¡bum!— de repente en su vida.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó ella, muy profesional, tras una escueta presentación.

—Pues voy un poco de culo —respondió él, una salida humorística para afrontar la vergüenza que le producía tener el pandero al aire delante de una hermosa desconocida—. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Paloma Rincón —repitió ella—. Ahora, si le parece bien, voy a hacerle algunas preguntas.

—Me aburro como una ostra, así que me parece fantástico.

Las primeras preguntas fueron de índole general: tiempo en el

Cuerpo, especialidad, familia, hábitos y, sobre todo, detalles de lo ocurrido en la operación que había ocasionado el accidente. Él le respondió a todo.

—¿Tiene pesadillas?

—No.

—¿Pensamientos oscuros, tal vez ?

—Solo cuando la enfermera mete la mano en mis nalgas. Creo que es un poco psicópata.

—Em… vale. Es que me han dicho que está usted algo traumatizado.

Aquello era extraño, pero Yago se encontraba a gusto hablando con la joven psiquiatra, así que le siguió el rollo: —No es plato de buen gusto que a uno le abran el trasero —dijo, y luego bromeó—, pero peor habría sido que me acuchillaran por delante. ¿Se imagina?

Ella no se rio, ni siquiera sonrió.

—Oiga, ¿qué busca exactamente de esta reunión?

—¿Quiere la verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—Valium. Y analgésicos.

La mirada de la doctora se encendió.

—Oh, mire, si hubiese mentido, le hubiese sido más fácil salirse con la suya y conseguir recetas.

—Pues eso no dice mucho de su profesionalidad.

—Señor Robles, comprendo que está usted desorientado y puede que aún en estado de shock por lo que le ha ocurrido, pero le pido que se tome este tema en serio.

—Resulta difícil estando con el culo al aire, señorita. Espere, ¿cómo me ha llamado?

—Señor Robles.

—Vale, entiendo —dijo, y soltó una carcajada.

—¿No es usted Borja Robles?

—Pues no.

Alguien le había dado a Paloma el número de box equivocado. Resultó que Borja Robles era un bombero que había fracasado en un rescate a dos menores de edad durante un incendio doméstico; ahora se encontraba a dos boxes de distancia, aquejado de quemaduras de tercer grado y, lo más grave, afectado de una profunda depresión.

Más tarde, Yago abandonaba el hospital con fuertes pinchazos en la parte trasera y una ridícula cojera que apenas le permitía caminar sin dolor. De no haber estado hasta arriba de analgésicos, no se habría atrevido a hablarle a la psiquiatra, que estaba fumando junto a la parada del autobús.

—¿Por qué el último paciente del día siempre tiene que ser el más difícil? —preguntó la doctora al verlo acercarse. Debía de parecer

ridículo caminando así, porque ella mostraba una sonrisa contenida.

Yago se disculpó por su falta de seriedad.

—No se preocupe, yo no tenía que estar ahí —dijo ella—. Pero si busca recetas, no puedo ayudarlo.

—Nada de eso. Solo quiero invitarla a un café para compensarle el mal rato. —se quedó pensando unos segundos—. Aunque no puedo ni sentarme.

Paloma expulsó el humo mientras lo observaba directamente a los ojos como si lo examinara. Yago perdió el aliento, y, por un segundo, dejó de sentir malestar.

Tras unos deliciosos instantes, la psicóloga señaló con el cigarro un punto de la calle.

—En esa esquina hay una cafetería. Podemos tomar ese café en la barra. Así usted estará de pie.

Fue el primero de cientos.

—No me imaginaba —bromearía después Paloma— lo mucho que me iba a gustar ver ese culo desnudo y peludo en el futuro.

Yago casi sonríe al recordarlo mientras Néstor Burgos abre la puerta principal y se adentra en la fresca oscuridad del interior de la cabaña. En un acto reflejo por entrar a un lugar desconocido, Yago se echa la mano a la pistola, pero por supuesto, está en la guantera del coche.

Burgos se adentra en una habitación, seguramente para dar la luz, poner la chimenea o encender la calefacción. Puede que para rescatar algo de beber en la nevera; nada mejor que un par de botellines de cerveza para romper el hielo de una conversación seria.

Pero, al seguirlo, lo pierde de vista. No está tras la primera puerta, que da a la cocina. Tampoco en la segunda, la del salón.

—¿Señor Burgos? —pregunta al aire.

En el silencio ambiental, a su espalda, se oye el seguro de un revólver al ser quitado, y justo en ese momento, Yago siente que se le encrespan los vellos de la nuca.

Y entonces es consciente.

Cuando oye el paso haciendo crujir la madera, piensa en Paloma, y apenas un momento antes del disparo, espera reunirse con ella.

2

Los monstruos que me dan miedo son los seres humanos.

La voz del cineasta Guillermo del Toro resuena en su cabeza como un eco no deseado y burlón mientras se ríen de ella. Aunque no es una sonrisa real, sino solo una mancha curvilínea en su propia piel, justo bajo la clavícula derecha, la cual ha estado contemplando a través del espejo, ¿por cuántos minutos? Demasiados. No puede apartar la mirada, como si temiera que, de un momento a otro, de la mancha surgiera uno de esos monstruos humanos con los que está en guerra.

Esos monstruos son los responsables de los crímenes a los que se ha enfrentado en los últimos meses. Sí, al final, la Guardia Civil logró capturar a los líderes de esa secta autodenominada Hijos de Hímero, pero el precio pagado ha sido demasiado alto.

El caso empezó con una oferta de trabajo para John. Tenía que escribir las memorias de un multimillonario, y para ello, debía instalarse en su mansión de la sierra.

Aceptó.

Lo que prometía ser un tedioso trabajo en un pueblo nevado alejado de la mano de Dios, acabó convirtiéndose en un complicado caso criminal que culminó con varios jóvenes muertos, a los que a punto estuvo de sumarse John, el padre de su hijo. Durante el tiempo que duró la investigación, John eligió el camino de la mentira y le ocultó a Mónica absolutamente todo. Concluido el caso, todos los miembros de Hijos de Hímero fueron detenidos.

Todos, menos uno.

El agente de Homicidios José Ramón Morata logró evadir a la justicia.

Meses después, John publicó una novela basada en hechos reales, una versión de la historia que absolvía a Morata de toda culpa, a pesar de que contaba con pruebas que lo incriminaban.

Joserrata era quien, unos meses antes, había provocado, mediante juego sucio, la suspensión temporal de Mónica del Cuerpo. Su ausencia en la trama de John, por lo tanto, descartaba cualquier esperanza de readmisión de Mónica por parte de la jueza, dado que nada había cambiado en ese caso cerrado.

La historia que John quiso contar, hoy en boca de todos, es el superventas que en realidad permitió a Mónica conocer todos los detalles a posteriori.

«Porque, si fuera por ese traidor inglés, aún seguiría en la absoluta ignorancia», se repite siempre que la asalta la rabia.

Por suerte para Mónica, el testimonio de los miembros de la secta que habían sido detenidos resultó de gran ayuda para que la Guardia Civil detuviera a Morata. Esto lo cambió todo y permitió al abogado de Mónica, cuyas sospechas sobre el policía habían sido ciertas desde el principio, solicitar la reapertura de su caso. Aunque tarde, y no gracias a John Everett, Mónica fue readmitida en la brigada de Homicidios de la Jefatura de Policía de Madrid.

Una bombilla del baño, que agota sus últimas horas de servicio, titila en la lámpara del techo. Mónica se estremece al notarlo y parpadea. El fenómeno ha servido para ahuyentar de sus pensamientos las consecuencias de lo ocurrido el año pasado. Sin embargo, el traidor inglés sigue en su mente.

«¿No debería ir a la gala?»

Es una pregunta que lleva todo el día rondándole como un mosquito insistente. No sabría decir si las palabras se han formado por sí solas en su pensamiento o si son, ellas y la rabia que aún siente, mero producto de su subconsciente. Y es que anoche se durmió con la mente aún colmada por los detalles del evento. No es de extrañar que soñara con libros. Y con traidores.

Se había prometido no encender el televisor en toda la semana, por si acaso veía algo que no deseaba, pero, la noche anterior, sola en casa un viernes, pudo más su curiosidad.

Vio el anuncio en la pantalla. Solo unos segundos, menos de diez.

Suficientes.

Sintió una viva repugnancia por aquellas imágenes que le revolvían las tripas. Incapaz de soportarlas, apagó el aparato.

Para ella, el día había terminado. Se cepilló los dientes y se acostó antes de lo habitual, sin cenar y sin abrir el libro que la esperaba sobre la mesilla. Acurrucada entre las sábanas, luz apagada, intentó forzar a sus ojos a derramar una lágrima. Nada. Secos.

Los libros eran su religión. John lo dijo así, tal cual, con esas palabras, una vez en una cena, en réplica a unas burlas que le hicieron Rayco y otros amigos. Que cuando se muriera, no quería paraísos, edenes ni esas cursiladas; que Dios le diera un ordenador con teclado y conexión a Internet para poder escribir. Todos se rieron.

Pero John, no. Él buscó los ojos de ella entre la multitud, a la caza de una comprensión que ella solo podía ofrecerle a medias. «Cosas de los que soñamos despiertos», decía a veces, como su fuese algo bueno.

Los libros o, como dice ahora, resentida, con surcos en la frente, los putos libros, eran todo para él.

«¡Pues ya tienes lo que tanto querías! —se grita ahora, en silencio, mientras se pasa un cepillo por el pelo frente al espejo del baño—. Y tú, chica, algo tienes que hacer con esa cara.»

Lo piensa sin sorpresa, como quien contempla algo abominable pero previsible al mismo tiempo. El rostro que le devuelve el espejo es el de quien ha pasado la mañana deambulando; se detenía en un punto cualquiera de casa, fijaba una mirada escrutadora en algún objeto, sin importar cuál: en el armario empotrado, en el dibujo a carboncillo del Coliseo romano, en un picaporte, en cualquier cosa que le resultara comprensible a simple vista, y durante unos instantes buscaba en el objeto no sabía bien qué, quizás un orden, una respuesta, una explicación a lo que no entendía. Se decía, convencida, que hasta que no llegara un nuevo caso en el trabajo, la imagen de John, sonriente, posando con su nuevo libro superventas, no se borraría de su mente.

Con su puto libro.

Lo que no esperaba era que el ansiado caso llegaría ese mismo sábado. Había fantaseado con un momento inolvidable para su primer encargo tras su reincorporación, como una reunión de urgencia en Jefatura con todo el Cuerpo presente, comisario principal incluido, con las luces apagadas y el proyector encendido.

Pero las cosas casi nunca son como las dibujamos en nuestras fantasías.

El aviso ha llegado hace cinco minutos en una llamada a su móvil personal.

«Seguro que es él».

Al principio, Mónica no ha descolgado el teléfono, aunque para alcanzarlo le bastaba con estirar el brazo hacia la mesita de noche. «Que llame, que llame». Se imaginaba a John susurrando con impaciencia creciente al auricular, al otro lado de la línea: «Vamos, Moni, cógelo; cógelo, Moni».

No lo ha cogido.

El sonido del móvil le ha evocado otro recuerdo. De distinta índole, pero igualmente doloroso. Este, además, venía cargado de preguntas sin respuesta .

Ocurrió el pasado lunes. Ella se encontraba en Jefatura porque esa tarde tenía que cumplir con cierto papeleo (demasiado) que la autorizaba para ser readmitida en el Cuerpo Nacional de Policía.

—¿Qué hay de la placa y mi pistola? —preguntó al hombre con semblante de abogado uniformado que la estaba atendiendo.

Pero esos últimos detalles tendrían que esperar hasta el último día. Lo primero, dijo el abogado, es lo primero. Era como si a ese tipo le excitara la burocracia. Algo insólito.

Estaba rellenando formularios y haciendo exámenes psicotécnicos cuando le llegó un mensaje de Yago al móvil. Al ver su nombre en la pantalla, supuso que el jefe quería saber cómo le había ido con el abogado. Mónica recuerda haber pensado que era extraño que Yago no estuviera ese día en Jefatura, pero no le dio demasiada importancia. Se dijo que lo llamaría una vez hubiera terminado.

Abrió el mensaje algunos minutos después. No era lo que Mónica esperaba:

> Tenemos que hablar. En privado. Es sobre Paloma. Urgente.
>
> PD: Recuerda que Bobby se va con mi hermana. Asegúrate de ello. Como sabes, para mí es como uno más de los nuestros.

Eso era todo. Ni un «¿Qué tal?», ni tampoco un saludo. ¿Y a qué carajo venía esa posdata?

Si no le traicionaba la memoria, Bobby fue el primer perro del jefe. La mascota de la familia. Y llevaba décadas muerto. ¿Qué estaba pasando?

Contestó de inmediato con un escueto «Cuando quieras, estoy en el edificio de administración. Me has dejado intrigada. ¿Estás bien?». Sin embargo, su mensaje no obtuvo respuesta.

Mónica estuvo un buen rato pensando en el texto mientras el burócrata le hablaba de plazos y formularios. ¿De qué quería hablar Yago con ella, si no guardaba relación con la inminente reincorporación? ¿Y qué papel jugaba Paloma en todo aquello ?

Paloma Rincón era la esposa de Yago. Había fallecido meses atrás en un accidente doméstico. El matrimonio no tenía hijos, pero llevaban casi veinte años juntos y se querían como en las películas. A pesar del duro golpe que supuso la muerte de Paloma, Yago, un hombre pragmático y de naturaleza estoica, lo llevó de manera razonablemente buena. En esa época, Rayco informaba a Mónica sobre el ambiente que reinaba en la Jefatura. Especialmente en los primeros días, decía, la oficina parecía un velatorio, ya que, aunque Paloma no era muy popular entre los policías (muchos ni siquiera la habían conocido en persona), la admiración hacia el jefe provocaba que la tragedia afectase profundamente el ánimo del equipo.

Mónica acudió al funeral y acompañó a Yago en su despedida. Después de ese día, no habían vuelto a hablar sobre el tema por

petición del propio Yago, que se inclinaba por «mirar hacia delante».

Y ahora, Yago mencionaba a su difunta esposa en un extraño mensaje privado dirigido a ella. ¿Por qué? Eran palabras carentes de sentido, no solo por su contenido, sino también por el emisor. Yago nunca se comunicaba con ella mediante mensajes de texto; si tenía algo urgente que decirle, la llamaba. Y si no era urgente, simplemente no interactuaban. Menos aún en esos días, cuando ella estaba en pleno proceso administrativo tras varios meses de inactividad, durante los cuales no había trabajado en ningún caso.

Entonces, ¿por qué?

Intentó llamarlo cuando acabó en Jefatura, pero el teléfono devolvía una locución indicando que estaba apagado o fuera de cobertura.

Aquello era raro de cojones.

Después de leer el mensaje varias veces, se quedó con tres posibles explicaciones:

Uno, que ella no era realmente la destinataria, pero que Yago lo había enviado con mucha urgencia y su nombre fue el primero que apareció en la agenda. Una teoría que tendría más sentido si su nombre empezara con la letra A, concluyó.

Dos, que el inspector jefe quería enviar un mensaje encriptado y, por algún motivo, pensó que ella era la única que podía descifrarlo. O, al menos, la más capacitada.

Y tres, que Mónica estaba involucrada en un caso que Yago estaba investigando por su cuenta.

Daría lo que fuera por preguntárselo, pero no puede.

Esa misteriosa tarde, el perro de un lugareño olfateó algo en la cuneta de un camino secundario, oculto bajo un montículo de tierra y hojarasca. Cuando la Guardia Civil llegó al lugar, las constantes vitales del cuerpo eran dramáticamente débiles.

Desde entonces, el inspector jefe de la brigada de Homicidios, Yago Flores, duerme en la Unidad de Cuidados Intensivos.

«¿Qué querías decirme con esa posdata, jefe?»

Ha pasado una semana y Mónica sigue negándose a creer lo que ocurrió. Todos los intentos de Rayco y el resto de compañeros de querer explicárselo le parecían absurdos e irreales. No así el entorno intimidatorio del hospital. Esa mampara de cristal, que separa a su jefe y amigo del mundo de los vivos como un limbo aséptico lleno de tubos, cables y pantallas, de pitidos y del respirador artificial, es el terror.

Mónica esperaba que el sábado la ayudara a descansar, desconectar y prepararse para lo que vendría a continuación, y que tal vez el fin de semana fuera lo suficientemente generoso como para concederle unas horas de descanso, pero la realidad es que apenas ha

podido pegar ojo.

A los dos minutos, el teléfono ha vuelto a sonar, trayéndola de vuelta al presente.

«Moni, cógelo».

Mónica se ha levantado de la cama, donde llevaba toda la tarde recostada, y se ha acercado a un pequeño marco con la foto de su difunto padre que reposa sobre la mecedora.

—¿Has visto, padre? El traidor quiere pelillos a la mar. ¿Que cómo lo sé? Ay, padre, tú sabías de bandas criminales e identidades falsas, pero yo sé de lo mío.

Desde que supo la verdadera historia de su padre, que en realidad no era el biológico, aunque poco le importaba ya eso, había adquirido el hábito de hablar con su foto.

—Tal vez algún día sufra Alzheimer o demencia y olvidaré que me mentiste y me abandonaste. Hasta olvidaré mi nombre. Pero te juro que, mientras prenda una chispa en mi memoria, me acordaré de que John me mintió y me traicionó cuando más lo necesitaba.

El teléfono seguía sonando cuando Mónica ha dejado de hablarle al fantasma de su padre.

«Mira que es insistente», iba a decir, pero las palabras se han perdido en su garganta cuando ha visto el número llamante en la pantalla.

No era John, sino Mercedes.

—Si algo no he echado de menos todos estos meses, han sido tus llamadas, Merche. Sabes que detesto hablar por teléfono.

—Mónica, escucha.

—¿Qué tal ha ido la comunión de Faina?

Es sábado de mayo, lo que significa que hay comuniones en todas las iglesias de Madrid. Hoy, además, le toca a Faina, la pequeña de Rayco, participar por primera vez del sacramento de la Eucaristía

—Bien. Oye, tienes que llamar a Rayco. Me ha dicho que es importante.

—¿Y por qué no me llama él?

—Estábamos en la sobremesa y le ha saltado un aviso urgente. Ha tenido que salir corriendo. Entonces me ha pedido que te llame.

«¿Rayco saliendo escopetado en mitad de la comunión de su hija?, —ha pensado—. Sí que tiene que ser urgente».

—Vale, calma. ¿Qué ha pasado?

—¿Conoces el Papagayo?

—¿El chiringuito que está en el lago de la Casa de Campo?

—Ese mismo. Se ve que unos niños estaban celebrando allí su primera comunión y, después del banquete, han ido a jugar a la pelota.

—¿Y?

—Parece que, en una de estas, enviaron la pelota demasiado lejos, al agua, concretamente. Entonces, al ir a recuperarla, lo han encontrado.

—¿Qué han encontrado?

—El cuerpo de una mujer.

—¿Un cadáver?

—Eso creo. Rayco dice que se reunirá allí contigo. ¿Qué tal te viene?

«Como si me salvaras la vida», ha pensado. Su respuesta:

—Me viene de perlas.

—¿No tienes a Jamie?

Un doloroso vuelco del corazón.

—No, John y yo tenemos un acuerdo. Esta semana le toca a él estar con el niño.

—Ya. —Un incómodo monosílabo, la habitual respuesta cada vez que habla de John y el hijo que tienen en común a sus amigos—. Entonces, lo dicho: el Papagayo, en la Casa de Campo. Cuanto antes.

—Tengo el Mini en el taller —ha protestado Mónica, como si por un segundo hubiera creído que la novia de su compañero se ofrecería a llevarla en el día de la comunión de su hijastra.

—Vale.

Una manera sencilla de decir que ese era su maldito problema.

—Oye, dile a tu novio que voy para allí. Estaré en unos veinte minutos. Y… gracias.

Sin esperar contestación, ha colgado y ha pedido un taxi, que, según la aplicación, estaría frente a su portal en once minutos. Suficientes para desenredarse un poco el pelo y darse una capa de maquillaje que disimule las ojeras.

Eso, si no se pierde en la monstruosa sonrisa que ahora la observa en forma de mancha en la piel.

Al cabo de unos minutos, el teléfono le avisa de que su vehículo la está esperando. Deja que el móvil vuelva a desaparecer en el bolsillo de los vaqueros, se abulta la melena como último retoque («Vamos allá, ¡de vuelta al ruedo!») y abandona su piso bajando las escaleras del descansillo de dos en dos.

3

Físicamente agotada, pero con los sentidos alerta y los nervios crispados como en los viejos tiempos, Mónica se deja llevar entre el tráfico dominical. Podría pedirle al taxista que la dejara en Jefatura y así coger un vehículo oficial del parque móvil, pero no tiene ganas de dejarse ver por allí en fin de semana, no quiere perder más tiempo, y además, nunca le gustó que la vieran conduciendo uno de esos. Es como ir con un cartel que dice: «cuida tus pasos, te vigilo». Anula cualquier posibilidad de sorpresa.

Es un error, porque, a los pocos minutos, el taxi queda atascado en un embotellamiento clásico del centro de la ciudad, que ella bien podía haber evitado con la luz giratoria.

—¡Qué ciudad! —se queja en alto—. ¿Es que hasta en sábado tiene que haber esta ingente cantidad de coches?

—Es por esa obra, señorita —explica el hombre al volante con voz flemosa, señalando un punto al final de la calle, desde donde llega el rumor de un martillo neumático—. Los dos carriles se convierten en uno y, ¡pam!, ya tenemos la fiesta montada.

La inspectora resopla y posa la nuca en el reposacabezas. Las luces de freno de la furgoneta de delante convierten las constantes paradas y arrancadas en un enervante juego de paciencia .

Al pasar lentamente al lado de una parada de autobús, a la altura de una tienda de *La Casa del Libro*, se fija en una marquesina. El corazón se le desboca de pronto. Con grandes letras rojas, el cartel anuncia el nuevo éxito de la editorial, *Misterio en la nieve*, del afamado autor inglés, pero residente en España, John Everett. A Mónica se le revuelve el estómago cuando ve la imagen gigante de John, sonriente, brazos cruzados, con la portada del libro superpuesta. Trata de hacer memoria, buscando entre sus recuerdos instantes en los que el padre de Jamie se mostrara igual de orgulloso de ella o de su hijo recién nacido. Alguno habrá, supone, aunque no se le ocurre ninguno. Cosas que hasta hace muy poco ha dado por hecho, sin ponerlas en duda, como el amor incondicional de John, ahora se le presentan brumosas. Al ver el rostro risueño de él, le entran unas ganas urgentes de vomitar. Todo es demasiado reciente y doloroso. Aparta la mirada y cierra los ojos hasta que el coche ha dejado la parada atrás.

Entonces, sucede algo muy extraño: todo es normal afuera. Como

cada día, se apoderan del contaminado aire de la ciudad los ruidos del tráfico y por las aceras deambulaban los transeúntes, algunos con bolsas, otros con sus perros, los menos con las manos vacías; casi todos con andar apresurado, como con prisa por llegar a su destino. ¿Qué más? La gente se dedica a sus ocupaciones como si ese autor inglés de la marquesina no la hubiera traicionado. Observando por la ventana, ofendida por el sol que se cuela entre los edificios, Mónica se convence de que en el mundo hay una conjuración contra ella. Y detesta el sábado, y el sol y la obra del final de la calle y a una señora que no se detiene a recoger los excrementos de su perrito. Todo parecía decirle: «pues sí, tu novio te traicionó y él sigue su vida, ¿y qué? Todo el mundo tiene problemas. Hay gente que se muere de hambre y no se queja tanto». Ese pensamiento le irrita. De pronto, siente como si despertara de un sueño malo y entrara en otro peor. Se endereza en su asiento para mirar por el espejo retrovisor interior, su nariz, su frente de víctima. La brisa que entra por la rendija de la ventana del conductor le empieza a devolver el color y comprende de golpe que lo sucedido con John en los últimos meses es verdad, y que ni siquiera eso es lo peor, que lo peor está aún por llegar y ella no podrá hacer nada para evitarlo.

El claxon de un coche la saca de sus pensamientos. Han pasado el tramo en obras y la vía vuelve a estar despejada. Los conductores parecen impacientes por pisar a fondo y volar sobre la carretera. Son las seis y cuarto de la tarde, según el reloj del coche. El móvil, en silencio. Todo en orden. Le vienen de pronto a la memoria las palabras que dijo Rayco el otro día. ¿Que no le gustaba su nuevo flequillo? No, lo otro, lo de que nunca hay que rendirse. Que cuando se cierra una puerta, se abre una ventana. Que se centre en lo positivo, como su precioso hijo o la reciente reincorporación al equipo. Bah, chorradas que se dicen a los amigos para subirles el ánimo.

—¿Tú no tienes que ir a atrapar a los malos o a poner multas de tráfico o algo? —le contestó secamente cuando le dijo lo del flequillo.

Él, sonriente, quizás en exceso:

—No, tengo el día libre.

—Pues vale, muy bien.

No le cuesta a Mónica admitir que llevaba más de un año soñando con regresar al Cuerpo, sentir la adrenalina de la cacería y el peligro, levantarse cada mañana con un propósito, y no hace falta mencionar que Jamie es la luz de su vida. Pero para dar saltos de júbilo, ella necesitaría otro tipo de estímulo. Por ejemplo, que inventaran una máquina del tiempo para regresar a antes de que John la mintiera. O un botón de esos de las películas que, con un destello, borra todos tus recuerdos. Lo que la lleva a preguntarse si, después de tanto tiempo, no debería ir pensando en olvidar y tal vez perdonar. No, eso no. Ella

quiere recordar. Necesita hacerlo.

En un nuevo vistazo a su reflejo en el espejo alargado, ladeando la cabeza hacia ambos lados:

«¿Qué le ve de malo Rayco a mi flequillo? Yo es que no entiendo a este hombre, no lo entenderé jamás».

El vehículo se adentra por fin en el área forestal conocida como Casa de Campo y pasa de largo el estadio multiusos Madrid Arena. Aminorando la velocidad, circula por el camino que transcurre en torno al lago, un remanso de paz en medio del bullicio de la ciudad. En un sábado primaveral como ese, la zona, rodeada de exuberante vegetación que parece sacada de un cuadro impresionista, suele encontrarse animada con el alegre chapoteo de las canoas y los patos, mientras las familias y amigos se reúnen en sus orillas para disfrutar de un día al aire libre. Pero no es el caso de hoy. Seguramente lo ha sido hasta hace un rato, pero ahora el ambiente es muy diferente. No hay nada como la presencia de un cadáver para disipar cualquier indicio de alegría.

—Déjeme aquí.

—¡Madre de Dios! —El taxista observa con ojos desorbitados el panorama que se presenta ante él: un despliegue móvil compuesto por coches de la policía, ambulancias, el minibús plateado de la científica y el vehículo oficial del forense, desplegado sin ningún orden a la orilla del lago; más allá, cintas policiales acordonan la zona—. ¿Qué ha pasado?

—Información confidencial. Lo siento.

—Vaya, no sabía que usted…

—Ya. No tenía por qué saberlo.

Cuando el taxi se detiene obligado por un coche patrulla que obstruye el camino, Mónica redondea de manera generosa el importe del taxímetro.

—Quédese con el cambio.

Le tiende el dinero al feliz conductor y se apea del vehículo, que enseguida da la vuelta en el camino y se pierde de camino a la ciudad.

—Se ve que no solo te han readmitido en tiempo récord, a la señorita le han asignado hasta chófer. ¿Qué será lo siguiente? ¿Un despacho con vistas?

Mónica reconoce la voz sin tener que volverse. Esa lombriz de Adolfo Moreno.

—Parece que tus talentos van más allá de tu instinto policial, Lago —sigue picando como un martillo percutor.

Mónica arruga el entrecejo. Si ese imbécil obeso con flequillo tapacalvas no se evapora al instante, desenterrará el hacha de guerra con todas las de la ley. Será un auténtico placer.

—Eso está muy feo, Moreno. Pero que muy feo —es la respuesta

cargada de sarcasmo de ella, sin dirigirle la mirada siquiera, aunque por dentro está estrangulando a ese cerdo.

Sin detenerse, continúa caminando. Por el rabillo del ojo, ve que Moreno la sigue.

—Buenos días, inspectora —le saluda un joven oficial mientras levanta la cinta que, sujeta a dos postes provisionales, cruza en diagonal el acceso al área restringida. Mónica pasa por debajo sin esfuerzo.

—¿Está allí? —pregunta señalando con el brazo la orilla más próxima del lago, a la vez que, con la cabeza, da las gracias al oficial.

—¿El cadáver?

—¿Qué si no?

El agente se cuadra, entre tenso y avergonzado, con cara de pasmado.

—Sí, inspectora. Allí, junto al minibús de la científica.

—Ayer empecé el libro de tu novio —le suelta Moreno a bocajarro, ahora desde el otro lado de la cinta—. Tiene gancho, así que va a ser verdad eso que dicen de que ha recuperado el instinto. Quién sabe si las musas a veces pueden ser venenosas, ¿no? —Culmina la frase dibujando una esperpéntica mueca que a él debe de hacerle gracia.

Mónica se detiene. Alza la cinta de plástico y regresa junto a Moreno. A pesar de la envergadura del otro y la considerable diferencia de estatura al llevar ella zapatillas planas, le sostiene la mirada.

«¿Serás miserable», piensa. Conteniéndose, contesta:

—Así que al fin has aprendido a leer. Enhorabuena. Nunca es tarde.

Sin borrar la estúpida sonrisa de su cara, él la mira de arriba abajo. A Mónica no se le escapa qué zonas de su cuerpo inspecciona con más detenimiento.

—La Guardia Civil está investigando lo de tu jefe. Bueno, exjefe .

—Ya. ¿Y?

—Me ha llegado el rumor de cierto mensaje de texto que Yago te envió desde su número personal antes de recibir el disparo y que te han interrogado. ¿No habrás tenido algo que ver?

—Pues a mí me ha llegado el rumor de que en Jefatura están desapareciendo cajas de donuts. Tú que eres de Desapariciones, ¿no habrás tenido algo que ver?

Él ríe en una contracción desganada del pecho. El comentario le ha molestado, pero no lo suficiente como para caer en la trampa.

—Sé que no te conviene que te involucren en un caso tan importante como el de Yago en tu primera semana tras ser readmitida, pero no puedo dejar de pensar… —Se lleva teatralmente la mano a la barbilla—. ¿Y si estás involucrada y no quieres que la mierda te

alcance?

—¿Siempre tienes que cuestionarlo todo? —replica ella.

El otro bufa.

—Pues a lo mejor no te vendría mal cuestionarte las cosas de vez en cuando, ¿sabes? Por ejemplo, ¿soy una capulla? ¿Está mi hijo jodido? ¿Es mi marido un puto avaricioso lleno de ego? En fin, eso es cuestionarse las cosas.

Mónica coge aire. Siente que va a explotar.

—Escucha, de mí puedes decir lo que quieras, pero como vuelvas a mencionar a John o a mi hijo, te corto los huevos. Si es que aún los tienes.

Moreno da un paso hacia ella, esta vez con esa sombría mirada venenosa que a lo largo de los años se ha convertido en su marca de la casa.

—Inténtalo, guapa. Lo estoy deseando —susurra. Después, escupe al suelo.

Mónica se da la vuelta ignorándolo y vuelve a entrar dentro de la zona acordonada mientras él continúa riéndose en voz alta.

Al infierno con Adolfo Moreno y los que son como él.

Furiosa por haber permitido que la provocaran de esa manera, busca a Rayco con la mirada. Enseguida lo encuentra dialogando con el de la científica .

—¡Bienvenida de nuevo, inspectora! —exclama con sincero y tímido entusiasmo el chaval que custodia la cinta—. Que tenga usted una buena tarde.

Mónica ni siquiera se vuelve, pensando si habrá algo que pueda tornar un día que ha transcurrido tan mal como ese, en uno bueno. Por muchas vueltas que le da, no se le ocurre nada en absoluto.

4

Rayco Medina se acerca con las manos en los bolsillos del traje. Debido a los brillantes zapatos negros a los que no está habituado y la superficie irregular del terreno, su caminar inestable recuerda a un funambulista sobre la cuerda floja.

—Bien, ya estás aquí —saluda él. Mirándola en conjunto, añade—: ¿Otra noche en vela?

Una no, dos noches seguidas en blanco, y no hace falta que lo explique. Lo pregonan sus ojeras. ¿El motivo? El premio, el dichoso libro del que todo el mundo habla. Y ahora, lloviendo sobre mojado, el anuncio en la marquesina.

Mónica agita la cabeza, levanta una mano abierta («No preguntes») y observa a su colega. Lleva un traje de marca a juego con los zapatos, camisa blanca y corbata del color del vino tinto. Sabe, porque se lo ha avanzado Mercedes, que viene directamente de la fiesta de comunión de su hija Faina. Aun así, Mónica no puede evitar mirarlo con estupefacción; es la primera vez que lo ve presentarse así vestido. Teniendo en cuenta que están en el escenario de un crimen, es como ver un Goya decorando un centro de refugiados.

—Qué faena que te hayan estropeado la celebración de tu hija —comenta mientras se pone las gafas de sol. A Fernando Vara, el friki de la Científica que acompaña al canario, le dedica una breve mirada y un imperceptible alzamiento del mentón. Es como un perrito pidiendo atención, y ella no está dispuesta a dársela. No esta tarde. Si quiere una chuche con dosis extra de protagonismo, tendrá que moverle la colita a otro.

—No te preocupes, ya estábamos recogiéndonos. —Colgando sus gafas del bolsillo exterior de la chaqueta, Rayco añade—: ¿Quieres verlo?

Se refiere al cuerpo.

—Desde luego. No he pagado un taxi para nada.

—Ven, te lo enseño —se adelanta Vara, invitándola a seguirlo.

Mónica y Rayco caminan tras el de la Científica. Mientras avanzan entre los coches oficiales, él la mira inquisitivamente.

—¿Otra vez te ha fallado el Mini?

—Otra vez.

—Deberías deshacerte de él y pillarte uno nuevo.

—Antes me deshago de ti, canario.

Él sonríe sin dejar de mirar al frente, más allá de la enjuta espalda de Vara. A pesar del contexto y el papel que juega en él, parece relajado. La cálida luz de la tarde desprende destellos en su cabello, cada día que pasa más blanco, hoy concienzudamente atusado hacia un lado. El peinado, al igual que la vestimenta, lo hacen más elegante pero menos atractivo. Es como ver al chulo de la clase disfrazado de príncipe encantador: arrebatador, pero más falso que un político honrado. Mónica se jugaría algo a que él concuerda con su conclusión, y que, de no ser por la insistencia de Mercedes, habría acudido a la comunión de su hija con sus vaqueros de siempre, unas bonitas deportivas y una camisa de *sport*. Eso, siendo generoso.

Delante de ellos, Vara accede, con pasos desgarbados, al verde que rodea el lago.

A un lado, el Papagayo se ve vacío, en contraste con cómo seguramente estaba solo unas horas antes, en el auge de las celebraciones de ese sábado de mayo. Algunos platos de postre con restos de crema y bizcocho asoman en las mesas de la terraza junto a copas de vino por terminar, tazas con café frío y vasos de chupito sin probar. El entrar y salir de algunos camareros curiosos, inconfundibles por sus uniformes negros a juego, es el único movimiento que se percibe.

A un lado de la terraza se ve una ambulancia con las puertas traseras abiertas. Hay movimiento dentro. Más tarde, Rayco le explicará que una de las camareras del Papagayo ha sufrido una ataque de ansiedad. Sin detener su avance, Mónica se pierde en las luces giratorias como en una tela de araña. También hubo ambulancias el día del incidente.

«Mónica, tienes que venir al hospital, a Yago le ha pasado algo».

Habían sido palabras de Rayco, al otro lado del teléfono. Él casi nunca la llamaba Mónica, así que se entendía que se trataba de algo malo. Y esas palabras, «le ha pasado algo», se han quedado resonando dentro de ella en un presente interminable. No le dio más detalles, seguramente porque en ese momento no los tenía, ni ella se atrevió a preguntar; pero ya se daba cuenta, por el tono de voz de su compañero, de que a su jefe debía de haberle ocurrido algo muy grave. Lo peor.

En ningún momento pensó en la posibilidad de un accidente. Vio, por el trayecto hacia la salida del edificio de administración de Jefatura, donde se encontraba, cejas compungidas, frentes estriadas de compasión y a un viejo compañero que bruscamente desvió la mirada. Así pues, algo muy chungo. Y ella, por lo visto, era la última en enterarse.

Mientras atravesaba la explanada del aparcamiento, estableció cuatro grados de gravedad: un tiempo ingresado, toda la vida en silla de ruedas, coma, y el cementerio. Rojo. Le temblaba tanto la mano que la llave del Mini se le cayó al suelo del coche y tuvo que agacharse y buscarla debajo del asiento. Quizá habría sido más sensato viajar en taxi, dado su estado nervioso.

Con miedo, puso la radio. Por si decían algo. Música. Giró, nerviosa, la ruedecilla. Música, publicidad, trivialidades, bromas. ¡Joder! Finalmente, dio con un programa informativo. Bien. Si asesinan a un inspector jefe de la Policía Nacional, tiene que salir en las noticias, ¿no? Por otro lado, ¿adónde se dirigía? Al hospital donde habían trasladado a Yago. «Eso significa que aún no está muerto y hay esperanza», cavilaba, ignorante. Habló sola, maldijo semáforos en rojo, escupió palabrotas.

Llovía con intensidad cuando llegó al hospital. Para entonces, ya había escuchado la noticia por la radio, si bien el locutor no tenía constancia del estado físico de la víctima. Y además, dijo mal el apellido. Aparcó en la zona reservada para ambulancias frente a la puerta. «Si me multan, que me multen».

En el suelo de la entrada principal había manchas de sangre, mezclada con el agua sucia de la lluvia, mezclada a su vez con la porquería de la calle. Andaba tan deprisa, tan nerviosa, que no vio a Rayco hasta que el canario la interceptó cerca de recepción. Se abrazaron sin decir nada. Lloraron en silencio, mejilla contra hombro, como solo algunos saben llorar, sin que se note, deshaciendo nudos en la garganta a base de saliva y tragándolos junto a las emociones enfrentadas y encontradas. El resto, es historia.

Pestañea repetidamente para volver al presente. Volviendo su atención al frente, más en la orilla del lago y menos en la ambulancia, Mónica se fija en un bulto alargado envuelto en una lona de plástico. A su alrededor, la hierba está aplastada en algunos puntos concretos, evidencias de pisadas. A su mirada reflexiva, Vara le saca de dudas con solo dos palabras.

—Son nuestras.

—¿Cómo dices? —lo insta ella a explicarse.

—Las huellas que ves. Corresponden a nuestras pisadas. No había nada cuando hemos llegado.

Mónica no tiene ganas de abrir un debate ahora. A pesar de la predilección casi obsesiva de Vara con ella, conoce bien la reacción alérgica que los del CSI, como ella los llama, les tienen a los investigadores. Según ellos, se mueven por el escenario como un elefante en una cacharrería, sin prestar ningún cuidado a posibles pistas y huellas.

Idiotas.

Alcanzada la orilla, Vara se agacha para apartar el plástico que mantiene oculto a la muerta y Mónica hace lo propio para estudiarla. Lleva un top ajustado, palabra de honor, que acentúa un pecho más que generoso; demasiado para su cuerpo menudo. La minifalda roja se ha deslizado hacia arriba, dejando a la vista dos largas piernas trabajadas en el gimnasio. Va descalza, y en la cabeza de Mónica enseguida se dibuja un par de zapatos de tacón reposando en el fondo del lago.

Lo que más le llama la atención, lo que la mantiene hechizada, es el rostro dirigido al cielo. Un rostro que, incluso sin vida, con el cabello húmedo y aplastado hacia atrás, con la tez pálida tendiendo al azulado, sigue siendo objetivamente hermoso. Bajo los ojos abiertos, de un envidiable verde claro, todavía quedan resquicios de rímel y maquillaje que se esparcen como manchas tétricas por el efecto del agua.

Bajando la mirada hacia el resto del cuerpo, ve un colgante de oro que parece genuino y unos pendientes a juego terminados en sendas piedras preciosas. Mónica apunta mentalmente la tarea de comprobar la autenticidad de las joyas. O la víctima proviene de una familia adinerada, o tiene, a pesar de su corta edad, un trabajo muy bien remunerado.

Con un gesto, indica a Vara que vuelva a cubrirla y se incorpora. Ya ha visto suficiente.

—Dulces sueños, preciosa —susurra Vara al cuerpo inerte.

Mónica intenta no poner los ojos en blanco.

—No seas macabro, Fernando. —Vuelve a mirar el cuerpo—. ¿Llevaba móvil encima?

Vara niega con la cabeza.

—No hemos encontrado nada. Ni móvil, ni bolso, llaves… Nada.

Mónica suelta un prolongado resoplido. Después, dirigiéndose solo al canario, pregunta por Gregorio Velasco, el jefe del departamento de medicina forense, a quien no ve por ningún lado, a pesar de haber reconocido su coche al bajar del taxi .

—Está fumando al otro lado del local —responde él, mirando hacia el edificio, cuya terraza ahora se presenta desolada—. Pero creo que podemos ir hablando con el dueño del chiringuito.

—¿Está aquí?

—Claro, estaba trabajando detrás de la barra cuando esos chicos han encontrado el cadáver.

—Sí, algo me adelantó Mercedes por teléfono —dice Mónica, clavando su mirada en los ojos de él—. Por cierto, ¿por qué no me has llamado tú directamente?

Rayco se encoge de hombros.

—He salido con prisa del restaurante. Además, Mercedes y tú ya sois amigas, ¿no?

Amigas es una palabra muy fuerte para describir la relación que ella mantiene con la novia de su compañero, pero debe admitir que, en los últimos tiempos, la joven agente se ha ganado su respeto con acciones dignas del más valiente policía, a pesar de que siga llamándola Merche con el divertido fin de provocarla. Que nadie se queje, al menos ha dejado de dirigirse a ella como «la cándida».

—La próxima vez, llámame tú —acata, dando el tema por cerrado —. Entonces, los chicos de la comunión encontraron el cuerpo de la chica en la orilla del lago. ¿Hablasteis con la familia?

Rayco asiente con la cabeza mientras se pasa la mano por la corbata. Un gesto distinguido que no le pega nada.

—Sí, pero no supieron decirnos nada, excepto que los niños estaban jugando a la pelota a unos pocos metros de aquí y que, en un mal disparo que la llevó hasta la orilla, encontraron el cuerpo. Así que llamaron a emergencias y avisaron al encargado. Nada más prestar declaración, se marcharon. Estaban consternados por lo sucedido, no es para menos.

Ella resopla.

—Pues vamos a hablar con el encargado, a ver si puede decirnos algo —propone, y echa a andar tras despedirse de Vara con otro gesto fugaz—. A propósito, Rayco.

—¿Sí ?

—La víctima, ¿te suena de algo?

—De nada. ¿Por?

—Por nada —responde Mónica mientras pasa por entre las mesas de la terraza y se adentra en el interior del local.

Pero el caso es que, a ella, ese bello rostro cerúleo le ha resultado extrañamente familiar. Y no logra encajarlo.

5

En el interior del Papagayo, sentado a una de sus mesas del comedor, hay un hombre con edad suficiente para haber vivido y participado en todo lo que sucedió desde la transición, y desde luego no hay duda de que ha visto de todo, por lo menos un par de veces. Puede que demasiado mayor para estar sirviendo comidas en lugar de disfrutar de una merecida pensión de jubilación, piensa Mónica. «Aprovecha tú mientras aún quede algo en las arcas, viejo».

Un mosaico de motivos y cuadros taurinos ocupa la mayor parte de la pared de atrás, probablemente carteles de corridas memorables, pero Mónica no está puesta en el mundillo para saberlo. El nombre de un tal José Tomás, ese sí le suena, aparece repetidamente. Del techo cuelga una extraña lámpara de araña ornamentada.

El cabello del dueño, antaño oscuro, es del color y la textura del heno, y lleva un corte de pelo que a Mónica le recuerda a las películas de los años setenta: pobladas y largas patillas, denso bigote y mentón afeitado. El hombre no está fumando, pero Mónica no duda de que, en cuanto ellos salgan por la puerta y los vehículos oficiales se esfumen, encenderá un cigarrillo. Huele a nicotina. Y a plancha, y a aceite requemado. Viste el mismo uniforme negro que sus camareros, con manchurrones de restos de comida reseca distribuidos por la tela. De una fina cadena dorada que lleva al cuello, cuelga un crucifijo del mismo material.

Mónica y Rayco se sientan frente a él. El hombre, arremangado hasta los codos, antebrazos peludos, les tiende una mano grasienta adornada con varios anillos de plata.

Ella tiene que esforzarse para no limpiarse la palma en los vaqueros.

—Esta es la inspectora Mónica Lago —la presenta Rayco—. A mí ya me conoce.

—Portela. Domingo Portela. —Mira hacia la terraza, desde la cual se accede a la orilla del lago donde se ha producido la tragedia—. Estamos consternados. No puedo creer que alguien dejara un cadáver en el lago. Y en día de celebraciones, pobres chiquillos… Esas experiencias provocan traumas infantiles que son difíciles de curar.

—¿Así que cree que alguien tiró el cuerpo al lago deliberadamente? —pregunta Mónica.

Portela se lleva la mano a la boca como si sostuviera en sus labios un cigarrillo invisible y se la queda mirando.

—Desde luego, fuera como fuera, sucedió anoche. Si alguien hubiera matado o dejado el cuerpo durante el día, a plena luz, mis camareros o yo habríamos visto algo. De eso no me cabe duda.

—Entonces, ¿no se ha producido ninguna pelea o discusión acalorada en su restaurante durante el día de hoy?

—¿Insinúa que la mataron aquí?

—Me limito a hacer mi trabajo. ¿Confirma que hoy no ha habido trifulcas en su local?

—La paz más absoluta. Este es un sitio familiar —añade Portela, visiblemente ofendido.

—¿Conocía a la víctima?

Se encoge de hombros.

—No lo sé, no he tenido oportunidad de ver el cuerpo.

Con el rabillo del ojo, Mónica observa que, más allá de la puerta principal, custodiada por un agente, el equipo de camareros y cocineros, once personas en total, cuchichean y observan a través de las ventanas como el equipo neozelandés de rugby: todos uniformados de negro. Cariacontecidos, alternan su atención entre el interrogatorio policial al que se está viendo sometido el jefe y la compañera que sigue recuperándose en el interior de la ambulancia.

—¿Qué me dices de ellos? ¿Han visto algo?

—No lo sé, no los he interrogado —contesta Portela, más mordaz según avanza el interrogatorio.

Mónica echa una sutil mirada a su colega. Es suficiente para que Rayco se levante y se dirija a la terraza con su cuaderno de notas preparado.

—Voy a comprobarlo —dice.

—Recopila sus identificaciones, nunca se sabe —ordena Mónica. Le dan ganas de pedirle también que indague sobre si cobran parte de su sueldo en negro, por lo cual apuesta, pero no quiere poner a Portela más nervioso de lo que está.

—Hecho —acata el canario, y sale fuera.

Mónica, dirigiéndose de nuevo a Domingo Portela: —Volvamos a lo nuestro. Decía que da por hecho que ha sido un crimen.

A Mónica no se le escapa el detalle de que el hombre, de mirada febril, evita mirarla y que juguetea nervioso con sus anillos. No es capaz de mantener las manos quietas. Y eso que la conversación apenas ha empezado.

—¿Cómo dice?

—Antes, con sus palabras, ha insinuado que fue un asesinato y descarta el accidente. ¿Por qué?

—En todos los años que lleva abierto el Papagayo, este lago ha

recibido la visita de miles de personas, y nunca he visto a nadie ahogarse en sus aguas.

—En cambio, ¿sí había visto cuerpos de chicas emerger sin vida?

Portela detiene la mirada en los ojos de la inspectora.

—No pensará que tengo algo que ver con todo esto. Oiga, el mayor perjudicado por la tragedia de hoy, soy yo.

—Después de la chica, ¿no?

El hombre emite un chasquido disgustado .

—Usted ya me entiende, joder.

—Vale, empecemos de nuevo. Con calma —intenta Mónica tranquilizar al hombre—. Entonces, está seguro de que cuando ha abierto esta mañana, no había ningún cadáver en la orilla del lago y que durante el día no ha visto nada extraño. ¿Correcto?

—No. Le digo que yo no he visto nada raro. Aunque tampoco suelo acercarme a saludar a los patos, no sé si me explico. Vengo cada día, hago mi trabajo, y me marcho. ¿Acaso cree que no les habría llamado si me hubiera encontrado a una mujer muerta?

—¿A qué hora ha abierto el establecimiento? —quiere saber Mónica.

—A las ocho de la mañana.

—¿Siempre abre tan temprano?

—No, pero hoy es sábado de comuniones. Salón y terraza completos y servicio especial. Ya sabe, menú cerrado, sobremesa con copas… Uno de esos días que te llenan la caja y hacen cuadrar las cuentas del mes. Pero esa chica lo ha mandado todo al carajo… —Inmediatamente se da cuenta del comentario fuera de lugar y extiende una mano a modo de disculpa—. No he querido decir eso, lo siento. Estoy un poco nervioso.

—¿El negocio no va bien? —pregunta Mónica.

—Hoy en día, con la que está cayendo, es difícil sacar adelante un restaurante. Por suerte, el Papagayo ya es un referente de la Casa de campo y vamos sobreviviendo, pero no atravesamos nuestro mejor momento.

Mónica asiente comprensiva.

—¿Hemos acabado? —pregunta Portela.

—No. Tengo una última pregunta.

En ese instante, Rayco asoma la cabeza por la puerta.

—Ya tengo la lista de todos los miembros del servicio —informa—. Y ninguno ha detectado el mínimo indicio de pelea en el establecimiento.

—Se lo he dicho. —Portela se ve aliviado.

—Sin embargo, hay algo que no me encaja. —Mónica se cruza de piernas, alzando la punta de su bota casi hasta el borde de la mesa .

—¿El qué?

—Aparece el cadáver de una mujer en las proximidades de su negocio y aun así no muestra usted ningún interés en querer saber su identidad.

—No soy de ese tipo de gente, inspectora.

—¿A qué tipo de gente se refiere?

—A la que aminora la velocidad y se queda mirando cuando pasa junto a un accidente de tráfico.

—¿No tiene curiosidad por saber si la conocía?

—Dígame quién es y cerremos el asunto, ¿de acuerdo? No es un tema que me resulte agradable, como comprenderá.

—No hemos encontrado nada que nos revelase su identidad —explica Mónica—. Pero si a usted no le importa echarle un vistazo, podría sacarnos de dudas al respecto. Obviamente solo si se siente capaz. No todo el mundo tiene estómago para ver un cadáver.

Eso parece provocar al restaurador. El truco del «no hay huevos» nunca falla, piensa Mónica.

—No hay problema, no soy ningún crío. Colaboraré.

El sol, próximo al crepúsculo, ofende sus ojos mientras se dirigen al furgón judicial, ahora aparcado a la orilla del lago junto al cuerpo. Fernando Vara sigue allí, colocando sus juguetes de la científica. Mónica le indica a uno de los hombres de criminalística que abra la bolsa para cadáveres donde ya han introducido a la muerta. Mientras lo hace, Mónica no le quita ojo a Portela. Lo ve tragar saliva, su nuez subiendo y bajando. Aparte de un breve parpadeo, no muestra ninguna reacción, pero Mónica se jugaría algo a que, bajo la piel, su estómago ruge en erupción.

—No me suena —dice él, y se hace a un lado.

—¿Está seguro?

—No la conozco. Seguro. ¿Hemos acabado?

—De momento, sí. —Mónica le indica al de criminalística que vuelva a cerrar el saco—. Gracias por su tiempo, señor Portela. Permanezca localizable.

Portela murmura algo y se dirige de vuelta al Papagayo.

—¿Va todo bien? —se interesa Rayco, una vez que Portela se ha encerrado en su despensa de un portazo, lo más seguro para vomitar.

—Antes he tenido un encontronazo con el cabrón de Adolfo Moreno. Ya sabes que no lo aguanto.

Rayco resopla.

—Sí, es un capullo integral. ¿Qué hace por aquí?

—Creo que solo ha venido a provocarme. Se la pone dura. Ha cuestionado mi readmisión y mi implicación en lo de Yago, y me ha sacado el tema de John. Y yo he caído en su trampa como una imbécil. Por cierto, ¿sabes lo del premio de John?

—Habría que vivir en un submarino para no enterarse —es su

escueta respuesta. Tras la decisión de separación de Mónica y John, el policía se ha preocupado por no tomar partido.

—Joder, qué mierda. —Mónica agita la cabeza y da un puñetazo juguetón en el pecho de Rayco—. ¿Y tú qué tal? ¿Qué tal os va a Mercedes y a ti? ¿Os hacéis con las niñas?

Desde que volvieron de Londres con Faina, la hija que Rayco tuvo con su difunta mujer, y con Hannah, la adolescente que adoptaron en la capital inglesa, Mónica esperaba que aquello explotara por algún lado. Se ponía en la piel de Mercedes y no entendía cómo podía una mujer atractiva y capaz como ella —esto Mónica jamás lo admitiría en voz alta— ejercer el papel de madre con dos niñas que no son suyas. Para ella, es toda una proeza.

—Todo genial —contesta él—. Por cierto, me ha dicho que te pregunte si quieres pasarte luego a cenar. Vamos a celebrar la comunión de la niña con los amigos. Algo informal.

—Muchas gracias, Rayco, pero, tal como estoy de ánimos, no sé si sería una buena invitada. —Frunce el entrecejo—. Un momento, ¿seguro que Mercedes te ha dicho eso?

Rayco alza una mano abierta.

—Palabra. Venga, mujer. Esta noche es Eurovisión. Mercedes nos preparará algo de picar y luego veremos todos juntos cómo los franceses nos ignoran en las votaciones. Así te distraes un par de horitas. ¿Qué me dices?

—Perdona, ¿has dicho Eurovisión?

—Es por Faina. Le encanta, no se pierde un festival .

—Ya, porque tú pasas de eso.

Ella lo mira fijamente, retándolo. «Vamos, enséñame esa sonrisa delatora».

—Por supuesto.

—Claro, claro.

Ambos se ríen

—Vale. Acepto. Pero luego me acercas tú a casa, que te recuerdo que estoy sin coche.

—Genial. Avisaré a Mercedes. A las chicas les va a hacer mucha ilusión verte.

La mirada de Mónica se detiene en un punto entre los árboles. El médico forense jefe, Gregorio Velasco, Goyo para los compañeros, se acerca parsimonioso dejando tras él la estela del humo de su cigarro.

—Vale, pero ahora vamos a ver si Goyito tiene algo para nosotros.

6

¿Qué tal, Goyo? —saluda Mónica según llega a la altura del forense, a quien conoce desde los tiempos de la Blackberry y los *Blockbuster*—. ¿Con qué nos deleitas hoy?

Este le tiende una mano lánguida, floja y fría que recuerda a un pescado muerto. Es un tipo altísimo: muslos como bastones de esquiar, brazos de chimpancé balanceándose, orejas de soplillo, corte de pelo de internado inglés y, sobre todo, una boca a la que le cuesta horrores estar callada.

Tras más de una década siendo el jefe del servicio de medicina legal y forense del hospital clínico San Carlos, se ha ganado a pulso el sobrenombre de C-3PO, un símil brillante con el androide de protocolo de *La guerra de las galaxias*, según siempre ha opinado Mónica.

—Eh, inspectora, me alegro de verte de nuevo al pie del cañón. —Y antes de que ella le agradezca el comentario, se ajusta las gafas al puente nasal y añade—: Como sé que lo vas a preguntar, te lo ahorro. A falta del resultado de la autopsia, la víctima no presenta heridas profundas ni contusiones craneales severas. Dadas las marcas del cuello, podemos aventurar que la causa de la muerte es la asfixia. Y, sí, me adelanto también a tu siguiente cuestión: por el tono lívido de su piel, este viejo médico diría que pereció durante la pasada noche; desde luego, antes de que amaneciera casi con total seguridad.

—¿Asfixia? Entonces no es descartable la posibilidad de que sí sufriera un accidente y muriera ahogada, después de todo —cavila Mónica, cruzada de brazos—. Una chica joven vestida de fiesta, viernes noche, un lago… Se me ocurre que puede que estuviera muy puesta de alcohol, o tal vez algo más, y acabara flotando en el lago como trágico resultado de un juego inocente. Quizás no sabía nadar con destreza y, en estado ebrio, no fue capaz de regresar a la orilla. —Mira a su compañero—. Rayco, ¿tú qué dices?

El inspector abre la boca para opinar, pero Velasco, negando con la cabeza, se le adelanta.

—No, diría que la opción del accidente queda descartada. Es posible que muriera aquí en el lago, pero fue después de un forcejeo violento, eso seguro. —Los dos inspectores lo observan inquisitivamente, a lo que añade—: Como he dicho, presenta marcas

en el cuello que evidencian un claro estrangulamiento. En cuanto a su posible estado de embriaguez, saldremos de dudas cuando tengamos los resultados toxicológicos.

Mónica saca un paquete de chicles del bolsillo y se mete uno a la boca. Procura dibujar la escena en su mente: la hermosa y sensual joven siendo estrangulada. ¿De quién eran las manos agresoras? Seguramente de un hombre, tal vez un novio celoso o un ex despechado. Es lo habitual en estos casos de mujeres que aparecen muertas con signos de violencia. Y más aún, vistiendo ella de esa guisa tan provocativa. No le cuesta a Mónica imaginarla bailando sensualmente en alguna pista de baile, puede que provocando el deseo de unos y los celos de otros; es el anhelo y gozo de muchas mujeres jóvenes, conocedoras del arma que tienen por cuerpo. Y, al mismo tiempo, la rabia, el instinto primitivo no satisfecho, es la perdición de muchos, que no ven mejor salida que utilizar la violencia para acallar la voz del deseo.

Agita la cabeza, dándose cuenta de que se está adelantando a los acontecimientos. Está siendo prejuiciosa, tanto con la víctima como con el asesino, algo acorde a un presentador de informativos y no a una inspectora de policía.

—Un enfrentamiento violento —piensa luego en alto.

El forense asiente.

—El *livor mortis*, como digo, indica que no solamente fue estrangulada, sino que lleva muerta unas cuantas horas, lo que nos conduce a pensar que es muy posible que muriera durante la noche.

—Eso confirmaría la declaración de Portela al asegurar que, efectivamente, la chica no murió en el restaurante —añade Rayco.

—¿Quién es Portela? —quiere saber Velasco.

—El dueño del local —aclara el inspector, señalando el Papagayo con el mentón—. Acabamos de apretarle un poco las tuercas.

—¿Y? ¿Le habéis sacado algo?

—No mucho. Estaba bastante nervioso y enfadado.

—Es lógico. Encontrarse con ese paquete a solo unos metros de donde comen sus clientes… soberano marrón. Por no hablar de lo que esto va a afectar a la reputación del local.

—Nunca se sabe —incide Rayco—. ¿Sabías que la curva donde mataron a Kennedy en Dallas, o el vestíbulo del hotel de Manhattan donde dispararon a bocajarro a Lennon, son dos de los enclaves turísticos más visitados del mundo?

Mónica, chocando las palmas dos veces:

—¡Centrémonos, señores! —eleva la voz hasta que tiene de nuevo la atención del forense—. El tema es que Portela asegura no conocer a la víctima y que no ha habido ninguna pelea en su restaurante en las últimas horas.

—Hay algo más, ya que insistís —señala Velasco.

—No hemos insistido, pero dispara.

—La víctima presenta un hematoma con hinchazón en un pómulo, además de una uña rota.

—Se resistió antes de morir —concluye Mónica.

—De ser así, seguramente encontremos partículas de piel bajo las uñas. Pero una cosa está clara: no pereció por accidente .

«Pereció». Una expresión que Goyo emplea cada vez más. Tal vez algo cínica, incluso allí.

—Pero eso será en el próximo episodio —añade Velasco—, después de que tenga mi romántica velada con esa monada y pueda sacar conclusiones más rigurosas.

Mónica se frota los ojos con el dedo índice y el pulgar.

—Ten más respeto, haz el favor —lo abronca.

—¿Qué dicen los gafotas? —pregunta Velasco, señalando el minibús plateado de la científica. Lejos de disculparse por su inapropiado y macabro humor, parece por la labor de dar rienda suelta a su larga lista de faltas de respeto.

—Ahora mismo están dentro del restaurante, recopilando huellas —informa Rayco—. Le he pedido a Vara que nos envíe el informe tan pronto lo tenga, aunque a simple vista no parece que haya nada inusual. En cuanto a las inmediaciones del lago, no se han encontrado indicios de violencia.

—De hecho, parece que ya han terminado con la recopilación de elementos —dice Mónica, colándose entre ambos hombres y dirigiéndose hacia el minibús.

Rayco se disculpa ante el forense y la sigue.

—Dame buenas noticias, Fernando.

El jefe de la científica está ahora ubicando su colección de bolsas de plástico sobre una mesa plegable junto al minibús. Mónica piensa en un niño con su colección de Legos en un día de reyes. Casi le inspira ternura contemplarlo. Casi.

—Los chicos están acabando en el restaurante —informa Vara—. Es posible que el propietario tenga suerte y pueda abrir mañana desde primera hora.

—¿Han encontrado algo interesante? —pregunta Rayco, recorriendo las bolsitas con la mirada.

—Casi todo son joyas. Unos pendientes, un colgante, un reloj de la marca Cartier…

—Artículos de lujo —lo interrumpe Mónica con su conclusión.

—Podría decirse que sí. Desde luego, fuera del alcance de un cualquiera .

«Un cualquiera como tú o como yo», acaba ella la frase mentalmente, sonriendo de puertas para adentro.

—¿Qué más? —lo incita Rayco a seguir.

—Ropa interior de encaje, bastante… —carraspea.

—¿Sexy? —Lo ayuda Mónica.

—Sí, muy sensual. También de marca. Y muy acorde con algo que me ha llamado la atención.

La inspectora ladea la cabeza y pone los brazos en jarra mientras Fernando Vara se inclina sobre la mesa y toma la bolsa más pequeña de todas. Mónica y Rayco se acercan un paso y examinan el interior a través del plástico transparente.

—¿Es una tarjeta de visita? —trata de adivinar Mónica.

—Eso parece —añade Rayco—. ¿Viene el nombre de ella?

—Es una tarjeta, pero no de visita, sino de cliente —corrige el de la científica—. Y no, no está personalizada. Siento decepcionaros.

—¿Una tarjeta de visita de qué? —pregunta Mónica—. ¡Vamos, Fernando! ¿Tenemos que sacarte la información con un sacacorchos?

Este sonríe, si es que esa mueca torcida puede llamarse sonrisa. —Cuando la vio por primera vez, al poco de presentarse Vara y ella, Mónica pensó que estaba sufriendo un ictus, o algo parecido—. Acto seguido, ayudándose de unas pinzas especiales, extrae la tarjeta de la bolsa con sumo cuidado.

A pesar de la humedad, la tinta es resistente y aún puede leerse lo que dice la tarjeta. Mónica pega un silbido y Rayco sonríe, pero no llegan a comentarlo porque justo el canario recibe una llamada al móvil. Se hace a un lado para hablar, pero Mónica lo oye todo. Es el nuevo jefe, ese tipo que han puesto los de arriba para sustituir a Yago temporalmente. La conversación es breve, menos de un minuto, que se resume en que los emplaza a reunirse en Jefatura antes de que anochezca. La despedida, en la que Rayco le pide al jefe que prepare la jarra de café, sorprende a la inspectora.

—¿Café ahora? ¿Tanto tiempo crees que vamos a estar allí? —pregunta cuando Rayco cuelga.

Rayco mira a Vara de soslayo y baja la voz :

—Es para aguantar luego, en casa. Eurovisión, ¿recuerdas?

Mónica intenta no reírse, pero fracasa.

—Bien. Pues aquí hemos acabado —dice en alto para que Vara se dé por despedido—. Nos vamos a Jefatura. Y me apunto a ese café. Sin cafeína no sobreviviré al día de hoy.

7

Está atardeciendo cuando Mónica y Rayco atraviesan la oficina común de la brigada de Homicidios, ubicada en la tercera planta de la Jefatura Superior de Policía. Por ser sábado por la tarde, se encuentra dormida, libre de ajetreo, así que van directos a la Batcueva, que es como Mónica llamaba, en tono burlón, al despacho de Yago Flores.

Andrés Gordillo los espera sentado al viejo escritorio de madera, hasta hace unos días propiedad incuestionable de Yago, y que ahora, en comparación con el corpulento cuerpo del nuevo inspector jefe, es como si hubiera menguado. También parece otra mesa en cuestión de orden; las montañas de papeles, pósits y bolígrafos con la tinta seca han desaparecido, dando paso a carpetas, cuadernos perfectamente alineados y una fotografía enmarcada de un niño como único elemento decorativo. «Si ese hombre no está obsesionado con el orden, yo soy adicta al pegamento», pensó Mónica la primera vez que entró y vio la nueva disposición.

Otra cosa que ha cambiado es la frase enmarcada que cuelga de la pared lateral:

> *A vosotros, que llevasteis a cabo la acción más noble y desinteresada entregando la propia vida por salvar la de vuestros semejantes. Y a los que en las mismas circunstancias fuisteis gravemente heridos, para siempre nuestro respeto y admiración, porque sois lo más importante de nuestra historia, y el mejor ejemplo a seguir en nuestro camino.*

Y aunque detesta la dichosa inscripción, es incapaz de entrar en ese despacho sin pararse a leerla.

El nuevo jefe deja de teclear algo en el ordenador en cuanto los ve entrar por la puerta y se levanta para acercarles una bolsa de porras y churros que hay sobre la mesa de la impresora. Un agradable aroma a café recién hecho se extiende por la sala.

—Bien, ya estáis aquí. —Les acerca la bolsa, un festival de grasa, vicio y perversión al alcance de la mano—. Por favor, servíos. Vaya, Rayco, qué elegante —observa.

—¿Qué se celebra? —pregunta este, librándose de la chaqueta del

traje y llevándose una porra a la boca.

—¿No habías pedido café?

—¿Y la comida? ¿Ya hemos resuelto el nuevo caso y no me he enterado? —bromea el canario con un carrillo lleno.

—Para mojar en el café —responde Gordillo.

«Así que café y churros en la oficina», piensa Mónica, preguntándose si el nuevo jefe habrá sacado la idea del libro *Cómo complacer a tu brigada*.

Hay algo extraño, advierte Mónica, en el tono de Rayco. Una admiración singular. Como si al mirar a Gordillo viese cosas que ella no ve. Ya lo percibió el día que lo vio por primera vez. Había sido una sorpresa. Rayco la había convencido para tomar un trago en el Molly Malone, algo tranquilo para despedir la semana y ponerla al día. Ella se iba a reincorporar al Cuerpo y el canario quería comentarle un par de novedades respecto a procedimientos, papeleo y organigrama.

Se quedó sin habla cuando entró en el bar y vio a Rayco, pero también a Mercedes y a la mitad de la oficina gritando al unísono: «¡BIENVENIDA!». Maldijo a su amigo entre dientes mientras fingía una sonrisa falsa de emoción y aprecio.

Ese canario se la había jugado bien. Casi le caía mejor cuando era un policía solitario e infeliz.

El griterío fue seguido por un silencio que duró un segundo. ¿Agresivo, hostil? No, más bien de interrogación, de extrañeza. Fue un solo instante en el que notó algo, como una tibieza en el saludo por parte de una minoría. Y ojos que evitaban cruzarse con los suyos. Echó en falta la camaradería de otras ocasiones, aunque también podía ocurrir que ella se hubiera vuelto susceptible, que se le hubiera afinado la piel y fuera víctima de sus figuraciones y recelos.

Todo se debía a una campaña de desprestigio iniciada y orquestada por Adolfo Moreno, estaba segura. Lo sucedido esa semana, el día después de recibir Yago el disparo, dejaba fuera cualquier atisbo de duda.

Esa mañana, Mónica había quedado con Rayco y Mercedes para acercarse al hospital donde habían ingresado al jefe. A la salida, coincidieron con toda una tropa de compañeros policías que hacían corro. De inmediato, el grupo, liderado por Moreno, se disipó. Solo unos pocos se acercaron a saludar a Mónica, aunque también se mostraban más callados que de costumbre. De camino al coche, alguien la insultó a voz en grito desde el fondo de una bocacalle:

—¡Lago, trepa traidora!

Y el cobarde salió corriendo. Pero Mónica lo había reconocido en el último instante, era uno de los inseparables de Moreno.

Ninguno de los que se encontraban cerca, a excepción de Rayco y Mercedes, hicieron ademán de defenderla. Ni un solo comentario,

reprobación, un «no hagas ni caso».

No había sido buena idea dejarse ver en un momento tan concurrido.

Aquello la afectó, fue demasiado para ella, así que se inventó una excusa vaga y se despidió de Rayco y Mercedes, con los que había hablado de ir a picar algo por el centro. Les dio las gracias y, con insólita educación, les pidió que la disculpasen porque tenía prisa.

—Por supuesto. No te retenemos.

¿Prisa? No tenía ninguna. En lugar de eso, emprendió en solitario el camino de vuelta a casa. Se perdió en la oscuridad, se metió en un callejón y estuvo un rato apoyada contra la pared en espera de que se le pasase la rabia.

En el Molly Mallone, unas letras de color plata que colgaban de un cordel bajo el hueco de las escaleras decían «Fiesta de bienvenida». También podían haberlo llamado «Reunión de hipócritas» o «Sección de victoria de la inutilidad y la holgazanería».

De pronto, Rayco se plantó frente a ella, y, sin saber cómo, se vio estrujada en su cariñoso abrazo.

—Lo siento, Mon —susurró entre risas—. Sé que odias las sorpresas y las reuniones sociales. —Por cómo arrastraba las eses, ya debía de llevar algunas cervezas en su casillero.

Ella, aferrándose al cuerpo de su colega:

—Ojalá mañana tengas una buena resaca, traidor.

Luego, él la guio entre la muchedumbre sin parar de hablar, de tal modo que la recién llegada no logró intercalar una sola palabra.

Mercedes había preparado para la ocasión ese tipo de bizcocho mazacote que solo engaña a animales callejeros e individuos presas de la hambruna. El irregular glaseado estaba decorado con banderitas con el emblema de la policía; más tarde, Mónica se enteró de que habían sido obra de Faina y Hannah, dos angelitos.

Alguien gritó desde la multitud:

—¿Dónde está el cuentacuentos inglés que tienes por esposo? ¿Dónde se ha metido John?

Fue una pregunta sencilla, natural, y Mónica no estaba preparada para la reacción que provocó. Los presentes se sumieron en el silencio, como si alguien hubiera dado una pésima noticia. Rayco, por su parte, se ruborizó y, tras farfullar unas palabras ininteligibles, consultó a su novia con los ojos, pero Mercedes se limitó a encogerse de hombros y morderse el labio inferior con preocupación.

Era obvio que para ellos también se trataba de una situación incómoda.

Durante unos segundos, los recuerdos abrumaron a Mónica, hasta tal extremo que tuvo que cerrar los ojos debido al aguijonazo que infligían las lágrimas a sus párpados. Descargando la tensión en un

prolongado y trémulo suspiro, abrió los ojos y examinó las dianas en la pared del fondo. Dos años atrás —haría tres en invierno—, había llevado allí a John. Era la primera vez que la visitaba en Madrid, y ella, escéptica respecto a cómo transcurriría la cita, sobre qué iban a conversar, lo llevó al Molly Malone —¿qué británico hace ascos a una cerveza?—. Después de un par de rondas, lo llevó a la zona del fondo y lo retó a una partida de dardos. Nada como un juego inocente para romper el hielo y propiciar un tonteo inofensivo. Y funcionó. Esa noche se besaron, amanecieron juntos. Después vivieron un sinfín de aventuras, que tuvieron como colofón el nacimiento de su hijo. Y ahora ella estaba allí de nuevo, sin John, sintiendo las miradas juiciosas y piadosas de sus compañeros sobre su nuca. Escuchando el nombre de él en boca de un desconocido. Y de nuevo, sola.

Le sobrevino una dificultad al respirar. ¿Un ahogo? No exactamente. Era una mano invisible que le apretaba la garganta cada vez que intentaba sonreír.

—Ven, vamos a pedirte algo para beber —se arrancó Rayco, agarrándola del brazo y arrastrándola a la barra.

Pidió una doble para ella y le dio conversación. El canario no era un gran conversador, pero la conocía lo suficiente para saber cuándo ella necesitaba una distracción que acallase las voces interiores.

Pasados los minutos, Mónica casi se había olvidado del resto. Miró a su compañero, más animado de lo normal. Si hasta movía los hombros al son de la música rock, en un amago de baile. ¿Rayco Medina bailando? Esa sí que era buena. ¿Qué iba a ser lo siguiente, verlo cantar a Camilo Sesto en un karaoke? Si aquel estado de ánimo se debía a los efectos de la cerveza o a la paz y armonía que envolvía su vida, ahora que la compartía con Mercedes y las dos niñas, no pudo asegurarlo, aunque supuso que había un poco de ambos motivos.

—Bueno, y dime: ¿dónde está el que se ha quedado con mi puesto? —preguntó ella. A bocajarro, sin silenciador ni preliminares .

A Rayco, que se estaba llevando la botella a la boca, casi se le fue la cerveza por el lado equivocado.

—Perdona… ¿qué?

—El sustituto de Yago.

—¿Andrés?

—Como sea. Todos saben que, después de Yago, soy la más veterana de la brigada, y de no ser por mi injusta suspensión, ahora estaría yo en ese despacho. ¿Estoy mintiendo?

—No, no estás mintiendo. Pero tu caso es anómalo, lo sabes mejor que nadie, y Andrés es un magnífico policía.

—Que han puesto a dedo desde arriba, a saber bajo qué premisa.

—Bajo la premisa de que es un gran profesional, ya te lo he dicho. Y no lo han puesto a dedo, solo lo han trasladado. Viene de la

Comisaría General de Información. Lucha antiterrorista.

Mónica alzó las cejas. Eso no se lo esperaba.

—¿Es un TEDAX?

—Lo era, sí.

The Verbe empezó a escupir su *Bitter Sweet Symphony* por los altavoces. Rayco ya no bailaba.

—¿Por qué te pones de su lado? —le recriminó ella.

—No estoy del lado de nadie. Maldita sea, no hay ningún lado. Solo intento hacerte entender que, uno, Andrés Gordillo no tiene la culpa de que no te asignasen el puesto de inspectora jefe, y dos, que en ningún caso se debe a un asunto personal.

Mónica se llevó la botella a la boca.

—Se comenta que es un obseso de la burocracia —dijo después de tragar.

Rayco se encogió de hombros.

—Ha cambiado algunas cosas. Ahora tenemos que redactar un informe semanal con los progresos de cada caso.

—¿Un informe semanal?

—Sí, ya sabes, sujetos implicados, parientes cercanos, antecedentes de cada uno de ellos, traumas pasados, posibles móviles, cuentas bancarias… ese tipo de cosas.

—Increíble. Trabajar en todo menos en lo importante.

—Para nada, Mon. Al principio a mí también me parecía una pérdida de tiempo, pero es una manera ordenada de trabajar que nos alivia mucho curro a medio plazo. Ya lo verás.

—¿Ves como estás de su lado? —Mónica agitó la cabeza y desvió la mirada con una sonrisa indignada—. Hablas como uno de esos pelotas.

—Vete al cuerno.

Ella sonrió entonces con sinceridad. Le dio un leve puntapié a su compañero en la espinilla.

—No te enfades, anda. Solo me meto contigo.

Dio un nuevo trago y contempló a la última persona a quien esperaba allí. Sí, al bajar la cabeza, Mónica Lago fijó su vista en Adolfo Moreno.

«¿Qué hace este en la fiesta de mi bienvenida?»

—¿Habláis del nuevo, no? —preguntó Moreno con su estúpida sonrisa de memo esculpida en la cara y un pedazo del bizcocho de Mercedes en la mano. Si aquel hombre seguía comiendo y bebiendo así, iba a tener que encargar fajas compresoras más grandes—. Menudo pijo está hecho, seguro que es un enchufado como esta.

Sin mirar a Mónica directamente, la señaló con el pulgar.

El semblante serio de ella adquirió matices sombríos mientras miraba hastiada hacia las botellas brillantes de detrás de la barra.

Todavía no había puesto un pie en Jefatura y ya se estaba arrepintiendo.

Como ninguno de los dos inspectores entró al trapo, Moreno dedicó a Mónica una mirada desenfocada y añadió:

—¿Tú no tendrías que estar cuidando de tu bebé?

«No mostrar amargura. No llorar en público. Mirar a la cara de la gente con la frente alta».

Mónica se giró a medias, mirando a Moreno a los ojos. Sentía los músculos tensos, previo a la confrontación física. Pero sabía que eso era imposible. Con aquel fulano. Y menos en ese lugar. Con tantos agentes alrededor. Así que se tragó la cólera como si fuera una cucharada de bilis.

—¿Has venido a provocarme, Adolfo?

El rostro se le había endurecido, y Moreno se dio cuenta. Por un momento miró las manos de Mónica, como intentando saber si debía temer algo en ellas. Pero fue solo un instante.

—Pierdes el tiempo conmigo —zanjó ella al fin, señalando con el mentón a los amigos de Moreno—. Vuelve a lo tuyo.

—Vamos, inspectora. Si los amigos se pueden convertir en enemigos, los enemigos pueden transformarse en amigos.

—¿Le prometiste lo mismo a José Ramón Morata?

Moreno esbozó una sonrisa despectiva.

Antes de que Joserrata entrara en prisión, Moreno y él eran, como buenas ratas de cloaca, inseparables amigos por interés mutuo. Cuando Mónica consiguió reunir las pruebas que demostraban que Morata pertenecía a una secta que engañaba a niñas menores de edad para acabar siendo violadas y lo denunció, Moreno le prometió testificar a su favor en el juicio. Finalmente, vista su carrera comprometida, ni siquiera llegó a presentarse al juicio.

—Solo te he hecho una pregunta. —Y sonriendo a Rayco de nuevo—: Hay que ver qué susceptibles son las mujeres. Estará con la regla.

—Pues sí, mira, estoy sangrando. Por eso es mejor que hoy no cuide de mi hijo. Porque muerdo a la mínima —respondió Mónica, y se lo quedó mirando—. ¿Quieres que te muerda, Adolfo?

Detrás de Moreno, Rayco sostenía una servilleta de papel donde había escrito CAPULLO a bolígrafo. Mónica habría sonreído de no haberse sentido tan rabiosa.

—Hoy no te toca cuidar de tu hijo, dices —repitió el otro con sorna, y se metió media porción de bizcocho a la boca—. Era mejor cuando las mujeres os quedabais en casa cuidando de vuestras criaturas. —Una miga salió disparada de su boca y fue a parar a la blusa de Mónica, que solo intentaba controlarse para no propinarle un puñetazo en la nariz—. Así, tu novio, perdón, tu exnovio, podría dedicarse a promocionar su libro.

—Cállate, Adolfo —intervino Rayco, que de pronto parecía haber recuperado todo su rigor habitual.

—¡Solo me preocupo por el hijo de esta! —añadió Moreno más leña al fuego—. Estaría mejor con su madre, y así de paso nos evitaría tener que compartir oficina con una traidora.

De nuevo esa palabra. Traidora. La había perseguido desde que investigara y denunciara a José Ramón Morata, que, por supuesto, era amigo de Adolfo Moreno. Por mucho que Joserrata fuera un corrupto y un criminal, como se demostró finalmente, muchos no se lo habían perdonado.

Seguía mirando Mónica las botellas, impasible. Pero su impasibilidad iba solo por fuera. Con sumo gusto habría cogido una de esas para rompérsela en la cara a ese cabrón. Incrustarle el bizcocho en las encías.

—Enseguida vuelvo —dijo, emitiendo un suspiro que no estaba destinado a ser oído. Le dedicó una sonrisa triste a Rayco e, ignorando a Moreno, se coló entre la multitud y desapareció tras la puerta principal antes de que nadie más despegara los labios. Se apoyó en la pared de ladrillo exterior y cerró los ojos, dejando que el aire fresco templara el ardor que sentía por dentro. Una única lágrima rodó por su pómulo en el momento en que oyó un taconeo irregular aproximándose desde su derecha. Abrió los ojos y se secó el rostro con prisa; no le gustaba que le vieran llorando en público. Luego se fijó en la figura, ya muy cerca de ella. Era un hombre alto y erguido, de los que su madre denominaría «de buena percha». Mayor que ella, pero no demasiado. Botines marrones, pantalones vaqueros, polo blanco y americana entallada. «Perfecto», pensó Mónica. Si no fuera por la nariz que, a la luz de las farolas, ensombrecía al menos la mitad de su cara, en el sentido estricto de la palabra. El viento jugaba con su cabello oscuro y el caminar descompasado se debía a una leve cojera.

Contra todo pronóstico, no entró en el bar ni continuó caminando, sino que se detuvo frente a ella, que volvió a pasarse la mano por los ojos.

—¿Eres Mónica, verdad?

Aquello se volvía extraño por momentos.

—¿Te conozco? —preguntó.

—Todavía no, pero pronto trabajaremos juntos. Te he reconocido por la foto de tu expediente. Por un instante he dudado, puesto que ahora llevas el pelo suelto.

Mierda, ahora lo entendía todo.

—¿Andrés Gordillo?

—Un placer, inspectora.

Así que estaba ante el famoso Gordillo. Lo primero que pasó por su cabeza fue que no recordaba un apellido menos apropiado.

No se atrevió a negarle la mano al que sería su nuevo jefe. La sintió fuerte sin llegar a hacerle daño. En cambio, sí lo miró a la cara para expresarle en silencio, con la sombra de sus ojos, que nunca llegaría a ganarse el respeto que tenía por su anterior jefe: Yago Flores.

—Encantada.

—Bienvenida a la brigada de nuevo —respondió él, reteniendo su mano y traspasándola con los ojos. Luego alzó la otra mano—. Ten, esto es para ti. De aquí en adelante vamos a trabajar mucho juntos y es conveniente que tengas mi número a mano.

Le tendió una tarjeta, en la cual venía su nombre completo y su número personal de móvil. Dos palabras cruzaron la mente de Mónica: *bienqueda* y pretencioso.

—¿No entras? —preguntó él.

Mónica miró a la puerta. Se sentía aturdida.

—No, ya me iba.

—Muy bien, te veo en la oficina entonces. Y si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme.

—Sí, en el despacho de Yago. Buenas noches, jefe.

Pronunció la última palabra con inapropiado resquemor. Después rodeó a Gordillo y cruzó la calle en dirección a su casa. En la primera papelera, arrojó la tarjeta. Si Gordillo ya había entrado o había visto su despectivo gesto, no lo supo, pues no se giró para comprobarlo.

Lo que no tira a ninguna papelera, pero tampoco acepta, son los churros que ahora impregnan el despacho de un fuerte olor a fritanga.

8

Contadme, ¿qué tenéis? —quiere saber el inspector jefe, con los brazos arremangados apoyados sobre el borde de la mesa.

—La verdad es que aún no sabemos quién es la muerta. No llevaba la documentación encima, ni existe denuncia por desaparición, y apenas tenemos pistas que seguir —explica Rayco, entregándole a Mónica un vaso de cartón lleno de humeante café—. Cuidado, está ardiendo.

Mónica inhala el aroma de café en forma de vapor que emana del vaso.

Rayco se mete a la boca el último pedazo de porra y muestra al jefe la pantalla de su móvil, que previamente ha sacado del bolsillo.

—¿Qué es? —pregunta este sin dejar de mirar la fotografía que ocupa las casi seis pulgadas del aparato—. *Passion VIP. Swinger Club* —lee en voz alta.

—Es una fotografía que hice a una tarjeta que llevaba la víctima en el bolso.

—¿Qué es un *swinger* club? —pregunta Gordillo.

Mónica sonríe por dentro mientras visualiza la tarjeta en su mente: inscripción con letras doradas y cursivas, recargadas en exceso y en relieve sobre un fondo negro. Lo más llamativo es el borde, del mismo dorado excesivo, que casi permite verse reflejado. Resulta divertido ver a un hombre tan recto como Andrés Gordillo interesarse por un local de esas características.

—Podría decirse que es un club de intercambio de parejas —explica Rayco—. Para que nos entendamos, un *swinger* es alguien que tiene una relación sentimental formal no monógama, es decir, que al mismo tiempo consiente las relaciones sexuales con otras parejas. Por lo que he podido informarme durante el camino, en este tipo de clubs, tú vas con tu pareja, te tomas unas copas, y una vez dentro, tienes libertad para acostarte con quien quieras. La poligamia está implícita en la visita, y la única regla de pareja es que no hay reglas.

—Un tanto turbio, ¿no?

—Y exclusivo. No es sencillo entrar al Passion VIP, y tampoco barato.

—Entonces, ¿asumimos que la víctima tenía pareja estable y que les iba bien económicamente?

—No tiene por qué —responde el canario—. Muchos hombres contratan a mujeres de compañía para acudir al club, y una vez dentro dan rienda suelta a su imaginación más morbosa participando en orgías, juegos eróticos…

Gordillo levanta la mano con gesto contrariado.

—Vale, es suficiente. Lo pillo.

Luego, el jefe mira a Mónica a la espera de algo más. No obtiene más que una mirada analítica. A ella le resulta fascinante esa reacción de rechazo en un hombre ante ese tipo de temas picantes.

Con la conversación en punto muerto, Gordillo vuelve a centrar su atención en la tarjeta de la fotografía.

—No viene ningún nombre escrito.

—No —constata Rayco—. Es una tarjeta de visita, no un carnet de socio ni nada parecido.

—¿Y su móvil? ¿Tenemos eso, al menos?

—Tampoco. No encontraron ningún teléfono encima del cadáver, es posible que se hundiera y esté perdido en el fondo del lago .

Gordillo asiente y le devuelve el teléfono a Rayco. Después, cruzándose de brazos:

—Bien. Yo me quedaré aquí y apretaré un poco las tuercas a Gregorio Velasco, a ver si puede decirnos algo de la autopsia antes del lunes.

—Mañana es domingo —recuerda Mónica.

—Ya, pero los delincuentes no descansan en días festivos, así que nosotros tampoco —replica el jefe—. Me temo que este caso va requerir que echemos más horas y dedicación de lo normal, lo siento. —Deja la frase en el aire. Como nadie lo rebate, continúa—: En cuanto a la identidad de la chica, puede que en el Passion VIP sepan decirnos algo sobre ella. Un sábado noche estará abierto con toda seguridad. Llamad y preguntad si alguien puede recibiros mañana a primera hora. Si os dan luz verde, os acercáis con la foto de la víctima y obtenéis información.

—Así que ahora también trabajamos los festivos —concluye Mónica con desdén.

—Solo de manera excepcional, sí.

—Muy bien. ¿Alguna cosita más? ¿Eso es todo? —pregunta la inspectora—. ¿No quieres que investiguemos el asesinato de Kennedy o el triángulo de las Bermudas, ya puestos?

Una sonrisa microscópica aparece en las comisuras de Gordillo, que vuelve la cabeza a causa de la insolencia.

—Los del FBI te estarían más que agradecidos —responde con elegancia.

—Como quieras.

—Pues sí, como quiera. Por supuesto.

Sigue un silencio incómodo, que enseguida rompe Rayco.

—Bien, pues mañana seguimos. —Coge a Mónica del brazo y la insta a abandonar el despacho—. Venga, te acerco a casa.

—Adiós, chicos —se despide Gordillo—. Y gracias por venir a estas horas.

La única respuesta que recibe es una mirada cómplice de Rayco. En cuanto a Mónica, se las arregla para hacer una teatral reverencia en dirección al nuevo jefe.

9

Dan casi las nueve de la noche cuando Mónica llama al piso de Rayco y Mercedes desde el portal, tras un paso fugaz por casa para ducharse y cambiarse la blusa por una cómoda camiseta. No tiene la cabeza para una noche entre amigos con el festival de *Rollovisión* de fondo, pero antes le ha parecido de mala educación rechazar la invitación de Rayco y Mercedes.

Ya tiene pocos amigos, no puede permitirse el lujo de desatenderlos.

Además, debe admitir que un poco de compañía le hará mejor que pasar la noche de un sábado en la soledad de su piso. Cualquier cosa antes que cenar una pizza recalentada delante del televisor pensando en su hijo, en John y en Yago, con la sensación constante de que se le cae la casa encima.

Portando una botella de tinto que ha comprado de camino en la licorería del barrio, y un Lego de *Guardianes de la galaxia* para la protagonista del día, sube andando los dos pisos que la separan de la vivienda de sus compañeros.

«Una bonita casa en un barrio céntrico —piensa según asciende los peldaños con la palma resbalando por el pasamanos—, dos hijas fantásticas, trabajo estable para los dos… ¿Cuándo vas a hincar la rodilla y pedirle matrimonio, canario? »

Es la voz de la envidia la que habla, y ella es consciente.

Se encuentra la puerta semiabierta, así que pasa sin llamar. Faina es la primera en recibirla, corriendo al grito de «¡TÍA MON!». Hannah es la segunda. En un visto y no visto, se encuentra aplastada por el abrazo doble de las dos criaturas, momento en que recuerda por qué decidió que acudir a la cena merecería la pena.

Cuando por fin la liberan del achuchón, le entrega el Lego a Faina, que se aleja dando saltitos de alegría, y acaricia a Hannah en la mejilla. Tras la adolescente, ve a Mercedes, sonriente. Lleva puesto un delantal manchado de salsa de tomate y el cabello, normalmente suelto y perfectamente ondulado, atado con una coleta.

—Qué bien que hayas podido venir. —Mercedes se acerca para abrazarla, solo con un brazo, pues, según dice, no quiere mancharla—. Siento haberte llamado antes con tanta urgencia, ya me ha contado Rayco que habéis tenido jaleo en la Casa de Campo.

—Sí, un cristo —responde ella de manera un tanto seca, y después, recapacitando, añade—. Pero no te preocupes, son gajes de nuestro oficio, has hecho bien al llamarme. Y gracias por la invitación, he traído un poco de vino. —Le tiende la botella—. ¿Qué tal ha ido la comunión?

—Fabulosa. Pero, entre tú y yo, estaba deseando llegar a casa y celebrarlo aquí, más en confianza, entre amigos.

—Me halagas, Merche. Eres un sol.

La sonrisa de la anfitriona se desvanece por un segundo, dando paso a otra menos sincera.

Mónica reacciona con una sonora carcajada.

—¡Estoy de broma, tonta! Sé que odias que te llamen así, lo siento. Por cierto, ¿dónde está el mendrugo de tu novio?

Dicho y hecho, justo en ese momento, Rayco sale de la cocina. Se ha liberado del traje y vuelve a ser él gracias a un polo verde de manga larga y unos pantalones vaqueros. Sujeta una bandeja de tartaletas saladas mientras habla de la Euroliga de baloncesto con alguien.

—¡Eh, Mon, ya estás aquí! —saluda cuando repara en ella .

—Qué pasa, Rayco. —Dirigiéndose por lo bajo a Mercedes—: ¿Quién más está en la cocina? Creí que solo vendría yo.

Ella niega con la cabeza, pero, antes de que le dé tiempo a contestar, un hombre entra en el salón con una pila de platos limpios y comentando la buena pinta que tiene todo. Al verla, se detiene y la sonríe.

—Hola de nuevo, Mónica. Cuánto tiempo sin verte.

Es ironía, claro, pues acaban de repasar el caso en Jefatura.

Mónica tiene que hacer un esfuerzo para no resoplar y apretar los puños delante de todos.

—Hola, Andrés.

10

Rayco se reúne con Mónica en el salón y le da un abrazo no correspondido.

—¿Una cerveza?

—Claro —acepta ella.

El canario vuelve a perderse en la cocina, dando paso a un duelo de sonrisas rígidas y miradas hostiles entre el jefe y la subordinada en el salón.

«Esto solo lo empeora alguien preguntando por John», se dice Mónica.

Pero Mercedes, avispada, da dos palmadas al aire mientras proclama un «¡LA CENA ESTÁ LISTA!». Rayco vuelve de la cocina y le cede a Mónica una jarra con cerveza fría antes de sentarse a la mesa, alargada y ligeramente combada hacia abajo por el peso de la comida. El canario se sitúa a la izquierda de ella, Gordillo a su otro costado, quedándose como muro de contención o juez de pista.

El inspector jefe hace un educado comentario sobre lo bien que huele todo, y Hannah, otro más soez sobre la cantidad ingente de comida. Y no le falta razón, pues en la mesa hay comida para dar de comer a toda la brigada de Homicidios: berenjenas rellenas gratinadas; un plato de croquetas de jamón haciéndole compañía; alitas de pollo con salsa barbacoa; canapés y guarniciones varias con sus correspondientes salsas de yogur, brava y mayonesa. En el centro, para picar, una tabla de quesos y embutidos con sus picos de pan.

Todo es mérito de Mercedes, por supuesto. Hasta que se fue a vivir con ella, la dieta de Rayco estaba limitada a pasta precocinada, ensaladas empaquetadas y legumbres en lata. Tras la llegada de Mercedes a su vida, los táperes con los que Rayco se presenta en Jefatura, desde guisos caseros hasta curris y arroces, son la envidia de todos en la oficina.

Mercedes propone un brindis por la princesita de la casa y todos se levantan para chocar sus copas. Hannah se interesa por el caso del día mientras las manos de todos atacan los platos de canapés, tartaletas y emparedados que invaden el centro de la mesa.

—¿De verdad vamos a hablar de trabajo aquí también? —protesta Mercedes.

Con el rabillo del ojo, Mónica advierte que Gordillo se lleva la

servilleta a los labios para esconder una sonrisa tímida.

—Pues mira, Hannah, resulta que han encontrado a una chica joven muerta en la orilla del lago de la Casa de Campo —resume la inspectora, para deleite de las dos niñas.

Rayco, por el contrario, le propina un rodillazo por debajo de la mesa.

—Ya que sacáis el tema —interviene Gordillo, pasándole el plato de dátiles con beicon a Rayco—, ¿os ha dado tiempo a llamar al club del que hemos hablado, o aún estáis ocupados con el tema del triángulo de las Bermudas?

A Rayco, plato de dátiles en el aire, se le escapa un sutil espasmo por el gracioso comentario. Mónica, que siente aumentar su temperatura interior, no puede más que admitir la pulla y sonreír si no quiere montar un escándalo y acumular puntos para que la inhabiliten de nuevo.

—Hemos llamado —responde, neutra—. Mañana a las doce nos espera el encargado.

—Bien, buen trabajo —El jefe coge de la bandeja más cercana una alita de pollo asada que rezuma salsa oscura y le da un mordisco. Se oye un crujido cuando le hinca los dientes .

—¿Qué club es ese? —quiere saber Hannah—. Suena divertido, ¿puedo acompañaros?

—Ni lo sueñes —interviene su padre adoptivo en el acto—. No es ningún club y no es nada divertido.

El comentario de la adolescente hace que tanto Mónica como Gordillo liberen sendas carcajadas contenidas. La tez de Mercedes, por contra, se ha teñido de rojo.

Al poco de empezar a comer, Mercedes mira a Rayco, que lo tiene de frente. Este sonríe y se levanta con la copa de vino blanco en la mano.

—Además de la comunión de Faina hoy celebramos otra cosa.

—¡Eurovisión! —exclama Faina.

Todos ríen.

—Queremos daros una noticia.

Mónica apoya la cerveza en la mesa y mira primero a Rayco y luego a Mercedes. Inconscientemente, algo ya le ha llamado la atención al llegar, pero no le ha prestado mayor atención. Pero cuanto más lo piensa, más obvio le parece. Solamente puede haber dos razones para la cara rebosante de felicidad de ella: una boda o un bebé. Echa una breve mirada de soslayo a Gordillo y su sonrisa le revela que él ha llegado a la misma conclusión.

—Venga, suéltalo ya —le apremia a su compañero.

Es Mercedes, emocionada hasta el tuétano, quien se lanza:

—¡Vamos a casarnos!

—¡Felicidades! ¡Qué maravilla!

Por orden, Mónica y Gordillo se levantan de la mesa para abrazar a los dos protagonistas. Después, las dos niñas se suman al abrazo grupal.

—¿Cuándo es la boda? —quiere saber el jefe, visiblemente feliz por sus subordinados.

—A principios del año que viene.

—Qué bien. Me alegro mucho por vosotros. Ven, deja que te dé otro abrazo.

A Mónica, que el furor de la noticia le ha durado menos que los coitos con su primer marido, empieza a empalagarle tanta demostración de cariño y amistad. En su mente se está metiendo dos dedos hasta la garganta.

—Celebrémoslo con más alcohol —propone, y desaparece en la cocina sin esperar respuesta.

Después de la cena, Faina insiste en encender el televisor. El festival está a punto de empezar.

Gordillo se ofrece a ayudar a recoger la mesa. Mónica, para no ser menos, lo acompaña.

—Estaba todo espectacular, Mercedes —insiste el inspector jefe, ahora con el primer botón de la camisa suelto tras un momento crítico con el curry, pasado de picante.

—¿A pesar de que casi acabo contigo? —bromea ella.

—No ha sido para tanto, yo es que soy un blando para los sabores fuertes. Eres una cocinera de primera.

—¡Y por eso me voy a casar con ella! —interviene Rayco, entre risas y la mirada desaprobatoria de su prometida—. Es broma, cariño. Te quiero porque eres todo corazón —dice, tratando de arreglarlo.

—Sí, los polos opuestos se atraen —añade Mónica, levantando una oleada de risas general.

—Idiota.

—Yo también te quiero, canario —responde ella mientras él busca el canal con el mando a distancia.

Unos minutos más tarde, están todos vitoreando la actuación española, sentados en torno a la pantalla plana que cuelga de la pared; la pequeña y Mercedes en el sofá, Mónica en el suelo, a lo indio, junto a Hannah, su preferida, y los dos hombres de pie.

En el descanso previo a las votaciones, Mónica se levanta para salir a la terraza. El cielo amenaza lluvia ahora, pero por el momento los respeta. El aire fresco se agradece. La mezcla de cerveza y crema de orujo estaban empezando a hacerle efecto y se siente en un estado de confortable fluidez. A pesar de la incómoda presencia del nuevo jefe, se alegra de haber aceptado la invitación de Rayco y Mercedes. No solo ha sido estupendo felicitarles en persona por su gran noticia, sino

que, la alternativa, ¿cuál era? Quedarse en casa lamiéndose las heridas y quedarse dormida en mitad de una reposición mil veces vista de *Cadena perpetua*.

—¿No entras? Van a empezar a votar, y quiero ver los cero puntos que nos da Francia para ponerlos a parir. —No se ha percatado de que Rayco está ahora a su lado. Lleva un helado de cucurucho en la mano. Será entretenido comprobar si es capaz de terminarlo sin mancharse la camisa.

—¿Es que tu estómago no tiene límite?

Él sonríe y se encoge de hombros.

—¿En qué piensas? —pregunta con la mirada perdida en las fachadas de enfrente.

—En nada en especial.

—¿John?

—Un poco de todo. John, Yago, ese parásito de Adolfo Moreno… —Agita la cabeza—. Lo siento si os estoy estropeando la noche, debería ser un día feliz para Faina, Mercedes y tú. Y, ojo, me alegro muchísimo por vosotros, Rayco, de corazón. Quiero que lo sepas.

—No tienes ni que decirlo. Y respecto a lo de estropearnos la noche, solo son bobadas. Me alegro de que hayas venido en lugar de quedarte en casa sola, de verdad.

Mónica, llevándose un mechón por detrás de la oreja:

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Él se vuelve y la observa con curiosidad.

—Te temo, pero dispara.

—Perdona si la pregunta te incomoda, pero ¿cómo lo has hecho para que tus dos relaciones serias funcionaran?

Se refiere a Mercedes y a Fátima, la primera mujer de Rayco que murió brutalmente asesinada. Era el amor de su vida, y de ahí su repentino gesto torcido.

—Lo siento. No quería…

—Yo no diría que lo de Fátima funcionara —responde Rayco. Ha dejado de morder el helado, y una gota de nata resbala peligrosamente por el barquillo hacia sus dedos.

—Tú ya me entiendes.

—¿Lo dices porque tu matrimonio fracasó y tu relación con John va por el mismo camino ?

Mónica asiente con la cabeza.

—A veces siento que soy incompatible con cualquier relación sentimental —dice—. Como si hubiera algo dentro de mí, en mi genética, que me lo impidiera. Sé que a veces soy inaguantable, pero, joder, duele.

John se queda pensando en la respuesta mientras da un mordisco al helado.

—Va a sonar a tópico, pero supongo que solo tienes que cruzarte con la persona adecuada. En tu caso, está claro que tu primer marido no lo era, os casasteis demasiado jóvenes. En cuanto a John… es un tipo estupendo, pero tal vez no sea el hombre de tu vida.

Mónica se queda mirando al cielo, pensativa. Está oscuro, la luna y las estrellas ocultas tras un manto de nubes. El aire, ahora empapado en motas de lluvia, se le cuela por debajo del jersey, poniéndole la piel de gallina.

—Puede que el hombre de mi vida no haya nacido —resopla—. O quizás lo hiciera hace quinientos años y sufrimos la maldición de nacer en épocas diferentes.

Rayco sonríe ante la ingeniosa ocurrencia.

—No sé, creo que el hombre perfecto no existe —reflexiona ella.

—No hay que buscar la perfección. Solo a alguien que vea la vida de la misma manera que tú, que esté dispuesto a todo por ti y que haga de tu mundo un lugar mejor.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—Es lo que suele pasar con las cosas que merecen la pena. —Mirando hacia la puerta—: ¿Entramos? Hace frío.

Mónica conoce a Rayco lo suficiente para saber que está incómodo y que se muere por dar por finalizada la conversación. Incluso inmerso en un periodo de plenitud en todos los aspectos de su vida, con dos niñas maravillosas en casa y a punto de casarse con la mujer que ama, el tema debe de recordarle aquel episodio lamentable de su vida, tan lejano en el tiempo, en el que Fátima fue tiroteada.

Sin moverse del balcón, echa un vistazo rápido a su espalda. Al otro lado de la ventana, Mercedes ordena el salón mientras Gordillo está echando una partida al UNO con Hannah y Faina.

—¿Por qué lo has invitado esta noche? —pregunta cuando el canario ya está a punto de entrar.

—¿Hablas de Andrés?

Ella se apoya contra la barandilla, cierra los ojos e inhala el aire fresco.

—Sabes que sí, no te hagas el tonto conmigo. Se ve que os lleváis muy bien, y eso que lleváis poco tiempo trabajando juntos.

—Es buen tipo, a pesar de que a simple vista pueda parecer un poco estirado.

Ella resopla.

—¿Estirado? Parece que lleva siempre una escoba metida por el trasero.

—No seas tan dura y dale una oportunidad. Tengo buen ojo para la gente, Mon, hazme caso. Sé que Yago ha sido tu amigo desde que entraste al Cuerpo y que le aprecias mucho, pero Andrés no tiene la culpa de lo que le pasó. No le haces ningún favor comparándolos. Y a

ti tampoco.

Mónica guarda silencio, incapaz de formular una respuesta que no sea darle la razón.

—Además, le has caído en gracia —señala Rayco.

Ella lo mira de lado, incrédula.

—Sí, claro. Nos llevamos de fábula.

—Cualquier otro ya te habría apartado del caso por tus comentarios fuera de tono.

—¿Mis comentarios fuera de tono?

—Vamos, Mon. Te guste o no, es tu jefe. Yo que tú me andaría con más cuidado. Pendes de un hilo.

Arruga el morro. «Pendes de un hilo» es el eslogan de su vida últimamente.

—Sigo sin entender qué pinta en tu casa. Es prácticamente un desconocido. Y es nuestro jefe. Lo mires por donde lo mires, es raro de narices.

—En realidad ha sido Mercedes la que se ha empeñado en invitarlo hoy —admite él—. Una manera de abrirle los brazos y que no se sienta tanto solo en esta nueva etapa. Ya sabes lo buena que es ella con la gente, no tiene remedio.

Ella desearía ahondar un poco más en eso de que Gordillo se siente solo y su «nueva etapa», pero Mercedes interrumpe la conversación desde el interior: —¿Chicos? ¡Esto empieza! —les grita—. ¿O es que os queréis perder la victoria de España?

—¡Vamos, papi! ¡Vamos, tía Mon! —exclama Faina.

Mónica se aparta de la barandilla dando un empujón, y al volverse, ve a la pequeña de la familia dando saltos sobre el sofá.

—Entremos —dice—. Y, Rayco…

—¿Sí?

—A pesar de que me has tocado las pelotas trayendo al jefe sin avisarme, gracias. Por invitarme y por escucharme. Eres de los pocos amigos de verdad que me quedan.

Rayco le contesta algo mientras ella cruza la puerta que da al interior. La envuelve una oleada de aire caliente. Gordillo está en el recibidor poniéndose la chaqueta y agradeciendo a Mercedes la invitación. Les hace un gesto de despedida con el brazo y los emplaza para seguir al día siguiente con la investigación.

—¿Qué decías? —pide Mónica que le repita Rayco cuando el jefe se ha esfumado.

—Que no te preocupes. —Y guiñándole un ojo—: gente nueva entrará en tu vida. Ahora, veamos las dichosas votaciones.

Ronda la una y media de la madrugada cuando Rayco la deja en el portal de su edificio. Solo una vez que se ha asegurado de que ella está

dentro y a salvo, vuelve a arrancar y dobla la calle. A Mónica le parece un gesto excesivo, ni que fuera una adolescente, pero, en el fondo, le agrada que sigan existiendo caballeros que te sujeten la puerta o te ofrezcan la silla, aunque queden pocos.

Llaves en mano, se detiene ante su buzón. La esquina de un sobre abultado sobresale de la rendija. Algo dentro de ella se declara en rebeldía cuando descubre lo que contiene el paquete.

Un simple anuncio publicitario la puso de mal humor esa tarde, y ahora esto. Esto es peor que el anuncio, pero en realidad (¿qué se han creído?, ¿que soy estúpida?) forma parte de la misma maniobra. Si alguien le hubiera regalado el libro sin mala intención, no le habría dado importancia. Pues qué, un libro, vaya problema. Pero no, se lo tenía que enviar el propio John personalmente a casa. ¡Y encima dedicado!

Para mi dulce Moni, con cariño.

Esta historia es tanto tuya como mía, disfrútala.

Tu John.

¿Es una provocación? Desde luego, lo parece.

Unos minutos antes, en el coche, a Rayco:

—Una mierda de premio que, en cuanto pasen un par de años y la gente se olvide, adiós. Éxito efímero, se llama.

—No sé, Mon. Un galardón de esas dimensiones es todo un hito profesional.

—Ya puede ponerse las pilas y escribir otro libro. A ver cómo se las apaña sin una historia real que adaptar. Veremos si entonces aparece en las marquesinas.

—Has bebido más de la cuenta. Mañana lo verás con otros ojos.

Y cuando ya se ha convencido de que lo mejor es desentenderse del asunto y seguir con su vida, que bastantes quebraderos de cabeza le da con la custodia compartida de Jamie, el misterio de Yago, la muerta del lago, Adolfo Moreno y un jefe nuevo, abre el buzón y *¡pam!* el maldito libro. Lo que le falta para culminar el sábado. Primero el anuncio y ahora esto.

Ya en la cama, a Mónica, vuelta de costado, despierta, se le llena la oscuridad de caras, de luces, de sonidos. Tan pronto se le aparece el libro como la marquesina. Y ve a John subiendo al escenario a recoger el premio. Y concediendo entrevistas como si hubiera descubierto la penicilina. Y recuerda, cosas de la mente, aquel suceso horrible de hace un par de meses.

Estaba sola, desayunando un café con tostada y mermelada en el Café de Oriente, mesita junto a la ventana, vistas al palacio, cuando

no tardó en llegarle por detrás un murmullo, apenas un rumor terminado en *veret*. Y eso le bastó para adivinar la frase completa. Prestó atención para escuchar el resto de la conversación en susurros: —La del jersey rojo.

—Está buena. ¿Quién dices que es?

—No me digas que no la reconoces.

—Solo le veo las piernas. Pero no me importaría verlas más de cerca.

«Capullo».

—La ex de Everett, el escritor.

—¿El de la historia de la sierra de Gredos? Hay que ver qué desmejorada está.

«Lo que hay que ver es cómo cambian las opiniones en tres segundos», pensó Mónica.

—La mala vida. Dicen que no para de beber.

—Pobre mujer.

—¿Por qué?

—Lo que debió de sufrir.

—El amor, Nando, el amor.

—Y que lo digas. Yo, mejor solo en la vida. Y no me quejo.

«¿Por qué no me sorprende?»

Guardaron silencio. El camarero se acercó a servirles. Luego, uno de ellos, al que no apodaban Nando: —Estoy pensando en presentarme.

Mónica tensó los hombros.

—¿Tú?

—¿Por qué no? Es mi oportunidad. No hay mujer más necesitada que una madre soltera y despechada.

«Venga, inténtalo, machote».

Apuró el café y pidió la cuenta. Una vez hubo pagado, y sin disimular un ápice, se levantó de la mesa, se puso el abrigo con parsimonia y se dirigió a la salida. Pasó junto a ellos sin dirigirles la mirada. Se produjo un silencio repentino e incómodo. El corazón le golpeaba con tal fuerza que temió por un momento que aquellos hombres pudieran oír sus latidos. Reanudaron la conversación tan pronto como Mónica salió por la puerta .

Reproduciendo la escena en su mente una y otra vez, no puede dormir. Otra noche en blanco. La cabeza llena de pensamientos, la oscuridad llena de fantasmas. Coge el móvil de la mesilla, son más de las dos, y escribe: «Que te jodan, con cariño. Tu Moni» en un mensaje de texto. A ver qué le parece eso al escritor. Con el teléfono en la mano, se incorpora y se sienta al borde del colchón. Enciende la lámpara de mesa y, con el pulgar sobre el botón de enviar, observa el texto que acaba de escribir. El dedo cae, pero en lugar de presionar el

botón verde, se posa en la flecha de borrado.

—Bah —dice para sí cuando no queda una sola letra en la pantalla —. A continuación silencia el móvil, apaga la lámpara y vuelve a meterse en la cama.

11

Al mediodía siguiente, aparcan enfrente del club llamado Passion VIP. Solo unas horas antes, Rayco la ha dejado en casa con una ligera borrachera. A Mónica, las cervezas en casa del canario, única defensa frente a la eterna y soporífera ronda de votaciones eurovisivas, le habían pasado factura. Ahora, seis horas de sueño y un café de máquina bien cargado después, su aspecto es más que presentable, según el espejo en la visera del asiento del acompañante. Hasta se ha maquillado un poco antes de salir. Si aún le queda algún resquicio delator, como unas ojeras más pronunciadas de lo normal o la mirada caída, sus gafas de sol se ocuparán.

No le ha mencionado a Rayco nada del libro de John dedicado que apareció en su buzón anoche; es un tema que no le apetece abordar ahora.

El Passion VIP está ubicado en una pequeña calle de sentido único en el centro de Madrid. Ella esperaba un escaparate abarrotado de lencería y juguetes eróticos, flanqueados por luces led de color rojo y fucsia, pero encuentra todo lo contrario: una pared lisa de baldosa gris, abierta en una estrecha entrada, al fondo de la cual una puerta metálica cerrada les impide el acceso. A un lado, un sobria placa en la que, supone, porque desde el coche no alcanza a leer, viene inscrito el nombre del local. Inconscientemente, Mónica observa, antes de apearse del vehículo, las aceras y los bajos de los coches de alrededor, esperando encontrar preservativos usados o papelinas de droga. No ve nada. Desde la calle, ese lugar, que ocupa el bajo de una casa necesitada de una reforma urgente, bien podría ser la sucursal de un banco o una oficina gubernamental.

Ambos inspectores se encaminan hacia la entrada sin hacer ningún comentario. Mónica presiona el timbre. El local, según se indica en la placa metálica, no abre hasta las ocho de la tarde, pero el día anterior hablaron por teléfono con el encargado, quien prometió esperarlos a las doce del domingo. El reloj marca las doce menos cinco.

El neandertal que abre la puerta es un catálogo andante de tatuajes. Ancho como un roble, viste una ajustada camiseta negra de manga corta y unos pantalones amplios del mismo color. Lleva un anillo de oro con una gruesa piedra verde en el meñique de la mano izquierda, donde luce una uña demasiado larga. Por un momento,

Mónica se pregunta qué hará ese hijo de puta con esa uña. El cabello moreno y recortado y las facciones pétreas de su cara hacen inevitable imaginarlo machacándose en el gimnasio. No obstante, algo le sugiere que, si rebusca en sus pertenencias, encontrará cierto polvillo blanco. Hay miradas que lo dicen todo, especialmente las de los cocainómanos. Sin embargo, ni es la competencia de Mónica ni están trabajando un domingo para eso, de modo que ignora la corazonada y se centra en el asunto que los ocupa.

—Hola. Llegan ustedes puntuales como un reloj suizo, se nota que tienen vía libre para saltarse los semáforos y evadir los atascos madrileños —es la broma del tatuado para romper el hielo.

Un gesto serio tras las gafas de sol es la única respuesta que obtiene de Mónica. De Rayco, una escueta presentación: —Soy el inspector Medina, hablamos ayer por teléfono. Esta es mi compañera, la inspectora Lago.

—Por supuesto, yo soy Álvaro, el dueño del local. Pasen, por favor
.

Se hace a un lado para dejarles entrar. Al pasar junto a él, Mónica percibe un exagerado olor a colonia.

Un estrecho pasillo, carente de ventanas e iluminado por un par de focos en el techo, los conduce a una estancia circular abierta. Una luz artificial procedente de arriba, que se supone apagada durante las horas de servicio, ilumina una larga y moderna barra de bar, que sigue la pared en su perímetro curvo. Una serie de sillones, sofás y hasta camas de materiales sintéticos en colores que rondan el rango cromático del morado, completan el mobiliario. Mónica siente un escalofrío al imaginar lo que se cuece en esa sala cuando abren las puertas y apagan las luces. Y eso que solo han visto la sala de bienvenida; en el extremo opuesto, unas escaleras descienden a un nivel subterráneo que no piensa visitar. Ella nunca ha trabajado en antivicio, pero los colegas le han contado historias espeluznantes en cuanto a lo que ocurre en ese tipo de locales. Aunque también cabe la posibilidad de que estuviera pasándose de fantasiosa.

Andrés Calamaro y su *Estadio Azteca* ponen el hilo musical a un volumen extraordinariamente bajo, como si el mismo establecimiento necesitara descansar de la locura de decibelios vivida durante las noches.

—Por favor, póngase cómodos —los invita Álvaro señalando uno de los sofás.

—Nos quedaremos de pie, gracias —responde Mónica enseguida. «A saber el culo de qué guarra ha estado posado en esos cojines hace solo unas horas», se dice. Un nuevo escalofrío.

—Como quieran. ¿Algo de beber?

—¿Sirven café? —pregunta Rayco.

Mónica se quita las gafas y lo mira atónita. «Vaya preguntas, canario, ni que estuvieras en una pastelería».

—No, lo siento, no servimos cafés.

—¿Esto está correctamente insonorizado? —quiere saber Mónica, mirando al techo—. Los vecinos del primero no deben de estar muy contentos.

—Por supuesto, señora. Todo perfectamente en regla.

Ella lo duda. Una vez más, tiene la certeza de que, si apretara un poco las tuercas a ese comemueslis, daría con una larga lista de faltas e irregularidades. Pero solo quiere incomodarlo. A pesar de que el tipo tiene pinta de haberse enfrentado a la peor calaña de Madrid y de ser alguien a quien no conviene llevar la contraria en su negocio, se muestra dubitativo e inseguro. Hasta sus perfilados pómulos se han sonrojado. Y eso que solo le ha hecho una simple pregunta. Es el estado perfecto para hacer saltar a los de mecha corta, y algo le dice que este la tiene cortísima.

«Y la mecha, también». Casi suelta una carcajada ante su propia ocurrencia.

—He visitado la página web de este sitio —comenta Rayco, mirando en derredor—. Se describe como un local para *swingers*. Dígame, Álvaro, porque tengo curiosidad: ¿Cómo son las noches aquí?

—Córtese con los detalles obscenos, por favor, que acabo de desayunar —suplica Mónica.

Tras dedicarle a esta una mirada de desconcierto, Álvaro empieza a hablar.

—Un local de *swingers* es como una discoteca, solo que, digamos, especial. Los clientes, que normalmente vienen en parejas, tienen que reservar su entrada con días de antelación. Es un sitio muy exclusivo. —Se expresa con el mentón ligeramente levantado, un indicador de orgullo y a la vez deseo de mantener las distancias.

—Pero entonces, ¿es una discoteca para gente pudiente y ya está?

—Yo no diría tanto. No somos exageradamente caros, pero a nuestros clientes les gusta mantener el anonimato y cierta intimidad cuando cruzan las puertas del Passion VIP.

—¿Por qué? —insiste Rayco.

—Podría decirse que este no es un local al uso.

—¿En qué sentido? Sea más preciso.

—En un mundo monógamo como en el que vivimos, algunas prácticas que se realizan aquí dentro no están bien vistas —explica el dueño.

—¿A qué prácticas se refiere?

—Es todo legal, ¿vale ?

Mónica se percata de que su ceño se ha ido pronunciando con cada pregunta.

—Vale. ¿Qué prácticas? —insiste el canario.

—Intercambios de parejas, orgías, juegos eróticos… Perdónenme, pero no entiendo por qué es importante todo esto.

—¿Por qué se pone tan irascible? —quiere saber Rayco, a quien tampoco se le ha pasado el detalle de que Álvaro ha subido el tono de voz y adoptado una postura típicamente hostil: piernas separadas y brazos en jarra.

—No quiero causar problemas a mis clientes, eso es todo. Como he dicho, confían en nosotros porque somos discretos y nunca los juzgamos. Extremadamente discretos. Por eso confían. Porque somos discretos. ¿Entiende?

—Por supuesto —contesta Mónica categóricamente—. Quiere decir que son discretos.

El hombre chasquea los dedos.

—Exactamente. Y nuestro lema con los clientes es: hay muchos sitios donde disfrutar del sexo libremente, pero en ninguno lo hará como aquí.

—Pues hay una clienta por la que ya no se tendrá que preocupar.

Rayco desbloquea su teléfono móvil y alza el brazo hasta que la pantalla queda frente a los ojos del propietario.

Todo color del rostro de Álvaro desaparece al observar la foto del cuerpo sin vida de la joven del lago. Tiene que apoyar una mano en la barra para no perder el equilibrio. Algunos toros bravos se vuelven terneritos cuando se les planta ante un poco de acción.

—Dios mío. Yo no tenía ni idea… ¿quién la ha matado?

—¿Quién ha dicho nada de un asesinato? —observa Mónica, perspicaz.

El hombre balbucea.

—Al ser ustedes inspectores de policía, he supuesto que…

—Pues no suponga nada, ¿entendido? —lo corta ella.

—Quién la ha matado es precisamente lo que estamos tratando de averiguar —le explica Rayco—. Y para ello necesitamos su ayuda. Oiga, ¿se encuentra bien ?

—Sí. Es solo que no sé si puedo ayudarles en algo.

—Empecemos por lo básico. ¿Es esta chica una de sus camareras? —pregunta Mónica ahora.

Álvaro niega con la cabeza.

—¿Una clienta, tal vez?

—Sí, una de las habituales desde hace más de un año.

—¿Sabe cómo se llama? —Mónica nota que la impaciencia le sube por la espalda.

—No, lo siento.

—¿Cómo pagaba? ¿En efectivo o con tarjeta?

—Ella nunca pagaba. Siempre venía como acompañante de sus

parejas.

—¿Sus? —Rayco, firme adalid de la monogamia, ladea la cabeza —. ¿Venía con hombres diferentes cada vez?

Álvaro asiente con la cabeza y se cruza de hombros como si estuviese explicando algo tan simple como el proceso de cocción del arroz.

—Hombres, mujeres… Traía todo tipo de compañías.

—¿No tendrá por casualidad una lista de esos hombres y mujeres? —pregunta Mónica.

—Lo que me está pidiendo es imposible.

—¿Por qué?

—Verán, para empezar, yo no siempre estoy aquí por las noches, tengo un equipo que se encarga de todo.

—Pero acaba de decir que ha visto a la chica aquí dentro, rodeada de hombres y mujeres.

—Exacto. Rodeada de hombres y mujeres. Muchos. Y en ocasiones, entremezclados. Es lo que tienen las orgías. —«Es lo que tiene ser un vicioso pervertido», añade Mónica mentalmente—. Me resulta imposible recordar con quién ha venido esa pobre chica o con quién ha estado, sinceramente.

—Y, la joven, ¿no tenía ninguna cuenta abierta aquí? —insiste Rayco—. Al fin y al cabo, llevaba una tarjeta de visita encima, como le comenté ayer por teléfono.

—Casi todos los clientes habituales abren una cuenta gratuita para recibir noticias de eventos, fiestas y promociones. Pero no les involucra de ningún modo al local .

—Pero tendrá su nombre y su correo electrónico.

—Su nombre no, pero todos la conocían como Pocahontas, y a ella le gustaba.

—¿Pocahontas dice?

—Es habitual que los clientes dejen sus nombres falsos. En el caso de esta joven, el apodo era porque siempre venía con dos trenzas. Parecía una india nativa americana. Un día, estando yo trabajando tras la barra, le pregunté el motivo. —Sonríe lascivamente—. Me dijo que le volvía loca que le cogieran de las coletas por detrás y… en fin…

—Es suficiente —lo corta Mónica—. ¿Tiene una dirección de correo electrónico, o no?

—Sí, pero me temo que será una cuenta secundaria que solo usaba para esto.

—Aun así, si nos hiciera ese favor…

—Por supuesto, denme un segundo —accede, a regañadientes.

Álvaro rodea la barra y se pone a trastear en un viejo ordenador portátil que habrá visto de todo.

—Tiene que estar por aquí… Un segundo… ¡Sí, aquí lo tengo!

Saca un papelito y anota algo en él. Se lo pasa a Rayco.

—Pocahontas —lee este—. Soytupocahontas arroba *gmail* punto com.

—Qué mona —comenta Mónica.

Rayco mira a Álvaro demandando una explicación.

El hombre se encoge de hombros.

—Ya les he dicho que nadie utiliza sus nombres reales.

—¿Alguna cosa más que nos pueda servir? —pregunta Mónica—. ¿Un número de teléfono?

—No. —Niega con la cabeza y el foco hace brillar su mente perlada, típica de los cocainómanos o de los que ocultan algo.

—¿Sabía si era española o de fuera?

—No sabría decirles, apenas llegué a intercambiar unas frases con ella. Pero no me dio la expresión de que fuera extranjera.

La inspectora, mirando de nuevo hacia arriba :

—¿Tiene cámaras aquí dentro?

Álvaro alza las cejas como si se tratara de una broma.

—¿Cámaras, dice? No, por favor. Si mis clientes tuvieran la más mínima sospecha de que están siendo grabados, aquí no vendría ni Dios.

—Es comprensible… —concluye Rayco, y le tiende su tarjeta—. Ya nos ha sido usted de gran ayuda. Y si se le ocurre algo más, por favor, llámenos. A cualquier hora. Una vez más: gracias.

—Es un placer. Por favor, encuentren al asesino. Era una chica tan alegre. Es terrible. Solo pensar que hay un cabrón suelto por ahí matando a mujeres…

Los dos inspectores abandonan el local y caminan de regreso al coche. Mónica saca una multa de debajo del limpiaparabrisas, hace una bola con ella y la arroja al bordillo.

12

De vuelta en Jefatura, Mónica baja al laboratorio de informática mientras Rayco se ha quedado repasando la lista de desaparecidos en las últimas horas.

—Apriétale las tuercas a ese cerebrito —le ha pedido Rayco antes de que ella se perdiera tras las puertas abatibles del ascensor.

La guarida de Pablo Díaz, el hacker superdotado del laboratorio informático de la Jefatura, se encuentra en el sótano del edificio principal. En esa sala minúscula y llena de cables, monitores y servidores, sin ventanas e iluminada por fríos tubos halógenos, solo se oye el zumbido de las pantallas, el murmullo de los ventiladores y el ruido mecánico de los teclados. Siempre que Mónica baja allí, piensa que le resultaría imposible trabajar un solo día entero con ese ruido irritante.

Pablo, por contra, parece haberse acostumbrado a él. Mónica lo encuentra sentado a su escritorio, ensimismado e inclinado hacia sus tres pantallas inundadas en líneas de código. En dos de ellas, las letras son de un color verde brillante sobre fondo negro. En una ocasión, Pablo le explicó que el interfaz futurista no solo es configurable, sino que obedece a un simple gusto estético, dada la obsesión del informático jefe por la serie de películas de Matrix. Así fue como lo expresó .

A Mónica, que atraviesa la treintena, le parece absurdamente joven para responsabilizarse de un equipo como el de informática. Pero al chico no le falta confianza en sí mismo, e incluso en una ocasión tuvo el descaro de pedirle una cita.

—Me caes bien, Pablo —le respondió ella—, pero eres un chaval para mí.

Al menos, solo una de las dos cosas era mentira. Nada mal.

Esa mañana, no hay ni rastro de los compañeros de Pablo, que se encuentra trabajando a solas. Lleva puesto su gorro de lana a rayas rojas y negras, que ya es como una extensión de su cabeza, y el cual, Mónica sospecha, no visita la lavadora desde hace años.

—¿Has concedido el día libre a tus Minions? —pregunta, al no ver a nadie más alrededor. Minions. Así es como el informático llama a sus subordinados, la mayoría de ellos antiguos colegas de estudios.

—Es domingo, ¿recuerdas?

—Tú sin embargo estás aquí, al pie del cañón.

—No tengo amigos, ni novia, y me encantan los ordenadores. —Se encoge de hombros—. Podría decirse que vivo aquí.

Mónica sonríe al comentario. No sabe si darle una palmadita de consuelo o felicitarlo por su aplastante personalidad.

—De todas formas, esta semana me da que voy a estar muchas horas solo.

—¿Y eso?

—No me hagas hablar. Han llamado a los Minions para un curso formativo sobre acoso escolar y ciberbullying. Ni siquiera sabía que existía esa palabra. El caso es que es obligatorio, presencial y dura toda la semana. Prefería cuando nos formaban sobre criptohacking. Era muy básico, pero al menos siempre aprendías algo nuevo.

Ella pone los ojos en blanco. Le acaban de recordar que ella tiene pendiente un curso online sobre la nueva ley de protección animal. Prefiere ir en triciclo hasta el zoo y que lo devore un león. Joder, vaya ducha fría para ser un simple domingo.

—Yo también hice el de criptohacking, ese no estuvo mal. —Mónica se inclina sobre la mesa—. ¿En qué andas liado ahora? —cambia de tema. Ha oído docenas de veces la opinión de Pablo al respecto de los cursos formativos obligatorios de Jefatura y, aunque está de acuerdo con él, no se encuentra de humor para escuchar el discurso de queja una vez más.

El informático aparta por fin la vista del monitor y la mira tras sus gafas de lentes bifocales. Los cristales gruesos le empequeñecen los ojos de manera tan cómica como espeluznante y le dan cierto aire de lechuza. Un hecho que, sumado a su costumbre de no salir apenas de su cueva y no dejarse nunca ver a la luz del sol, le ha acarreado el apodo de Lechuza.

—Un encargo de urgencia —explica—. Esta noche, unos hackers han entrado en la base de datos de una empresa energética y han colado un troyano. —Se detiene para confirmar que ella lo sigue; por si acaso, aclara—: un virus informático. Se ve que han pedido una suma importante de dinero a cambio de restablecer el sistema. Amenazan con apagones masivos en distintas ciudades. Menudos flipados.

—¿Y tú estás intentando descubrir quién ha sido el autor?

—Eso lo he hecho esta mañana. Han sido unos rusos. Lo que trato es de identificar las direcciones IP desde donde accedieron al sistema e inocularon el virus. —Coge aire, abrumado—. Dime, ¿qué puedo hacer por ti? ¿Se trata de la muerta del lago?

—Chico listo. Necesito tu ayuda.

—Solo bajáis a ver al bueno de Pablo cuando necesitáis algo de él.

—Así es la vida.

—Tampoco veo que lo estés negando. —Claramente ofendido, pregunta—: ¿Sabéis ya la identidad de la joven?

—Ese es el problema. No llevaba encima ningún documento identificativo ni teléfono móvil, y nadie ha denunciado su desaparición. Pero tenemos una dirección de email.

—Y tú quieres saber a quién pertenece.

Mónica asiente.

—Y también obtener el historial de emails enviados y recibidos. ¿Es posible?

Pablo agita la cabeza .

—Soy bueno, pero no hago milagros —dice—. No, no es posible. ¿No tenéis su ordenador?

Mónica niega con la cabeza.

—No tenemos ni su nombre o dirección, Pablo.

—Pues mal asunto —responde—. Pero quizá pueda dar con la dirección IP donde se conectó la última vez. Puede que tenga que hacer una llamada a la empresa del servidor de correo. ¿Qué es? ¿Hotmail?

—Gmail.

—Déjamela y luego le dedico un hueco.

Mónica le pasa el papelito con la dirección de email.

Él lo lee y de inmediato la mira por encima de las gafas.

—¿Soytupocahontas@gmail.com?

—¿Qué quieres que te diga? El mundo se está volviendo loco.

—Y que lo digas. En fin, no debería robarme mucho tiempo. Te pego un toque tan pronto tenga información.

—Genial, gracias. —Mónica hace ademán de marcharse, pero se detiene de pronto—. Oye, Pablo.

—Dime —suspira.

—Hay algo más.

Él se quita las gafas, se frota los ojos, seguramente secos de tantas horas de exposición a la pantalla, y observa a Mónica.

—Abusas de mi generosidad. En fin, hablemos claro. Se trata de Yago, ¿a que sí?

Mónica suspira. La naturaleza de Pablo no deja de asombrarla. Cuando se trata de trabajo, cualquiera diría que su comportamiento roza el autismo. Lejos de avergonzarle el símil, Mónica se siente en parte identificada, y, por otro lado, tampoco sabría cómo describir de manera más exacta el carácter de su compañero. Y, aun así, el instinto de Pablo siempre logra sorprenderla.

—Su móvil sale como apagado desde el día que le dispararon.

—Sí, ya lo sé.

—¿Podrías averiguar dónde y cuándo estableció conexión por última vez ?

La tarde en que lo dispararon, Yago envió a Mónica un misterioso mensaje de texto en el que la emplazaba a mantener una conversación. Algo impropio de Yago, se mire por donde se mire. Minutos después, cuando ella intentó ponerse en contacto con él, se encontró con que su móvil no devolvía señal, y ha estado en ese estado desde entonces, hace ya una semana. Cuando la Guardia Civil encontró el cuerpo de Yago en una cuneta, este tenía un agujero de bala en la cabeza y se encontraba al borde de la muerte cerebral. No llevaba el móvil encima y tampoco lo encontraron cuando registraron su domicilio, lo que dejaba algo claro: el pistolero se llevó el teléfono con él.

En cuanto a la búsqueda de testigos que puedan aportar información valiosa sobre lo sucedido, hace días que se canceló, dándola por imposible.

—Mónica, sabes tan bien como yo que el caso lo está llevando la Guardia Civil —dice Díaz—. Pienso ayudarte siempre que esté en mis manos, pero, como subordinada de Yago y parte afectada en el caso, se te tiene prohibido meter las narices.

—Solo quiero encontrar el móvil. En algún lugar tiene que estar, ¿no?

—Es por el mensaje que te envió ese día, ¿verdad?

—¿Te enteraste de eso?

Él asiente tímido, como si fuera a desvelar un secreto inconfesable.

—Tu presencia en las oficinas de la Benemérita fue la comidilla de la oficina durante toda la semana.

Al día siguiente de comenzar la investigación, la Guardia Civil interrogó a Mónica, quien, nada más conocer la tragedia a través de una llamada de Rayco, se personó en una de sus comandancias para informar del mensaje que había recibido. No es amiga de compartir información con los de verde, pero le parecía algo que podía resultar relevante de cara a resolver el caso, y cualquier ayuda era poca. Además, ellos habrían dado con el mensaje igualmente tirando de la compañía telefónica, y Mónica prefería dar el primer paso antes de que una pareja de agentes se personara en su casa y la interrogara como si fuese una sospechosa más. Eso habría dado que hablar en la Jefatura en cuanto se corriera la voz, y un rumor tal era lo último que necesitaba en esos momentos. Un rumor que, al parecer, se ha extendido de todos modos, dado que ya son dos personas (Pablo Díaz y Adolfo Moreno) las que le han mencionado el interrogatorio.

—Yago me envió un mensaje el día que le dispararon —dice, tras un suspiro de resignación—. Necesito dar con la información, y tal vez entonces comprenda el motivo por el cual él quería hablar conmigo.

—¿Y adónde crees que te va a llevar todo esto?

—Pablo, no tengo ni idea, pero no pienso quedarme de brazos

cruzados.

—No sé si es buena idea. —El informático se rasca la coronilla por encima del gorro—. Por cierto, ¿cómo está Yago? ¿Alguna novedad?

Mónica chasquea la lengua.

—No, ninguna. Permanece en coma.

—Ese hombre siempre me ha tratado bien… —Se toma unos segundos para discutir silenciosamente consigo mismo, hasta que emite un resoplido y añade—: En fin, voy a ver si descubro algo, aunque no te prometo nada. No me gusta trabajar a espaldas de la Guardia Civil. Y en cuanto a lo del email de Pocahontas, ya te avisaré. Ahora, si me disculpas, tengo que seguir trabajando.

—¿Pablo?

—¿Sí?

Ha vuelto a ponerse las gafas y a sumergirse en las líneas de código de las pantallas.

—Algún día debería recompensarte con algo.

—Tonterías —contesta él, ausente—. Aunque no diría que no a unas buenas cervezas de importación, como aquella vez.

Apuntando el recado, Mónica cierra la puerta tras de sí y vuelve a emerger a la superficie. Según su último mensaje, Rayco la espera en el bar de enfrente.

13

Nada más empujar la puerta de *La birra de Brian* —el bar donde los muchachos se reúnen fuera de Jefatura—, Mónica saluda al camarero con la mirada. Encuentra a Rayco apoyado en la barra, dando cuenta de un bocadillo de lomo como si tuviera algo personal contra él. Mercedes suele decir del canario que toda su distinción y saber estar se van por el retrete cuando hay comida de por medio, más aún si el hambre le aprieta. Y tiene razón.

Situada al otro lado de la calle, nada más salir de la oficina, la taberna parece haberse quedado atrapada en los años ochenta, con su ventilador de techo, sus conversaciones cíclicas sobre el Gobierno y el sistema de pensiones, y la luminosa echando humo y tragando monedas junto a la puerta. Hoy, vibrante por el fervor de un partido de fútbol, la taberna pulsa con una energía cruda y auténtica. Los vasos espumosos de cerveza forman sobre la barra, listos para pasar de una mano a otra, y los constantes gritos fluyen hacia la tele, donde el árbitro es objeto de todos los insultos. Billetes y monedas vuelan de los bolsillos hacia la caja registradora en una corriente continua. Pólvora para la rule, como dice el canario. «Mañana será otro día, un nuevo y deprimente lunes —parece flotar en el aire como un mantra pesimista—. De modo que, ¡a vivir! »

Rayco le hace una seña con el brazo y ella se le une en la barra. Deja su chaqueta sobre un taburete libre y, sin decir ella nada, el camarero le planta un botellín de su marca preferida de cerveza sobre el mostrador.

Él le pregunta por su visita al laboratorio de Díaz. Ella le resume la primera parte de la conversación. Lo de Yago se lo guarda para ella, no quiere que nadie sepa que está agitando ese avispero por su cuenta, al menos de momento.

—Ese email es de lo poco con lo que contamos ahora mismo, así que espero que Pablo nos consiga algo de utilidad —dice Rayco cuando ella acaba—. Al menos, hasta que Goyo termine con la autopsia.

Mónica asiente distraída. Saca el móvil del bolsillo y lo mira. Sin notificaciones. Lo deja en la barra y lo cambia por la cerveza, que se lleva a la boca casi con deseo. Del primer trago, vacía casi la mitad del contenido.

En ese momento, Andrés Gordillo entra por la puerta. Se detiene, echa un vistazo rápido al local y alza las cejas cuando los localiza junto a la barra. Esta tarde lleva puestos unos vaqueros y un polo de manga corta, lo que le da un toque más informal. Casi no parece el jefe. Se le hace más cercano ahora, sin camisa y chaqueta. Mientras se hace camino entre la multitud, ella se fija en su mentón sin afeitar que lo humaniza; en los serenos ojos castaños, los antebrazos de boxeador y, en el derecho, un tatuaje en letras chinas bajo el reloj. A pesar de todo, en ese ambiente, y rodeado de tanto garrulo, su presencia canta como un golfista en un campo de refugiados.

Esquivando a un par de grupos que ocupan sendas mesas altas, llega hacia ellos y les dedica un rápido y amable saludo. Esta vez, su cojera casi ha pasado desapercibida. Agradece a Rayco la cena de anoche, «estaba muy, muy rica, Mercedes es toda una chef», y comenta que fue una velada divertida. Luego, pide una cerveza sin alcohol. Si, como ella, conserva secuelas del alcohol de la cena, no se le nota en absoluto.

—¿Y qué tal hoy, chicos? ¿Alguna novedad? —pregunta, interesándose por su día.

Mónica se cuestiona si el jefe no tendrá otra cosa mejor que hacer un domingo por la tarde que acercarse a un garito de mala muerte a pasar el rato con dos de sus subordinados.

Rayco le habla de la visita al Passion VIP. Él escucha con atención. Ella aprovecha para volver a comprobar el móvil hasta por dos veces.

—¿Pocahontas? —sonríe Gordillo, jocoso—. ¿Hablas en serio?

—Sí, Mónica ha ido a ver a Pablo y este ya está con ello, a ver qué puede sacar. ¡Eh, Mon! —exclama cuando ella desbloquea el móvil por tercera vez en dos minutos—. ¿Quieres dejar eso y volver con nosotros?

Ella hace chasquear la lengua y guarda el teléfono de vuelta en el bolsillo.

—Perdona, es que llevo todo el día sin noticias de Jamie —dice—. Le he escrito a John para que me cuente qué tal está, y ni siquiera se digna a contestar. Siempre está igual, es como si lo hiciera aposta, para joderme.

—Puedo hacerme una idea. Lo siento —interviene Gordillo.

Ella lo mira como si fuese una tela de araña colgando de una esquina en el techo.

—Perdona, pero no creo que tengas ni idea de lo que pasa aquí.

—Bueno, tengo una hija de trece años. Una edad difícil, sobre todo cuando tienes que ocuparte de ella sin ayuda.

Mónica parpadea. Es una información tan novedosa como interesante.

—¿Así que otro separado en la Jefatura? Te vas quedando solo,

canario. —Sonríe a Rayco, que la mira tenso, como queriéndole transmitir algo telepáticamente—. ¿Qué pasó, jefe? ¿El típico caso del poli malhumorado al que no aguantaban en casa?

Mónica se fija en que Rayco ha cerrado los ojos, llevándose los dedos índice y pulgar al puente nasal. De inmediato, la inspectora intuye que ha metido la pata.

—Soy viudo. Cáncer de colon —responde Gordillo, dedicando a Mónica una sonrisa triste con ceño contenido. Más que pronunciarlas, las palabras se han deslizado fuera de su boca, empujadas por un estremecido soplido. Rayco carraspea sin apartar la mirada de las servilletas usadas del suelo, y Mónica solo quiere que se la trague la tierra.

—Vaya, lo siento.

El jefe hace un gesto con la mano.

—Me vale con que, a partir de ahora, no ladees la cabeza con lástima cada vez que me veas llegar. Odio cuando la gente hace eso.

Rayco se ríe aliviado. Mónica siente el deseo de reírse también, y le parece que es la primera vez en meses, pero se contiene, todavía avergonzada por su comentario y ataviada con la coraza imaginaria que se pone sin querer delante de su nuevo jefe.

Ahora es el teléfono de Rayco el que suena sobre la barra.

—Es Mercedes —dice, comprobando la pantalla—. No sé qué querrá, ahora vuelvo.

Se disculpa y culebrea entre la multitud hasta dar con la salida.

—Su verdadera jefa —bromea Gordillo sobre Mercedes y Rayco, una vez que se ha quedado a solas con Mónica. Esta se lleva el botellín a la boca para no verse obligada a sonreír.

Cruza su mente un repentino deseo de ser transportada a un lugar lejano, donde no tener que afrontar la conversación que la espera.

—Oye, siento el comentario de antes sobre tu mujer, en serio —insiste.

—Olvídalo. —El inspector jefe da un sorbo a su cerveza. Luego, de una manera extremadamente discreta, se pasa la lengua por el labio superior para barrer los restos de espuma—. ¿Cuántos años tiene tu hijo?

—Cero coma setenta y cinco —responde, y añade, sarcástica—: Nueve meses, para los de letras.

—¿Su padre te está jodiendo? —sigue él.

—Yo no diría eso. John es un desastre, eso es todo. Y se le olvida contestar a mis mensajes, cosa que me saca de quicio.

—Hablamos de John Everett, ¿verdad? Tu ex. ¿Es el escritor ?

Impasible, Mónica le da un nuevo sorbo a la cerveza. Está fría, pero no demasiado. Conforta. Y sosiega.

—El mismo.

En ese punto de la conversación, Mónica ya ha concluido que no será fácil. No con Gordillo, desde luego. Él sabe sobre ella, o al menos de la parte de su pasado que puede considerarse pública. Su expediente, que sin duda llegó a sus manos el primer día, lo habrá ilustrado un poco más al respecto. Eso debe de intensificar la curiosidad de Gordillo. Mónica decide tantear al enemigo y estudiar sus reacciones: nada que resaltar. ¿La está poniendo a prueba, o de verdad siente el genuino interés por ella que pretende hacer ver?

—Lo de Londres fue impresionante —dice él, enlazando hábilmente a John con la profesión que comparten—. Me refiero al caso en el que salvaste al padre de tu hijo de una condena segura.

Mónica se estremece. ¿De verdad están hablando de eso?

—Fue una pesadilla —es la evasiva que le viene a la cabeza.

—No creo que lo sepas, pero nos cruzamos en una ocasión —dice él tras un momento.

«Imposible. Lo recordaría», piensa Mónica.

—Pues no, no me suena —dice.

—Te lo prometo. Frente al palacio, en el parque del río. Hace cosa de un año. Era verano. Vestías una blusa azul y pantalón blanco. Y le cogías del brazo a un hombre. Everett, supongo.

«Tiempos mejores».

—Supongo —dice, entre cauta y enfurecida. Terreno delicado.

—Te reconocí porque me sonabas de verte por Jefatura —dice—. Recuerdo que pensé que no parecías española.

Mónica sigue sosteniéndole la mirada, impávida.

Alguien ha metido un gol y el bar entra en erupción, interrumpiendo todo lo que allí está ocurriendo.

—¿Y eso? —pregunta ella cuando el ruido ha remitido.

Él se encoge de hombros, parsimonioso .

—Tus rasgos. Los ojos, el tono de la piel… —Recorre su brazo con la mirada—. Supongo que no pareces latina.

No responde a eso. No debe.

—¿Cómo te apañas compaginando el trabajo aquí con el pequeño en casa? —se interesa él, dirigiendo un fugaz y premeditado vistazo al móvil de ella.

—Voy tirando. Puedo cuidarme sola.

—Sé que puedes, pero es algo que me preocupa. Estamos en el mismo equipo. —La busca con la mirada y añade—: Si necesitas flexibilidad con tus horarios, solo dilo.

Ella, con recelo:

—¿Tú también pones en entredicho mi vuelta?

Él retrocede un paso.

—Al contrario, admiro tu dedicación. Solo quiero asegurarme de que no te sobrecargues.

—No necesito tu compasión, Andrés.

—No es compasión, es compañerismo. ¿Recuerdas cómo funciona eso?

Mónica deja el botellín sin terminar sobre la barra, cual si fuese un objeto despreciable, antes de ponerse la chaqueta.

—¿Ya te vas? —pregunta él.

—Por ahí vuelve Rayco —responde ella, asintiendo con la cabeza —. Os dejo que habléis de vuestras cosas. Hablamos.

De camino a la salida, se cruza con Rayco, con quien se detiene un segundo, aunque solo sea para decir:

—Me voy, estoy cansada. Mañana seguimos.

14

La oscuridad ya cubre la ciudad cuando sale de la parada de metro más cercana a su edificio. Hace una temperatura agradable; recuerda haber visto en el letrero luminoso de una farmacia, al mediodía, que la temperatura marcaba dieciocho grados. Distingue una cara conocida entre la multitud. Sin vacilar, cambia de acera. No está de humor para conversaciones incómodas y sonrisas forzadas. Este desvío inesperado la conduce a la plaza de Chamberí, que cruza rozando el templete antiguo, un lugar que no visitaba desde las primeras Navidades de John en Madrid. En aquel entonces, la plaza brillaba con luces blancas y azules, y desde el templete, las notas del *Last Christmas* de George Michael se esparcían en el aire. Aunque nunca fue amante de la Navidad, esa melodía, tras su separación de John, se ha convertido en un eco melancólico.

Hoy, el templete se erige vacío y silencioso, lo que no impide que Mónica sienta que se le encoge el estómago. Una sensación que se intensifica cuando abre la puerta de su hogar y lo encuentra:

El puto libro de John, descansando en la barra americana, justo donde lo lanzó en un arrebato la noche anterior y olvidó mover esta mañana.

De modo que ahí sigue, como si se burlara de ella .

A pesar de su rabia, no puede deshacerse de él (es un ejemplar firmado, después de todo), así que simplemente opta por sepultarlo en el cajón de las facturas viejas, entre papeles y objetos desubicados.

Entre esos objetos, una acuarela. Mónica se la queda mirando por un segundo. Es un paisaje marítimo. La pintó a los once años, en una clase de pintura a la que su padre la llevó. Los trazos son torpes, los colores, desvaídos, pero para Mónica, que nunca se consideró artista, es un tesoro, un vestigio de días más inocentes, cuando su padre estaba vivo y su vida no parecía guion de película.

—¿En serio vas a colgar esto de la pared? —se mofó John, pensando que ella bromeaba cuando propuso enmarcar la acuarela y exhibirla en el salón.

—Pues sí. ¿Qué tiene de malo?

—Que es un dibujo infantil, Moni —continuó riéndose él, llevándose el dibujo por el pasillo—. Venga, lo pondremos en la mesilla del dormitorio.

—No, es igual —dijo ella con desdén, dando por finalizada la conversación. Era una gota más en un vaso ya colmado.

Sacudiendo la cabeza, Mónica cierra el cajón con fuerza, apartando por un momento el recuerdo del libro. Pero su mente no encuentra paz; vaga hacia Yago, reviviendo la reciente conversación con Pablo, a la que no deja de darle vueltas. Un vaivén constante entre la pena y la incertidumbre. La conducta solitaria de Yago en su investigación, el enigmático mensaje de texto… todo levanta sospechas. Y ahora, recién reincorporada al Cuerpo, se enfrenta al caso de la muerta del lago, un misterio que se complica con cada hora que pasa sin identificar a la víctima. Si ese detalle clave se demora mucho más, corren el riesgo de que la investigación quede estancada. Detestaría que su primer caso tras su readmisión fuera a parar a la carpeta de S*in resolver*.

Sin quitarse el abrigo ni descalzarse, se dirige al dormitorio, donde la cuna de Jamie espera vacía junto a su cama de matrimonio. Es una estampa desoladora que la rompe por dentro. En ese momento, no se le ocurre nada más triste que una cama de matrimonio vacía y una cuna sin bebé. Toca los barrotes de madera, un regalo de Rayco y Mercedes, y ansía que el tiempo vuele hasta que el tiempo de John con Jamie termine y su hijo regrese a su lado. Todavía no sabe cómo va a compaginar sus complicados turnos en Jefatura con la atención al niño, pero es algo que irá viendo sobre la marcha. Desde luego, un caso de asesinato sin identificar no le va a facilitar las cosas.

Perdida en sus pensamientos, se sienta en el nórdico, abrazando un cojín. Tras darle unos golpes para esponjarlo, lo vuelve a colocar en su lugar. Sonríe ante la idea de que ojalá la vida fuera tan sencilla como un cojín, susceptible de ser restaurado con un par de palmadas. Pero reconoce que la vida se asemeja más a una barra de hierro; una vez doblada, por más que se intente enderezar, nunca recobrará su forma original.

Con eso en la mente, se queda dormida con la ropa puesta. Ocho horas después, es el timbre de su móvil el que la despierta. En la pantalla, el nombre de Goyo Velasco irrumpe en la quietud de la habitación.

15

¿Qué pasa, Goyo? ¿Has soñado conmigo y no podías esperar?

Tras una áspera carcajada, el forense se la devuelve al otro lado: —¿Contigo? ¿Tan desesperado crees que estoy?

—Venga, ¿qué quieres?

—Te dije que te llamaría tan pronto hubiera acabado con la chica del lago.

Mónica comprueba el reloj de la mesilla. No son ni las ocho de la mañana.

—¿Ya? ¿A qué hora te has levantado?

—No es de tu incumbencia, cielo. Pero no, la autopsia la concluí ayer por la noche.

Mónica resopla. Otro idiota que trabaja los domingos. ¿Es que no ha habido un policía en toda la Jefatura que haya disfrutado del fin de semana? La mente se le va a Adolfo Moreno, a quien se imagina repantingado en el sofá con una birra en la mano, el paquete de Risketos en la otra, mientras le grita al árbitro del partido que echan por la tele. El caso es que, Moreno aparte, parece haber un virus de responsabilidad profesional que afecta a todo policía de la Jefatura. Eso, o que el oficio lleva inherente una paupérrima vida social. En su caso concreto, hay mucho de ambas, se teme.

—No sientas pena por mí —añade Velasco, que parece que le está leyendo la mente a través de las ondas—. No todos pasan una noche íntima con una preciosidad como ella.

—¡Joder, Goyo, un poco de decoro, que su cuerpo aún está caliente! —lo abronca ella, y él se ríe disfrutón.

—De hecho, no, está helada. Helada y perfectamente cosida. Soy un costurero de primera.

Mónica pone los ojos en blanco.

—Bueno, ¿qué tienes? ¿Algo nuevo?

—Por supuesto. De lo contrario, no te habría despertado.

«Llevo despierta casi toda la noche», se lamenta ella para sí.

—¿Has determinado la nacionalidad de la víctima?

—No, aunque tiene todas las papeletas de ser española.

—Vale. Entonces, ¿qué tienes?

—Revisa tu email.

—¿Mi email? ¿Por qué…?

—Vamos, no repliques y sígueme el juego.

—Esto no es una jodida *scape room*, pero paso de discutir contigo.

Mónica abre la pantalla del portátil e introduce su contraseña: PatrickShearer1984.

Inmediatamente se abre una ventana con varios mensajes sin leer. El último de todos es de Goyo Velasco. Asunto: Imágenes de la princesa.

—Tengo un correo tuyo —comenta—. No tienes remedio.

—Ábrelo…

Mónica coloca el ratón sobre él y lo abre con un doble clic. Es un mensaje con una sola línea de texto y cinco imágenes adjuntas: Saludos desde el sótano del terror.

G.V.

—Abre la primera foto —dice el forense .

Mónica clica en el primer archivo. Un primer plano aumentado aparece en pantalla. Mónica tiene que entornar los ojos para reconocer el cuello de la víctima. En el borde superior de la imagen, identifica el nacimiento del cabello rubio. Goyo ha debido de sacar la foto antes de raparle la cabeza para examinar el cráneo de cara a analizar posibles traumatismos craneales. La parte inferior de la foto muestra el cuello y el inicio de la clavícula.

—¿Estás viendo un cuello?

—Sí —confirma Mónica.

—Bien, tal como sospechaba, la víctima sufrió asfixia por compresión del cuello, con los hematomas correspondientes en el mismo.

—Aham —lo interrumpe Mónica, pero Velasco no permite que eso le arruine su momento de gloria.

—Popularmente conocido como estrangulamiento.

—Estrangulamiento —repite Mónica—. Entiendo. —Aumenta una parte de la imagen donde los hematomas son más visibles y la examina—. ¿Entonces le retorcieron el pescuezo?

—Muy posiblemente. Debe destacarse que los hematomas son apoyados por signos de congestión pulmonar, leves rupturas traqueales y esofágicas, y… abre la siguiente foto.

Mónica obedece. Esta vez no tiene que esforzarse por reconocer lo que muestra la imagen: es el rostro de la joven, ojos cerrados, boca casi formando una sonrisa, y aparentemente en paz.

—¿Qué tiene en la cara? —pregunta, ladeando la cabeza.

—Más hematomas, lesiones típicas.

—Típicas de una pelea.

—Sí, aunque no he encontrado restos de carne debajo de las uñas.

—Entonces, ¿podemos confirmar que la causa de la muerte es el

estrangulamiento?

—Si solo consideramos las lesiones en rostro y cuello, sí.

—Oigo un pero.

—Siguiente foto.

Mónica abre la siguiente imagen, que muestra la zona de la espalda a la altura del omóplato izquierdo .

—¿Qué estoy viendo? —pregunta, confusa.

—Si te fijas, podrás ver unos hematomas.

—¿Debidos a una caída?

—Yo apostaría mi nómina por ello.

—Y eso que cobras un pastón.

—No me hagas hablar.

—Así que la asfixiaron y cayó desde algún lugar elevado, o bien cayó, no murió en el acto, y es asesino la remató estrangulándola —deduce—. ¿Y las demás fotos?

—Son memes machistas.

Cansada de su humor, Mónica agarra el auricular con fuerza.

—Pero, volviendo a la muchacha, tengo más sorpresas para ti —continúa el forense.

—A ver, suéltalo de una vez. Y como sea un maldito chiste fuera de lugar…

—No es ningún chiste —la corta—. Pero, para verlo, tendrás que acercarte hasta aquí. Quiero mostrártelo en persona.

16

Después de un trayecto de siete paradas y sus respectivos transbordos en el metro de Madrid, donde comparte oxígeno con la manada que se mueve en masa bajo tierra en la hora punta del día, Mónica acude al instituto forense antes de pasar por Jefatura. Al menos, no tendrá que perder el tiempo buscando plaza de aparcamiento en torno al hospital clínico, una tarea a prueba de los más pacientes. Algo bueno tiene que tener utilizar el transporte público, se consuela.

Una señal de neón, sobre la pesada puerta de metal que accede a la zona donde Goyo Velasco realiza sus mórbidas prácticas, parpadea a la escasa luz del pasillo de la planta baja, aportando drama con matices apocalípticos.

Mónica la empuja y entra en una silenciosa recepción separada por un panel de cristal. Tras él, una mujer de mediana edad finge hacer algo de suma importancia en el ordenador, sin darse cuenta de que los cristales de sus gafas reflejan la página web de una tienda online de ropa femenina. Cuando Mónica golpea el panel con los nudillos, la mujer se sobresalta y mueve el ratón deprisa para cambiar de pestaña en el ordenador. Mónica está a punto de recomendarle el vestido beige, pero se contiene. Esta mañana no tiene humor, ni tampoco tiempo, para ese tipo de juegos. Aun así, la mala conciencia delata a la recepcionista, porque sus mofletes se han ruborizado en cuestión de segundos.

—El profesor Velasco me está esperando —dice Mónica.

—Pasando esa puerta —contesta la mujer, de cuyo jersey de punto cuelga una plaquita que la identifica como Beatriz Gandul. Si se trata del apellido o de un apodo muy bien tirado, quedará en suspense.

Mónica llama a la puerta del final del vestíbulo y, sin aguardar respuesta, entra en los dominios de Gregorio Velasco. Este la espera de espaldas, de pie frente a una especie de lavabo sin espejo. Está desinfectando minuciosamente algunos utensilios. En contra de lo que cualquiera pudiera pensar, allí dentro no huele ni a química, ni a desinfectante ni tampoco a podredumbre. No huele a nada, en realidad. Algo que suena a música clásica llega de algún lado que Mónica no identifica de primeras.

Al oír la puerta, el forense se vuelve y le dedica una sonrisa pícara

a la vez que se seca las manos con papel desechable.

—Has tardado. Ya pensaba que no vendrías.

—Tengo el coche en el taller —es la excusa de Mónica—. Dime, ¿qué más has descubierto? ¿La tienes en la nevera?

—No, te la he preparado para que no tengas que esperar. Sabía que vendrías.

Conduce a Mónica a la sala de al lado, de mayores dimensiones. Las lisas paredes pintadas de blanco reflejan la fría luz del techo, provocando en Mónica una sensación de rechazo. El zumbido constante de un ventilador llena el silencio como el ruido de una colonia de abejas al reunirse en torno a una colmena. A Mónica le viene a la mente la imagen de una cámara frigorífica donde conservar la carne de las reses.

—¿Eso que suena es Chopin? —pregunta ella, ahora que la música es mucho más reconocible.

—Lo mejor para nuestros huéspedes, ya lo sabes. Me gusta pensar que una música adecuada ayuda a las almas a encontrar el camino.

—¿Y crees que esta chica tenía pinta de inspirarse con Chopin?

Velasco le dedica una sonrisa espeluznante .

—No, pero yo sí. Chopin es el amo.

En el centro de la sala, hay una mesa de acero inoxidable sobre la que yace el cuerpo tratado de la muerta. Permanece oculto por una sábana.

—Hola, guapa. Tienes visita —le susurra el forense al oído.

Mónica no puede evitar apartar la mirada ante el gesto de mal gusto. Desde que se conocen, años atrás, ha tenido tiempo suficiente para acostumbrarse a las formas, a veces groseras, con las que su compañero se dirige a los cadáveres a su cargo. Acabó llegando a la conclusión de que un hombre con ese trabajo no tiene otra alternativa que crear su propio relato y tratar a los muertos como personas vivas. Bien pensado, tiene algo de similitud con el hecho de que ella sea capaz de disparar a un criminal y a las pocas horas irse de cañas.

Con un rápido y delicado gesto, desliza la sábana hasta la cintura, dejando la mitad superior de la chica al descubierto. A pesar de la colección de cadáveres a la que ha tenido que hacer frente a lo largo de su carrera, Mónica tiene que aguantar la respiración para no estremecerse ante tal horrible visión, una que pondría a prueba la fe del mayor creyente.

—¿A que es una belleza?

Mónica no tiene claro si se refiere a la joven o al mapa de grotescas cicatrices que, fruto de su trabajo, cubre el cuerpo. Prefiere no contestar.

—Vayamos al grano —dice, y en ese punto se fija en algo—. Espera, ¿qué le pasa en los pechos?

—Pensé que no te darías cuenta.
—Como para no verlo. Los tiene desinflados.
—La palabra exacta sería vacíos.
Mónica alza la mirada.
—¿Implantes?
—Implantes de silicona muy generosos —confirma Velasco poniendo voz de presentador de concurso—. Sospeché que los llevaba nada más ver la constitución de la chica, demasiado baja y menuda para esa delantera. —Mónica le dedica una mirada de reproche, pero él parece no darse cuenta y continúa—. Son de bastante calidad, me atrevería a decir. Tecnología avanzada. Tú no estás puesta porque nunca te han hecho falta, pero… —se detiene con los ojos clavados en el pecho de la inspectora, que se ve obligada a carraspear para sacarlo de su hipnosis temporal—. Mierda, lo siento, Mónica, a veces soy un bocazas y un pervertido. Es por estar tanto tiempo solo, yo…
—No te preocupes. ¿Tienes los implantes por ahí?
—Por supuesto. Sabía que querrías echarles un vistazo.
El forense se da la vuelta y se agacha hacia una mesa baja donde guarda una caja metálica que se asemeja a una fiambrera gigante. De ella saca un par de bolsas de silicona.
—¿Qué puedes decirme de ellos? —pregunta Mónica, examinando los implantes—. Me refiero a si hay alguna manera de saber en qué clínica se los han puesto.
—Me temo que los implantes mamarios no llevan un número de serie grabado como si fuesen el bastidor de un coche. Toda la información es entregada por el cirujano, tanto al paciente como al fabricante, en el momento de la operación.
—Vaya.
—Pero puedo asegurar sin miedo a equivocarme que son implantes de gel cohesivo, también conocidos como implantes gomosos.
—¿Gomosos?
—Es la técnica más avanzada en este tipo de cirugías. —Señala la zona inferior de los pechos con el dedo índice—. Utiliza un gel de silicona más cohesivo, mantiene mejor la forma y requiere de incisiones menos intrusivas.
—Te veo puesto.
—Últimamente se ven bastantes por aquí, más de lo que imaginarías. Así que un día perdí la tarde llamando a un par de colegas que son cirujanos plásticos.
—¿Colegas? ¿Tú? Venga ya.
Velasco escenifica una carcajada.
—Me parto. El caso es que, para tu información, esta técnica todavía es relativamente disruptiva, así que no hay muchas clínicas en Madrid que la ofrezcan.

—Me lees la mente. Gracias. Quizá podamos dar con la clínica donde le hicieron la intervención y tal vez así averigüemos su identidad y demás datos personales.

—Pues espera, que he dejado lo mejor para el final. —Deja los implantes en su sitio y se cruza de brazos. Sin dejar de mirar a la chica, dice—: Sus pulmones estaban inundados.

—¿Agua o sangre?

—Agua, claro. No presenta ninguna hemorragia interna.

Mónica ladea la cabeza, sin saber adónde quiere ir a parar su colega.

—¿Pero eso es normal, no? La encontraron en la orilla de un lago.

—Sería normal si los lagos de Madrid tuvieran cloro.

Mónica nota que sus ojos se abren de par en par.

—¿La muerta tenía cloro en los pulmones?

—Hasta arriba de cloro.

—Solo me vienen piscinas a la mente. Pero, entonces, ¿por qué movería el asesino el cadáver hasta un lugar tan público y a la vista?

—No tengo respuesta para eso, pero sí tengo una hipótesis sobre la secuencia del asesinato —dice Velasco—. ¿Estás dispuesta a bajar a un nivel especulativo?

Mónica lo mira con estupefacción. ¿Ahora resulta que Goyo Velasco es un ilustrado?

—¿Tengo cara de gozar de alternativa a bajar al jodido nivel especulativo?

—Bueno, puedes esperar a que Vara y su tropa de gafas vuelvan al lugar del crimen y encuentren alguna pista que nos aporte informaciones certeras.

—Venga ya, ni que fueras nuevo. Sabes que eso no pasará.

—¿Tan poco confías en los de la científica?

—Al contrario, Vara y sus chicos son de lo más minucioso que puedas imaginar. Me cuesta pensar que pasaran pistas por alto. Venga, dispara tu hipótesis.

—Dada la presencia del cloro, podemos dar por hecho que el autor del asesinato estranguló a la chica mientras la sumergía en una piscina.

—Sí .

—Pero las marcas en el cuello son demasiado evidentes.

—Claro, el asesino rodeó el cuello de la víctima con sus manos y, mientras hacía fuerza, la sumergió en el agua. Puede que él también estuviera…

Velasco pisa sus palabras, haciéndola callar:

—Aunque vas bien encaminada, deja que termine de hablar, por favor.

«Si te dejo hablar, me tendrás aquí hasta que España gane

Eurovisión», piensa Mónica. Con un gesto del brazo, lo invita a continuar.

—Considero que, para que un hombre asfixie a una mujer menuda bajo el agua, no necesita ejercer tanta fuerza en su cuello.

—No sé a dónde quieres llegar, Goyo.

—A mi hipótesis, que en mi opinión es más probable que la original.

—¿Y esta es…?

Velasco sonríe. A veces parece que disfruta exasperando a los demás con su labia interminable.

—Creo que el asesino bien pudo estrangular a la chica fuera del agua. Eso explicaría las marcas en el cuello.

—Pero no exime que la sumergiera durante el estrangulamiento. Y, desde luego, no explica el cloro en los pulmones.

—¡Muy cierto! —El forense señala a Mónica con el dedo como haría un viejo maestro con un alumno aplicado—. A menos que, durante la disputa, la chica cayera, pongamos desde una superficie elevada, como un balcón, a una piscina.

—¿Por qué iba a caer desde una superficie elevada?

—Por el leve hematoma que presenta en la espalda, síntoma de una contusión.

Mónica lo mira con ceño.

—¿Qué hematoma?

—El que presenta la víctima en la espalda. Lo acabo de decir.

—¿Y por qué no lo has mencionado antes?

—Te lo he mencionado por teléfono. ¿Es que no prestas atención ?

Mónica suspira, cansada de la absurda discusión. Tras unos segundos de reflexivo silencio, contraataca en el particular conflicto intelectual que está manteniendo con el forense sabelotodo.

—Pero no has encontrado evidencias de impactos en el cráneo, de modo que no se golpeó la cabeza en la caída. Esa causa queda descartada.

—Correcto.

—Vale, así que la joven se ve envuelta en una pelea, la estrangulan, se resiste y finalmente cae a una piscina desde lo alto, pero sobrevive a la caída. —Recopila—. ¿Por qué no saldría de la piscina por su propio pie?

—¿Tal vez no sabía nadar? O quizás estaba inconsciente cuando cayó al agua, ahogándose.

—¿Puede que ya estuviera muerta cuando cayó al agua? Ya sabes, estrangulada.

—En ese caso, el nivel de cloro en los pulmones sería casi imperceptible, mucho menor que el que hemos encontrado.

Mónica se pasa los dedos por el pelo, impaciente.

—Hay que joderse con el nivel especulativo —dice al aire—. Resumiendo, tu fantástica teoría solo se sostiene en el caso de que la víctima no supiera nadar.

El forense asiente.

—Ahora solo os queda averiguar ese dato que confirme mi tesis. O que la eche por tierra.

—En cuyo caso volveremos al punto de partida: o bien la estrangularon bajo el agua después de una pelea, o bien ya estaba muerta o inconsciente cuando se sumergió.

—Pero, si se confirma que no sabía nadar, solo tendréis que encontrar una casa con varias alturas y piscina privada cuyo propietario o inquilino tenga una historia con la joven. ¡Vamos, eso no es nada para Mulder y Scully!

Mulder y Scully. Fanático de la popular serie de los años noventa, a Gregorio Velasco le encanta referirse a Mónica y Rayco como los dos protagonistas. Ella lo detesta.

—Sí, tan fácil como eso —replica Mónica, enfatizando el sarcasmo
.

Poco después, la inspectora vuelve a traspasar la entrada, ahora hacia fuera, despidiéndose de paso de la Gandul, quien, a pesar de lo pesados que se le notan los párpados, sorprendentemente le devuelve el saludo sin apartar los ojos del monitor.

Mónica vivirá el resto de su vida sin saber si al final cayó el vestido beige o no.

En la planta dedicada a los departamentos de Homicidios y Desapariciones, el lunes ya hace rato que ha empezado. La actividad se nota en el ambiente: dedos aporreando teclados, llamadas telefónicas y olor a café. El escritorio de Rayco se encuentra vacío, pero la cazadora de cuero sobre el respaldo de la silla y el ordenador en modo hibernación, no apagado, revelan que el canario no está lejos. Las llaves del Toyota sobre la mesa son la prueba definitiva.

Lo encuentra frente a la máquina expendedora de la salita reservada para el café. Sostiene un humeante vaso de cartón en cada mano.

—Solo y sin azúcar, como a ti te gusta.

Rayco le tiende un vaso.

—Me has leído la mente —sonríe ella, aceptando el café y llevándoselo a los labios—. ¡Ostras, cómo quema!

—Recién salido del infierno.

—Precisamente, del infierno vengo —comenta Mónica una vez que se ha asegurado de que su paladar está intacto.

El canario sonríe ante la precisa visión de la guarida de Velasco.

—¿Qué se cuenta Goyo? ¿Novedades?

Mónica le detalla sus conversaciones con Velasco y Díaz. Rayco permanece atento sin interrumpirla. Incluso una vez terminado el resumen, se mantiene callado unos segundos antes de hablar: —O sea, que la joven forcejeó con su asesino, eso lo sabemos por las marcas en la cara y espalda. Y luego, tenemos tres opciones probables: uno, que fuera estrangulada debajo de agua con cloro, como la de una piscina. Dos, que cayera a la piscina desde una superficie elevada, y como no sabía nadar, se ahogó. Y tres, que estuviera ya muerta o inconsciente cuando aterrizó en el agua. Las tres teorías encajan con el cloro en los pulmones, las heridas en el cuello y los hematomas. ¿Es así?

—Más o menos.

—Pues si eso es todo lo que tenemos, estamos jodidos.

—Estamos muy jodidos, sí —repite Mónica.

—Anoche me quedé hasta tarde repasando las denuncias por desaparición a nivel nacional.

—¿Y nada?

—Nada, cero. Como si esa mujer fuera un fantasma. Hasta ahora nadie la ha echado de menos. Nadie ha notificado su ausencia.

—Tal vez la dirección de email nos diga algo —dice Mónica.

—No me haría ilusiones.

—¿Por qué lo dices?

—Es una corazonada. Fíjate en la dirección y en el ámbito en que la utilizaba. Creo que era una cuenta abierta exclusivamente para sus interacciones con el Passion VIP, lo más probable desde lugares públicos como cibercafés o bibliotecas.

—Esperaremos a ver qué nos dice Pablo —responde ella, e introduce una pausa como siguiendo un pensamiento concreto. Luego añade—: ¿Y si ni siquiera era española?

Rayco la mira un segundo a los ojos.

—¿Quieres decir una turista?

—Estaba pensando en una no registrada. Una sin papeles. Piensa que, según nos dijo el dueño del Passion VIP, era clienta habitual, de modo que no me encaja como turista. Además, recuerda la ropa que llevaba puesta.

Rayco asiente.

—De fiesta.

—Y cara de narices —añade ella—. Pero, por otro lado, también dijo que siempre iba como acompañante, lo que le permitía acceder al club sin necesidad de facilitar sus datos personales.

—Puede que por eso nadie haya denunciado su desaparición. Por su aspecto físico, se me ocurre que fuera, por ejemplo, de Europa del Este y que esté aquí indocumentada.

—¿Prostituta?

Rayco se encoge de hombros.

—Es una posibilidad, ¿no?
—En principio sí.
—¿Pero?
—Álvaro, el del Passion VIP, ¿mencionó que la joven tuviera un acento extranjero?
—No, pero tampoco se lo preguntamos.
Mónica se apoya en la máquina de sándwiches, cierra los ojos y toma un buen trago de café, algo más templado ahora.
—De todas formas, me extraña que una joven de la Europa del Este que trabaja aquí como prostituta ilegal se gaste tanta pasta en ropa e implantes de la mayor calidad —señala—. Que no se me olvide preguntarle luego a Goyo si hay algún indicio que haga pensar que la mujer fuera de Europa del Este.
—Esta mañana, nada más llegar, he contrastado las huellas dactilares de la chica con la base de datos.
—Entiendo que no has obtenido nada, de lo contrario, nada más verme llegar habrías venido a contármelo meneando la colita.
Rayco se lleva su capuchino a la boca y hace una mueca.
—Muy graciosa. No, sus huellas no constan en la base de datos, lo que significa que no tiene antecedentes.
—Por lo menos en España —matiza.
En ese momento, el inspector jefe pasa por el pasillo que conduce a su despacho, dejando una ráfaga de olor a gel de ducha y desodorante. Del hombro le cuelga una estilosa bolsa del gimnasio. Su pelo, todavía húmedo, está peinado hacia atrás.
—¿Andrés está al tanto de las novedades? —pregunta Mónica.
El canario niega con la cabeza.
—Aún no hemos hablado, acaba de llegar. Pero el siguiente paso es evidente, ¿no?
—¿Ah, sí? ¿Cuál?
—Pedir una orden judicial que nos de permiso de acceso a las bases de datos del registro civil. Es lo que dice el procedimiento.
Mónica resopla. Cada vez que escucha la palabra procedimiento, siente el impulso de quitarle el seguro a su revolver personal.
—Al cuerno la burocracia. No tengo ganas ni paciencia para esperar esa orden. Sugiero que vayamos a dar una vuelta y ver si damos por casualidad con la clínica de implantes mamarios donde se operó la chica.
—¿Interrogar a un cirujano plástico en su lugar de trabajo? Es un sueño hecho realidad —ironiza el canario.
Tras un último trago a su café, el inspector hace del vaso de cartón una masa deforme y lo arroja a la papelera.
—Venga, mal bicho, pongámonos en marcha antes de que Andrés nos pregunte al respecto.

17

Mónica y Rayco se quedan un segundo observando la entrada del centro. Antes de salir de la oficina, Pablo Díaz les ha facilitado una lista con las direcciones de las clínicas de cirugía plástica más prestigiosas de la ciudad. El canario echa un último vistazo y la dobla, haciéndola desaparecer en el interior del bolsillo de la chaqueta.

La opción ganadora es una empresa de clínicas franquiciadas y con gran inversión en publicidad, en cuya web ofrecen expresamente implantes mamarios gomosos. Más que ofrecerlos, se enorgullecen de ellos y los venden como si se tratara de la rueda, la penicilina o el dulce de leche. Una de sus clínicas es la de Pozuelo de Alarcón, donde se encuentran ahora. Después de un centro en la calle María de Molina, en el barrio Salamanca, donde el cirujano no ha reconocido a la víctima tras ver la foto, esta ha sido la siguiente elección de Mónica. Si ella quisiera aumentar el tamaño de sus pechos, cosa que no hará nunca, y el dinero no supusiera un problema, un centro como ese estaría entre sus preferencias. Ubicado en un chalé adosado al que se accede por un sendero de piedras blancas que divide un coqueto jardín, perfectamente cuidado entre setos y que termina en una escalinata de tres peldaños de ladrillo, cualquiera diría que allí te meten oro por los senos, en lugar de silicona. Hasta los pájaros parecen piar mejor en ese lugar.

De ahí que tenga las esperanzas puestas en que la joven tomara una decisión similar.

Llaman al timbre. Mientras esperan a que les abran, la imagen del cuerpo femenino medio flotando en la orilla del lago no deja de parpadear una y otra vez frente a los ojos de la inspectora, como una linterna corta de pila iluminando un pequeño rincón en una caverna oscura y llena de misterios sin resolver.

—El doctor Escribano está pasando revisión —informa la recepcionista, una monada rubia que parece acabar de mamar del pecho de su madre. En ese lugar, la mente de Mónica está de pronto plagada de pechos, y se pregunta si a Rayco le ocurrirá lo mismo—. En un momento les atenderá.

En vista de los labios, pómulos y nariz de la joven, más dignos de una muñeca infantil que de un ser humano, cualquiera diría que es un catálogo promocional del negocio.

Mónica echa un vistazo alrededor e inhala el aire agradablemente fresco. No sabe por qué, pero se había imaginado algo diferente: un ambiente cargado, el olor a desinfectante como el de las consultas del dentista, y el zumbido del instrumental de los cirujanos que le evocan una mezcla de enjambre de insectos y taladro de pared. Pero no es el caso. Allí se respira una esterilidad y una calma casi completas.

Al poco, una mujer de mediana edad aparece por las escaleras. Pide cita a la muñequita del mostrador sin dejar de lanzar miradas de apuro a los inspectores, como si acabara de robarle el bolso a una anciana en el parque. «Querer acabar con un complejo y que la solución te genere uno más grande, qué curiosa es la vida», reflexiona Mónica.

Nada más abandonar la señora el edificio, se oye el sonido de una puerta en el piso de arriba.

Un apuesto cirujano de unos cuarenta, con bigotito recortado, cabello moreno corto, piel bronceada y camisa negra bajo la bata blanca, desciende las escaleras con paso decidido. Nada más verlo, Mónica piensa en las recatadas clientas, en las enfermeras y en la Bambi de recepción. En las viudas, solteras o divorciadas y en las que tienen al novio o al marido fuera de casa; o en las que simplemente tienen picores entre las piernas. «Los tipos como ese médico —razona objetiva—, deben de ponerse las botas».

Por último, antes de tenderle la mano, piensa en la chica muerta.

«No prejuzgues», se abronca.

—Soy Pedro. Bienvenidos. ¿En qué puedo ayudarlos?

A pesar de su aspecto imponente, irradia más el encanto de un vendedor experimentado que el de alguien que se dedica a deformar a seres humanos y cobrarles por ello. Sin embargo, la sonrisa de vendedor se congela al instante cuando Rayco le planta la identificación delante de los ojos.

—¿La policía? Aquí trabajamos de manera profesional y limpia. Todo regulado. —Estrecha los ojos y pregunta—: ¿Acaso se ha quejado algún cliente?

—No, nada de eso. Vayamos por partes. Yo soy Rayco Medina y ella es mi compañera, la inspectora Lago. ¿Podemos hablar en privado?

El doctor los conduce a un pequeño despacho junto a la recepción y cierra la puerta. Les ofrece tomar asiento, pero ambos prefieren quedarse de pie.

—Estamos investigando la muerte de una joven —prosigue Rayco.

Hasta un ciego habría notado que el cirujano plástico ha tragado saliva, dado el ruido de su laringe.

Mónica sonríe por dentro. Es algo bastante común entre los que se creen los gallos del corral. Entras, te observan por encima del hombro,

en ocasiones desnudándote con la mirada, y tan pronto descubren que eres una policía de servicio, se les va la tontería de inmediato.

—¿Y en que puedo ayudarlos?

—Como ha dicho mi compañero, estamos investigando la muerte de una mujer cuya identidad aún no hemos podido averiguar —explica Mónica.

—¿Y era clienta nuestra? —El hombre parece feliz de concluir que está allí como posible ayuda, y no como sospechoso, porque poco a poco va recuperando la sonrisa de seductor y el bronceado de concurso—. Por eso están ustedes aquí. Era una clienta, ¿verdad?

—Puede —responde Mónica—. ¿Ustedes también realizan aquí esos implantes mamarios de último modelo llamados gomosos?

—¿Gomosos? ¿Se refiere a implantes de gel de silicona de alta cohesividad? —Se queda mirando a Mónica, y luego a Rayco. Al ver que no dicen nada, prosigue—. Sí, los hacemos. Son lo último en tecnología.

—¿Opera usted a todos los clientes?

—Al noventa por ciento, sí, sobre todo si la cirugía es exigente. —Saca pecho—. Y, si hablamos de este tipo de implantes, la cifra sube al cien por cien.

—¿Suele recordar todos los implantes que hace? —pregunta ella, ignorando el pavoneo descarado.

Se frota la barbilla como sopesando la respuesta.

—Puede que no todos —contesta al fin—. Pero los más llamativos sí. Y a las clientas especialmente guapas también las recuerdo. De usted segurísimo que me acordaría.

Rayco da un paso al frente.

—¿Disculpe?

Pero Mónica lo frena posando la mano en su brazo y prosigue la conversación, ignorando el flirteo descarado.

—Eso es fantástico, porque la víctima era especialmente atractiva. —«Al menos hasta que la estrangularon y la ahogaron». El desafortunado pensamiento se lo guarda para ella. Saca del bolsillo de la chaqueta una foto ampliada en la que se ve el rostro de la muerta. Goyo Velasco tomó la foto después de haber recuperado a la joven, en la medida de lo posible, de modo que casi parece estar durmiendo—. ¿La reconoce?

El hombre se pone unas gafas de montura ligera que cuelgan de su cuello (y que le suman unos diez años al casillero) y se detiene a examinar la foto sin llegar a cogerla. Mónica lo mira, atenta a su reacción. Se percata de un ligero parpadeo y un temblor en las comisuras de los labios. Justo la reacción que espera. Si fue él quien operó a la joven, y dado el atractivo exótico de ella, es muy probable que se acuerde de ello.

—Mierda —dice él.

—¿Y bien? ¿Eso es un sí? —Mónica mira a Rayco—. A mí me parece un sí.

Pedro Escribano asiente con la cabeza.

—Estoy seguro de que estuvo aquí y de que yo mismo le hice el implante. Tenía unos pechos bonitos, de tamaño normal, pero quería más volumen. De eso hace unos meses.

—¿Y dice que está seguro?

Se mete las manos en los bolsillos de la bata y vuelve a asentir con la cabeza.

—Si no me falla la memoria, se llamaba Paula. Alegre, buena chica.

—¿Era española? —pregunta Rayco.

—Sí, de aquí de Madrid. ¿Por qué?

—Por nada.

El cirujano se vuelve de pronto para abrir la puerta y habla a la chica de recepción:

—Sheila, sácame la carpeta de exoneraciones del año pasado, por favor.

—¿Exoneraciones? —pregunta Mónica mientras Sheila se levanta y abre un armario alto que hay tras ella.

—De responsabilidad. Las fichas de consentimiento del cliente —aclara Escribano—. Los clientes tienen que firmar una exoneración de responsabilidad antes de entrar a quirófano. Es por ley.

—¿Y ahí están los datos personales de los clientes?

Asiente.

—También los tenemos en nuestra base de datos de la intranet, pero esto es más rápido. No hay nada como una buena carpeta archivadora que poder tocar y oler, en mi opinión.

Nada más dejar él de hablar, Sheila se acerca con una carpeta gruesa y se la tiende. El cirujano plástico empieza a pasar las hojas. No ha pasado ni un minuto cuando se detiene, separa las anillas metálicas y saca la hoja que tiene delante .

—Aquí está. Paula Duarte. Nacida el 9 de junio de 1995. Fue operada en enero de este año. El día 19, para ser exactos.

—Supongo que también tiene su dirección —dice Mónica, alargando el brazo.

—Por supuesto. Como le he dicho, aquí todo está regulado —contesta, y le tiende la ficha.

Con ella en su poder, ambos inspectores agradecen a Sheila y Pedro el tiempo prestado y cruzan la puerta en dirección a la salida. Por fin saben quién es la muerta de la Casa de Campo.

Es el pistoletazo de salida para poder arrancar la investigación de manera oficial.

18

Las primeras gotas de la mañana golpean la luna delantera del Toyota de Rayco, activando el limpiaparabrisas automático en su modo más lento. Al contrario que Mónica, él no es precisamente un amante de los grandes coches y no entiende eso que los fanáticos del motor llaman «el placer de la carretera». Para Rayco, el coche es un medio de transporte más, una herramienta que lo lleva del punto A al punto B. Y cuanto más cómodo y automático, mejor.

No han recorrido más de diez manzanas en el interior de la almendra central madrileña cuando Mónica ve, a través del retrovisor de su lado, que un Ford de color azul eléctrico va tras ellos. El vehículo tiene algo raro. La inspectora recuerda haberse cruzado con él en algún momento de las últimas horas. Puede que esa misma mañana, o tal vez fuera ayer.

¿Está siguiéndolos alguien?

Es una posibilidad, aunque poco probable. Se encuentran en el centro de Madrid y se dirigen al barrio de Malasaña entre miles de coches más. Quizá no tenga ninguna importancia. O quizá sí. Mónica toma mentalmente nota al respecto y sigue observando el espejo. Al fin, tras un semáforo, el Ford desaparece de su vista.

Paula Duarte vive, según la dirección que les ha dado el cirujano plástico, en la esquina de Manuela Malasaña con la calle de San Andrés, muy cerca del restaurante donde el año pasado se produjo el tiroteo en el que el compañero de mesa de John, Abel Cardozo, perdió la vida. Agita la cabeza para ahuyentar recuerdos de épocas sombrías.

Rayco detiene el vehículo en una zona prohibida delante de un restaurante chino. Justo delante hay un coche oficial. Ambos se miran sin entender nada.

«¿Ese no es el coche de…?»

Se apean y cruzan la calle deprisa, sin hablar. El portal está abierto. Entran hasta el ascensor y suben al apartamento 3B, cuya puerta también está ligeramente entornada. Antes de acceder, les llega una voz familiar. Alguien está hablando con una chica. Pasándole declaración. Mónica fulmina a Rayco con la mirada, como si fuera culpa del canario que ese hombre estuviera allí. Pero con alguien tiene que pagar su frustración.

La inspectora empuja el pomo y la puerta se abre del todo hacia

dentro. Llegan hasta el salón, donde se detienen en el acto. Una joven, que Mónica calcula de la misma edad que Paula Duarte pero con algunos kilos de grasa de más y unos pocos gramos de silicona de menos, los observa confusa sentada en una de las sillas de la mesa de comedor. Lleva unos vaqueros estilo campana y una sudadera gris con bolsillos de tipo canguro y capucha, bajo la cual sobresale una coleta castaña. A pesar de no ir maquillada y la simpleza que la rodea, la belleza de esa mujer se le antoja a Mónica más pura que la de Duarte.

De pie, junto a la chica, está él. Adolfo Moreno. De él era el coche estacionado abajo, en la calle, y también la voz que han escuchado desde el descansillo. Lleva el pelo más graso de lo habitual y varios mechones pegados a la frente como con cola. De la boca le sale el palito de plástico de un Chupa Chups. Resulta desalentador presenciar a un hombre adulto saborear uno de esos, y más durante su jornada de trabajo. Pero todo es poco cuando se trata de Adolfo Moreno.

—Pero bueno, si ha llegado el Séptimo de Caballería —dice el de Desapariciones, sonriendo. Si es que a eso se le puede llamar una sonrisa. Se acerca a ellos, dejando a la inquilina de la casa un momento a solas.

—¿Qué haces tú aquí? —increpa Mónica en voz baja—. Este no es tu caso.

—La señorita Mateos ha denunciado esta mañana la desaparición de su compañera, la señorita Paula Duarte, así que resulta que sí es mi caso.

Mónica aprieta los dientes, sintiendo que los músculos maxilofaciales se le mueven. El hecho de que ese gusano haya descubierto el nombre de la víctima antes que ellos es lo que más la enfurece de todo. Sin embargo, sabe que por ese camino no conseguirá más que hacerle el juego, de modo que cambia de estrategia.

—Creo que hay interferencias y no te oigo bien, Morenete —dice, poniéndose la mano detrás de la oreja.

Adolfo Moreno se cruza de brazos y lanza a Mónica la mirada más dura que seguramente tiene ensayada. Sus ojos parecen encajados firmemente en una cara regordeta, como si alguien le hubiera encajado dos cuencas marrones en el último momento. Pasan algunos segundos, en los que Moreno, manteniendo la mirada sin pestañear, se pasa el caramelo por la lengua antes de sacárselo de la boca con un efecto de succión. Al verlo, Mónica recuerda que una vez estuvo casado, sin entender cómo a alguien pudo resultarle atractivo besar esos labios.

—Vamos a dejar una cosa clara, Mónica. A mí vuestras competencias me importan una mierda. Y me importa una mierda que te pongas en plan chula y malfollada como haces siempre. Yo voy un paso por delante y tengo un trabajo que hacer, ¿está claro?

—Sé que no lo parece, pero por dentro estoy temblando de miedo —dice Mónica. A su lado, Rayco contiene la risa.

—Que os den por el culo, muchachos.

—Masticar el palito del Chupa Chups como si fuera el mondadientes de un vaquero es un verdadero puntazo. Un poco cliché, tal vez, pero a ti te queda bien, te hace parecer un tipo duro.

—Ándate con cuidado, listilla .

—Vale, muy bien. ¿Podrías darte prisa y acabar tu trabajo antes de que me mee encima de miedo?

Moreno la atraviesa fijamente con su mirada asesina puesta en piloto automático. Luego regresa junto a la joven. Ellos lo siguen.

Mónica se fija en otro policía que hay en una esquina del salón. Un chico joven. Muy joven. Tanto que parece recién salido del vientre de su madre. Probablemente acaba de entrar en el Cuerpo, porque no le suena haberlo visto por Jefatura. Sostiene un bloc de notas en la mano y el bolígrafo listo para empezar a escribir.

—Discúlpenos, señorita Mateos. No nos hemos presentado —interviene Rayco—. Yo soy el inspector Medina, y esta es mi compañera, la inspectora Lago. ¿Puede decirnos su nombre completo?

—Ya lo he dicho en mi llamada de aviso, y luego a estos señores —dice la anfitriona del apartamento; este no es muy espacioso, con la decoración típica de un piso de alquiler amueblado por alguien que sabe que será para unos pocos años—. No entiend…

—Es la señorita Irene Mateos —responde el policía joven por ella.

Brazos en jarra, Moreno agita la cabeza.

—Los de Homicidios siempre los últimos en enterarse.

Mónica cierra los ojos ante la torpeza de Moreno. Irene Mateos se lleva las manos a la boca con el pánico reflejado en el rostro. Las lágrimas se le acumulan en los ojos sin previo aviso.

—¿Homicidios? —repite entre sollozos contenidos—. Por favor, díganme que no le ha pasado nada malo a Paula.

Mónica dedica a Adolfo una mirada acusadora. «Torpe bocazas…» Rayco se acerca a la chica.

—Señorita Mateos —habla con cuidado—, es posible que tengamos malas noticias. El sábado encontramos un cuerpo en la orilla del lago de la Casa de Campo. Creemos que puede tratarse de su compañera Paula. Antes de nada, necesitamos corroborar su identidad. Tenemos una fotografía y sería de gran ayuda si pudiera confirmar que efectivamente es ella. No obstante, debo advertirle: no será agradable.

Irene cierra los ojos y respira hondo, tal vez buscando un resquicio de esperanza ante una desgracia que parece inevitable. Quién sabe si rezando a algún Dios. El clavo ardiendo.

Rayco le acerca la instantánea. Ella abre los párpados con el rostro contraído.

—¿Es esta mujer su compañera de piso?

La reacción sobra como respuesta. La joven se inclina sollozando contra sus rodillas y tapándose la cara con las manos. Mónica se arrodilla a su lado y, sin hablar, posa su mano sobre las de ella. Con un gesto mudo de la cabeza, le indica a Rayco que las deje un momento a solas.

Captando el mensaje a la primera, Rayco abandona el salón y se esconde en la pequeña cocina. Al fondo, tras una puerta con ventana, se intuye un reducido espacio exterior destinado para la caldera y la lavadora, donde alguien ha tendido ropa recién lavada. A pesar del cielo encapotado, se distinguen entre esa nebulosa la silueta del edificio de Colón y la de la torre de RTVE, conocida como *El Pirulí*.

Impasible ante el panorama que se despliega ante él, Rayco saca el móvil del bolsillo del pantalón y activa la tecla de marcación rápida. Mientras escucha el sonido de llamada, echa un vistazo a su alrededor. La cocina es moderna y funcional y, gracias a la elección de tonos pastel y un cuadro con motivos cafeteros que cuelga de la pared, resulta alegre y luminosa. Ante esa decoración de jovencitas, no puede evitar pensar en cómo serán los apartamentos de solteras de sus propias hijas. La evocación del detalle que aún está por llegar, y la sensación de que la vida se le escapa de las manos, le provoca un pinchazo en el estómago.

—¿Hola? ¿Rayco? —La voz de Andrés Gordillo lo trae de vuelta al presente. Suena lejana, como si estuviera conduciendo.

—¿Sabías lo de la denuncia de desaparición? —sisea Rayco al micrófono del móvil .

—¿Y tú cómo…?

—¿Lo sabías o no?

—Me ha llegado el aviso hace escasamente un minuto y en este preciso momento iba a informaros. Pero, ¿cómo es que lo sabes tú?

—Estamos en su casa —susurra Rayco y se vuelve. En el salón, el rumor de voces se ha reanudado.

—¿En la casa de quién? ¿De Paula Duarte? —pregunta Gordillo.

—Sí. Y en la de Irene Mateos. Eran compañeras de piso.

—Esa es la que ha puesto la denuncia.

—Exacto.

—Pero ¿cómo…?

En ese instante se oye a Adolfo Moreno alzando la voz.

—Luego te lo cuento. Tengo que colgar o se liará una buena. Tú tranquilo.

Cuelga, vuelve a meter el móvil en el bolsillo y regresa al salón, donde Mónica y Moreno están a punto de llegar a las manos.

Un par de minutos antes, en el salón, Adolfo Moreno retomaba el interrogatorio que habían interrumpido Mónica y Rayco al entrar en la casa.

—¿De qué conocía a la señorita Duarte?

—Somos amigas de la infancia. Bueno, éramos —se corrige haciendo un mohín—. Íbamos juntas al colegio. Puede decirse que fue mi primera mejor amiga.

—Y en todo ese tiempo, ¿nunca perdieron el contacto?

—Sí, cuando yo comencé en la universidad empezamos a vernos menos y yo conocí a gente nueva. Ya sabe, lo que suele ocurrir. Pero siempre mantuvimos el contacto.

—¿Podría explicarse un poco mejor?

—Eres realmente bueno, Adolfo —interviene Mónica por lo bajo.

—Cierra la puta boca, inspectora —masculla él, a punto de estallar .

—Después del instituto, ella no fue a la universidad como sí hice yo —contesta Irene—. Estuvo un par de años en el extranjero. Seguíamos hablando por internet y cuando ella volvía de visita, pero, lógicamente, la relación se enfrió un poco.

—¿A dónde fue?

—Edimburgo. Su plan era quedarse solo unos meses para aprender inglés y ganar algo de dinero trabajando como camarera. Pero conoció a un chico y su periplo se alargó.

El policía joven no para de anotarlo todo sin levantar la vista del bloc.

—¿Qué hizo usted finalizado el instituto? —prosigue Moreno.

—Comunicación audiovisual y un grado de animación. Siempre quise crear historias por ordenador, ya sabe, como en Pixar. Desde pequeña. La primera película a la que me llevó a ver mi padre fue *Monstruos S.A.* Yo tenía cuatro años. Desde entonces, no me ha abandonado la pasión por la animación.

—¿Y lo consiguió?

Se encoge de hombros.

—Más o menos. Trabajo diseñando animaciones para series infantiles, nada importante. Y cosas puntuales para anuncios de televisión.

—Venga, ahora pregúntale por sus gustos musicales, que, total, tenemos todo el día —dice Mónica, mordaz.

Como respuesta, Moreno expulsa el aire por los orificios nasales como un toro bravo, aunque en su caso parece más un jabalí enfurecido.

—No pienso repetírtelo más, Mónica. Deja de hacer el gilipollas.

—Solo admiro tu técnica. Ya sabes, ver y aprender.

Rayco vuelve a entrar por la puerta, lo que no corta un pelo a

Moreno.

—En un rato podrías admirarla desde el despacho del comisario principal, ¿qué te parece eso?

—Uy, no, no te chives a mamá —replica Mónica con sorna.

Adolfo Moreno vuelve a lanzarle otra mirada asesina y luego retoma su atención en la joven .

—Ha dicho que su amiga se echó un novio en Edimburgo. ¿Podría darnos más detalles?

—Creo que se llamaba Wayne.

El jovencito de Desapariciones alza la vista un momento con cara de no haber entendido.

—Wayne —le dice Mónica—. W, a, i griega, ene, e.

El agente hace un gesto afirmativo con la cabeza y anota el nombre a toda prisa.

—Pero no entiendo qué tiene que ver él con su muerte —añade Mateos—. Solo fue un noviazgo de ocasión y hace años que aquello terminó sin mayor problema.

Mónica asiente en silencio y pone los ojos en blanco, pero consigue contenerse. No quiere pasarse.

—Bien. ¿En qué momento decide usted comunicar la desaparición de su amiga? —pregunta Adolfo.

—Llevaba desde el miércoles sin saber nada de ella.

—Eso son cuatro días —señala Moreno.

—Y ni siquiera ha utilizado los dedos para hacer las cuentas —dice Mónica, dirigiéndose al del cuaderno.

Este está a punto de sonreír.

—Continúe —insta Moreno a la interrogada, optando por la táctica de ignorar a Mónica.

—Cuatro días si saber de Paula no es en sí algo tan raro porque a veces no paraba por casa ni siquiera para dormir. Pero ayer, como cada domingo, habíamos quedado para comer con unas amigas. Cuando me dejó plantada sin más, traté de localizarla por el móvil. Insistí y no había manera de contactar con ella, así que empecé a preocuparme.

—¿Era algo habitual que su amiga dejara de dar señales de vida durante varios días? —quiere saber Mónica, intercediendo en el interrogatorio.

—Yo no diría eso. Es decir, vivíamos juntas y éramos adultas. Cada una tenía su vida. Bien podía darse el caso de que la una o la otra pasara un par de noches en casa de un amigo, o se marchara unos días fuera de la ciudad.

—¿Tenía la señorita Duarte novio en la actualidad? —pregunta Rayco .

—Eso sí que es raro.

—¿Raro?

—Creo que había alguien desde hacía tres o cuatro meses.

—¿Alguien? ¿Quiere decir que usted no lo conoce? —pregunta Adolfo Moreno, y mastica el caramelo del Chupa Chups hasta convertirlo en diminutas y dulces esquirlas dentro de su maloliente boca.

—Justo eso es lo raro —contesta la joven—. Siempre hemos hablado sin ataduras sobre ese tema, pero últimamente Paula se lo guardaba todo para ella, no contaba nada. Eso me olía mal.

—Desarrolle eso —dice Mónica.

—Es solo una sensación. Puede que el nuevo novio fuera mucho mayor que ella. O que estuviera casado.

—¿O ambas cosas?

Mira con expresión pensativa a Mónica.

—Tal vez. Si le soy honesta, tampoco me volví loca. Como decía, cada una era mayorcita para hacer su vida.

—¿Y nunca habló de este tema con la señorita Duarte?

—Lo intenté en un par de ocasiones, pero Paula se reía y contestaba con evasivas. Así que lo dejé estar. Pensé que sus motivos tendría y que ya me lo contaría cuando lo considerase oportuno. Si hubiese sabido que… —Y vuelve a romper en llanto.

Mónica le posa la mano en el hombro.

—No tiene nada que reprocharse, ¿me oye? Algo así no se puede adivinar ni prever. Es imposible.

Rayco saca un pañuelo del bolso y se lo pasa a la afectada. Esta le da las gracias antes de desdoblarlo y sonarse la nariz.

—Señorita Mateos, si la relación entre usted y Duarte se había enfriado, ¿cómo acabaron compartiendo piso? —prosigue Moreno.

—Hace un par de años regresó de Edimburgo y buscaba piso. Me llamó, pero por aquel entonces yo vivía aquí con mi ex. Entonces, se le presentó la oportunidad de compartir apartamento.

—¿Compartir con otra persona? —pregunta el de Desapariciones .

—No, con una piedra —interrumpe Mónica—. Es la nueva moda. ¿No has oído hablar de ella?

«Menuda capacidad de contención…»

—Inspectora, me estás empezando a cabrear —dice Moreno, fulminándola de nuevo con su mirada ratonil.

—¿Piensas ir al grano de una vez o vas a seguir haciéndonos perder el tiempo con tus preguntas absurdas?

—Yo hago mi trabajo poco a poco y a conciencia. No me gusta precipitarme.

Eso ha sonado a indirecta.

—Pues deberías hacer lo mismo al enfrentarte a las cajas de donuts —contraataca Mónica.

A Moreno se le enrojece el rostro. Su discípulo tiene que contener la risa tras el bloc de notas, y Mónica le guiña un ojo.

—Paula y Jordi se conocieron en Escocia, aunque no tuvieron nada hasta que ambos volvieron a España —explica Mateos—. Él era de Barcelona pero le había surgido trabajo aquí y buscaba a alguien con quien compartir piso. Chico o chica, le daba igual. Paula se mudó con él sin pensárselo dos veces.

—¿A qué se dedicaba ese Jordi? —pregunta Moreno.

—Estudió informática. Fue a Edimburgo de Erasmus.

—Y entonces el roce hizo el cariño —dice Mónica.

—Es una manera bastante acertada de resumirlo. Desde el principio hicieron muy buenas migas. A mi parecer, no resultó nada sorprendente que acabasen siendo pareja.

—Pero hace un momento ha dicho que su amiga no tenía pareja estable —comenta Moreno.

—Eso es. Porque el idilio con Jordi terminó.

—Y cuando rompieron, ¿la señorita Duarte se mudó con usted? —pregunta Mónica.

—Sí. Yo también lo había dejado hacía poco con mi pareja, por lo que no había problema para que Paula viniera. Inicialmente iba a ser algo temporal, mientras buscábamos otra cosa, pero acabó funcionando, así que decidimos seguir adelante.

—¿Y cuánto hace de eso?

—Unos cuatros meses. No, cinco. Fue a comienzos de año .

—Oiga, ese novio, Jordi… ¿cuál es su apellido?

—Soler.

—¿Conoce su dirección?

Irene Mateos se la da. Luego, se queda mirando a Mónica con la sorpresa reflejada en el rostro.

—¿Acaso creen que él…? —Niega con la cabeza—. No, Jordi no. Imposible, jamás le haría eso a ella. Ni de coña.

«Eso lo decidiremos nosotros», piensa Mónica, y le dedica una mirada elocuente a Rayco.

—¿Podemos echar un vistazo a la habitación de su amiga?

—Sí, claro. Acompáñenme. Se la mostraré.

—Nosotros nos largamos —gruñe Adolfo Moreno, haciéndole un gesto a su nuevo esclavo—. Toda vuestra.

Lentamente, sale del salón rodeando a Mónica y Rayco para evitar tocarlos.

—Siempre es un placer —dice ella, y antes de cerrar la puerta—: Oye, ¿no vas a aconsejarle a la señorita Mateos que no salga de la ciudad? Me encanta cuando los polis imitáis a los de las películas americanas.

—Volveremos a vernos, inspectora —dice él, ya desde el

descansillo. Después se detiene, pone la mano en forma de pistola, apunta a Mónica con ella y baja el pulgar que hace de percutor. Acto seguido, el novato y él desaparecen escaleras abajo.

—Cuento con ello, capullo —susurra ella.

En el pasillo, Rayco ahonda en la relación entre Paula Duarte y Jordi Soler.

—¿Sabe por qué fracasó? —pregunta a Irene.

—La verdad es que no, aunque, como amiga, tengo mis teorías. Supongo que afectaron las típicas diferencias que surgen en una pareja. Pero yo sospecho que rompió con él porque conoció al otro del que hablábamos antes.

—¿Fue su amiga la que lo dejó a él?

—Sí. Eso seguro. Ella me lo contó.

—Pero no lo del nuevo novio.

—No, eso es una suposición mía. —Llegados al final del pasillo, Irene Mateos abre una puerta y les ofrece pasar—. Por favor, miren todo lo que necesiten.

La habitación de Paula Duarte sigue el estilo juvenil del resto del piso, aunque con más color (predominan el rojo, el rosa y el azul en tonos pastel), sin abandonar la sensación de provisionalidad que ya transmiten las estancias principales. El mobiliario consiste en una cama con un edredón de seda blanco, un armario y un escritorio y estanterías a juego. Sencillo pero funcional.

A Rayco no se le pasa por alto algo en lo que Mónica ha reparado nada más entrar: no hay ordenador en el escritorio. Es como viajar a los ochenta, cuando los adolescentes no se relacionaban a través de una pantalla.

—¿Sabe si Duarte tenía ordenador? —pregunta el canario.

—Sí. Un Mac.

—¿Portátil?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque no está aquí. ¿Sabe si se lo pudo llevar a alguna parte antes de ser asesinada?

Mateos se encoge de hombros. Una forma silenciosa de decir «Ni idea».

—¿Y sabe dónde tiene el teléfono móvil?

Irene lo mira extrañada.

—¿No lo llevaba encima?

Rayco agita la cabeza.

—No, pero es muy posible que se hundiera al fondo del lago —explica—. Buscaremos a fondo en sus cajones, por si acaso. —El inspector se queda pensando hasta que se le ocurre algo—. ¿Y un diario? ¿Escribía Paula uno? Eso sería como si nos tocara la lotería.

—No, que yo sepa. Lo siento.

—¿Trabajaba su amiga? —se interesa Mónica, plantada sobre un corcho colgado de la pared de la cama, en el que hay clavadas mediante chinchetas un buen número de fotografías. Son todo retratos de Paula Duarte. De niña y de joven, adulta… Se trata de todo un repertorio. Hay imágenes en las que aparece so la, y en otras, con su amiga. O con una mujer mayor; seguramente, su madre.

Se fija en una foto en concreto en la que aparece posando con un bonito vestido verde pistacho, muy veraniego, y una diadema del mismo color. Coqueta, finge cierta vergüenza mientras seduce a la cámara. El fondo está borroso, pero se distinguen las fachadas de algunos bajos, lo que sugiere que la fotografía fue tomada en el exterior.

Irene Mateos sigue la mirada de Mónica.

—Esa foto se la hice yo —dice—. Durante un fin de semana largo que pasamos en Málaga.

—¿Solía fotografiarla a menudo?

—No mucho. Me gusta la fotografía, pero soy una aficionada.

—Tiene usted buen ojo —admite la inspectora. Para ella, todo lo que se salga de inmortalizar pistas y cadáveres ya es una anomalía. Ahora que lo piensa, si alguien le robara el móvil e inspeccionara su galería de imágenes, no encontraría ninguna foto de un ser humano. Ni siquiera de su hijo recién nacido.

—Gracias. Pero, en este caso, el mérito fue de Paula. Contestando a su pregunta, trabajaba de modelo. También hacía cosas para anuncios de televisión, y cosas así. Tenía bastante talento.

—¿De verdad?

Desde el primer segundo, el rostro de Paula Duarte, aun sin vida, le resultó familiar a Mónica. Ahora entiende de qué le sonaba.

Irene asiente con la cabeza.

—No de manera constante, pero le llegaba para ir tirando.

—Yo diría que para más que eso —señala Rayco, que ha abierto el armario y se ha dado de bruces con toda una colección de ropa—. A juzgar por lo que se ve aquí, su amiga gastaba mucho dinero en complementos. ¿Tú qué dices, Mónica? ¿Cuánto puede costar todo esto?

—Una pasta, desde luego —responde ella en un primer vistazo.

—Bueno, para hacerse un hueco en el mundo del modelaje, hay que invertir un poco —explica la joven .

—Sí, y no solo en ropa —añade Mónica, acompañando el comentario llevándose sutilmente las manos a los pechos.

La mirada de Irene Mateos es de asombro por lo bien informados que están.

—¿Así que saben lo de los implantes de pecho? Se los hizo hace poco, a mí también me sorprendió cuando me dijo que tenía pensado

hacérselo. Me da que su nuevo novio es muy generoso.

—Señorita Mateos, por favor, no me malinterprete, pero la ropa que llevaba su amiga cuando la encontramos era excesivamente provocativa. Me atrevo a decir que incluso para una modelo de lencería.

Rayco se agacha, abre un cajón y extrae un tanga de seda negra y puntilla elaborada, escasa tela.

—Provocativa y cara —añade él, doblando la prenda de lencería y dejándola en su sitio

—Sí, eso también. ¿Cree que sería posible que su amiga no solo trabajara de modelo?

—¿Qué quiere decir?

—Ya sabe lo que quiero decir —responde Mónica, condescendiente.

—¡No! —exclama Mateos, roja de indignación—. Paula jamás se ha prostituido, si es eso lo que están insinuando.

—Solo intentamos descubrir en qué ambiente se movía la señorita Duarte antes de su muerte y quién podría tener motivos para matarla.

Irene se deja caer contra el marco de la puerta con una mano en la frente.

—Perdónenme, por favor. Es que no puedo creer que Paula hiciera algo así.

Mónica sigue mirando hacia el interior del armario.

—¿Sabe si su amiga trabajaba con alguna agencia de representación?

—No. Quiero decir que no me acuerdo —responde la joven—. Quisiera echarme un rato y cerrar los ojos. ¿Necesitan algo más?

Mónica asiente con la cabeza .

—Solo un número de teléfono, por si tenemos que contactar con usted —le pide.

—Claro.

La joven se lo apunta en un pósit. Mónica lo dobla dos veces por la mitad y lo guarda en el bolsillo trasero de su pantalón.

—Gracias. En principio ya nos ha dicho todo lo que queríamos saber. —Cierra el armario, se acerca a ella y le entrega su tarjeta—. Si se acuerda de algo más, no dude en llamarnos.

Rayco se ocupa en recopilar todas las fotografías del corcho y se las mete en el bolsillo. También repasa cajones y armarios, cualquier rincón donde Duarte pudiera guardar pertenencias de valor. No encuentra ningún teléfono móvil ni nada de aparente interés.

—Mandaremos a los de la Científica para que revisen a fondo esta habitación —informa.

Una vez finalizada la inspección, Mónica se detiene en la puerta principal del piso y se vuelve para formular una última pregunta:

—Antes de que nos vayamos, ¿podría, por favor, decirnos dónde estuvo la noche del viernes al sábado?

—¿Fue a esa hora cuando…?

Traga saliva.

Mónica asiente.

—Estaba en casa. Sola. Abrí una botella de tinto y me puse una peli. Había comprado comida china. —De repente se detiene, como si acabara de percatarse de que ha metido la pata—. Vaya, no tengo coartada, ¿verdad?

—Depende. ¿Qué película era? —pregunta Mónica.

—¿Disculpe?

—La que vio la noche del viernes. ¿Cuál era?

—*La ventana indiscreta*.

—Buen gusto. ¿Netflix?

—No, la pública.

Mónica se vuelve hacia Rayco y no puede evitar decir:

—¿Has oído, canario? Aún siguen existiendo esos canales subvencionados y rebosantes de publicidad. —Y volviéndose por última vez hacia la inquilina—: Vaya a acostarse. Nosotros seguiremos investigando.

Finalmente, los dos inspectores se despiden y se pierden tras la puerta.

Bajan a la calle y la cruzan hasta el coche. Hay una multa bajo el limpiaparabrisas. Rayco hace una bola con ella y pone el coche en marcha.

—¿Vamos a hacerle una visita a Jordi Soler? —sugiere.

—Por supuesto —contesta Mónica—. Por el camino, comprobaré en el móvil si el sábado emitieron *La ventana indiscreta* por algún canal.

Rayco pisa el acelerador y salva un semáforo en ámbar. Durante unos segundos, durante el trayecto hacia la vivienda de Jordi Soler, Mónica vuelve a ver el mismo Ford azul eléctrico a tres manzanas de distancia.

19

Ha empezado a llover con fuerza y el barrio de Chueca, el nuevo destino de los inspectores, es una zona de guerra inundada por las obras. Por eso Rayco suelta una exclamación al ver la suerte que ha tenido al encontrar una plaza de aparcamiento libre justo enfrente del portal.

Se apean y Mónica mira hacia arriba, recorriendo la fachada de ladrillo del edificio de cinco alturas que coincide con la dirección de Jordi Soler que Irene Mateos les ha facilitado.

—Qué lugar tan desagradable. —Rayco casi tiene que gritar para hacerse oír por encima del estruendo de los martillos neumáticos que en ese momento agujerean el asfalto.

—Pues es uno de los barrios de moda. —Mónica observa la persiana bajada de lo que parece un restaurante de alto copete en el bajo del edificio. Junto a él, una cafetería con una bandera multicolor en la ventana, y que desprende un intenso olor a bollo recalentado, ya ha abierto sus puertas. No cabe duda de que Madrid es una ciudad de contrastes.

El portal abierto les evita tener que llamar al timbre. En el vestíbulo no hay portero a quien preguntar, así que Rayco se fija en los nombres que identifican cada buzón.

—La chica nos ha dicho la verdad —indica, tocando con la punta del dedo en el tercero B—. Nuestro hombre vive aquí .

Un panel plagado de folletos de publicidad se extiende a lo largo de toda la zona de la entrada hasta el ascensor. Un cartel indica que este se encuentra fuera de servicio. Mónica suelta un improperio.

—Así moveremos las piernas —dice Rayco, aportando un punto de vista positivo que irrita a Mónica aún más.

Durante el ascenso, se encuentran una taza volcada en uno de los peldaños. ¿Qué coño hace una taza en una escalera? Y la misma pregunta sirve para los pañuelos usados, una botella y una bolsa de basura llena hasta reventar. Qué asco. También se cruzan con un hombre adormilado y sucio, con pinta de drogadicto, que se echa contra la pared para dejarles pasar y, muy educado para su estado, les dedica un gruñido que pretende decir «Buenos días».

Tres pisos después, están tocando el timbre del señor Soler. Al ver que no ocurre nada, Mónica insiste, esta vez manteniéndolo pulsado

de manera prolongada. A través de la fina puerta, les llega el sonido agudo de un timbre en algún lugar del interior de la casa.

—¡Ya va, ya va! —se oye.

Un joven de unos veinte y largos entreabre la puerta y los observa a través de la rendija con cara somnolienta mientras se frota los cansados ojos con una mano. Dado el pijama mal colocado, un enclenque torso desnudo y unas rizadas y caóticas greñas, Mónica concluye que la noche del muchacho ha terminado hace poco, si es que ha llegado a hacerlo. La peste a vodka barato que desprende termina de confirmar sus sospechas.

—¿Qué pasa? ¿A qué viene tanto jaleo?

—¿Señor Soler? —pregunta Rayco.

—¿Quién lo pregunta? —La respuesta se parece más a un quejido que a una pretendida muestra de intimidación. El clásico quiero y no puedo. Otro que se cree Clint Eastwood y no llega ni a mequetrefe.

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué?

—El nombre —insiste Rayco después de sacar su identificación policial y presentarse a sí mismo y a Mónica con escuetas palabras.

De repente, el chico da un paso atrás y aprieta las mandíbulas. Sigue pareciendo un crío jugando a ser adulto, pero al menos ya no cuelga del gastado marco de la puerta como un saco.

—Sí, ehm… Jordi Soler. ¿Qué ocurre? Yo no he hecho nada.

—Nadie ha insinuado que lo haya hecho —interviene Mónica.

—Bien… E… entonces, ¿en qué puedo ayudarles?

—¿Conoce a Paula Duarte? —pregunta ella.

—¿Paula Duarte? —Un tenue brillo en los ojos indica que no es la primera vez que oye ese nombre.

—¿Qué pasa, churri? ¡No hemos terminado y voy a coger frío! —La voz chillona, procedente de algún rincón de la vivienda, viene acompañada de una joven resultona con los pezones en punta en unos pequeños senos levantados como solo los de alguien que no ha alcanzado la treintena son capaces. Es algo que se ve a simple vista porque una braguita blanca de algodón es lo único que cubre la piel de la muchacha. Rayco aparta la mirada de inmediato, pero Mónica no puede disimilar una sonrisa.

Al verlos hablando con Soler, la joven vuelve a perderse corriendo por el pasillo—. ¡Uy, lo siento, qué vergüenza! —se la oye gritar.

Soler vuelve a dirigir su atención a los dos policías, esta vez con una sonrisa un tanto avergonzada y las mejillas sonrojadas.

Mónica chasquea los dedos delante de sus narices.

—¿Nos centramos, *churri*? A este paso los que vamos a coger frío somos nosotros.

—Ah, sí. Paula —repite, frotándose la cara sin afeitar.

—¿La conoce o no? Si tenemos que sacarle la información a cuentagotas, nos lo llevaremos encantados para un interrogatorio oficial en Jefatura.

—Es mi ex —admite al fin, confirmando el testimonio de Irene Mateos—. ¿Por qué?

—¿Podemos pasar? —pregunta Rayco .

El chico se aparta para permitirles el paso.

—Denme un minuto para que me vista. Pueden esperarme aquí, en el salón.

«Espero que no aparezca otra guarra en tetas», piensa Mónica, mirando a su alrededor cuando Soler se hubo perdido por el pasillo. Es como el negativo del salón de Mateos. De parecido tamaño y orientación, la decoración de esta recuerda más a la guarida de un *gamer* que a un salón residencial. Es evidente que Soler utiliza la estancia como despacho, pues, junto a un sofá viejo, sobre el cual un gato rubio ronronea y observa a Mónica con el típico recelo felino, un gran escritorio invade buena parte del espacio. Dos pantallas planas alargadas de muchas pulgadas, un teclado que brilla en la oscuridad con luces led multicolor y una torre de ordenador con la carcasa transparente, ocupan todo el tablero, frente al cual hay una monstruosa silla ergonómica con ruedas que a Mónica le recuerda el asiento de un coche de Fórmula uno. Bajo el tablero, una maraña de cables enredados, y en una mesita auxiliar, sobre una impresora a color, una montaña de papeles impresos con secuencias de código de algún lenguaje de programación que haría las delicias de Pablo Díaz en Jefatura. La persiana bajada hasta más de la mitad oscurece el ambiente en una mañana ya gris de por sí.

—¿No te sientas? —Le pregunta Rayco, que ya ha plantado su trasero sobre el sofá y trata sin éxito de captar la atención del gato.

—Paso, no estoy lo bastante vacunada —responde—. Unos juguetes bastante caros, ¿no?

—Sí, nada mal para un chico tan joven —concuerda el canario, observando el repertorio tecnológico como calculando el valor total de todos los equipos.

—Ya estoy aquí. —Jordi Soler entra en la sala y se detiene con los brazos en jarra. En vez del pijama, ahora lleva unos vaqueros de marca rotos, y se ha puesto un polo azul marino con el logo blanco de Ralph Lauren en el pecho. En el aire se percibe un ligero aroma a desodorante que disimula el vodka. El pelo continúa despeinado, pero Mónica duda que haya estado peinado alguna vez—. Espero no haberlos hecho esperar demasiado. ¿Les apetece un café, o algo de beber?

—No se preocupe. —Mónica señala el escritorio—. Esto es impresionante. No parece barato.

El joven sonríe orgulloso.

—No lo es, pero uno tiene que invertir en uno mismo, ¿no?

—¿Quiere decir que utiliza este equipo con fines profesionales?

Soler asiente con la cabeza.

—¿A qué se dedica? —pregunta Rayco—. ¿Minería de bitcóin? —bromea.

La sonrisa de Soler es ahora forzada. Como quien le ríe las gracias al jefe pero por dentro está llamándolo caraculo.

—Soy informático. Programador —matiza—. Aunque actualmente me dedico a la edición de vídeo bajo demanda.

—¿Autónomo?

—Sí.

—Pues suerte.

—Gracias —contesta él, aunque Mónica sospecha que no ha entendido la ironía—. Pero no creo que se hayan trasladado hasta mi casa para hablar de mi equipo informático. Díganme, ¿qué pasa con Paula?

—Antes ha confirmado que era su exnovia, ¿no es así?

La mirada de Soler se desvía por un segundo hacia el pasillo, como preguntándose si la joven de pechos bonitos estará escuchando.

—Sí, fuimos novios —dice en voz baja.

—La noche del viernes al sábado, Paula Duarte fue violentamente asesinada —afirma Mónica, como quien despega una tirita. De un fuerte tirón y sin avisar.

Soler palidece a velocidad de vértigo mientras mira a ambos inspectores alternativamente, como suplicando que se trate de una broma. Después se disculpa ante la necesidad de dejarse caer en el sofá y cierra los ojos, realizando varias respiraciones profundas, antes de hablar: —¿Está usted bien? —se interesa Rayco, dada la palidez del chico .

—Joder, la verdad es que no. —En un visto y no visto, las mejillas se le llenan de lágrimas—. Sabía que acabaría cubriéndose de mierda —dice, recobrando la compostura de pronto—. ¿Quién ha sido?

—Aún no lo sabemos, es lo que tratamos de averiguar —responde Rayco.

—Nos gustaría que respondiese a algunas preguntas —añade Mónica.

Sorprendido, Soler alza la cabeza. Casi se le pueden ver las venas de la cara de lo pálido que está. Como una escultura de mármol.

—¿Qué? Ah, sí, por supuesto. Yo… es que no me hago a la idea, lo siento. ¿En qué puedo ayudarlos?

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos la señorita Duarte y usted? —pregunta Mónica.

—Saliendo en serio, algo más de un año. Antes habíamos sido

amigos. Nos conocimos en Edimburgo. Yo estaba de Erasmus, y ella, en un trabajo temporal como camarera. Cuando, al cabo de un tiempo, ella volvió a Madrid, me escribió para vernos y ponernos al día. En ese encuentro me comentó que estaba buscando compartir piso con alguien. Y justamente yo estaba buscando un compañero de piso con quien compartir los gastos de alquiler, así que no dudé en ofrecérselo y ella aceptó. Al poco tiempo viviendo juntos, surgió algo entre nosotros.

Mónica asiente con la cabeza. La historia concuerda en todo con la versión de Irene Mateos.

—Sin embargo, la cosa no funcionó.

—No. Éramos incompatibles y, al final, le pedí que buscara otro piso.

—Así que fue usted quien terminó con la relación.

—Sí, aunque, ¿qué importancia tiene eso?

—Una joven ha sido asesinada. Todo tiene importancia, señor Soler.

—Entiendo, disculpe.

—Señor Soler —habla Rayco ahora—. Por lo que hemos visto, de hecho puede que con demasiados detalles, tiene usted una nueva compañera .

Jordi frunce el ceño hasta que por fin comprende el comentario.

—¿Ella? —dice, señalando al pasillo—. Qué va, solo es una chica que conocí el viernes. Ya se iba.

—Entonces, ¿actualmente vive solo?

—Sí. El negocio ha ido a más y puedo permitírmelo. Después de la experiencia traumática con Paula, no tengo interés en compartir otra vez. Y menos, con una mujer.

—Háblenos de esa experiencia traumática con Duarte —dice Mónica—. ¿Por qué cortó con ella?

—Peleábamos constantemente. Ella tenía un horario muy caótico, con lo de modelo y todo eso. Y no quería más que salir de fiesta. No es lo que busco en una relación, ya empiezo a tener una edad como para sentar la cabeza.

—Antes de venir aquí, hemos hecho una visita a Irene Mateos. Supongo que la conoce.

A Jordi Soler le resulta imposible evitar torcer el gesto.

—Sí… Es una amiga de Paula. Creo que ahora viven juntas. Quiero decir… vivían. Disculpen.

—Ella asegura que fue Duarte quien rompió con usted.

—Pues yo aseguro que ella miente.

—¿Por qué iba ella a mentirnos al respecto?

Se encoge de hombros.

—Tendrán que preguntárselo a Irene.

—¿Dónde estuvo la noche del viernes al sábado? —pregunta Rayco.

Soler detiene su mirada en los ojos del canario. Ya no parece tan afectado.

—¿Creen que tengo algo que ver con la muerte de Paula?

—No creemos nada. Pero usted es la expareja de una mujer asesinada. No le vendría mal una coartada sólida.

Soler parpadea y resopla, su ceño cada vez más agrietado.

—El viernes salí hasta tarde. Estuve en una discoteca del centro.

—¿Hay alguien que pueda confirmarlo?

Los ojos del chico vuelven a mirar al pasillo.

—Yolanda. Fue esa noche cuando la conocí. Estuvimos juntos hasta el amanecer y, en fin, ya saben, durmió aquí. Se fue por la mañana. Si quieren, pueden hablar con ella.

—Su agradable compañera, ¿es su pareja actual? —pregunta Mónica.

El informático tose incómodo, y finalmente dice:

—No, solo somos amigos. Si no les importa, preferiría que no la metieran demasiado en esto.

«Así que un ligue de una noche y después, si te he visto no me acuerdo —traduce ella—. Que tengas suerte con este, bonita».

Mónica cruza su mirada con la de Rayco. «Yo hablaré con ella —intenta transmitirle telepáticamente—. No vayas a tener otro sobresalto sexual como el de antes».

Rayco asiente de manera casi imperceptible. Parece haber captado el mensaje, pues se ha ruborizado.

—¿Qué más puedo hacer por ustedes? —pregunta Soler.

—Antes ha dicho que sabía que Paula Duarte acabaría metiéndose en problemas.

—Mis palabras exactas han sido *cubrirse de mierda*, sí.

—¿A qué se refería exactamente?

Soler se toma unos segundos para responder.

—¿Cómo decirlo? A ver, Paula era bastante cariñosa con los hombres. Y también con algunas mujeres. No sé si me entienden.

—Lo entendemos, claro y cristalino —contesta Mónica.

—No me malinterpreten, no estoy insinuando nada. Pero digamos que, en ocasiones, jugaba con fuego.

—Sea más preciso.

—Era consciente de su buen cuerpo y su sensualidad. Y les sacaba partido. Era un poco todo. Su manera de caminar, su forma de presentarse, de vestirse… A veces parecía que quería provocar.

—Con usted funcionó, ¿no es así?

—Claro, Paula siempre ha sido una belleza, eso es innegable. De lo contrario, no habría empezado una relación con ella. Pero antes no se

vestía así. Fue durante nuestra relación cuando su comportamiento empezó a cambiar .

—¿Y a usted no le gustaba?

—A ver, siendo sinceros, al principio me encantaba. ¿A qué tío no le ponen una minifalda y unos tacones altos? Y más en una mujer como Paula. Pero llegó un punto en que me volvía loco cada vez que salía sola de casa. No podía confiar en ella.

—¿Está diciendo que ella le engañaba con otro?

—Apostaría por ello, sin lugar a dudas.

—¿Algún indicio concreto para que piense así?

Soler niega con la cabeza, visiblemente afectado por los recuerdos.

—No, era todo un poco. Empezó a salir sola de casa más a menudo, peripuesta, supuestamente con amigas. Siempre eran amigas. Pero, entre ustedes y yo, Paula no tenía tantas amistades.

—¿Llegó a pillarla con otro?

—No, eso no. Pero, como le decía, empecé a perder la confianza en ella, así que tuve que dejarla o acabaría volviéndome loco. Cada vez que salía, me preguntaba con quién estaría y qué estaría haciendo.

—O sea, que la infidelidad de Duarte no es más que una suposición suya —dice Mónica.

Él asiente con la cabeza.

—¿Sabía nadar? —quiere saber Mónica.

—¿Cómo?

—Paula Duarte. ¿Se defendía en el agua?

Soler se toma unos minutos para pensar la respuesta.

—Pues… no estoy seguro.

—En cuatro meses de relación, ¿nunca fueron a una piscina?

—La verdad es que no. Nunca me gustaron.

—¿Y tampoco fueron de vacaciones a la playa?

—Una vez fuimos a Denia a pasar un fin de semana largo.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—Supongo que irían a la playa. ¿No se bañó ella? O, ¿le comentó algo sobre sus habilidades como nadadora?

—Nos zambullimos, claro. Pero solo hasta la zona donde no cubre. —Ante la mirada de pocos amigos de la inspectora, añade—: ¿ Qué pasa? Había bandera amarilla. ¿Por qué es tan importante esto?

—Eso es información exclusiva de la policía. —Mónica da una palmada y mira a Rayco—. Nada más, entonces. Muchas gracias, señor Soler. —Le estrecha una mano—. Por mi parte, no hay más preguntas. Si se acuerda de algo que pueda servirnos, le agradeceríamos que nos llamase.

Rayco le tiende una tarjeta. Soler la coge.

—Ahora, si me dais un minuto, voy a confirmar su coartada con su

próximo problema sentimental.

—Yolanda —corrige Soler mientras echa un vistazo a la tarjeta por ambas caras y se la mete en el bolsillo de los vaqueros—. Se llama Yolanda.

—Ya lo sé —replica ella, perdiéndose en el pasillo.

Antes de que Rayco pueda entablar una conversación banal con el chico, Mónica está de vuelta en el salón.

—Él decía la verdad —le comenta a Rayco mientras descienden por las escaleras en dirección a la salida—. El viernes estuvieron fornicando como conejos hasta bien entrada la mañana.

Rayco dibuja una sonrisa que sin embargo no oculta la decepción ante la primera gran conclusión de la mañana: Jordi Soler, el sospechoso número uno, parece tener coartada para el asesinato de Paula Duarte.

Por otra parte, ella podría estar mintiendo.

Han pasado ya dos días desde el descubrimiento del cadáver y todo parecen ser brumas en torno al caso.

20

Cae la tarde cuando Mónica se encuentra con Rayco en los pasillos de acceso a la UCI. No se han puesto de acuerdo, ni siquiera han hablado de ello, y sin embargo ambos han pensado lo mismo: hacerle una visita al jefe al finalizar la jornada.

En la frente de Mónica empiezan a formarse gotas de sudor a medida que pasan junto a las habitaciones separadas por grandes paneles de cristal. No puede con los hospitales, e intuye que Rayco siente algo parecido, ya que no ha abierto la boca desde que han accedido a esa planta del hospital.

Antes de entrar en la habitación de Yago, los dos se desinfectan las manos en el expendedor de gel. En la habitación se nota un ambiente fresco y un silencio opresivo solo interrumpido por los pitidos regulares de las máquinas que mantienen al jefe con vida y vigilado.

Mónica no se acostumbra a verlo con el tubo introducido por la boca, le provoca escalofríos. Un tubo endotraqueal, como explicó la enfermera, que lo ayuda a respirar.

Los dos inspectores se mantienen de pie y con los brazos cruzados, observando en silencio el malogrado cuerpo de su antiguo jefe, durante algunos minutos .

Es Rayco quien rompe el hechizo:

—¿En qué piensas? —pregunta, tal vez sospechando lo que ronda por la cabeza de ella.

—Pues no paro de darle vueltas.

—¿Al caso de Paula Duarte?

Ella hace un gesto de ambigüedad.

—Sí, pero también al de él —responde, señalando a Yago—. No me lo quito de la cabeza.

—Yo tampoco le veo la explicación. Estamos hablando de Yago, alguien que se llevaba bien con todo el mundo. ¿Quién querría hacerle algo así?

—No es solo eso, Rayco. Es todo.

—¿A qué te refieres?

—Pues todo, en general. El lugar apartado donde lo encontraron, por ejemplo. ¿Qué hacía allí? O el hecho de que me enviara ese mensaje justo antes de que le disparasen, lo que demuestra que estaba metido en algo gordo. Sigo sin saber a qué venía esa posdata, pero

estoy segura de que intentaba mandarme algún tipo de mensaje. Y luego está lo del coche. Si no se movió del garaje, ¿cómo se trasladó él hasta la sierra?

Después de encontrar el cuerpo de Yago Flores, un equipo de la Guardia Civil se trasladó al domicilio del inspector jefe, en busca de pruebas que aportaran luz al misterioso atentado y todo lo que lo rodeaba. El coche de Flores, un BMW diésel, Serie 5 de diseño clásico, estaba aparcado en la cochera. Al acceder a la casa por la fuerza, los agentes solo encontraron a un perro de la raza bulldog francés (Lenny, según una chapa que colgaba de su collar) que pedía comer desesperadamente, y las llaves del BMW colgadas de un llavero de pared.

No hallaron huellas que no correspondieran a Yago.

—¿En taxi? —se le ocurre a Rayco.

—Sí, seguramente, pero ¿por qué tomar un taxi pudiendo ir en su propio coche? Por otro lado, ¿no crees que la Guardia Civil habrá investigado ya esa vía? De haber ido en taxi, creo que nos habríamos enterado.

—A ver qué te parece esto: nuestro amigo se traslada en su coche un punto concreto cerca de la sierra, donde se reúne con su verdugo. Después de dispararle y dejarlo tirado en la cuneta, este coge las llaves del BMW de sus bolsillos, regresa al vehículo y, sin quitarse los guantes para no dejar huellas, vuelve al domicilio de Yago, donde aparca y deja las llaves en su sitio.

—Tiene sentido —acepta Mónica después de unos segundos de asimilación. Luego, da un paso al cuerpo sin consciencia de su amigo y se inclina hacia su rostro.

—¿Fue así como ocurrió, Yago? —susurra.

Al poco rato, se despiden del jefe y emprenden el camino de salida.

Mónica escucha desvanecerse los pitidos de las máquinas tras la puerta de cristal, al mismo tiempo que repasa la información recopilada durante el día en relación con el caso de Paula Duarte:

—Hasta ahora, lo único que tenemos es que Duarte vivía con su ex, Jordi Soler, hasta que lo dejaron, no sabemos muy bien quién de los dos tomó la iniciativa, momento a partir del cual, ella se fue a vivir con Irene Mateos.

—Sí. Y que no se nos olvide lo que nos ha dicho Soler sobre sus celos respecto a las salidas continuas de ella y las sospechas que tenía de que se estaba viendo con otro hombre a sus espaldas.

Mónica asiente mientras avanza por los pasillos.

—También sabemos que Duarte visitaba el Passion VIP acompañada de otros hombres, lo que respalda las sospechas del novio, y que me indica a pensar que, efectivamente, fue él quien rompió la relación por ese motivo.

—Y luego está el hecho de que se pusiera implantes tras la ruptura y se comprara toda esa ropa de marca, unos gastos excesivos para una modelo de baja reputación.

Rayco bosteza y se detiene con las manos en los bolsillos mientras esperan al ascensor que los conducirá a la planta baja.

—¿Cómo seguimos mañana? —pregunta ella, entrando al habitáculo.

Durante el descenso, el policía saca su móvil del bolsillo del pantaló n

—He estado repasando los extractos bancarios de Paula Duarte.

Hace un rato, durante su camino al hospital, los inspectores han recibido al unísono un correo electrónico. El equipo de la Científica acababa de terminar de trabajar en la habitación de Duarte. El resultado era decepcionante a medias. Finalmente no habían encontrado ningún ordenador portátil, cosa que, tratándose de una veinteañera en pleno siglo veintiuno, era más que extraño; además, Mateos había asegurado que su amiga tenía un Mac de alta gama. Sin embargo, sí dieron con una carpeta donde Duarte guardaba, entre otros documentos sin relevancia, su pasaporte. También un contrato antiguo de apertura de cuenta en ese banco autodenominado como *naranja*. Antes de acceder al hospital, Rayco se ha adelantado y, con esos datos en su poder, ha telefoneado al banco para obtener los últimos extractos bancarios registrados en dicha cuenta. Era algo de lo que tirar.

—¿Y? ¿Algo que te haya llamado la atención? —pregunta Mónica.

—Según se mire. La mayoría son ingresos que le entraban ocasionalmente, procedentes de revistas y marcas de ropa. Me imagino que a cambio de pequeñas campañas de modelismo. Pero no son grandes cantidades, desde luego, no dan para comprarse ropa de lujo, un ordenador último modelo o implantes de pecho. Más interesantes resultan las transferencias que últimamente le hacía una empresa llamada *RentAGirl*.

—¿*RentAGirl*? —repite ella—. ¿Alquila una chica? —traduce.

—Algo así, sí. Antes, mientras venía, le he echado un vistazo a la web. La frase gancho dice: Acompañantes para hombres inconformistas.

—¿Un servicio de mujeres de compañía?

—Sí, es exactamente eso. Acompañantes femeninas de alto standing para eventos y ocasiones especiales.

—¿Y prostitución?

—No, al menos no de manera oficial. Claro que, de ser así, tampoco iban a ponerlo en su web pública .

—Vale. Tenemos que ir a las oficinas de esa agencia y hablar con el responsable.

—Hay algo más. Algo que no encaja del todo en nuestra teoría.

—Te escucho. —Mónica siente el aire fresco de la tarde en el corazón madrileño cuando las últimas puertas correderas del hospital se abren a su paso. Ambos descienden las escaleras de piedra y se detienen en la acera.

—Parece que Duarte dejó el trabajo en la agencia esa poco antes de romper con Soler —informa Rayco.

—¿Cómo lo sabes?

—El último pago es de hace seis meses.

—¿Y después?

—Solo las transferencias esporádicas de las revistas y las marcas de ropa. Y, esto es lo mejor —emocionado, alza un dedo—: una vez al mes, un ingreso de mil quinientos euros.

—Coño.

—Casi siempre a final de mes, lo justo para pagar su parte del alquiler y algunos gastos extra.

—Como unos implantes, por ejemplo.

—Por ejemplo. Y lo más raro es que todas las transferencias llegaban con el concepto: «Ayuda alquiler Papá».

—¿Por qué dices que es raro? A propósito, tenemos que contactar con los padres de Duarte, ahora que hemos confirmado su identidad.

—Ya lo he hecho. Estaban de vacaciones en Italia y no sabían nada. Han quedado devastados.

—Estás en todo, canario. Deja algo para los demás.

Él sonríe.

—Pues el caso es que ellos no tenían constancia de ningún ingreso mensual a su hija. Por lo que podemos deducir que el concepto de los ingresos era una especie de distracción del verdadero donante para evitar sospechas.

—De modo que alguien le pasaba dinero. Alguien con pasta suficiente como para mantener a su nueva amiguita y que quería mantenerlo oculto .

A la teoría de Mónica le sigue un breve silencio.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —Es Rayco quien lo rompe.

—El nuevo y misterioso amigo que mencionó Irene Mateos. ¿Podría ser?

—Puede que tengas razón. Pero, ¿por qué dejó el trabajo en la agencia tan pronto? Al fin y al cabo, mientras estaba con Soler, no lo hizo.

—¿Porque su nuevo novio le importaba más?

—O porque, a diferencia de Soler, el nuevo amante estaba enterado de los negocios de ella desde el principio, y le dejó claro que no estaba de acuerdo.

—¿Y cómo iba a saberlo?

Mónica da una palmada porque tiene una idea.

—Tal vez fuera uno de sus clientes.

—Vale.

—Y cuando la cosa se pone seria con el nuevo amigo, ella deja la agencia y deja a Jordi Soler. —Mientras reflexiona en voz alta, algo le dice a Mónica que van por buen camino. Por primera vez desde el descubrimiento del cadáver, parece que han dado con algo de lo que poder tirar—. Mientras tanto, el amante le pasa de vez en cuando algo de dinero para que se apañe sin necesidad de trabajar en la agencia. ¿Qué opinas? ¿Cómo seguimos?

—Quiero ir allí a primera hora, a ver qué averiguo. ¿Te apuntas?

—Por supuesto. Por cierto, ¿se sabe si Duarte tenía coche? Se me ha pasado preguntárselo a su amiga. Puede que el portátil esté dentro, ¿no?

Rayco niega con la cabeza.

—He pasado la descripción, pero aún no hay ninguna pista. Según los de tráfico, se trata de un Audi A3 amarillo del 2016.

—No está mal. Es un buen carro. Una prueba más de que el dinero no era un problema para ella.

Rayco mira el tráfico.

—¿Te acerco a casa?

Ella agita la cabeza .

—No, me apetece dar un paseo.

—Como quieras —acepta él—. Entonces, nos vemos mañana.

Los dos sonríen en su despedida y, antes de que Rayco se haya subido a su coche, Mónica ya ha doblado la esquina. El sonido del motor del Toyota de su compañero enseguida se desvanece a su espalda mientras ella camina. Las luces de las farolas se reflejan sobre el asfalto húmedo. Ahora, la tarde es agradable, con olor a hojarasca mojada. No llueve, pero las copas de los árboles dejan caer goterones en la acera.

Unos minutos después, está frente a la puerta de su piso. El descansillo, desierto y silencioso como un sepulcro, descubre un paquete de Amazon sobre su felpudo, uno que le regaló Paco Cereceda, su amigo y mentor, hace mil años, con la inscripción: ALÉGRAME EL DÍA; había estado todo el año guardado en el trastero hasta que John se fue de casa con su felpudo inspirado en *El señor de los anillos* («Habla, amigo, y entra», ponía en runas élficas). En fin, escritores.

El caso es que el paquete no pinta nada allí. Ella no recuerda haber pedido nada, e incluso canceló la suscripción al servicio Prime porque nunca compraba a través de esa página. Una decisión que no solo ha reducido sus compras impulsivas, sino con la que ahorra bastante dinero al mes.

Observa el paquete, con el logo de la sonrisa, de aproximadamente el tamaño de una caja de zapatos. Lo han dejado durante el día, eso seguro, porque no estaba ahí cuando ha salido a primera hora de la mañana. Lo más probable es que algún repartidor despistado se haya equivocado con la dirección de entrega.

Se agacha y lo coge. Pesa poco, apenas nada. Lo agita en el aire y tampoco devuelve sonido alguno. ¿Etiquetas adheridas? No tiene. Y eso sí que es raro, porque esos paquetes siempre van con su etiquetado de origen y destino.

Entra en casa y deja las llaves, el móvil y el misterioso paquete sobre la barra americana. El interior de su nevera es desolador, acorde a su vida social, y no digamos sexual. Nada le apetece menos que salir a comprar al supermercado, así que se graba una anotación mental (mañana, súper sin falta) y acude una noche más a su lista de proveedores de comida basura de la aplicación del móvil. Esa noche, se decanta por el tipo japonés.

Saca una botella de cerveza de la nevera y se traslada, con el paquete bajo el brazo, a la sala de estar, donde se deja caer en el sofá y enciende, más que nada por llenar el crispante silencio, el televisor. En el canal público están echando un resumen de la jornada de fútbol del fin de semana y la mayoría de canales privados alternan entre películas de acción mil veces vistas, series de bajo presupuesto y cuñas publicitarias. Después de zapear sin éxito por docenas de canales, vuelve a la tercera cadena, donde John McClane está a punto de matar a un terrorista en el Nakatomi Plaza. El amigo Bruce Willis siempre es buena opción para un lunes noche.

Finalizada la escena y muerto el terrorista, Mónica aprovecha una secuencia de transición, cuyos diálogos hasta se sabe de memoria, para dejar la cerveza sobre la mesa y abrir el paquete. Contiene dos artículos: una bolsa de plástico cerrada por el clásico mecanismo de vacío y un papel enrollado. Es una página suelta de un periódico. La noticia principal, de ámbito político internacional, le suena a algo que haya sucedido unos días antes. Intrigada, se fija en la fecha del encabezado. No pertenece al periódico del día, sino a un ejemplar antiguo. Concretamente, del día en que Yago fue disparado.

¿Por qué? ¿Quién le enviaría algo así? Podría ser casualidad, pero no hay azar que explique el motivo por el que alguien le enviaría un extracto de un periódico de hace varios días en un paquete de Amazon. Además, el tiroteo fue mencionado, como vuelve a comprobar ahora, de pasada en una noticia secundaria. ¿Qué sentido tiene?

Alguien, lo más probable el emisor, ha escrito con un rotulador rojo sobre la noticia de Yago. El embotamiento causado por la cerveza sobre el estómago vacío le desaparece a Mónica de inmediato. Se

queda mirando el mensaje fijamente:

GIMNASIO UP-FIT DE SU BARRIO. EN LA SAUNA
MAÑANA, 7 AM
VENGA SOLA

Siente golpes sordos y profundos en el pecho. Cierra las manos, que se transforman en puños, y se pregunta qué jodido cabrón hijo de puta le ha enviado ese mensaje. A cada segundo que pasa, más claro tiene que el asunto tiene que ver con Yago. Es más que evidente que la elección de la edición del periódico no es una coincidencia.

Y luego está el lugar del misterioso encuentro. El Up-Fit es su gimnasio. O, para ser más precisa, al que está inscrito, porque cada vez acude con menor frecuencia. Y mucho menos a la sauna, que no ha pisado desde que se apuntó. Por no tener, no tiene ni bañador.

Un problema en el que el anónimo también ha pensado. Al dejar Mónica el periódico a un lado y abrir la bolsa de plástico, descubre, con una mezcla de mareo y náuseas, que lo que hay dentro es un bañador de mujer. De color azul oscuro, liso.

Comprueba la talla. Es la suya.

Frunce el entrecejo. «Pero ¿qué…?»

Abrumada, deja la prenda a un lado y vuelve a alzar la página de periódico.

JEFE DE POLICÍA, VÍCTIMA DE UN TIROTEO

Yago Flores, inspector jefe de Homicidios de la Policía de Madrid, fue disparado ayer por la tarde a las afueras de Miraflores de la Sierra, al norte de Madrid. Flores, de cuarenta y seis años, se encuentra ingresado en estado grave en la Unidad de Cuidados Intensivos. Por el momento, se desconoce la identidad del autor del ataque. Las autoridades competentes siguen investigando.

Sintiendo un peso irreal sobre ella, los ojos de Mónica quedan clavados en el artículo que, por otra parte, conoce de sobra. Lo terminó por memorizar el mismo día que la noticia llegó a sus manos. Ahora, en el silencio de la tarde, mientras la ciudad se recoge, cuando el resto del rebaño abandona cansado los trabajos grises pero seguros, las letras bailan y se difuminan frente a sus pupilas. Las tortuosas imágenes del incidente, que su cerebro creó en su momento, se proyectan ahora en forma de bucle y se suceden entre sí como

frenéticos clips de un video musical.

La gente se figura que ella quiere dárselas de mujer fría, calculadora, un poco pasota, empoderada y todas esas chorradas; que no habla de su vida personal para no atosigar a sus amigos, o para evitar su conmiseración, o cualquier otra bobada de ese género. Pero no es eso. Hablar de lo que le pasó a Yago, al igual que hablar de John, o de su padre, duele. Duele mucho. Hablar de su jefe le devuelve a su último mensaje de texto. Le devuelve a todas las preguntas que han quedado sin respuesta. Le devuelve los «Podría haber…» (pocas cosas son tan devastadoras como esa frase: «Podría haber…»). Devuelven el remordimiento y la sensación, por irracional que sea, de que, de haber reaccionado cuando recibió el mensaje, podría haberlo salvado.

Pero no hizo nada.

Y ahora Yago está bailando con la muerte.

Al cabo de un rato, dobla la página, bebe un largo trago de cerveza y envía un mensaje de texto con el móvil. Antes de irse a acostar, entra en la cocina. De camino toma el último trago y deja la botella vacía sobre la encimera, al lado de la pila. La bolsa de papel con la comida japonesa sigue allí, esperándola. Con todo el asunto del paquete, se le ha olvidado por completo cenar. Se lleva un maki de salmón a la boca y guarda el resto en la nevera.

Sea lo que sea lo que esté ocurriendo, reflexiona, hay una cosa clara: que el mensajero está al tanto de su rutina, dado que sabe dónde vive y el gimnasio del que es socia.

Y también está lo otro. Ese instinto visceral que le dice que en el ataque a Yago hay algo que la concierne a ella.

Algo que no encaja.

Se duerme con la idea de que el asunto del paquete debe de ser una broma. «Tal vez Moreno, que quiere tocarme los cojones». También con el texto que acaba de enviar repitiéndose en sus oídos. Y es que no se le da bien esperar. «Up-Fit. ¿Cómo saben lo del gimnasio Up-Fit?»

Rayco, mañana por la mañana no me esperes. Tengo un asunto personal. Ya te contaré. Nos vemos en Jefatura.

Con todas esas imágenes inconexas fundiéndose ante sus ojos, se queda dormida.

21

Tras una noche inquieta y húmeda, Mónica abandona su piso con la bolsa de gimnasio al hombro y solo un café en el estómago, el cual ha bebido de trago antes de salir por la puerta.

Son las siete menos cuarto de la mañana y la ciudad aún está desperezándose, lo que no le impide cruzarse con varios transeúntes en su camino al trabajo y esperar en el semáforo a que circule una larga hileras de vehículos.

Madrid es una ciudad cuyo corazón no descansa nunca.

A menos diez en punto, está pasando por los tornos del gimnasio, ya enfrascado en la actividad de los que aprovechan las primeras horas del día para ejercitarse. Considerando la temprana hora, aquello está bastante animado. Va directa al vestuario, donde se pone el bañador (le queda perfecto, después de que consiguiera bajar cinco kilos de peso tras el parto) y las chancletas.

Quedan dos minutos para las siete cuando el nervioso paso de Mónica la lleva hasta la zona acuática. El SPA se encuentra al fondo, más allá de la piscina climatizada. De repente, la toalla le parece insuficiente en el caso de que las cosas se pongan feas.

A esas tempranas horas, no hay nadie relajándose bajo los chorros del jacuzzi. A través del cristal de la puerta de la sauna, sin embargo, se adivina una sombra. Mónica se detiene ante ella y traga saliva, nerviosa por su encuentro con el mensajero misterioso.

Nada más levantarse, tomando el primer café del día mientras Mercedes y las niñas aún dormían, ha oído por la radio que un camión había volcado durante la noche justo en la carretera que él tenía que tomar. Por ese motivo, ha dejado el café a medias y se ha saltado el bizcocho casero para salir con tiempo. Totalmente innecesario, porque el camión había sido retirado hacía un buen rato, así que Rayco ha llegado a su destino con media hora de antelación, que es justo el tiempo que queda para que abra la oficina de la agencia *RentAGirl*, ubicada en el centro.

Con el estómago rugiéndole por saltarse el desayuno, y todavía con

la mosca detrás de la oreja por el evasivo mensaje que anoche recibió de Mónica, decide aprovechar el tiempo en la cafetería que hay al otro lado de la calle.

La mañana es fresca. Los cristales de los establecimientos aún están empañados y los rayos del sol matutino todavía no bajan con la fuerza con la que caerán sobre la ciudad dos o tres horas más tarde, así que pasa de largo las mesas de la terraza, aún vacía, y entra en el local.

Se quita la cazadora vaquera y ocupa una mesa libre cerca de la barra. Se percibe el aroma de café recién hecho, de panecillos calientes y de canela. A la izquierda hay un joven con un colorido jersey de lana, sentado a una mesa redonda e inclinado sobre un portátil con el símbolo de la manzana. En un sillón orejero de color rojo, hay una mujer dando de mamar a un recién nacido. Rayco no puede más que desviar la mirada.

Cerca de ella, dos mujeres de más edad, trajes ejecutivos, zapatos de tacón y peinados recogidos, están sentadas a una mesa de madera situada en la esquina del fondo. Mientras que una remueve apática un bol con avena, yogur y frambuesas, la otra parece calentarle la oreja, una verborrea solo interrumpida por breves pausas empleadas en tomar pequeños sorbos de té matcha.

El establecimiento, observa Rayco, anuncia sus productos en una pizarra con tizas de todos los colores del arcoíris. Además de la evidente calificación de vegano, junto a los platos se repiten hasta la saciedad términos propios de la jerga, como ecológico, de comercio justo, sin carne, falafel, tofu, crudo, 100% natural, bío, fresco, sin gluten, sin lactosa, de proximidad o de cultivo sostenible. Repara en un cartel que reza: «¡MI COMIDA NO GRITA!» Otro dice: «COME GUISANTES, NO A RUMIANTES» en un mosaico verde con imágenes de verduras. A la derecha, un calendario clavado con alfileres en un tablón de corcho anuncia todo tipo de ferias ecológicas (¿es adecuado usar papel para eso?), así como clases de yoga y de cocina vegana. Solo les falta empapelar el local en cáñamo y decorarlo con varias de esas pulseras de goma a favor de alguna causa. Clásicos noventeros de Shakira suenan a volumen bajo por los altavoces, situados en alguna parte.

La única mujer tras el mostrador es la viva imagen de una vegana saludable de cierta edad: alta, con el cuerpo tonificado, quizás algo delgada, de pecosos pómulos prominentes, piel brillante y con el cabello muy corto, de un blanco tan cegador que cabe preguntarse si se trata de un color natural. Sus dientes también son de un blanco cegador, aunque tenga una sonrisa vacilante, inconstante, dubitativa, mientras escucha a otra mujer, a la vista más joven que ella, que la habla de pie desde el otro lado del mostrador. La frente de la camarera presenta surcos, como si la joven, risueña y desbordante de

confianza, le estuviera dando alguna mala noticia. Parpadea mucho al verse interrumpida por Rayco («un café solo y una tostada con tomate, por favor») y, una vez lo ha servido, vuelve a su conversación.

Mientras degusta el desayuno, Rayco se distrae mirando el teléfono móvil (¿cómo lo hacían para matar el tiempo antes de la revolución tecnológica?). Entonces se da cuenta. Las redes sociales. ¡Pues claro! ¿Cómo no han buscado antes?

Animado, deja la tostada a un lado y entra en Instagram, en cuyo buscador escribe PAULA DUARTE. No obtiene resultados esperados. Repite el proceso con Facebook, Twitter, Tik Tok e incluso LinkedIn. Ni rastro de Duarte. ¿Qué probabilidades hay de que una veinteañera no tenga cuenta en ninguna red social hoy en día? El hecho alimenta sus esperanzas en el futuro de la humanidad, y al mismo tiempo le baja los humos.

Concluido el desayuno, Rayco se lleva una servilleta de papel a la boca y mira el reloj de la pared, cuyas manecillas son dos zanahorias.

Es hora de hacerle una visita a la agencia, que ya tendría que haber abierto sus puertas. Deja un billete de cinco euros en la mesa y abandona la cafetería.

El calor seco, sofocante, que invade el reducido espacio golpea a Mónica nada más entrar. La sauna está constituida por bancos de madera en forma de U para que los clientes puedan sentarse o tumbarse en función de sus preferencias. Tiene aforo para seis personas, pero ahora solo cuenta con un ocupante. La mujer, sentada en lo alto de un banco sobre una toalla con el logo del gimnasio bordado, saluda con un tímido «buenos días» al ver aparecer a Mónica. Apenas ha abierto los ojos, sumida en una especie de trance. Es difícil saberlo en ese contexto, pero Mónica diría que ronda los cincuenta años. Su blanquecina piel, afectada de algunas zonas varicosas y flácida en axilas y muslos, luce perlada de sudor.

Mónica se acomoda frente a ella y, con disimulo, la mira de reojo. Pasados unos segundos, fuerza un carraspeo.

«¿A qué espera? ¿Es que no va a decirme nada?»

Está a punto de ser ella quien rompa el hielo cuando, de pronto, la mujer se frota el rostro con las manos, suspira entre relajada y agobiada, y abandona el cubículo despidiéndose con la misma parquedad con la que ha saludado.

Pasado el malentendido inicial, y una vez a solas, Mónica trata de relajarse. ¿Por qué está tan nerviosa? Lo más probable es que todo forme parte de una broma pesada y más tarde tenga que entrar en Jefatura pidiendo explicaciones. Su primer objetivo ya lo tiene: Adolfo

Moreno. Sin embargo, allí está, pasando los primeros minutos de un martes en una sauna, aceptando la invitación de un extraño que tal vez dispone de información importante para esclarecer el misterio en torno a su jefe y amigo.

Tiene un mal presentimiento. Puede que sea por el agobiante calor que la impide respirar con normalidad, o tal vez la reminiscencia de la pesadilla experimentada esa noche continúa torturando su sistema nervioso. Una pregunta la aborda: ¿por qué citarse precisamente allí? Bien pudo transmitirle lo que sea que quiere decirle por teléfono, o mediante correo electrónico; o, en vez de una misteriosa citación para verse, podía haberle incluido en el paquete la información en sí. Por más vueltas que le da, no encuentra una respuesta lógica para encontrarse en una sauna de barrio. En cualquier caso, está deseando largarse.

De pronto, la invade una sensación de paz y tranquilidad. Por primera vez en mucho tiempo, se da cuenta de que puede centrarse en su respiración, sentir su propio cuerpo, atender a sus pensamientos más profundos. Es consciente de estar en un oasis de silencio, alejada del ruido y la porquería de la metrópoli. En una absurda ocurrencia, piensa que nada ni nadie podría perturbar la calma de ese lugar idílico.

Una gruesa gota de sudor resbala por su sien y aterriza sobre el muslo. Ya deben de ser más de las siete y cinco y su organismo empieza a acusar la exposición a tan alta temperatura. Se pregunta a qué grados estará el ambiente ahí dentro. ¿Cincuenta? ¿Sesenta? Tal vez más.

Impaciente, se inclina para mirar por el cristal. «¿Dónde te has metido, seas quién seas?» No ve a nadie. A nadie excepto…

Un hombre está accediendo a la zona de SPA con caminar decidido. No parece superar los treinta años, aunque puede que la ausencia integral de vello, favoreciendo la exhibición de la fibrosa musculatura hasta el punto de evocar el David de Miguel Ángel, le reste años a su edad real. Una palidez extrema y flequillo ondulado apoyan la comparación con la famosa escultura. Luce un bañador de color verde botella al estilo *slip*, de los que llevan los nadadores profesionales, que marca su paquete conformando una imagen que incluso Elton John consideraría demasiado hortera. A Mónica se le parece un poco a esos actores secundarios de las comedias románticas americanas; el mejor amigo del protagonista. La sonrisa que proyecta tras el cristal mientras abre la puerta de la sauna completa una estampa tan escalofriante como peculiar.

«No tiene por qué ser él —se dice Mónica cuando el recién llegado se sienta en el mismo lugar donde minutos antes estaba la mujer, solo que él lo ha hecho sin saludo previo—. Los tipos raros abundan en una

capital». Y se creería su propio argumento si no llega a ser por el periódico. El exhibicionista lo ha dejado en el banco junto a él, como si no tuviera nada de extraño entrar en una sauna con un noticiero. Tal y como lo ha dispuesto, con la cabecera boca arriba, resulta imposible no fijarse en que se trata de la misma edición que Mónica encontró anoche en el interior del paquete de Amazon.

Con una calma asombrosa, el hombre extiende el brazo hacia ella, tendiéndole la mano, y, por un segundo, Mónica cree que quiere que se la bese.

—Me alegro de que haya podido venir, inspectora, a pesar de la poca antelación —comenta con una sonrisa. Tiene una voz risueña y cantarina, de algún modo acorde a su aspecto.

—Inspectora Lago —responde Mónica, reteniendo su mano y traspasándolo con los ojos. La tiene fría, seca y huesuda, un tacto similar a agarrar una pata de cordero.

Él sonríe e inclina la cabeza. Si hubiera llevado sombrero, se lo habría quitado. Sin embargo, no desvela su nombre.

—Dígame: ¿quién es usted y a qué viene todo este circo? —pregunta ella.

—Mi nombre no es de relevancia por ahora.

—No seguiré si no se presenta.

—Puede llamarme Kelemen.

—¿Kelemen?

—Es un apodo, y es todo lo que puedo ofrecerle por el momento. Mire, le he pedido que se reúna conmigo aquí por seguridad. —contesta, sin apartar los ojos de ella. Es de ese tipo de hombres. De los que ponen énfasis en el contacto visual. El problema es cuando baja la mirada a su escote y sus muslos desnudos—. Me alegra comprobar que el bañador le queda como un guante —añade con sonrisa picara y ojos de deseo.

—¿Por seguridad de quién? ¿De mí, o de usted? —pregunta ella, ignorando el comportamiento del joven, que se ha recostado contra el banco como si quisiera mostrar su entrepierna al mundo. Repugnante.

—De ambos, se lo aseguro. Es peligroso que nos vean juntos.

—¿Por qué no habla claro? —ataca Mónica, a quien le cuesta mantener la vista fuera de la zona del *slip*. Es como esas personas que tienen una gran y desagradable verruga en la cara, que no puedes apartar la mirada aunque quieras.

—Tengo información que puede interesarle —dice Kelemen.

—¿Y por qué no me la ha dicho por teléfono, sin más? ¿O en una cafetería, como la gente normal? O, mejor, una carta ordinaria, como en los viejos tiempos. Es obvio que mi dirección la conoce.

—Ya se lo he dicho. Es peligroso.

Mónica mira a su alrededor. El calor empieza a ser sofocante.

—Ya lo entiendo —dice—. Aquí dentro nadie puede escuchar ni pinchar nuestra conversación. Y, al ser una hora tan temprana, apenas hay riesgo de que tengamos compañía.

El hombre asiente, manteniendo el contacto visual.

Mónica piensa en la mujer que estaba en la sauna antes de que ella llegara. Apuesta a que ese hombre pálido y afeitado estaba esperando a que la mujer abandonara el recinto para hacer su entrada estelar.

—Ambos tenemos algo en común —dice él, y luego, en un susurro —: Estamos buscando respuestas.

—¿Qué tal si va al grano? Empiezo a disecarme aquí dentro.

—El motivo por el que quería que nos viéramos a solas es mi deseo de proponerle un trato.

—Vale, ya lo pillo. Apuesto a que es usted periodista. Un reportero en busca de la exclusiva. —La voz de Mónica se ha vuelto de acero—. No pienso negociar con usted, que quede claro .

—No se trata de negocios, no busco dinero.

—Entonces ¿qué es? —de pronto, Mónica cae en la cuenta. El caso de Paula Duarte aún no ha salido en la prensa—. Claro, qué estúpida he sido. Quieres información sobre uno de mis casos. ¿Por qué no me pide una primicia? Es entrañable cuando los periodistas hacéis eso.

Por toda respuesta, una nueva sonrisa de suficiencia. «Cuando vaya vestido, debe de ser el terror de las jovencitas», piensa Mónica.

—¿Le suena el término *win-win*?

—¿Y a usted le suenan los bañadores normales? Le aconsejo que los pruebe y deje de ir por ahí como un mamarracho. —Nota su rostro empapado y acalorado, y también le cuesta respirar—. No tengo tiempo para esto. Tengo que irme…

Está levantándose cuando le da un leve vahído. Él le agarra de la muñeca para ayudarla a mantener el equilibrio. Una vez se ha sentado de nuevo, aparta la mano con rabia.

—Como veo que necesita refrescarse, seré directo —dice él—. Está usted investigando el asesinato de una joven encontrada en el lago de la Casa de Campo, ¿cierto? —Sin esperar la reacción de ella, prosigue —. Quiero información de la víctima.

Mónica lo mira sorprendida.

—Está loco.

—Entonces me temo que no podré ayudarle en su búsqueda de respuestas.

—¿De qué está hablando? Yo no busco respuestas.

—En ese caso, no tengo nada que hacer aquí. Me habré equivocado con usted—. Se incorpora y hace que va a abrir la puerta, pero a mitad de camino se detiene y se vuelve—. Espero que su jefe, el inspector jefe Flores, se recupere. Seguro que no fue más que un accidente, después de todo.

—¡Espere! ¿Qué acaba de decir?

Kelemen no disimula su sensación de triunfo.

—El tiroteo de su jefe. La Guardia Civil está dando palos de ciego. —Calla por un instante, todavía de pie, para dejar calar sus palabras y luego prosigue en un susurro—: ¿No tiene curiosidad por saber lo que pasó ?

No añade «nena», pero suena como si lo hubiera hecho.

—¿Por qué está tan seguro de que tiene más información que la Guardia Civil? Dígame ahora mismo lo que sabe —le ordena Mónica.

—Tan pronto como tenga esa información en mi poder. Nombre y foto de la chica. Es lo justo.

—Quiero saber su verdadero nombre.

—Quédese con que soy alguien a quien le gusta que las cosas sean justas y ser recompensado por llevarlo a cabo.

Mónica piensa en algo que su mentor, Paco Cereceda, le dijo una vez sobre la información de valor: «Es como una buena botella de vino: la atesoras, la conservas, y esperas a que llegue el momento adecuado para estampársela a alguien en la cabeza».

—A mí me parece que intenta chantajearme, por no hablar de que acaba de admitir que está ocultando a las autoridades información clave de un caso. Son dos delitos graves por los que podría ir a la cárcel.

Él extiende los brazos. Puede que sean imaginaciones de Mónica, pero el bañador parece más tirante ahora en la zona inguinal.

—¡Mire qué encuentro le he preparado! —proclama, orgulloso—. La estoy agasajando, inspectora, no chantajeando.

—Dígame qué sabe del tiroteo.

—Ya conoce su parte del trato.

Sabe a qué se refiere. También sabe que, si le diera dos billetes de cien euros partidos por la mitad y le prometiera entregarle las otras mitades cuando el caso de Yago se resolviera, probablemente obtendría más progresos.

—¿Cómo puedo fiarme de usted? ¿Qué garantía tengo de que, como asegura, puede aportarme algo que no sepa ya?

El hombre vuelve a sentarse, esta vez con las piernas cruzadas. Gracias a Dios.

—Lamentablemente, no puede. Debe verlo como un acto de fe.

Mónica guarda silencio, sintiendo que el calor sofocante está derritiendo sus neuronas a cada segundo. ¿De verdad está sopesando colaborar con un periodista chantajista que la ha citado medio desnudo en una sauna? Debe de estar perdiendo el juicio. De pronto, le entran ganas de sacarle a ese tipo la información a golpes. Si tuviera su pistola…

—¿Llegó a hablarle el inspector Flores de sus sospechas?

Mónica abre mucho los ojos.

—¿Qué pasa con sus sospechas?

—¿Qué pasa con el nombre y la foto?

—¿Estaba Yago inmerso en alguna investigación? ¿Por eso le dispararon?

—Antes, la información que le pido.

La negociación (porque, sí, debe admitirlo, están negociando) ha llegado a un punto muerto. Pronto empezarán a levantar la voz, pero por el momento sus caras permanecen plácidas. Están jugando a ganar tiempo. ¿Quién será el primero en rendirse? Mónica medita acerca de la situación. La regla de oro de la negociación es no olvidar lo que uno quiere, ni lo que quiere el contrincante. De acuerdo. ¿Qué quiere Mónica de ese tipo? Información sobre el ataque sufrido por Yago, todavía un misterio, aquello que el inspector jefe estaba investigando por su cuenta y tal vez otros datos. ¿Y qué desea él de Mónica? Solo una foto de Duarte. Poca cosa. Algo a lo que, si ella se negase, él podría obtener de la amiga, Irene Mateos, tan solo siguiendo los mismos pasos sencillos que han seguido Rayco y ella. Conclusión: la información que él promete facilitar a Mónica es de mucha más relevancia que lo que pide a cambio. Tiene que mover ficha. Ha llegado el momento de acabar con las delicadezas.

—No debería ser yo quien ponga las condiciones —dice.

—¿A qué te refieres? —pregunta él.

—Podría detenerlo ahora mismo por chantaje a una agente de policía, como ya le he dicho. Entrégueme la información que dice tener y saldrá de aquí como si no hubiera pasado nada.

Kelemen apenas se mueve, pero sus comisuras se curvan de forma peculiar.

De pronto, Mónica lo entiende.

—No me ha citado aquí solo por un asunto de intimidad y confidencialidad, ¿verdad que no? —Mira a su alrededor. A las esquinas del techo. A su propio cuerpo—. Aquí dentro no hay cámaras, ni testigos, ni cabe la posibilidad de llevar micrófonos ocultos bajo la ropa, así que no tengo pruebas contra usted. No puedo detenerlo. Todo lo que hablemos, quedará aquí.

Él aplaude con arrogancia. Las ganas de romperle la nariz de un guantazo se le antojan a Mónica inaguantables.

—Vale, listillo. Imaginemos por un instante que pudiera entregarle el nombre y una foto de la víctima. ¿Qué haría con ello? ¿Publicarlo?

Es una pregunta estúpida. «¿Qué si no va a hacer con ello?»

—He de irme. —El hombre se pone en pie, convirtiendo el hecho en todo un acontecimiento. Como en un repugnante y obsceno truco de magia, saca de debajo del bañador una tarjeta de visita donde solo viene una dirección de correo electrónico. Se la tiende, pero antes de

que ella acierte a cogerla, él cambia la dirección de su mano y se la introduce entre el tirante del bañador y la piel del pecho, muy cerca de los senos—. Envíeme el nombre y la foto a esta dirección. Por cierto, también puede enviarme otro tipo de fotos —añade, acompañando el ofensivo comentario con un guiño de ojos.

—Está loco si cree que voy a colaborar con usted.

Tras unos segundos de reflexión, el hombre habla:

—¿Conoce la parábola del hombre creyente que no quiere ser salvado?

—No sé de qué coño me está hablando —protesta Mónica, pasándose la palma de la mano por la frente, mejillas y cuello. Está empapada en sudor.

—Un hombre se está ahogando en el mar cuando pasa un barco. Sus tripulantes le ofrecen ayuda desde la borda, pero el hombre la rechaza: «Muchas gracias, pero no es necesario que me socorran. Dios vendrá a salvarme». Al cabo de un rato, el hombre sigue ahogándose y pasa otro barco que también quiere socorrerlo, pero el hombre vuelve a contestar que no es necesario, que él es creyente y que está esperando a Dios; el vendrá a salvarlo. Total, que el hombre acaba ahogándose. Cuando llega al cielo y se encuentra con Dios, ofendido, le pide explicaciones: «Dios, yo he sido un gran creyente y te recé para que me salvases, ¿ por qué no lo hiciste?» A lo que Dios le contestó: «¿Cómo que no? Te mandé dos barcos…»

En el silencio que sigue se podría oír caer una aguja.

—¿Por qué tengo la sensación de que me está amenazando? —replica Mónica—. Mucho cuidado, señor Kelemen. Está usted jugando con fuego y podría quemarse.

—Nos vemos —se despide él—. Acepte la ayuda, inspectora. Y es Kelemen, a secas. Sin el «señor» previo.

Acto seguido, abre la puerta, dejando entrar una oleada de aire fresco, y abandona la sauna sin decir nada más.

Mónica permanece inmóvil en el banco de madera, estupefacta por el atrevido gesto de mal gusto del periodista, mareada por el calor. No es hasta después de que vuelve al vestuario y se refresca en la ducha, cuando libera la tarjeta del tirante y comprueba lo que pone. Efectivamente, no hay pistas sobre la identidad del hombre.

Guarda la tarjeta en lo más profundo de su cartera y a continuación emprende el camino a la parada de metro. Si el día sigue tan intenso como ha empezado, ya puede prepararse.

22

Las oficinas de la agencia *RentAGirl* se encuentran en la cuarta planta de un edificio antiguo, al cual se accede por un portal junto a un restaurante que, a simple vista, parece una librería. Hasta hay un dibujo realista de Ramón Valle Inclán a tamaño real en la puerta. Ya lleva algunos años lejos de su Canarias natal, y Rayco todavía se asombra con las cosas que tiene que ver cada vez que se traslada al centro. Cosa que, por otra parte, procura evitar siempre que puede.

El portal está abierto. Va directamente hacia el ascensor y sube. Tras el mostrador de cristal de las oficinas de la agencia de chicas de compañía, una mujer joven, aunque con más edad de lo que seguramente pretende aparentar, dada la ropa juvenil que viste (camiseta blanca con brillantes bajo una cazadora de cuero negra) y el peinado que luce (una coleta alta que se puso de moda en los noventa con la explosión musical de las Spice Girls o Britney Spears, entre otras), le pide que espere tomando asiento en un sofá de cuero rosa fucsia. Lo ha dicho sin levantar la mirada, concentrándose en la pantalla del ordenador y aporreando el teclado con unas uñas esmaltadas en el mismo color que el sofá, y que deberían exigir un permiso de armas.

Rayco hace lo que le pide y mata el tiempo ojeando las revistas disponibles en una mesita de cristal. Ya tiene experiencia en perder el tiempo esperando, gracias a las veces que ha tenido que hacer cola las oficinas de Correos, pero esto es aún peor. Ante sí no tiene más que revistas para embotar cerebros. Técnicas de depilación, moda de verano, vestidos de fiesta, sesiones de belleza a mitad de precio y absurdos test de personalidad para encontrar al hombre perfecto es todo lo que circula ante sus ojos a gran velocidad. El horror.

Deja caer el último ejemplar sobre la mesa y suspira. Qué no habría dado por una revista con un Tesla en la portada.

—Buenos días, caballero. ¿En qué puedo ayudarlo?

Rayco levanta la mirada para ver el rostro de la mujer que viene a salvarle. No es capaz de calcular su edad, pero mayor que la estrella del pop de recepción, seguro. Siempre se ha considerado bueno calculando edades, pero, en un mundo artificial de implantes de silicona, rellenos y tacones como ese, se siente como en un juego trucado. No puede evitar pensar en Pedro Escribano, el cirujano

plástico que operó a Paula Duarte, al echar un primer vistazo a la mujer, aunque, si bien no cree que en este caso concreto se trate del mismo tipo de implante (tiene un tamaño de pechos que podría describirse como normal), mirarle a la cara es como observar una máscara muy realista. Sus pómulos y cuello parecen recién pasados por una plancha. Sus labios, hinchados y brillantes como salchichas de plástico, marcan una sonrisa demasiado estática.

Rayco no se explica que esas mujeres tan retocadas puedan alzar el mentón con satisfacción al mirarse en el espejo, y mucho menos que haya hombres a quienes parezca atractiva una mujer así.

—Me gustaría hablar con usted en privado —dice Rayco, poniéndose en pie—. Solo serán cinco minutos.

La mujer sonríe, dibujando una mueca un pelín espeluznante.

—Lo siento, pero no trabajamos con hombres. Somos una agencia de muje… —Se le traba la voz cuando Rayco saca su identificación y se la muestra.

—Inspector de la brigada de Homicidios de la Jefatura de Madrid .

El gesto de la muñeca se vuelve sombrío. Si Rayco pudiera mirar tras la máscara de plástico, seguramente encontraría signos de nerviosismo. Es una reacción típica cuando alguien recibe la visita inesperada de un policía, así que no le da demasiada importancia.

—¿La policía? ¿Y cómo puedo ayudarlo? —repite después de recuperar el control, esta vez con un tono más educado y profesional.

—¿Podemos hablar en privado? —insiste Rayco, mirando de soslayo a la joven del mostrador que, si bien finge estar a sus cosas, lo más seguro es que tenga la antena puesta.

—Por supuesto, sígame, por favor.

—¿Puedo saber su nombre? —pregunta Rayco en cuanto ella ha cerrado la puerta de su pequeño despacho, una oficina elegante y minimalista con una alfombra blanca que simula el pelaje de un oso polar y, en una esquina, un *chaise longue* de terciopelo rosa. Tras un escritorio de cristal con vistas hay una silla giratoria con respaldo alto que mira a un ordenador de sobremesa de alta gama. En una pared lateral, una fotografía en blanco y negro en un marco negro que ocupa casi toda la superficie. La imagen muestra la atlética espalda femenina de una modelo de piel oscura; las luces y sombras de la fotografía realzan la musculatura en la zona de las escápulas, dando una sensación entre sensual y violenta.

A través del cristal, detrás de la mesa de escritorio, Rayco reconoce la torre del edificio de Telefónica, en plena Gran Vía, con el reloj luminoso en color azul sobre los tejados colindantes.

—Davinia Auditore —se presenta la mujer, ofreciéndole una de las sillas vacías frente al escritorio. Ella toma asiento en la giratoria, al otro lado del mismo, y cruza las piernas envueltas en cuero negro—.

¿Qué le trae hasta aquí? No se me ha pasado por alto el detalle de que es usted de Homicidios cuando se ha presentado. ¿Ha hecho algo alguna de mis chicas?

Rayco saca de su cazadora una foto de Paula Duarte que rescató del corcho de la joven y la desliza por el cristal.

La mujer la coge y la estudia por unos segundos .

—¿La conoce? —pregunta Rayco, que empieza a impacientarse.

—Es Paula Duarte —responde la mujer sin dejar de mirar la instantánea. Después, como si la despertaran de un estado de hipnosis, parpadea rápidamente, deja la fotografía sobre la mesa y mira al inspector a los ojos—. Trabajó aquí durante un tiempo. Una de las mejores chicas que hemos tenido. ¿Qué ha hecho?

—Qué le *han* hecho —matiza él—. Está muerta.

Ella se lleva una mano, llena de sortijas, a su artificial boca.

—¡Dios mío! ¿Paulita muerta? ¿Quién…? ¿Cómo…?

—Es lo que intentamos averiguar.

Los ojos negros de Davinia Auditore se llenan de lágrimas en tiempo récord. En un intento por no perder la compostura, extiende el brazo hasta una caja de cartón de la que sobresale un pañuelo de papel. Con sumo cuidado de no estropear el rímel y el maquillaje, se seca las lágrimas con continuos golpecitos en torno a los ojos.

—Discúlpeme, no esperaba una noticia tan terrible y me ha sobrepasado. Aquí cogemos mucho cariño a todas las chicas, pero Paula era realmente especial.

—¿Por qué lo dice?

—Bueno, era una belleza natural, aunque casi todas lo son. Sin embargo, Paula era extremadamente inteligente. Y sabía cómo seducir a un hombre, darle lo que quiere y ocultarle lo justo para volverlos locos. Una mujer excepcional.

—¿Por qué dejó la agencia?

Ella se encoge de hombros.

—No me lo dijo. Pero la mayoría lo dejan cuando sus ambiciones de formar una familia son mayores que las de explotar su talento y ganar dinero. Es compresible, aunque yo nunca he tenido ese problema.

—¿Quiere decir que usted fue una de ellas en el pasado?

Asiente con la cabeza.

—Sí, fui una acompañante antes de crear mi propia agencia. Pero ¿eso es relevante?

«Seguramente no», piensa Rayco, reconfortado por ponerle nombre a la actividad que realizaba Duarte: Acompañante .

—Todo es relevante —contesta—. Entonces, ¿estaba Duarte muy solicitada?

—Una de las que más.

—¿Había hombres a los que viera con asiduidad?

—¿Se refiere a clientes fijos?

—Aham.

—Tendría que consultar los archivos, pero diría que sí. Es algo bastante habitual, a decir verdad.

—¿Podría hacerlo?

Frunce la mirada.

—¿El qué?

—Revisar los archivos.

—Claro, sin problema. —Mueve el ratón para desbloquear la pantalla y de pronto se detiene para volver a mirar a Rayco—. Espere, ¿piensa que es posible que el asesino de Paula sea uno de nuestros clientes?

El canario casi puede ver en la mente de la señora: la incertidumbre, el miedo porque alguna de sus chicas pueda correr peligro de muerte. Se lo plantea en silencio, y llega a la conclusión de que, puesto que Duarte dejó de trabajar como compañera de lujo hace meses, es algo poco probable. Aun así, no pueden descartar nada.

—No lo sabemos, pero debemos explorar todas las posibilidades —contesta.

Aparentemente conforme, Davinia Auditore pulsa el ratón un par de veces, poniendo a funcionar una pequeña impresora blanca que reposa sobre una cajonera auxiliar. Cuando la máquina termina de trabajar, ella se acerca y coge el papel que sobresale de la bandeja. Se lo entrega a Rayco. Es una lista con nombres y fechas.

—Estas son todas las citas a las que acudió Paula mientras trabajaba para nosotros. Con fecha e identificación del cliente. Por favor, sea discreto con esta información, para nosotras sería catastrófico que los nombres de los clientes salieran a la luz. Algunos tienen familia y la confidencialidad es uno de nuestros baluartes. Por eso confían en nosotros, además de por el nivel de nuestras chicas .

Rayco echa un vistazo somero a la lista. Es más extensa de lo que imaginaba.

—No son pocos.

—Ya le he dicho que era muy buena —responde ella, con una sonrisa de triste nostalgia.

Rayco le da las gracias y guarda la lista, junto con la fotografía, en el bolsillo trasero del pantalón.

—Señora Auditore, hábleme de las cosas que ocurren durante las citas.

Ella se aparta un mechón de la cara. Toda la bondad de su expresión, mostrada durante la conversación, parece desaparecer de súbito.

—¿A qué se refiere?

Rayco se acomoda en la silla cruzando las piernas.

—¿Para qué exactamente son contratadas sus chicas? ¿Sexo?

—¿Insinúa que gestiono un prostíbulo, agente?

—Me limito a preguntar. Pero, si lo prefiere, vuelvo luego con mi compañera y una orden de registro. O de arresto. Le aseguro que ella no es tan accesible como yo.

Rayco es consciente de que obtener órdenes de registro y de arresto no es tan fácil como sacar número en la carnicería, conllevaría un papeleo insufrible que no está dispuesto a abordar en esta ocasión. Pero la mujer no tiene por qué saberlo.

Ella resopla incómoda y se revuelve en la silla.

—*RentAGirl* es una agencia seria. Nuestro objetivo es dar una compañía de valor premium a cualquier experiencia de nuestros clientes: desde eventos o cenas de negocios, hasta actividades de ocio. Los hay que quieren a nuestras chicas para ir a la ópera, o para impresionar a su ex, o para un simple partido de dobles. La lista es tan extensa como pueda imaginar. No nos ponemos límites.

—Leo entre líneas y deduzco que los clientes de la agencia son hombres adinerados.

—Sí, digamos que de clase alta, eso como mínimo. —Señala a Rayco con el mentón—. Observe la lista cuando tenga un rato, seguro que reconoce a más de una celebridad. —La curiosidad de Rayco sube a un siguiente nivel, y su cabeza enseguida empieza a tratar de adivinar algún nombre. Un buen grupo de políticos encabeza la lista imaginaria—. Por eso le damos tanta importancia al currículum de las chicas.

—¿Currículum?

Ahora Rayco está de verdad intrigado.

—Claro. Es importante que hablen varios idiomas, sepan de protocolo y tengan un mínimo de cultura general. Nuestros clientes agradecen mucho esas aptitudes a la hora de elegir a una chica de compañía. Y pagan en consecuencia, se lo aseguro.

—Entiendo. —Rayco se inclina sobre la mesa—. Acaba de decir que no se ponen límites. Disculpe que vuelva al tema, pero supongo que eso incluye el sexo. ¿O acaso me cree tan ingenuo para creer que sus clientes no buscan pasar una noche divertida con esas impresionantes chicas?

—No he dicho eso, por supuesto que el sexo es una opción. Pero queda a elección del cliente, y siempre que la acompañante esté de acuerdo. Por supuesto, todo eso queda al margen de esta agencia. Aquí nos limitamos a proporcionar a las chicas idóneas para cada cliente, nada más.

A Rayco le viene a la mente el Passion VIP, local de dudosa moralidad en el que Duarte solía dejarse ver acompañada de distintos

hombres y cuya tarjeta llevaba encima la noche de su muerte. Si lo que dice Davinia Auditore es cierto, los límites de Paula Duarte estaban por las nubes.

—Muchas gracias por su tiempo. —Se levanta y le tiende a la mujer una mano modo de despedida—. Espero que la lista nos sea de ayuda.

Ella se pone en pie y se la estrecha. Un tirón delicado pero firme.

—No hay de qué. Y si descubren que el asesino de Paulita es uno de los clientes, por favor, hágamelo saber. Me quedo preocupada sabiendo que nuestras chicas pueden estar en peligro.

Prometiendo hacer lo que esté en su mano, Rayco abandona la agencia.

23

Pasan las nueve y media de la mañana cuando, con el pelo aún húmedo, Mónica pisa la oficina esperanzada de compartir con Rayco las novedades de este en la agencia de chicas de compañía. El plan es desayunar algo tranquilamente con él (acaba de darse cuenta de que tiene el estómago vacío) y pensar en los próximos pasos a dar en el caso de Paula Duarte.

Pero el canario todavía no ha llegado a Jefatura.

Tras el misterioso encuentro en la sauna, ha pasado por casa para dejar las cosas del gimnasio (sopesando tirar el bañador, ha cambiado de opinión en el último momento, pues nunca se sabe) y cambiarse. Ha aprovechado la parada para llamar al taller. El Mini estará listo el jueves, lo que significa que deberá estar dos días más tirando del metro. Si eso no es una prueba de Dios, ¿qué puede serlo?

El despacho de Gordillo permanece cerrado y con la luz encendida. Por un segundo, se plantea entrar a saludar, mostrarse presente, pero solo la posibilidad de compartir el rato de desayuno con el jefe, le hace sentir incómoda, de modo que deshecha la idea. Además, seguramente se encuentre reunido.

Solo queda Mercedes, sentada a su escritorio, sosteniendo una taza humeante de té con las dos manos .

—¿Todavía no ha llegado Rayco?

—¡Ey, Mónica! —saluda, girando su silla con ruedas hasta quedar frente a ella—. No, ha salido esta mañana temprano. Quería visitar una agencia donde trabajaba la muerta del lago. —Frunce ligeramente el ceño—. Pensé que iríais juntos.

—No, yo… —Mónica piensa en una excusa válida, porque ni de coña va a hablarle a Mercedes de su cita a ciegas en una sauna con un desconocido—. Tenía un asunto personal que atender.

Mercedes le muestra su taza, con la carátula de Amelie impresa. Rayco ya le ha hablado a Mónica de la devoción de su prometida por la película francesa, la cual, por otra parte, no puede pegarle más.

—¿Quieres un té? Estoy tomando uno de mango con jengibre que es una maravilla.

¿Mango con jengibre? Mónica trata de recrear esa mezcla de sabores en su boca; hasta en su imaginación resulta repugnante.

—No, gracias, ni siquiera he desayunado. Creo que esperaré a tu

futuro marido en *La Birra de Brian.*

—Ah, pues, si quieres, te acompaño.

—No te preocupes —rechaza la invitación casi por instinto—. Aprovecharé para poner en orden mi portafolio. —Le encanta esa palabra. Es perfecta para no decir nada—. Oye, por cierto, ¿cómo lo haces para derrochar alegría de vivir desde primera hora de un martes?

Mercedes se encoge de hombros, como si se sintiera culpable por ser feliz.

—Es que ya llevo varias horas despierta. Ya sabes, para preparar a las niñas y acercarlas al colegio y al instituto, en el caso de Hannah. ¿Y el pequeño Jamie? ¿Cómo te apañas con él? —quiere saber Mercedes mientras toma con cuidado un sorbo de ese brebaje.

Mónica siente una pequeña punzada en el estómago. Le ocurre cada vez que recuerda que tiene que compartir el tiempo que pasa con su hijo. Pero, que la gente ladee la cabeza cada vez que saca el tema de su hijo, como si este tuviera una especie de tara, y que use expresiones como «el pequeño Jamie»…, la ofende, qué coño.

—Esta semana lo tiene John. Ahora está en el jardín de infancia —contesta.

—¿Y Yago? ¿Hay novedades?

—No. Nada. —El contenido de la pesadilla que la ha perseguido y despertado durante la noche se lo guarda para sí.

—Bueno, al menos el caso de la muerta del lago parece que avanza. Ya sabemos su nombre de pila.

—Veo que Rayco te mantiene informada.

—Es lo que tiene compartir cama con uno de los inspectores designados en el caso —dice, y, picarona, le guiña un ojo.

¿Es cosa suya, o acaba de poner exactamente la misma sonrisa que la joven Amelie muestra en la taza? Agita la cabeza para ahuyentar cualquier posible visión de su compañero en la cama con Mercedes, y procede a despedirse.

—Me alegro de que a Rayco y a ti os vaya todo tan bien, en serio —dice.

—Gracias.

—El matrimonio juega a tu favor. Da una imagen de estabilidad. Ven la alianza y piensan: al menos alguien la aguanta.

Mercedes le sonríe como si no estuviese segura de lo que Mónica quiere decir con su comentario. Ni siquiera ella lo sabe muy bien. Lo único que sabe es que hoy no está de humor para socializar.

—En fin, me bajo un minuto. Si vuelve Rayco, por favor, dile que me busque. O que me llame al móvil.

Mercedes asiente, señal de que ha recogido el recado, y, cuando Mónica se aleja, vuelve a centrarse en su té, ya no tan humeante.

Las piernas de Mónica la llevan al bar de abajo, donde la conocen más que su propia madre, y los rugidos del estómago le dicen que un simple café no será suficiente.

En La Birra de Brian, un aroma a café recién hecho abunda en el aire, así como a bollería industrial recalentada y pan tostado.

Considerando que no dan más de las once de la mañana, aquello está bastante animado. Habrá quizás unas diez personas repartidas entre las mesas y los taburetes, situados a intervalos regulares, nadie demasiado cerca de nadie, como en los urinarios de un baño público. Casi todo el mundo está concentrado en su desayuno o en el periódico, con la mirada gacha, en modo «no me des conversación». A la derecha, un grupo de albañiles aprovecha el primer descanso del día para jugar a las cartas en una mesa doble. De no ser por sus voces, palmadas y golpes en la mesa, la voz de Piqueras en el televisor y el ruido de la máquina industrial de café se escucharían de manera nítida. El ventilador del techo permanece apagado en una mañana fresca que, al menos por el momento, no requiere de sus servicios.

El cabello del camarero, cuyo nombre Mónica no recuerda, y le parece inoportuno preguntárselo después de tantos años, es del color y la textura del heno del carro usado para dar paseos en la granja, y lleva un corte de pelo que a Mónica siempre le recuerda a los jugadores de fútbol de los años setenta. Será por el bigote. Puede tener cuarenta y cinco años mal llevados o sesenta y cinco bien sobrellevados, y desde luego no hay duda de que habrá visto de todo, por lo menos un par de veces.

—¿Lo de siempre, niña? —pregunta él antes siquiera de que Mónica haya alcanzado la barra.

—Lo de siempre, guapo —contesta ella de la misma. Niña. Cada vez que ese hombre se dirige a ella de ese modo, recuerda por qué siempre va allí, a pesar del pan revenido, la escasa ración de tomate y el café requemado.

Mientras muerde sin ganas la tostada y bebe el café sin saborearlo, repasa mentalmente el encuentro con el chantajista misterioso.

Por mucho que ahonda en el asunto, la pregunta siempre es la misma: ¿quién es ese tipo que se hace llamar Kelemen? ¿Y de dónde ha obtenido esa información que dice tener sobre Yago? ¿Estará implicado de algún modo?

¿Debería ceder a su chantaje?

El dilema de estar ante la posibilidad de aportar algo de luz a los enigmáticos sucesos que llevaron a Yago a estar postrado en una cama de hospital, balanceándose en la cuerda floja que divide el mundo de los vivos y el de los muertos, hace que Mónica sopese su siguiente movimiento.

Si acepta, es muy posible que ese tipo la deje tirada. Que al final,

con cualquier excusa estúpida, no cumpla con su parte del trato. Sabe que la está validando, que la está probando, y también sabe que, si acepta, quedará frente a él como una pobre desgraciada; una de esas que, cuando cae la tarde, se abre un triste bote de helado con caramelo mientras mira un *reality show* en el televisor. Sabrá, al menos ella sí lo hará, que se siente una fracasada, que decepcionó a su niña interior y que nadie le tendió una mano cuando estaba en el agujero. Podría saber todo eso. Podría descubrir todo eso.

Una foto. Al fin y al cabo, lo único que le interesa a ese tío es una foto de Paula Duarte. Algo que, de haber tenido la joven una cuenta en redes sociales, como casi todo el mundo, Kelemen podía haber obtenido por sí mismo. Puede hacerle llegar sin problema una foto escaneada de alguna de las privadas de Duarte que Rayco y ella se llevaron ayer de su habitación.

Solo tiene que subir a la oficina, tomar las fotos y escanear una de ellas.

No puede pasar por alto la última frase de Kelemen. ¿Se trataba realmente de una amenaza? Él aseguró que no, pero, en un primer momento, cuando cobran relevancia las corazonadas y presentimientos, a ella se lo pareció. Había cierta hostilidad en esos ojos. Por otro lado, no sabe nada de ese hombre, hasta qué punto está implicado en ambos casos, ni hasta dónde está dispuesto a llegar.

Piensa en la tranquilidad reinante en la oficina esta mañana. Con Rayco fuera, Gordillo reunido y las hienas de Desapariciones ocupadas a saber en qué asuntos, nadie tiene por qué enterarse. No le llevaría mucho tiempo. No más de diez minutos, a lo sumo. Eso, solo para escanear la fotografía. Después ya volvería a sopesar si aceptar el trato y enviársela por email o no.

Está dándole vueltas (al dilema y a la masa de pan que se ha originado en su boca) cuando recibe un mensaje al móvil, que vibra sobre la mesa. Convencida de que será Rayco, y ansiosa por conocer las novedades que este tiene que contarle sobre esa agencia, le cambia la cara al ver que, en realidad, es John quien le envía un mensaje de audio. Confusa y algo intrigada, pulsa en el botón y se lleva el aparato a la oreja: *Mónica, ehm… ¿puedes ir a recoger a Jamie a la guardería? Es que, verás, me ha surgido una reunión de emergencia con la editorial, parece que quieren ampliar la gira, aprovechando una nueva edición del libro. Bueno, pues eso, que necesito que hoy te ocupes de Jamie por mí. Ehm… gracias.* —Unos segundos de silencio en los que la barra de progreso del audio continúa avanzando—. *Y adiós.*

Siente que los ojos se le anegan en lágrimas. No son tanto de tristeza como de rabia, decepción. Lo sabe porque una ola de calor le sube por la espalda nada más terminar de escuchar el mensaje de audio.

Conteniéndose, porque lo que de verdad quiere contestarle no cabe en un mensaje, responde un escueto «OK».

Nada simboliza mayor enfado que un «OK» en mitad de una conversación incómoda.

No ha llegado a pasar un minuto, cuando un nuevo mensaje de John aparece por pantalla: Pasaré por Jefatura en cuanto termine la reunión. Lo prometo.

—Tus promesas no valen nada —susurra ella, como en el clásico de Los Piratas.

Deja apartado el enfado que la invade cuando se fija en el reloj del teléfono y constata que aún quedan tres horas para recoger a su hijo. «¿Pero cuánto va a durar esa reunión?», es lo primero que piensa. «Podría leerme el libro dos veces y esos pedantes estirados seguirían debatiendo el ancho de la solapa interior de la edición de tapa dura».

Sabe que no puede contar con John para ocuparse de Jamie, pues él no habría enviado ese audio si de verdad pensara que puede llegar a tiempo para recogerlo. De modo que, dentro de poco más de dos horas, tendrá que interrumpir su jornada de trabajo para hacer acto de presencia en el jardín de infancia como todas esas madres estupendas del grupo de Whatsapp. Un grupo al que ella jamás se unirá, bajo ningún concepto. Detesta a esas falsas porque, según su opinión, están deseando que se dé la vuelta para criticarla. «Allá va la Wonder Woman de Moncloa», le pareció oír decir a una, un día en que la funda de la pistola sobresalía por la solapa de su chaqueta. Un minuto antes, le había sonreído con condescendencia mientras le preguntaba por John, «el magnífico escritor». Soberanas hipócritas.

Para no verse condicionada por el horario, decide adelantarse e ir a por Jamie ahora que la Jefatura aún no ha entrado en efervescencia como casi cada día.

Paga el desayuno en la barra, se despide rápidamente del camarero y detiene el primer taxi que pasa. No encuentra atasco durante el camino, lo cual es una viva demostración de que Dios existe.

Se apea del vehículo prometiendo estar de vuelta en cinco minutos.

Está en cuatro.

¿Se ha fijado si el taxi es apto para carritos de bebé?, se pregunta cuando el conductor, un hombre ceniciento de enorme nariz y cejas pobladas cuya licencia dice que se llama Amir, arruga el gesto. No importa, entrará.

Forzando el carrito mientras empuja la puerta, finalmente el bólido infantil entra en el maletero.

A Jamie le gustan los coches. Menos mal. También las esposas, con la que se pasa el trayecto jugando.

—Piensa que es un reluciente sonajero —comenta el conductor, divertido ante la escena que observa a través del retrovisor.

Mónica sonríe orgullosa. Por primera vez, se le ocurre que tal vez su hijo siga sus pasos y lleve el veneno policial en la sangre.

El interior del edificio de la Jefatura central empieza a mostrarse con más movimiento cuando Mónica toma el ascensor con Jamie en brazos, atento observador de un mundo nuevo para él, y el carrito del niño a un lado. En ese instante, vuelve a vibrar el móvil, esta vez en el bolsillo de sus pantalones.

Mónica hace malabares para cogerlo. «Como sea John diciendo que al final sí puede ir a por Jamie, le rebano el cuello con las hojas de su libro».

Es Pablo Díaz.

—Mónica, gracias por responder. Eres la mejor.

En un día normal, la inspectora habría puesto los ojos en blanco ante el lamentable intento de ligar por parte del informático, pero hoy cualquier golosina es bienvenida, incluida una tan empalagosa como un cumplido de Díaz.

—De nada, hombre.

—Espero no molestar.

—Para nada. Lo que ocurre es que estoy pasando un momento íntimo con el chico más buenorro de Madrid —dice, haciendo un mohín familiar a su hijo.

—Saluda a Rayco de mi parte —contesta Díaz, riéndose.

—No es Rayco, sino Jamie.

—¡Ah! —se le ilumina la voz—. En ese caso, dale un achuchón al heredero por mí.

—Puedes dárselo en persona. Me lo he traído a la oficina.

—¿Y eso?

—No preguntes. Bueno, ¿subes?

—Casi prefiero que bajes tú. Quiero comentarte una cosa en el laboratorio.

—¿Ya sabes desde qué IP se conectaba Paula Duarte?

—Sí. Desde un cibercafé del barrio de Malasaña.

Mónica dibuja rápidamente un mapa mental de Madrid. Es el barrio donde vivía con su amiga Irene, lo cual es perfectamente lógico, y además no responde al enigma de dónde se encuentra su ordenador portátil.

—No me dice mucho —responde.

—Lo suponía. Pero no te he llamado solo por eso.

Mónica nota cómo se le alzan las cejas.

—¿Has averiguado algo? Quiero decir, de lo otro que hablamos ayer .

Oye un suspiro preocupado al otro lado de la línea.

—Más o menos.

—Pablo, por favor.

—Algo tengo. Pero prefiero que lo hablemos en persona. ¿Vienes?

Las puertas del ascensor se abren y Mónica accede a la oficina como la madre del año. Con el móvil sujeto entre el hombro y la oreja, mira a Jamie. No quiere entrar en el laboratorio de Pablo con su hijo. Solo la idea de que respire ese aire cargado y habite un espacio donde las bolsas de patatas consumidas y las latas de refresco vacías abundan en las mesas, le causa rechazo. Además, no quiere tener que estar pendiente de Jamie mientras Pablo le dice lo que tiene que decirle. Es un tema importante que requiere de toda su atención.

—Estoy allí en un minuto —dice al fin, y cuelga.

Va directa de nuevo a la mesa de Mercedes. La taza de Amelie está ahora vacía en una esquina del escritorio mientras la agente, concentrada, teclea algo en el ordenador.

—¿Aún no ha vuelto Rayco? —pregunta Mónica.

Mercedes vuelve la cabeza como si tuviera un resorte. Al parecer, no la ha visto venir.

—¡Eh, Mónica! Ya estás de vuelta. ¡Y con Jamie! Pero que mono es. —Hace una mueca graciosa al niño.

—Mercedes, que si ha vuelto Rayco.

—No, sigue fuera.

—Este novio tuyo es capaz de haberse perdido con el coche por la jungla madrileña.

Mercedes sonríe con complicidad.

—Es lo más probable.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Claro, ¿qué pasa?

—¿Puedes vigilar a Jamie un minuto? Tengo que ir al laboratorio a hablar con Pablo.

Antes de que termine la frase, Mercedes, madre desde que nació, coge al niño en brazos y empieza a hacerle pedorretas. ¿Por qué los adultos tienden a tratar a los niños como si fuesen idiotas?, piensa Mónica, orgullosa porque ella le habla a su hijo de tú a tú, a pesar de que no ha cumplido el año.

—Genial, gracias. No te muevas de aquí, estaré de vuelta en nada —dice antes de encarar de nuevo el ascensor para bajar a la mazmorra de ese genio de los ordenadores.

—¿Qué hay, Pablete?

—¡Uau! ¡Qué rápido! —Pablo Díaz levanta la mirada del cementerio de móviles antiguos, esparcidos por su mesa, en el que estaba sumergido—. ¿Dónde has dejado al pequeñajo?

—Con Mercedes, la prometida de Rayco —dice, y como no quiere dar explicaciones de por qué no lo ha bajado, se encoge de hombros y añade—: Ella se ha empeñado.

—Bien, siéntate. —Díaz le ofrece una silla vacía junto a él—. Tenemos que hablar.

Ella lo hace.

—Me tienes en ascuas. ¿Qué has averiguado?

—Algo huele mal en el caso de Yago.

—Obviamente, Pablo. Le pegaron un tiro y se llevaron su móvil.

Visiblemente herido en su orgullo, el informático levanta la voz: —¡No, quiero decir aparte de eso!

—Vale. Cuéntame.

—¿Sabes el mensaje que te envió el mismo día que, según los forenses, recibió el disparo?

—Claro.

—He hablado con un contacto que tengo en la Guardia Civil. Me ha costado una botella de Lagavulin, pero he conseguido que me de información. Yago envió ese mensaje desde una gasolinera Repsol de la M-607.

—¿La que hay entre Colmenar Viejo y Tres Cantos?

—Sí.

—Vale. No está lejos del lugar donde lo encontraron.

—Sí, pero hay más .

Mónica se retuerce en la silla. Detesta que le den la información por fascículos, y ese friki es todo un especialista.

—Antes de enviarte ese mensaje, recibió dos llamadas telefónicas. Una a las 12:46 y otra a las 17:53. Ambas realizadas por el mismo número, una línea prepago activada la semana pasada y que ya se encuentra de baja.

—¿Cómo sabe tu contacto todo eso?

—Preguntando a la compañía telefónica.

—¿Esos datos son públicos?

La expresión de Díaz es la que pondría un alemán al que se le ofrece una cerveza: de obviedad.

—Sí, si eres de la Benemérita o de la Policía Nacional.

Mónica se lleva una mano a los labios antes de lanzarse a pensar en voz alta: —Creo que le tendieron una trampa.

—Dios, cómo me pones cuando tus engranajes empiezan a carburar —dice Díaz, mostrando una sonrisa perversa e infantil.

—Tranquilo, chaval, controla tus hormonas. Son solo teorías, pero podría ser. —Cierra los ojos para concentrarse en la escena—. Alguien se pone en contacto con Yago y le cita en la Repsol.

—Alguien en quien él confiaba, dado que ahora sabemos que acudió a la cita —añade Díaz.

—Correcto —dice ella con los ojos aún cerrados—. Yago llega primero y me envía ese mensaje. Pero, ¿por qué? Creo que podemos deducir que había descubierto algo importante sobre algún caso que

estaba investigando por su cuenta.

—¿Por qué haría eso?

—Todavía no lo sé —dice Mónica, cada vez más convencida de que es un caso que también la involucra a ella, dado el mensaje—. Pero solo se me ocurre una razón por la que Yago aceptara citarse con un desconocido en mitad de la autopista después de recibir dos llamadas: acababa de dar con una pista importante, puede que un descubrimiento revelador, y alguien le prometió ayuda. —Nada más decir esto último, se da cuenta de la similitud que tiene su reconstrucción del caso con lo sucedido en la sauna a primera hora; sufre un estremecimiento—. Esa teoría también encaja con que me enviara el mensaje emplazándome para hablar urgentemente.

—¿Él no te había hablado de nada de esto antes?

Ella agita la cabeza.

—¿Por qué tiene que ser un desconocido?

—¿Cómo?

—Acabas de decir que Yago aceptó citarse con un desconocido. Me pregunto si no fue alguien a quien sí conocía. Esto explicaría por qué él accedió a reunirse con él.

—En ese caso —dice Mónica—, es posible que nosotros también le conozcamos.

Pablo Díaz traga saliva. El ruido del ventilador al girar parece más fuerte ahora.

—Bueno, creo que con esto me basta —concluye la inspectora.

—¿En serio?

—Sí. Bueno, no —rectifica—. Casi se me olvida: tenemos el nombre y apellidos de la víctima del lago. Se llamaba Paula Duarte. ¿Podrías averiguar si hay alguna línea móvil registrada a nombre de Paula Duarte?

—Claro, es pan comido. El problema es que haya más de una Paula Duarte.

Mónica le dice el segundo apellido.

—En caso de duda, empieza por las registradas en la Comunidad de Madrid —apunta, y le entrega un papel con un número de teléfono empezado por nueve. Es el que les facilitó Irene Mateos.

—Este es su número fijo.

—No me lo digas: también quieres que te consiga un extracto de las últimas llamadas realizadas y recibidas.

—Eres un genio.

—Lo sé.

—En serio, te debo una. Y ahora, te dejo con tus cachivaches —dice, señalando el montón de teléfonos usados.

—Vale. Yo no soy de whisky, pero me sirve que me invites a una ración de gambas a la plancha en una terraza. El jamón también me

gusta .

—Nos vemos, Pablo.

Mónica cruza el sótano y toma el ascensor. La conversación con el informático ha vuelto a situar en primer plano sus preocupaciones sobre el encuentro con Kelemen.

La opción de ceder al chantaje está ganando puntos cuando se abre la puerta del ascensor y da comienzo una nueva pesadilla.

La que menos espera. La que no puede soportar.

24

Las palmas de las manos de Mónica empiezan a sudar apenas un instante después de dirigir la mirada hacia la mesa de la oficial y constatar que se encuentra vacía.

«¿Dónde te has metido, Mercedes?», es lo primero que piensa. Lo que sí exclama en voz alta, haciendo que todos los presentes esa mañana en la oficina se vuelvan alarmados, es un claro y aterrado: —¿Dónde están Mercedes y Jamie?

Maldice para sus adentros. Sabía que no debía dejar a su hijo a cargo de Mercedes. Ni de ella, ni de nadie. Sobre todo después de ser perseguida por ese Ford de color azul eléctrico, o habiendo recibido esa amenaza por parte de Kelemen antes de que él se despidiera.

Entonces, ¿de verdad fue una amenaza?

En cualquier caso, no tenía alternativa. Ha tenido que ausentarse un minuto para ver a Pablo por esos asuntos que no le dejan pegar ojo, y no le ha parecido oportuno ni profesional bajar a ese laboratorio con un bebé en brazos.

¿Cuánto tiempo ha estado en el sótano? ¿Media hora? Ni siquiera tanto. Maldita sea, en ese tiempo han podido pasar millones de cosas.

Más tarde, analizando la situación fríamente, admitirá que la culpa no la tiene Mercedes. Es John quien hoy debía recoger a Jamie del jardín de infancia, según lo que tenían acordado. Pero él ha avisado, ella ya en Jefatura, modificándole los planes. Una reunión exprés con la editorial, decía en el mensaje. «Cuando no es la editorial, es su agente, y cuando no, una firma. Antes al menos se dignaba a llamarla por teléfono, pero ahora no tiene tiempo ni siquiera para eso. Un audio, y gracias». De modo que, ¿qué se suponía que debía hacer ella con tan poco margen? Lo único que se le ha ocurrido: ir a por Jamie al jardín de infancia y llevárselo a la oficina.

Así que, si aquel que vigila sus pasos desde las sombras ha aprovechado los minutos en que ella ha perdido de vista a su hijo para llevárselo, no es culpa de Mercedes, sino del caso perdido de su exnovio. *El escritor*.

Las dos últimas palabras chirrían con rabia en las paredes de su cerebro mientras corre hacia la mesa de Mercedes. La bordea y mira debajo del tablero, como si la agente pudiera estar allí debajo con su hijo.

Lo que encuentra es incluso peor que la ausencia de su hijo: su chupete, aún mojado de baba, abandonado sobre las baldosas. Huérfano.

Se incorpora con un fuerte palpitar en la sien y la terrible sensación de que eso no puede estar pasándole a ella. Las paredes de la oficina parecen comprimirse hacia ella a la vez que el aire se vuelve más viciado.

—Vosotros —señala a tres tipos que observan algo en un monitor al otro extremo de la planta—. ¿Habéis visto a Mercedes? Ya sabéis, la novia de Rayco Medina. Pelo largo, más bien bajita, ojos grandes.

—Sabemos quién es Mercedes —replica uno, cortante.

—¡Pues contestadme, coño! ¿La habéis visto, o no?

—Me he cruzado con ella hace un rato —informa otro.

—¿Iba con un niño?

—¿Un niño?

—Sí, joder. Un bebé. ¿Sabes lo que es?

—Iba sola —contesta otro.

«Sola… ¿Qué está pasando? »

—¿Y sabes adónde ha ido?

Los tres se encogen de hombros.

«Panda de inútiles, os podéis ir todos al carajo».

Corriendo por los pasillos de la planta:

—¡Jamie! ¡Mercedes! —A todo aquel con el que se cruza, le sujeta del brazo y le pregunta—: ¿Has visto a Mercedes?

Alertado por los gritos, Andrés Gordillo sale en ese momento de su despacho: —Mónica, ¿qué te pasa?

Ella, fulminándolo con la mirada:

—¡Pasa que Mercedes ha desaparecido con mi hijo! ¡Eso pasa!

Gordillo, situándose a su altura, la coge del codo y la detiene.

—Cálmate un segundo y respira. Perder así los papeles no va a ayudarte a encontrarlo antes.

Ella se revuelve y le aparta la mano con brusquedad.

—¿Puedes dejar de meterte en mi vida? —le grita, y sale como un rayo hacia la salita del café, que también encuentra vacía. Desesperada, corre escaleras abajo en dirección a la calle.

En el vestíbulo del edificio, plantado de pie con las dos manos colgando del cinturón, el guarda de seguridad debe de percibir su desesperación, porque da un paso adelante y le pregunta si va todo bien.

—¿Has visto salir a Mercedes, la novia de Rayco? Iba con un niño pequeño.

El guarda niega con la cabeza.

Es una pesadilla.

Mónica está cruzando las puertas deslizantes de cristal cuando

choca con un hombre que en ese momento está entrando a la Jefatura con cierta premura.

—¡John!

—¡Mónica! —La mira con cara de no comprender—. ¿Se puede saber qué te pasa? En el jardín de infancia me han dicho que te has llevado a Jamie. ¿Lo has traído aquí? ¿Te has vuelto loca?

Ella lo mira por menos de un segundo. El abrigo azul de siempre, las gafas de siempre y el maletín Hermes de cuero de siempre. Lo único que ha cambiado es su pelo, ahora más largo y peinado hacia atrás, y que ya no la llama Moni. ¿Cuándo dejó de hacerlo? No importa ahora.

—No encuentro a Jamie —explica, jadeando y sin dejar de moverse de un lado a otro con la mano en la frente.

Él la aniquila con sus penetrantes ojos claros.

—Espera… ¿has perdido a nuestro hijo?

Le ha llegado al alma. Si no se encontrara en un momento tan crítico, le cruzaría esa cara de escritor inglés.

—¿Cómo que *he perdido*? Si tú no hubieras priorizado tu editorial por encima de su cuidado, no habría tenido que traérmelo a la oficina. Por si no te acuerdas, trabajo en una jodida Jefatura de policía y acaban de readmitirme, se supone que no debería traer a mi bebé aquí.

—Joder, Mónica. Como te he dicho en el mensaje de audio, ha sido algo completamente inesperado e improvisado. Yo también tengo un trabajo, ¿sabes? Aunque a ti, eso de escribir, nunca te pareciera algo serio. Para tu información, se trataba de una reunión para debatir sobre las fechas de publicación de mi próxima novela que no podía…

—Cállate o te juro que te empujo bajo las ruedas de ese autobús.

John alza las manos, rendido.

—Vale, vale, como quieras. —Visiblemente pálido y ceñudo, pregunta—: Entonces, ¿dónde está nuestro hijo?

Mónica barre la avenida con la mirada por encima del hombro de él, primero a un lado, y luego al otro. Solo ve el cuadro de siempre: vehículos circulando en todas las direcciones, repartidores en bicicleta, viandantes en sus respectivos mundos y perros tirando de sus dueños, todo ello bajo el manto de decibelios habitual que cubre el ambiente. Sin embargo, no ve a Mercedes ni a su hijo por ninguna parte.

—Han desaparecido —contesta, y siente que se le contrae el rostro al verbalizarlo—. Alguien se ha llevado a Jamie.

Acto seguido, y sin dejar que John vea sus lágrimas caer, da media vuelta y entra de nuevo en el edificio para dar la orden urgente de búsqueda.

25

Una ola de miradas la envuelve cuando pone un pie la planta de Homicidios de nuevo. El rumor de su enfrentamiento previo parece haberse propagado como fuego en un bosque seco, y ahora la sala, saturada de agentes, parece vibrar con una tensión palpable. Miradas inquisitivas, algunas tintadas de preocupación genuina; otras apenas disimulando un regodeo vil, la escrutan sin pudor. Al fondo, cree distinguir a algunos compañeros de Adolfo Moreno con sonrisas de gozo esculpidas en sus rostros. «Estabais esperando el momento en que me golpeara y cayera. Pues ya lo tenéis, pedazo de escoria».

Su apariencia debe de ser un cuadro desolador, pues se nota el rostro ardiendo y los ojos hinchados por el llanto. Seguro que por eso la miran como si fuese un alienígena. Nunca imaginaron ver a Mónica Lago, la inspectora de hierro, desmoronarse.

Le da igual lo que piensen, ahora solo quiere encontrar a su hijo.

Su vista se posa repetidamente sobre la mesa de Mercedes, que aún permanece desocupada.

Tiene que denunciar una desaparición, y cada segundo que pasa corre en su contra .

Nota una presencia masculina aproximándose. Es Andrés Gordillo.

—Mónica, escucha, tienes que entrar en razón…

Mónica lo ignora con un gesto a un lado, apresurándose hacia su escritorio. Desde allí podrá realizar una llamada y poner a todo el Cuerpo Nacional de Policía a buscar a su hijo. Se detiene un segundo cuando recuerda que el responsable de la brigada de Desapariciones es Alfredo Moreno. ¡Joder! Es igual, telefoneará al comisario principal. Hasta se personará en la casa del ministro del Interior, si es necesario.

—¡Mónica! —oye, cuando está marcando el número del comisario en el teléfono fijo. Es una voz que la devuelve a la tierra.

—¿Rayco?

Lo ve en la puerta de la sala de café, balanceando a un bebé, con Mercedes a su lado, ambos compartiendo una mirada de confusión. Al reconocer a su hijo en brazos de Rayco, Mónica se precipita hacia ellos, arrancando al niño de sus brazos entre lágrimas y un alivio profundo mientras deja escapar un «Gracias a Dios». Lo abraza fuerte. Cuando deja de temblar, en un torbellino de emociones, abofetea con rabia a su compañero.

—¡Mon! ¿Es que estás loca? ¿Por qué has hecho eso? —le increpa él.

—¿Por qué te has llevado a Jamie? —exclama Mónica, y mira a Mercedes—. ¡Te dije que no te movieras de tu sitio!

—Pero Mónica, se hizo caca y me lo llevé al baño para limpiarlo —se excusa Mercedes, cauta—. No podía dejarlo así en mitad de la ofic…

—¡Cállate, joder! No quiero saber nada.

En pleno ataque de nervios, la inspectora se da la vuelta y se aleja de ellos.

—Mónica, no estás siendo justa —dice Rayco.

Ella no contesta, ni siquiera se vuelve. Pasa al lado de Gordillo evitando el contacto visual y se detiene frente a John, que no se ha movido de la puerta.

—Haz el favor de llevártelo de aquí. Ya hablaremos.

Le entrega el niño sin decir nada más y, antes de que John se meta en el ascensor con su hijo, se vuelve furiosa y camina hacia su sitio.

Nada más dejarse caer sobre su silla, luchando por contener las lágrimas por la tensión acumulada, se mete un chicle en la boca; un recurso tan simple como efectivo para liberar el estrés. Está pensando en cómo disculparse con Rayco y Mercedes, con quienes claramente se ha sobrepasado, cuando suena el teléfono fijo.

—¿Qué pasa? —pregunta al descolgar, frotándose el rostro con la mano. Lo tiene húmedo.

—Inspectora Mónica Lago, ¿sabe quién soy?

—Por supuesto, señor.

—La espero en mi despacho. Tenemos que hablar. —Un tono constante pone fin a la fugaz llamada.

Mónica inhala profundamente, preparándose para el siguiente acto de esta jornada interminable. El que acaba de colgar es el comisario principal Serrano.

26

El comisario principal Florentino Serrano espera, con su característico parpadeo marmóreo, a que ella hable. Sobre la mesa reposa un expediente abierto. El segundero del reloj de pulsera del superior, un viejo Rolex de oro, es lo único que se oye en la sala, un sulfurante recordatorio de que el tiempo corre y ellos aguardan su versión de los hechos. Tras ella, de pie junto a la puerta y con las manos entrelazadas delante del regazo, Andrés Gordillo espera silencioso como un guardia real. O como el abogado del diablo.

—Por fin. Empezaba a pensar que ya no vendría. Por favor, tome asiento —ha sido el saludo del comisario principal nada más entrar Mónica por la puerta del despacho. Con un escueto gesto de invitación, le ha señalado una de las dos sillas vacías delante del escritorio. Escasos minutos antes, muy a su pesar, Mónica había seguido, nada más colgar el teléfono, la petición de Serrano de acudir al despacho. Por eso, ese «por fin» le ha sorprendido tanto como le ha tocado las narices. Sabe que es una manera clásica de dejar el estatus claro desde el principio, el «aquí están mis medallas» de toda la vida. Y aun así, la irrita.

Las experiencias pasadas le han enseñado, sin embargo, que las invitaciones del comisario principal no auguran nada bueno. De ahí el mal presentimiento cuando se ha sentado en la silla ofrecida. Una vez, había leído en un libro de protocolo y liderazgo que una mujer nunca debía sentarse sobre los talones. Hace parecer poco profesional. Generalmente, Mónica se olvida de ello. Por algún motivo, ver a Florentino Serrano le ha hecho recordarlo.

—¿Qué tal va el caso que tienen entre manos? —ha empezado preguntando el de mayor rango—. ¿Van avanzando?

Ella era consciente de que la pregunta solo era un formalismo para iniciar la conversación, dado que, como sabe, Gordillo le pasa regularmente un informe a Serrano poniéndolo al día con los últimos acontecimientos surgidos durante la investigación.

—Nos estamos acercando al asesino. —Nada más hablar, ha recordado que tenía un chicle en la boca. La cara de Serrano mostraba desaprobación. Para no dejarse intimidar, Mónica ha acelerado la masticación hasta convertirla en una rumia bovina—. Han surgido pistas nuevas a las que estamos siguiendo el rastro.

—¿Lo de la agencia de mujeres de compañía para la que trabajaba la víctima al mismo tiempo que compartía piso con su ex? Como móvil para un asesinato no está nada mal, si me preguntan a mí —comenta Serrano.

«Pero a ti no te pregunta nadie», piensa Mónica.

—Eso sobre todo, sí, aunque hay varios hilos abiertos —responde—. Pero me imagino que no me ha hecho venir para preguntarme eso, ¿me equivoco?

Serrano se ha quitado las gafas de fina montura dorada, ha observado los cristales, ha exhalado sobre ellos y acto seguido los ha limpiado con un paño especial. Luego ha sonreído, pero en un gesto más bien tenso, cosa nada extraña en él y que no tenía por qué significar nada.

—No, desde luego que no. El motivo de mi llamada es que quería preguntarle por lo que ha sucedido esta mañana en su planta.

Mónica ha hecho una mueca. Desde el minuto uno había odiado a aquel hombre. Florentino Serrano Rebollo, un carcamal a quien sus dos apellidos hacían tanta justicia como el gris ratonil de su escaso cabello. Tan solo su postura, tieso como si llevara un palo introducido por el ano, ya la repugnaba; siempre con un cuello de camisa almidonado que, con el calor que hacía, le tenía que estar provocando urticaria. ¿Cuándo pensaba jubilarse ese dinosaurio? A ese paso, un día cualquiera lo iban a encontrar tieso en el despacho donde se encuentran ahora, una muerte que parecía estar a punto de producirse por asfixia. Mónica observaba el nudo de la corbata de seda con sus rayas diagonales, no sin sentir cierta pena. Lo milagroso era que ese hombre siguiera consciente, dado el estrangulamiento infligido por el nudo, que debía de estar impidiendo la llegada de oxígeno al cerebro.

Sus pensamientos, no obstante, estaban en otra parte. En concreto, en identificar al soplón. ¿Cómo había podido correrse la voz tan rápido? Todas las sospechas se centraban en dos personas: el gordinflón de Adolfo Moreno y Andrés Gordillo. Este segundo era su jefe directo y había presenciado el numerito desde primera fila. Inmerecidamente, había sido el blanco del miedo y frustración de ella, y poco había faltado para que lo mandara a la mierda. Como inspector jefe, por lo tanto, estaba en pleno derecho de informar al comisario principal de lo sucedido. Sin embargo, algo le decía que Gordillo no era ese tipo de jefes que escalan los problemas antes de intentar solucionarlos personalmente con el implicado. Al menos, Yago jamás habría procedido así. ¿Se equivocaba con el nuevo jefe? Quería creer que no, y sin embargo, Adolfo Moreno, su sospechoso predilecto, no se encontraba en la planta durante el falso incidente, de modo que, ¿cómo había podido ser él?

Así pues, notando como los ojos traidores de Gordillo se le clavan

en la nuca, Mónica está haciendo esperar al viejo comisario, que acaba por impacientarse bajo su carísimo traje hecho a medida.

«Quería preguntarle por lo que ha sucedido hace unos minutos en su planta», ha sido la frase. ¿Por dónde empezar? Menudo día, para no haber entrado en Jefatura.

Tras mirar el reloj, Serrano rompe el silencio y, con ojos entornados, mira a Mónica por encima de las gafas .

—¿Y bien? —insiste, visiblemente impaciente.

—No ha sido nada, señor. He perdido momentáneamente los nervios porque había perdido de vista a mi hijo, pero todo ha resultado ser una falsa alarma. Quiero aprovechar para pedir disculpas por mi comportamiento a mi jefe directo y a…

—¿Su hijo, dice?

—Sí. Pensé que ya estaba al tanto.

—Pues no. —El comisario enlaza sus manos por encima de la mesa, como ansioso por escuchar una buena historia—. Explíqueme eso.

Mónica coge aire antes de hablar.

—Se suponía que el padre de mi hijo tenía que recogerlo hoy del jardín de infancia…

—Al grano, inspectora.

—Finalmente le ha surgido algo y me he visto obligada a recogerlo yo. No tenía con quién dejarlo, y menos con tan poca antelación, de modo que lo he traído a la oficina, solo por unas horas.

Hace una pausa por si el jefe quiere decir algo, pero solo levanta las cejas y pronuncia un condescendiente «continúe».

—Entonces he bajado un segundo a hablar con Pablo, el jefe de Informática, sobre un asunto, y he dejado a mi hijo al cuidado de la agente Mercedes. Cuando he regresado de mi visita al laboratorio, ni ella ni mi hijo estaban en su sitio, y como no los veía por ninguna parte, en fin, me he puesto un poco nerviosa.

—Un poco nerviosa. —Repite el comisario principal, y pasa a leer unas anotaciones escritas a mano en su cuaderno—. Según me dicen, leo textualmente, «usted ha gritado como una loca, ha corrido por los pasillos de la planta y ha faltado al respeto a su jefe directo».

Mónica se esfuerza por ocultar su sorpresa, pero nota que a Serrano no le resultará difícil interpretarla en base al color de su rostro.

Tras ella, Andrés Gordillo carraspea.

—Señor… —empieza a hablar el inspector jefe, pero Serrano lo interrumpe :

—Escuche, inspectora, es usted una joven agente competente y con mucho potencial. Es por eso que, pese a los escándalos que ha protagonizado en los últimos años, desde la cúpula del Cuerpo

Nacional de Policía se ha decidido readmitirla en su antiguo puesto.

Tras un profundo suspiro, aparentemente destinado a insuflar el dramatismo necesario a las declaraciones que se aproximan, continúa:

—Créame, quiero lo mejor para usted, al igual que para cada miembro de esta gran institución, pero comprenderá que este no es un lugar para un niño recién nacido.

—Lo comprendo —acata Mónica, manteniendo la mirada sin pestañear.

—Tal vez nos hemos precipitado con su reincorporación, visto lo visto.

Este último comentario despierta en Mónica, y en la misma medida, tanto rabia como perplejidad.

—¿Qué quiere decir? —pregunta, temiendo a dónde quiere ir a parar Serrano.

—Me pregunto si una mujer como usted, tan dependiente de su criatura, no debería considerar la jornada reducida.

—Por Dios, comisario —interviene Gordillo, que ha dado un paso y ahora está a la misma altura que Mónica, solo que de pie—. Con el debido respeto, ese es un comentario completamente injusto y exagerado.

El mandamás mira a su subordinado por encima de las gafas.

—¿Exagerado?

—La inspectora Lago está teniendo un comportamiento ejemplar y profesional, y me consta de que Yago Flores guardaba la misma opinión, comisario. Lo de hoy ha sido algo puntual, estoy seguro.

—Bueno, Andrés, eso no lo pongo en duda. Creo que no estoy abriendo ningún debate poco razonable. Solo planteo una obviedad, y es que es evidente que la inspectora Lago, debido a su situación actual como madre, no puede desempeñar su trabajo de la mejor manera. Mírese a usted, sin embargo. No lo veo distrayéndose con asuntos personales en horario de trabajo. Por eso, entre otras cosas, ha sido ascendido a inspector jefe.

Mónica siente que, si sigue un minuto más en ese despacho, explotará.

—No está siendo justo, si me lo permite —insiste Gordillo, respetuoso pero levantando un poco más la voz—. Se están sacando las cosas de quicio.

—¿La inspectora Lago no le ha gritado directamente? Siendo su subordinada, a mí me parece algo más que un desliz.

—Le aseguro que no ha sido nada de lo que preocuparse. Lo que pone en ese papel es sin duda una exageración, se lo aseguro.

—En cualquier caso, reitero que nuestra Jefatura no es el lugar para traer a un niño.

Tras un breve silencio, Gordillo responde con algo que hace que

Mónica vuelva la cabeza para mirarlo:

—Ha sido idea mía, señor.

«¿Pero qué dice?»

Serrano vuelve a quitarse las gafas, esta vez para dedicarle al inspector jefe una mirada profunda.

—Le ruego que se explique.

Un nuevo carraspeo por parte de Gordillo.

—Sabía que a la inspectora Lago se le había complicado el día y yo mismo le ofrecí traer a su hijo a la oficina por unas horas. Así que, si hay algún culpable de lo sucedido hoy, soy yo.

Mónica, que nunca ha necesitado que otros asuman responsabilidades por ella, y mucho menos que la defiendan, se revuelve en la silla dispuesta a hablar, pero Gordillo posa la mano en su hombro. Un «estate quieta y cállate» en toda regla.

El comisario principal escudriña a sus dos policías alternativamente, como si esos viejos ojos pudieran extraer las mentiras en las miradas de los demás como quien extrae petróleo de la tierra.

—Bien, olvidemos el tema. Pero que quede claro: de aquí, en adelante, quedan terminantemente prohibidos los niños o familiares en estas oficinas. ¿Me he expresado bien?

Mónica asiente con la cabeza .

—Cristalino, señor —contesta Gordillo—. ¿Hemos acabado?

—Hemos acabado. Pueden irse.

Mónica se ha levantado y recorrido ya la mitad de la distancia que la separa de la puerta, sostenida por Gordillo, cuando el comisario principal vuelve a hablar.

—Y, Lago, una cosa más: no tengo ni idea de con qué tipo de asunto de índole privado está lidiando usted ni por qué baja tanto al laboratorio del informático. Pero si llego a tener la sensación de que abusa de su autoridad para emplearla en investigaciones privadas al margen de su competencia, como la de Yago Flores, puede dar por finalizada su vida como inspectora en cualquier división que esté bajo mi mando. ¿Nos hemos entendido? —Sin esperar respuesta, prosigue—. Y en cuanto al caso de la joven muerta del lago, poneos las pilas antes de que la prensa y el fiscal empiecen con las preguntas incómodas. Así que, a trabajar —concluye, agitando la mano en el aire con arrogancia.

Sus últimas palabras siguen reverberando en el pasillo cuando Gordillo cierra la puerta con algo más de fuerza de lo normal.

—Gilipollas —susurra Gordillo cuando han echado a andar.

Comparten en silencio el recorrido por las cuatro plantas que los separan de las oficinas de Homicidios.

Es allí donde Mónica ve a Adolfo Moreno. Ese devorador de

Phoskitos también la ha visto a ella. Está de pie, junto a las taquillas y con el cinturón a punto de estallar, de charla con un grupo de agentes bien trajeados. Mónica conoce de vista a un par de ellos: son los que estaban presentes cuando antes ha entrado en pánico. Ahora, todos ríen y beben café en vasos de plástico. Al encontrarse sus miradas, Moreno, que sostiene un bollo que pronto pringará sus yemas de chocolate, lo alza en forma de irónico brindis en dirección a Mónica.

Los labios gruesos y pálidos siguen sonriendo en su rostro cuando ella pasa junto a él sin mirarlo a la cara. «Una sonrisa porcina y satisfecha de sí misma», piensa Mónica mientras el otro apoya su corpulenta humanidad en el armario contiguo .

El penoso panorama es esclarecedor, el pequeño misterio del soplón ha quedado resuelto.

«Has sido tú, chivato lameculos».

Pasado el tenso momento, el de Desapariciones le da la espalda con brusquedad y regresa con sus colegas, dejando esa sonrisa suya, despectiva y mordaz, impresa en las retinas de Mónica. Le arde a esta la cabeza con ganas de borrar con violencia esa sonrisa. Entonces, transcurrido el momento de crisis, se dirige a Gordillo, que aún camina a su lado.

—Gracias por defenderme ahí arriba.

—No hay de qué —contesta él sin dejar de mirar a la puerta de su despacho, de frente, al fondo del pasillo.

—Aunque no tenías que mentir por mí.

—Ha funcionado, ¿no?

Al cabo de unos silenciosos pasos más, ella por fin lo suelta:

—Siento mi reacción de antes, ha sido infantil e injustificada. Te pido disculpas y me gustaría que hiciéramos como que no ha sucedido.

Junto a la puerta del despacho, el inspector jefe se detiene y se vuelve hacia ella.

—¿Qué reacción?

Para completar la broma, un guiño casi imperceptible.

Mónica sonríe incómoda, sin saber qué más decir, porque un «Gracias» no es propio de ella.

—Venga, ¡a trabajar! —ordena Gordillo.

—Sí, a trabajar —repite ella cuando el jefe se ha metido en la Batcueva, cerrando la puerta tras él.

27

De vuelta en su escritorio, Mónica se deja caer en la silla. Está furiosa, por eso tira con un fuerte estruendo la libreta sobre la mesa. Tal como cabe esperar, nadie se acerca a hablar con ella, interesarse o ponerle una mano en el hombro mientras le pregunta «¿Estás bien?» No lo hacen porque saben que se exponen a que ella les mande a la mierda.

Ni siquiera Rayco y Mercedes, cuyas mesas casi colindan con la suya, están allí. Seguramente se encuentren en la sala del café, o en el bar de abajo, criticando su actitud, ofendidos por cómo los ha tratado ella antes. Y no les faltaría ni un ápice de razón.

Más calmada, y tras salvar el *match ball*, gracias en parte al capote que le ha echado Gordillo en el despacho del comisario principal, vuelve a colocar su punto de mira mental en la hipotética amenaza de Kelemen en la sauna y su intento de chantaje. El secuestro de Jamie ha resultado ser una falsa alarma, pero ¿y si no lo hubiera sido? ¿Puede vivir sabiendo que ella, y sobre todo su hijo, corren peligro?

Y luego está el enigma, aún sin descifrar, de Yago. ¿Podrá ese Kelemen, con su aire de gigoló presuntuoso, ofrecer algo sustancial? Prefiere confiar en una serpiente de cascabel antes que en él, pero una voz interior, cargada de un ingenuo optimismo, le susurra que él podría poseer alguna pieza clave para el rompecabezas.

La certeza brilla en su mente: sin ceder a la demanda de Kelemen, sin enviar esa foto de Paula Duarte escaneada a su correo electrónico, la duda se convertirá en un parásito tenaz, royendo su paz por siempre. Y ella no está dispuesta a permitirlo. Si existe la más mínima oportunidad de desentrañar el intento de asesinato de su antiguo mentor y amigo, se siente moralmente obligada a perseguirla.

Ahora que nadie parece prestarle atención, se desliza sigilosamente hacia el escritorio de Rayco. Abre el cajón donde el canario guardó las fotos que había recopilado en el dormitorio de Duarte el día anterior y, con una mezcla de cautela y urgencia, las traslada al cuarto de la impresora. Los diez minutos que dedica a escanear las imágenes se estiran como horas, cada segundo perforado por miradas nerviosas hacia la puerta, temerosa de ser descubierta.

Consciente de la delicadeza del asunto, el peso de la potencial controversia la oprime. Si se descubre que ha compartido, sin ningún

procedimiento legal, una foto de la víctima con un representante de los medios, el escándalo sería monumental. Además, sus motivos son puramente personales, ajenos a su jurisdicción y desvinculados de la investigación oficial del caso Duarte.

Terminado el proceso, devuelve las fotos a su lugar original y, de vuelta en su mesa —ahora un refugio seguro—, enciende el ordenador. Antes, ha ordenado a la impresora que enviara las imágenes escaneadas directamente a la carpeta compartida del caso, a la cual, naturalmente, tiene acceso. Entre el conjunto de imágenes, selecciona una particularmente inocua. Kelemen solo habló de una foto, sin especificar detalles. Así que opta por la menos comprometedora: una imagen de una jovial Paula en la cocina, ataviada con vaqueros y un delantal, sonriendo despreocupadamente al ser capturada por la cámara (probablemente de su amiga Irene) mientras prepara unos canelones de atún y huevo.

Finalmente, adjunta la imagen escaneada al correo, junto con el nombre de la víctima. Redacta la dirección que Kelemen había dejado en su tarjeta de visita y añade un conciso «Tenemos un trato» antes de enviarlo.

Cualquier duda que pudiera haber tenido se disipa en menos de un suspiro.

Un minuto más tarde, Rayco y Mercedes entran en la oficina, sumidos en una charla animada, dirigiéndose a sus respectivos puestos. «Qué suerte has tenido, guapa», se dice Mónica a sí misma mientras, con unos últimos clics, cierra las ventanas del servidor de correo y de la carpeta compartida.

Observa a sus compañeros, ya acomodados en sus puestos de trabajo.

«Hora de disculparse».

—Chicos —su voz flotando en la oficina como una pluma al viento; las disculpas públicas nunca han sido su fuerte—. Siento lo de antes. He perdido los estribos y lo he pagado con vosotros.

Rayco se toma un segundo eterno para despegar sus ojos de la pantalla y mirarla. Mercedes parece sumergida en su propio mundo, impasible.

—No te preocupes, Mon —responde Rayco con una cálida y sincera sonrisa—. Todos estamos un poco locos aquí. No hay rencores.

—Pero… te he dado una bofetada —Mónica insiste, su mirada anclada en la mejilla de Rayco.

—No te ofendas, pero pegas como una niña.

A su espalda, se oye la risa de Mercedes. Mónica se vuelve hacia ella.

—En cuanto a ti, Mercedes, no sé si has oído lo que he dicho. Lamento haberte gritado y hacerte sentir responsable cuando pensé

que Jamie había desaparecido. Y más aún, después de toda la ayuda que me has brindado…

—Pelillos a la mar, mujer. Olvidas que tengo a dos niñas en casa, y eso aterra hasta al propio miedo.

Mercedes termina con un guiño, y Mónica siente cómo se disuelve una pesada losa de culpa dentro de ella, arrepintiéndose de cada vez que subestimó a esa extraordinaria mujer.

Con decisión, Mónica se lanza a la calle y, en La Birra de Brian, solicita una generosa selección de cruasanes y rosquillas para llevar.

—Para mojar en el café —anuncia a su regreso, depositando los bollos en la mesa de Rayco—. Para los dos.

Sin añadir más palabras, posa su mano primero en el hombro de Rayco y luego en el de Mercedes. Anhela abrazarlos con fuerza, pero su orgullo se lo impide. De todos modos, siente que es suficiente.

—¿Eso son rosquillas? —La voz de Gordillo irrumpe en la escena. Mónica lo ve acercándose desde su despacho. Al llegar, el jefe toma una rosquilla y la muerde con deleite antes de acomodarse en una silla vacía.

—Deliciosa —aprueba, con los ojos cerrados para disfrutar del masticado. Después de tragar, dice—. Venga, contadme las novedades del caso.

Rayco y Mónica giran sus sillas hacia él, mientras en la mente de la inspectora persiste la imagen de la fotografía escaneada de Duarte.

—Antes he hecho una visita al laboratorio de informática —comenta—. El email que Duarte usaba en ese club de *swingers* provenía de un cibercafé, por lo que no tenemos rastro.

—¿Y el portátil?

Mónica niega con la cabeza.

—Pensamos que podría estar en su coche, que también está desaparecido. Ya hemos iniciado su búsqueda.

—Vale. —Gordillo suspira y da un nuevo bocado a la rosquilla—. ¿Qué más?

Rayco toma la palabra, resumiendo su visita a la agencia de acompañantes RentAGirl.

—Lo más relevante es esto —dice, entregando copias de la lista de clientes que Davinia Auditore le proporcionó. Gordillo asiente, reconociendo el esfuerzo.

El documento revela que Paula Duarte tuvo diecisiete clientes diferentes durante su tiempo en la agencia. Con aproximadamente un tercio, hubo más de una cita, pero hay un nombre que figura con mayor asiduidad .

—Raúl Pons —señala Rayco—. Este nombre aparece frecuentemente. Y las citas eran muy seguidas.

—Raúl Pons —repite Mónica—. ¿Por qué me suena?

—Es un chef reconocido de cocina de autor —aclara Gordillo—. Creo que tiene alguna estrella Michelin.

—Hum… —gime Mónica—. ¿Estamos ante una celebridad? He oído que esos chefs tienen egos tan inflados como los precios de sus menús degustación.

—Si queréis mi opinión, deberíamos hacerle una visita y así lo comprobamos —propone Rayco—. Para ver a los demás candidatos siempre tendremos tiempo. ¿Qué contestáis a eso?

—Bien, pero mejor os dividís. Mónica, tú con Pons. Andémonos con pies de plomo con él, es un personaje conocido y ahora no nos conviene que su nombre se filtre a la prensa. Esta vez acudirás sola.

Ella asiente. No sabe si sentirse halagada o todo lo contrario, pero su corazón se ha acelerado ligeramente.

—Tú, Rayco, vuelve a casa de Jordi Soler y pregúntale por el portátil de su ex —sigue Gordillo con las consignas—. Intenta sonsacarle algo más sobre Duarte y su trabajo como chica de compañía. Luego, volvemos a reunirnos y vemos qué hemos sacado en claro.

Cuando se vuelve para regresar al despacho, empuja sin querer la taza de Rayco, que se estrella contra el suelo baldosado fragmentándose en diminutos fragmentos.

—Ni te preocupes —se adelanta el canario a la disculpas del jefe.

Una persona supersticiosa, sin embargo, asociaría la taza hecha añicos con una señal de toda la devastación que se avecina.

28

Hace media hora desde que ha llegado al Iglú y Mónica sigue esperando en la terraza acristalada del restaurante. No ha llamado para avisar de que iba y no tiene derecho a quejarse de que Pons no la reciba de inmediato, pero lo mínimo que puede esperar de un establecimiento con dos estrellas Michelin es un plato de embutido y una cerveza bien tirada.

La mujer que la ha recibido nada más empujar la pesada puerta principal se ha presentado como Marisol, y ha mantenido su sonrisa deslumbrante, digna de un anuncio de dentífricos, incluso cuando Mónica se ha identificado como inspectora de policía. Vestía un conjunto negro de chaqueta y pantalón, estilo ejecutivo, y, aunque había cometido el atrevimiento de soltar el primer botón de la blusa blanca, no llevaba un solo cabello suelto; un moño rubio y tirante sumaba algunos centímetros a una altura ya de por sí estirada por unos generosos tacones.

Cuando Mónica ha preguntado por Raúl Pons, Marisol la ha guiado por los pasillos del restaurante, a través de cuyos ventanales se divisaba el amplio jardín, así como la avenida principal, que se extendía al fondo. El vidrio y el hormigón visto dominaban tanto la fachada como el interior. Los arbustos que delimitaban el patio, convirtiendo el restaurante en una especie de edén aislado del bullicio de la ciudad, parecían ser podados a diario.

Siete mesas componían la terraza exterior, envuelta en una elegante pérgola por cuya estructura trepaban plantas enredaderas que bloqueaban la luz del sol y hacían del sitio el lugar perfecto para disfrutar de un café, una cerveza o un combinado. Solo una de las mesas estaba ocupada, dado que a esa hora todavía no había dado comienzo el servicio de cenas. Precisamente por eso, la presencia de la mujer, que escuchaba música a través de unos auriculares de oreja, con las gafas de sol puestas y con una jarra de cerveza helada sobre la mesa, llamó la atención de Mónica. No debía de sobrepasar los cincuenta.

Marisol ha dejado a Mónica en una terraza interior, comunicada a su vez con el patio de fuera. Le ha ofrecido asiento en una de las mesas.

—El chef saldrá enseguida —han sido sus últimas palabras antes de

darse la vuelta y desaparecer. Nada de «¿Le apetece algo de picar?».

Mónica examina la sala en la que se encuentra. Solo este espacio, calcula, debe de ser tan grande como su piso.

Allí no está sola. En una mesa de la esquina, una joven, a ojos de la inspectora en edad de ir al instituto —pechos desarrollados bajo una camiseta con mensaje («EXTREMELY BUSY DOING NOTHING»), pantalones anchos y caídos, uñas esmaltadas y larga melena rubia recogida en una coleta—, navega en su teléfono a velocidad de vértigo. Su dedo pulgar parece el de una poseída al moverse sobre la pantalla. No ha levantado la vista para mirarla, ni siquiera cuando Mónica ha llegado con Marisol, y de saludar, ni hablamos. Posee esa belleza rebelde que, con toda seguridad, vuelve locos a los muchachos de su clase.

Tras la cristalera se puede ver a la mujer de las gafas de sol, que ha dejado los auriculares sobre la mesa y apura los últimos tragos de su cerveza con el rostro orientado a los últimos rayos de sol del día. Es una viva demostración de cómo disfrutar de los pequeños placeres de la vida. Ni la distancia ni las gafas logran ocultar su belleza y elegancia: ondulada melena negra, mentón afilado y espalda erguida. No ha podido comprobarlo a su paso por el jardín, pero Mónica apostaría a que desprende un olor agradable a colonia fresca y a que tiene unos grandes y hermosos ojos negros como pozos.

—¡Inspectora! Bienvenida al Iglú. —Un hombre ancho y recto con el pelo engominado, gafas de montura de pasta y casaca de cocinero le da, por fin, la bienvenida—. ¿Va a quedarse a cenar?

Mónica se levanta y le estrecha la mano. Observa la cara del chef. ¿Se lo ve nervioso? ¿Más nervioso de lo que justificaría una visita inesperada de la policía? Por mucho que intenta Mónica descifrar la expresión facial de Pons, este hace gala de su mejor cara de póquer.

—No, me iré enseguida —contesta, percatándose de las siglas (R.P.) en la casaca—. ¿Raúl Pons?

—Sí, soy el propietario. Marisol me ha dicho que es usted policía. ¿En qué puedo ayudarla?

—¿Podemos hablar en privado? —solicita Mónica, mirando de reojo a la joven, que sigue absorta en su móvil.

—¿Va a robarme mucho tiempo? El servicio empieza en una hora y media y tengo que ponerme a trabajar en la cocina.

—Eso depende de lo que pueda contarme. —Pons cruza los brazos, tirando de la tela de la casaca en la zona de los bíceps—. ¿Puede avanzarme de qué se trata?

Mónica vuelve a mirar a la joven.

—Insisto: mejor en privado.

—Claro, acompáñeme.

Pons la lleva por un pasillo de mármol blanco y bambú. Unos

cuadros abstractos que llegan hasta el techo decoran las paredes de estuco blanco. Una luz indirecta proporciona una atmósfera relajada y acogedora. A pesar del nombre del local, la temperatura en su interior no puede ser más agradable. Pasan por una puerta doble acristalada, a través de la cual Mónica distingue el amplio salón .

—En realidad, no tiene que preocuparse por mi hija —explica el chef según caminan—. Vive en su mundo.

—¿La chica del móvil es su hija?

—Sí, se llama Sonia —contesta él, con orgullo. Mónica no ve el momento de que Jamie crezca para que pueda hablar así de él. «Jamie se ha licenciado en medicina», o «Mi hijo ha entrado en la orquesta sinfónica de Viena». Esas fantasías de madres—. Es buena chica, ha entrado en la universidad, pero está en *esa edad*. Usted ya me entiende.

Mónica se queda con el dato. Si va a la universidad, significa que ya es mayor de edad. Quién lo hubiera dicho.

—Claro. ¿Y qué hace en el restaurante un martes por la tarde? —pregunta— ¿No tiene que estudiar o asistir a prácticas en la universidad?

La pregunta parece divertir a Pons, que se ríe condescendientemente.

—Todos los martes lleva a mi mujer a dar un paseo. Después, antes de ir a casa, suelen pasar por aquí a saludarme. Mientras mi esposa disfruta de la terraza, que según siempre dice, es su pequeño paraíso, Sonia aprovecha para estudiar. —Vuelve a sonreír—. Se ve que hoy no tenía demasiada tarea.

—Entonces, ¿la mujer de fuera es la madre de la chica? Curioso.

—¿Por qué lo dice? —pregunta él con sincera curiosidad.

Mónica se encoge de hombros ante la evidencia de la pregunta.

—No se parecen en nada.

—Eso es porque Sonia es adoptada. Y además, la que Sonia sigue considerando su madre, mi primera esposa, murió hace ya tres años.

—Lo siento.

—No se preocupe.

Sin detener la marcha, Pons abre una nueva puerta doble y ambos acceden a un universo alternativo donde todo parece ir a mayor velocidad y el aire estimula los receptores olfativos cargado de deliciosos aromas: la cocina. Un lugar donde los colores se huelen y los olores se pintan. En torno a ellos, un ejército de cocineros prepara el servicio de noche sin reparar en los intrusos. Sobre una encimera de metacrilato, en un plato alargado, hay dispuestos tacos de atún y salmón marinados. Al pasar junto a una cazuela humeante que desprende olor a marisco, Mónica está tentada de detenerse y pedir un cazo de esa ambrosía, pero opta por seguir a Pons, que cruza sus

dominios sin bajar el ritmo mientras aprovecha para dar algunas órdenes rápidas.

—Lola tuvo un accidente doméstico —comenta Pons, a pesar de que ella no ha preguntado. Han abandonado la cocina y están subiendo unas escaleras por un estrecho pasillo mucho más mundano que el resto del local—. Según los médicos, faltó poco para que no sobreviviera al coma. Al final lo consiguió, pero las lesiones afectaron a la parte del cerebro encargada de la vista. Desde entonces, está completamente ciega.

Mónica se queda petrificada, pero no detiene su paso.

—De nuevo, lo lamento. ¿Están casados? —pregunta Mónica.

—Sí. Fue amor a primera vista. Lola es maravillosa.

—¿Y hace mucho que su esposa está…?

Pons niega con la cabeza.

—No. Unos once meses.

—La ceguera de ella, ¿es temporal o definitiva?

—Hemos visitado a varios especialistas en los Estados Unidos. Casi todos coinciden en que lo más probable es que se trate de un daño irreversible.

Mónica asiente sin formular más preguntas, aunque le encantaría conocer los detalles del accidente doméstico que dejó a esa bella mujer sin vista para siempre. Una esposa muerta y otra impedida. Una vez más, queda patente: ni todo el éxito ni el dinero del mundo pueden remendar ciertos designios del destino.

En lo alto de las escaleras, Pons abre una última puerta y la invita a pasar.

—Este es mi despacho. Cerca de la cocina pero aislado del salón y de cualquier ruido.

Mónica accede a una habitación amplia e iluminada con luces tenues e indirectas. Todo, desde el escritorio que domina el centro de la sala, hasta las mesitas o la estantería repleta de libros de cocina que ocupa la pared principal, es de madera oscura.

—Tome asiento, por favor. —Pons señala un rincón con dos sillones de cuero marrón y una mesa auxiliar de cristal—. ¿Puedo ofrecerle algo de beber? Hacemos unos cócteles magníficos. Solo tengo que dar una orden y se lo subirán desde el bar. —Ribetea su voz una nota sarcástica, como si compartiera con el restaurante una broma secreta.

Mónica declina la oferta, aunque todo en ese lugar parece tentar sus papilas gustativas, a punto de salivar. Se sienta en uno de los sillones—. Señor Pons, estoy aquí con la esperanza de que pueda ayudarme con un caso de homicidio.

Pons, que se ha sentado en el otro sillón con las piernas cruzadas, alza las cejas.

—¿Un asesinato? —Incómodo, sonríe—. No sé por qué iba yo a poder ayudarla.

Mónica saca la fotografía de Paula Duarte del bolsillo de la cazadora y la desliza sobre la superficie de cristal.

—¿Qué puede decirme de ella?

Pons echa una breve mirada a la foto mientras Mónica trata de detectar alguna mueca en su rostro. Tal vez el típico temblor labial, o un ligero entornar de ojos. No ve nada.

—¿Y bien? ¿La conoce? —lo apremia.

—Me suena de algo, pero ahora no caigo.

«Todo lo que ese hombre tiene de buen cocinero —piensa Mónica al observarlo, expectante—, lo tiene de mal actor».

—Señor Pons, no saca nada ocultándome la verdad.

Como si hubiera alguien más con ellos en el despacho, o escuchando tras la puerta, el chef se inclina sobre sus rodillas y confiesa entre susurros:

—Escuche, no quiero que Lola se entere. Lo que hubo entre esa chica y yo, se terminó. Espero contar con su discreción.

Mónica resopla. No puede evitar juzgar al hombre que tiene delante y compararlo con los hombres de su vida. Echa a un lado el recuerdo de John y se apoya en el respaldo del sillón, pensando que sería un buen momento para dar un trago a uno de esos cócteles.

—Por ahora no hay nada que indique que tengamos que involucrar a su esposa. —Ve el alivio reflejado en el rostro de Pons—. ¿De qué se conocían Duarte y usted?

—La primera vez que nos vimos fue en una feria gastronómica. Paula trabajaba de azafata.

—¿Qué hacía Duarte en una feria gastronómica? Por lo que tengo entendido, era modelo.

—Paula estaba contratada como azafata por uno de mis proveedores.

Mónica asiente en silencio. «Lo de siempre», piensa. Chicas jóvenes y guapas, contratadas por las empresas para exhibir productos y servicios y captar clientes, sin descartar la posibilidad de otro tipo de contacto más íntimo.

—Nos entendimos bien desde el primer momento —prosigue él—. Y por la noche, después de la feria, fuimos a tomar algo.

—¿Siguieron en contacto después de aquello?

Pons se revisa las uñas antes de contestar. El clásico gesto inconsciente para ganar unos segundos. Solo tiene que sumar dos más dos para llegar a la conclusión de que Mónica lo ha localizado a través de la agencia. Consecuentemente, negar cualquier encuentro posterior, sería de todo menos inteligente. Su asentimiento con la cabeza hace suponer que su reflexión lo había conducido a la conclusión evidente.

—Quedamos un par de veces. Pero ya hace unos meses que lo hemos dejado.

—¿Diría que la señorita Duarte y usted mantenían una relación?

Se toma un momento para pensar la respuesta.

—Al principio la contrataba de manera oficial a través de la agencia. Luego… —titubea antes de continuar—. Luego también quedamos en privado.

—Entonces, ¿mantenía una relación con la señorita Duarte? —repite Mónica la pregunta .

—Llámelo como quiera. Aventura o relación. ¿Qué importancia tiene?

—¿Y su esposa? ¿Lo sabía?

—¿Bromea? Por supuesto que no. Y repito: espero que no llegue a enterarse. Todo aquello, por suerte, ya terminó. No quiero que en su estado se entere. No sería bueno para nadie.

—No se preocupe. —Mónica cambia de postura en el sillón, más incómodo de lo que parecía en primer lugar—. No deja de repetir que lo suyo con la señorita Duarte había terminado.

Pons asiente.

—Ella había abandonado la agencia. ¿Estaba al corriente?

—No, no lo sabía. Pero, como le he dicho, hacía tiempo que ya no quedábamos.

—¿Y cuál fue el motivo?

—Paula quería más.

—¿Más?

—Una relación seria.

—Y usted no quería eso.

Niega despacio con la cabeza, gesto contrariado, como si estuviese reviviendo un mal sueño.

—Nunca pasó por mi cabeza abandonar a mi esposa, y menos en el estado en el que se encuentra. En la salud y en la enfermedad, ¿recuerda?

«Lo que no te impidió engañarla con otra», piensa Mónica.

—Oiga, como mujer que es, sé que me está juzgando —continúa él, como si pudiera leerle los pensamientos en la mirada—. Pero yo amo a Lola. Lo de Paula fue un error pasajero que ya está solventado.

«Solventado del todo, desde luego», se dice Mónica, pensando en que la muerte de Duarte es de lo más oportuna para el chef.

—¿Cuánto tiempo lleva casado con su esposa?

—Dos años. ¿Por qué?

—¿Puedo hacerle una pregunta personal?

Él asiente.

—Antes ha dicho que ama a su esposa —dice Mónica.

—Así es .

Mónica no lo duda, pero sí se plantea si ese hombre habría tenido una aventura con Duarte de no haber estado su esposa ciega.

—¿Y cuándo vio a la señorita Duarte por última vez? —vuelve Mónica al tema principal.

Pons se toma un momento para pensar.

—No estoy seguro, hace ya algunas semanas.

—¿Y desde entonces no volvieron a tener ningún tipo de contacto?

Niega con la cabeza.

—¿Ni siquiera un correo electrónico o llamada telefónica? ¿Ni un simple mensaje de texto?

—Ya le he dicho que no. —Por primera vez, Pons se muestra irritado, y no solo por el elevado tono de voz, también la piel de su cuello se ha enrojecido como si sufriera un sarpullido momentáneo. Con todo, parece más seguro que nunca.

«O dice la verdad —piensa Mónica— o sabe que el móvil de la víctima no nos va a llevar a ninguna parte».

—Escuche, no me chupo el dedo. —El chef se ha inclinado hacia delante hasta que Mónica casi puede oler su aliento—. No hay que ser una lumbrera para deducir que todas las papeletas me sitúan como sospechoso número uno de la muerte de Paula. Tengo una reputación que cuidar y eso no es compatible con tener una antigua amante que pueda hablar en un momento dado. Sé que por eso ha venido, no ha dejado de examinarme desde que nos hemos presentado. Pero se lo prometo: yo no maté a Paula. Debe creerme.

—Voy a tener que pedirle que me anote su número personal de móvil, señor Pons.

—Sin problema —responde él, distante—. No tengo nada que esconderle. Además, sé que podría averiguarlo por su cuenta con un chasquido de dedos.

Dicho lo cual, el chef saca una cartera de cuero del bolsillo de pantalón, coge una tarjeta y se la entrega a Mónica.

—¿Algo más? —pregunta Pons—. Debo regresar a la cocina, mi equipo me espera.

Mónica se lo piensa un instante antes de contestar .

—Gracias. De momento, eso es todo. No le robo más tiempo. —Alza la tarjeta—. Si tengo mas preguntas, lo llamaré. Y una cosa más: le agradecería que no abandonara el país en los próximos días para que podamos localizarlo en caso de que necesitemos volver a hablar con usted.

Más satisfecho y tranquilo, Pons abre la puerta y la invita a pasar en primer lugar hacia las escaleras. Desde arriba, Mónica tiene la ocurrencia de que tal vez Lola, la mujer del cocinero, tropezó desde donde ella se encuentra, y fue en la caída donde sufrió la lesión irreversible. Está tentada de preguntárselo a Pons, pero cambia de

idea en el último momento. Suficientes preguntas indiscretas por hoy.

Vuelven a cruzar la cocina y rehacen sus pasos a través del laberíntico camino hasta la zona de las terrazas. Allí, se despiden.

—Marisol la acompañará a la salida —dice Pons, sonriendo a la risueña recepcionista.

Marisol le abre la puerta de la cristalera, y Mónica está a punto de salir cuando se vuelve una vez más.

—¡Señor Pons!

El chef, que ya se encontraba de regreso a la cocina, se detiene y se gira para mirarla.

—Dígame: ¿qué hizo la noche del viernes al sábado? —Es la última pregunta de Mónica.

Pons sonríe.

—Ya decía que era raro que no me preguntara por mi coartada.

—¿Y bien? —contesta ella, impertérrita. Por experiencia, sabe que aquellos que responden con ironía a la pregunta de la coartada son los más interesados en ocultar la verdad.

—Creo que ese día salí con mi mujer, no hasta demasiado tarde —dice Pons—. Pero puedo comprobarlo y avisarle.

—No se preocupe —dice, apuntando mentalmente la tarea de buscar a la mujer para hablar personalmente con ella.

Antes de que Marisol cierre la puerta de acceso a la terraza interior, Pons ha desaparecido tras el pasillo. Mónica mira a su alrededor y a través de la cristalera, más allá de la cual, ya es de noche. Un circuito de farolillos estratégicamente instalados iluminan las mesas bajo la pérgola, dotando del rincón de más encanto si cabe.

Mónica no puede evitar sentir una pizca de decepción al comprobar que tanto la hija de Pons, como su esposa, han desaparecido.

Le habría gustado intercambiar unas palabras con ambas. Y por separado. En especial, con la segunda.

29

Han pasado cuatro años, y a Mónica todavía le siguen entrando escalofríos cada vez que asciende los peldaños hasta el tercer piso del número quince de la calle Martín de los Heros, motivo por el cual casi no visita su amigo y mentor, ahora retirado, Paco Cereceda. El expolicía ya vivía allí cuando fue asaltado por Javier Conde, un actor de teatro con trastorno de personalidad múltiple. Conde habría acabado con la vida de Paco si Mónica no llega a aparecer en el último momento.

Por eso, y por el delicado estado de salud actual de Paco, Mónica duda un instante antes de llamar al timbre. Unos segundos después, se oyen unos pasos huecos que preceden a la apertura de la puerta.

—Hola, Mónica. Sabía que vendrías.

La mujer que ha abierto es una joven de rasgos latinos y ademán servil —hombros caídos, espalda ligeramente corvada— llamada Marieta. Es la tercera vez que Mónica coincide con ella, a pesar de que la empleada del hogar lleva casi dos años cuidando de Paco. Mónica la ha admirado desde el primer día, dado que no debe de resultar fácil atender a su amigo, en la viudez desde hace una década, y más cascarrabias cada día que pasa, especialmente desde el infarto .

—¿Está Paco? —pregunta.

—Sí. Casi no sale de casa —responde la cuidadora—. Está en el salón. Ya conoces el camino. —Se restriega unas manos grasientas en un delantal de flores—. Tengo que volver a la cocina, estoy preparando la comida.

—Oye, Marieta —Mónica posa la mano en el brazo de ella—. ¿Por qué has dicho que sabías que vendría?

La joven arruga una frente pronunciada.

—¿No te ha llamado Paco?

—Pues no. ¿Tenía que haberlo hecho?

—Dijo que lo haría —responde, encogiéndose de hombros—. Pero yo solo soy su cuidadora. Que te lo cuente él. ¿Quieres que te saque algo de beber? —se ofrece.

—Eres muy amable, pero no hace falta. Me iré enseguida.

Marieta se pierde en la cocina tras reincidir en su disponibilidad.

—Si necesitas cualquier cosa, avísame.

«Muy profesional», afirma Mónica, alegrándose por saber que su

amigo está en buenas manos.

Muerta de curiosidad, Mónica accede al salón. Por el camino, pasa frente a una estantería llena de discos de vinilo antiguos y una gran colección de cintas VHS regrabables, la mayoría de ellas con documentales sobre la Segunda Guerra Mundial. Una vieja afición de Paco a la que ahora por fin puede dedicar todo el tiempo que requiere. Mónica sonríe por estar ante un tesoro de otra generación. *Sú* generación.

A lo largo de los años en los que ha ejercido como agente de policía, ha estado un sinfín de veces en ese piso. Un domingo al mes, Paco y su mujer invitaban a los compañeros a comer cocido madrileño, que solía ser culminado con tarta de manzana casera. Al día siguiente, en la oficina, todos sufrían ardor de estómago, aunque felices por la agradable tarde entre amigos. Eran buenos tiempos.

Pero la mujer de Paco enfermó, falleciendo dos años después. Paco se quedó solo, con el único pasatiempo de su trabajo, inspector de policía; hasta que llegó la hora, muy a su pesar, de entregar la placa .

Al entrar ahora en el salón, a Mónica la recibe cierto olor a cerrado. Paco está repantingado en su viejo sillón abatible, medio dormido, camiseta descolorida por encima del ombligo. Una estampa que la entristece de algún modo. Tras Paco, la mesa de comedor donde antaño se reunían en torno al cocido. Sobresaliendo de la ranura del reproductor de vídeo, una de las muchas cintas del pasillo. Por segunda vez en menos de un minuto, Mónica sonríe, esta vez con cierta melancolía. ¿Cuántos siguen viendo cintas de vídeo hoy en día?

Al verla llegar, el viejo se despierta de un sobresalto. Risueño y sonriente, emite un silbido cuando la reconoce. Se levanta con dificultad.

—¡Ven aquí, niña! —Se acerca a Mónica y la besa en la mejilla—. Me alegro tanto de verte. ¿Cómo estás?

—De nuevo en el disparadero, como bien sabes —responde ella, adoptando su versión de poli inquebrantable. Toma asiento en el sofá, frente al sillón—. Creí que te vería en el hospital durante la semana —añade.

Él gruñe.

—Odio los hospitales.

«Está mayor —piensa Mónica—. Mayor y cascarrabias».

Por primera vez, detecta el peso de los años en el rostro de su antiguo compañero. Han nacido nuevas arrugas alrededor de sus ojos, que siempre rebosaron energía pero que ahora parecen cansados. Hasta hace no tanto, solo había asomado alguna cana suelta en su flequillo, pero ahora toda la cabeza está cubierta por un manto blanco, más ralo que de costumbre.

—Sé que los odias, y más después de todas las veces que los has

visitado últimamente. Que sepas que no te juzgo.

—Ya iré a ver a Yago cuando despierte.

—¿Y si no llega a hacerlo?

Mónica posa la mirada en la mesita central, sobre la que hay un periódico plegado. Traga saliva al ver la imagen que encabeza la noticia a la vista. Es la misma fotografía que ayer envió al misterioso informante que se hace llamar Kelemen. Y por la cual aún no ha recibido su *recompensa*.

—Ándate con ojo con el caso de la muerta del lago, Mónica — dice Paco, endureciendo el tono. Al volver Mónica la mirada, se da cuenta de que la ha pillado contemplando el periódico, y puede que también percibiendo un cambio de expresión en su mirada.

«Algo sospecha».

—¿A qué viene eso ahora? —le espeta ella.

—Sabes bien por qué.

La inspectora apoya los codos en sus muslos y se inclina hacia delante.

—Paco, ¿por qué me ha dicho Marieta que sabía que vendría?

—¿Eso ha dicho? Chiquilla entrometida.

—Ha dicho que ibas a llamarme. Pero no lo has hecho. ¿Qué está pasando, Paco?

—Olvídalo, anda. Háblame de ti. ¿Cómo te apañas con el pequeño Jamie? Tiene que estar enorme.

Paco es de los pocos con el tacto suficiente para saber que no debe mencionar a John, al parecer, el tema preferido del resto del mundo, y Mónica lo agradece. Pero ahora no es momento de hablar de su hijo.

—¿Es por el mensaje que me envió Yago el día que le dispararon? —insiste—. Veo que las noticias vuelan. Estos de la Guardia Civil no saben mantener el pico cerrado.

—No los culpes a ellos. Tengo un amigo trabajando en la comandancia de Tres Cantos y le tengo frito a preguntas. El pobre me contesta a lo que puede.

—Así que se trata de eso. ¿Y bien? ¿Te ha contado algo?

Paco hace una mueca.

—Apenas nada que no sepamos ya. Después de extraer la bala de su cabeza y analizarla, los de criminalística concluyeron que el disparo se efectuó con una Glock 17.

Mónica rumia la información por un instante.

—Una semiautomática —confirma—. Un arma muy común en España, siempre que cuentes con licencia.

Paco, que lleva unos segundos con una sombra cruzando su rostro, se quita las gafas, pasa la mano por sus mejillas caídas y dice :

—Lo de la Glock es lo de menos. Hay más. El atentado sufrido por Yago no fue un incidente aislado. Estaba investigando algo. Y me temo

que, de algún modo, la mierda podría salpicarte.

Mónica alza sorprendida la mirada, sus ojos desorbitados.

—¿Qué? ¿Tú sabes algo de eso?

—Nada a ciencia cierta. Pero desde el principio hay algo que me huele mal. Y te lo dice un perro viejo.

—¿Yago llegó a comentarte en qué andaba metido?

Durante unos silenciosos segundos, él la mira a los ojos, como preguntándose si liberar esa caja de pandora.

—Un día vino a verme —dice, por fin, resoplando—, solo para ver cómo me iba en mi nueva vida de jubilado. Debió de verme jodido, porque me arrastró al bar de abajo y acabamos pillándonos un buen pedo. Ya sabes, como en los viejos tiempos.

Mónica sonríe, nostálgica.

—Él me vio mal porque estaba atravesando una mala racha, pero yo también percibí cierta sombra en su mirada. Y no era solo por el alcohol. Había algo más. De modo que se lo pregunté directamente. A la tercera cerveza, se enfadó conmigo. Me dijo, palabras textuales, que cerrara la maldita boca de una vez. El asunto quedó ahí, pero algo seguía rondando en su cabeza, porque a la cuarta cerveza, se echó a llorar.

—¿Yago lloró delante de ti?

—Como lo oyes. Se derrumbó sobre la barra como un alma en pena. Cuando le pregunté si estaba bien, empezó a hablarme de Paloma. De lo mucho que la echaba de menos, de lo pronto que se la habían arrebatado y de lo injusta que es la vida. Luego repitió lo de que se la habían arrebatado, y yo le pregunté si decía eso por algo en particular. Entonces, algo más sereno, pero con los ojos todavía húmedos, me miró profundamente y me hizo una pregunta que hoy en día sigue rondándome la cabeza: ¿Y si no fue un accidente?

—¿Por qué dijo eso? —pregunta Mónica, sintiendo como una colección de puertas inexploradas, algunas sombrías y amenazantes, se presenta ante ella.

—Es justo lo que le pregunté. Intenté hacerle entrar en razón. A veces basta con un detalle, la falsa interpretación de algo inusual, para que un relato inventado se convierta en realidad en la cabeza de uno. Y, una vez te adentras en esa cueva, es difícil recuperar la paz mental. Creo que eso es lo que le pasaba a Yago. —Se detiene en sus ojos—. O al menos, lo que creía entonces.

—¿Estás diciendo que tú también piensas que la muerte de Paloma no se trató de un accidente, y que dispararon a Yago cuando empezó a indagar sobre ello?

—Lo que estoy diciendo es que es muy posible que a Yago quisieran matarlo porque se hizo las mismas preguntas que nos estamos haciendo nosotros en este preciso instante.

Mónica se adentra en los ojos de su viejo amigo. Son ya muchos años junto a él para saber lo que esconden esos iris azules.

—Pero tú no ibas a llamarme para decirme eso, ¿a que no?

Las mejillas de Paco bailan al agitar este la cabeza. Sus palabras parecen salir desnudas, vulnerables, cuando dice:

—Yago me dijo algo más. Me dijo que tenía que avisarte.

Mónica traga saliva. Cada carácter del mensaje de texto que recibió de Yago ese día, se le aparece ahora claro y brillante ante los ojos.

—¿Avisarme de qué?

—No dijo más. Creo que se dio cuenta de que estaba hablando demasiado.

—¿Y por qué no insististe? —levanta ella la voz

—En ese momento no le di importancia. Piensa que estaba hablando con un borracho y que todavía no le habían disparado. No había nada de lo que alarmarse, así que lo dejé pasar.

—Joder, Paco.

—Mónica, el mensaje que Yago te envió… no creo que fuera para hablar de trabajo. —Se detiene para tragar saliva y concluye—: Creo que quería protegerte.

El silencio generado es tal, que hasta se perciben los movimientos de Marieta en la cocina. Pasados unos segundos, Mónica se recuesta en el sofá y coge aire.

—En fin, gracias por todo, Paco. Siempre es un placer compartir impresiones contigo. —Mónica mira la cinta en el reproductor de vídeo y decide cambiar radicalmente de tema—. ¿Cuál es?

—La tormenta de fuego de Dresde. —Esboza una sonrisa que a Mónica se le antoja romántica—. Eso eran guerras de verdad.

—Al menos tenías claro cuándo ibas a morir —responde Mónica.

—¿Qué tal tu compañero? El canario. Todavía recuerdo lo mal que os llevabais al principio. —Le guiña un ojo a Mónica.

—¿Rayco? Empezamos con mal pie. Está a punto de casarse. El problema ahora es el nuevo inspector jefe.

Paco alza las cejas, como si le hubieran recordado algo.

—Es verdad, os han asignado a Gordillo.

Mónica lo mira perpleja.

—¿Lo conoces?

Él niega con la cabeza.

—Solo de oídas. Dicen que lleva una carrera impecable y que es un buen tío.

—No sé qué decirte…

—No te fíes de las primeras impresiones. —Paco se inclina para propinarle un cariñoso puñetazo en el brazo—. Por lo que he oído, es un magnífico policía que supo sobreponerse a la muerte de su mujer. —Pensativo, añade en un hilo de voz—: Algo que yo nunca logré

hacer.

Incómoda, Mónica resopla.

—¿Cómo va el caso de la muerta del lago? —cambia Paco de tema —. ¿Avanzáis?

Mónica mira el periódico de soslayo.

—Es un tema complicado en el que todo parece confuso —responde, y vuelve a posar sus ojos en el noticiero—. ¿Te has enterado por la prensa?

—Sí. Es extraño que se haya filtrado tan pronto.

Mónica aguanta la respiración, frunce los labios y asiente en silencio. Si habla, podría decir demasiado.

—Te reitero. —De nuevo, esa voz grave sale de los labios del expolicía—: Ándate con ojo con este caso, niña. Todo esto me empieza a dar muy mala espina. Y ahora que se ha metido la prensa de por medio, aún más.

En ese momento, Marieta entra en el salón con un plato compuesto por lonchas de pavo, queso fresco desnatado y un yogur líquido.

—¡Hora del almuerzo!

—Mira con qué me tortura a diario —se queja Paco, señalando el plato. Tras el brillo de sus ojos, Mónica casi puede ver reminiscencias de una fuente de garbanzos con carne guisada y un caldero de sopa, cocinados durante horas por su mujer—. ¡Quédate a picar algo! —invita a Mónica—. Seguro que Marieta puede sacarte un plato de jamón, o prepararte una tortilla de patata.

Marieta asiente, encantada con la posibilidad de contar con más compañía que la de un viejo cascarrabias.

—No puedo, gracias —contesta Mónica, agradecida—. Me encantaría, pero tengo que seguir salvando el mundo.

Ya de pie, vuelven a abrazarse.

—Tú recupérate bien —añade—. Entonces, iremos a emborracharnos a algún sucio garito del centro. —Le devuelve el guiño de antes—. Ya sabes, como en los viejos tiempos.

Paco escupe una carcajada.

—Te tomo la palabra.

Mónica le lanza un último beso desde la puerta y, agradeciendo a Marieta la hospitalidad, abandona la vivienda de su amigo.

Nada más cruzar la puerta, y con la advertencia de Paco resonando en sus oídos, se detiene para revisar su correo desde el móvil. Como es habitual, tiene cientos de promociones y mensajes publicitarios sin leer. En cuanto a la respuesta de Kelemen al correo que le envió ayer, no hay rastro.

Preguntándose si habrá sido engañada, camina a grandes zancadas hacia la parada de metro más cercana.

30

Mónica llega tarde a Jefatura. Si alguien le pregunta, tiene preparada la excusa: todavía no se ha habituado a los horarios del metro. Aunque la realidad es que la visita a Paco se ha alargado más de lo que pensaba. No es que necesite un pretexto para ir a ver a su viejo amigo, pero algunos dicen que, cuando se trata de ocultar información, su cara es como un libro abierto. La conversación sobre Yago que ha mantenido con Paco es algo que, simplemente, prefiere dejarla entre ellos dos.

No tiene que mentir porque nadie le pregunta a su llegada. A pesar del día soleado y primaveral al otro lado de los ventanales, el aire acondicionado está puesto a la máxima potencia, lo que hace que la cazadora no le sobre.

Avanzada la mañana, ve a Rayco y Mercedes inclinados sobre la pantalla en el escritorio de él, con las cabezas juntas, como si compartieran un secreto o tramaran una conspiración.

—¿Novedades? —pregunta Mónica, tras un breve saludo, situándose tras ellos. Por encima del hombro de Rayco, ve a través de la pantalla una serie de imágenes con Paula Duarte de protagonista.

—Poca cosa —contesta Rayco. Le echa una mirada fugaz—. ¿Y tú ?

Mónica niega con la cabeza mientras, cruzada de brazos, observa el mosaico de imágenes en el ordenador. Confirma al instante que todas pertenecen a la colección de fotos que descolgaron y se llevaron de la pared de la víctima y que ella más tarde escaneó. La colección de donde seleccionó una imagen para cerrar ese dudoso trato del que no tiene noticias. Va a decir algo cuando, tras un clic de ratón de Rayco, aparece en pantalla la versión digitalizada de dicha foto.

—¿Quién ha hecho esto? —pregunta Rayco.

—Las tomó su compañera de piso, como nos dijo —responde Mercedes en el acto.

—No. No me refiero a quién las hizo, sino a quién las ha escaneado y pasado a la carpeta compartida del ordenador.

—Fui yo —aclara Mónica. Rayco la mira con ese fruncido de cejas tan suyo que denota incomprensión—. Pensé que nos resultaría más cómodo tenerlas en el disco compartido antes que andar con las copias impresas—. Sus palabras han salido con el tono más neutral posible. Como Rayco no deja de mirarla, extiende su explicación—: Lo más

práctico habría sido copiarlas directamente desde el ordenador de Duarte pero, como sabes, no lo hemos encontrado. A no ser que tú traigas novedades. ¿Cómo te fue ayer en la nueva visita a Jordi Soler?

Un cambio de tema brillante. «Buenos reflejos, Mon».

Rayco está a punto de responder cuando Andrés Gordillo aparece como salido de la nada.

—¡Ah, Mónica, ya estás aquí! —saluda rápidamente antes de dirigirse a Rayco—. ¿Ibas a contar lo de tu visita de ayer?

—Sí, estaba a punto de hacerlo. Os cuento.

Gordillo choca las palmas de sus manos y mira su reloj. La energía que desprende contagiaría a un oficinista del Estado.

—¿Tenéis hambre? El otro día me llevaron a un sitio nuevo que está a diez minutos de aquí. Traslademos la reunión allí, si os parece. Dentro de una hora me ha citado el comisario Serrano y no puedo llegar tarde. Si me despisto me quedaré sin comer.

—Yo tengo que quedarme a terminar un informe —responde Mercedes—. Id vosotros y luego me contáis .

—Pues venga. Mónica, Rayco, reunión de equipo. En cinco minutos, saliendo por la puerta. Es una orden.

—¡Señor, sí, señor! —bromea Rayco, llevándose la mano a la frente imitando el saludo militar.

Con menos entusiasmo, pero aliviada por haber resuelto el incómodo tema de las fotos escaneadas, Mónica promete bajar en cuanto pase por el baño.

Se encuentra de camino cuando el móvil vibra en sus pantalones. Tiene un nuevo email.

Es de Kelemen.

31

Guillermo Espejo se reclina sobre el banco de madera, la superficie rugosa en su espalda desnuda. Con cada inhalación, ojos cerrados, el aire caliente invade sus pulmones, llevando consigo el olor característico de cedro quemado. En el silencio opresivo de la sauna, cada latido de su corazón resuena como el eco de un tambor lejano, un recordatorio constante de su propia mortalidad. Intenta calmar su respiración, utilizando las técnicas aprendidas en sus clases de yoga, pero hay una tensión en el aire, un presagio de peligro que hace que su pulso se acelere en contra de su voluntad.

Las últimas horas han sido un torbellino, incluso para alguien acostumbrado a sobrevivir en el filo del peligro como él. La escalada había comenzado semanas atrás, pero había alcanzado su vértice en estas últimas horas, marcadas por el atentado contra el inspector jefe de policía y el encuentro clandestino con la inspectora.

La inspectora.

Una sonrisa se dibuja en su rostro al pensar en ella. En un universo paralelo, la habría invitado a cenar, habrían compartido risas y vino bajo la tenue luz de las velas. Pero en esta realidad, su encuentro fue cualquier cosa menos romántico. Aún así, la imagen de ella en su traje de baño, delineando unas piernas que desafiaban el paso del tiempo con su firmeza y definición, ha quedado grabada en su mente con una claridad sorprendente.

Pero más allá de su físico, fue su mirada la que realmente lo desarmó, una mirada que contenía un desafío, una amenaza silenciosa que lo había dejado al borde de la exposición. Las mujeres con esa mezcla de belleza y carácter siempre habían sido su perdición, y ella no era una excepción.

Está a punto de dejarse llevar por sus fantasías cuando la puerta de la sauna se abre con un chirrido. Un hombre de mediana edad, con una barba blanca y una mirada que no oculta ni promete nada, entra y lo saluda con un asentimiento antes de acomodarse en el banco frente a él. Guillermo Espejo piensa en lo cerca que estuvo de ser sorprendido con la bandera en asta.

Se oye el ruido de un chorro de agua procedente de la piscina climatizada, arrullando sus pensamientos.

Afortunadamente, la inspectora terminó cediendo. Espejo apenas

ha dormido esa noche, revivido por la euforia de haber publicado la noticia sobre Duarte, con foto incluida. Pero también porque ha marcado el inicio de la siguiente etapa de su operación.

Al amanecer, aún con las farolas bañando de luz las calles desoladas, Espejo se ha duchado y se ha perfumado sonriéndole al espejo. Al fin y al cabo, resulta que no ha perdido sus dotes negociadoras. Se ha puesto su camiseta de la suerte, la cazadora Calvin Klein que adquirió a mitad de precio en una tienda de Nueva York, y sus vaqueros Levi's desgastados. La razón de su atuendo no es otra que la publicación de su noticia en el periódico, un artículo que no solo sacudiría los cimientos de la policía y engrosaría su cuenta bancaria, sino que serviría como testimonio tangible del acuerdo alcanzado con la inspectora Lago.

De regreso del quiosco, ha parado en un Starbucks para disfrutar de su desayuno mientras repasa la noticia una y otra vez. Después, ha caminado, andares firmes y orgullosos, con la mirada de quien se sabe vencedor, hacia el gimnasio. Allí, ha liberado todo el estrés acumulado en las máquinas de fitness. La sesión, casi terapéutica, ha concluido en la sauna. Revivir su gran momento con la inspectora Lago le sirve de motivación.

El hombre que comparte la sauna con él se levanta y sale del cubículo. No habrá estado dentro ni diez minutos, piensa Espejo, observando cómo se marcha. El motor de la piscina se calla, dejando un vacío que parece absorber todos los sonidos.

Su corazón late ahora a un ritmo tranquilo y el calor se vuelve sofocante. Decide moverse al jacuzzi para continuar con su ritual de celebración. Al levantarse, siente un ligero mareo, una advertencia de que quizás ha abusado del calor de la sauna. Se calza las chancletas y empuja la puerta para salir, pero esta se resiste. Hay que ver, se dice. Se ha relajado tanto que ha perdido toda su fuerza. Con un mayor esfuerzo, vuelve a intentarlo. El impulso hace que se le nuble parcialmente la vista.

La puerta sigue sin ceder.

Su corazón, que había encontrado un ritmo calmado, comienza a latir con fuerza nuevamente cuando, después de varios intentos, la puerta sigue inmóvil y toma conciencia de que está atrapado en un espacio cerrado, a una temperatura cercana a los setenta grados centígrados.

Golpea el cristal con el puño, una y otra vez, con creciente desesperación.

—¡Ayuda! —grita, su voz reverberando contra las paredes—. ¡Socorro!

Pero el grosor de las paredes ahoga su llamada de auxilio; el sonido del agua se ha detenido y el mundo exterior parece haberse

olvidado de él. Encerrado en esa celda abrasadora, la realidad de su situación se hace ineludible: está solo, y el tiempo se está acabando.

32

Ubicado en la glorieta de Cuatro Caminos, el Holy Crab es luces de neón, plantas suspendidas del techo y plástico. Sí, plástico. Mucho. Es lo primero que le choca a Mónica cuando, al ser conducidos a su mesa, observa a los comensales con las manos cubiertas por guantes transparentes. La locura cobrará sentido unos minutos después, cuando el joven camarero vuelque sobre el mantel de papel un colosal saco de plástico rebosante de mariscos y moluscos, todo bañado en una salsa marrón que resultará estar deliciosa.

—Bueno, contadme. —Gordillo intenta mantener la seriedad mientras degusta un gambón bañado en salsa, su mano protegida por un guante de plástico—. El fiscal está impaciente por resultados, y esta mañana, el comisario principal Serrano me ha llamado bastante nervioso. Y más desde que la prensa se hizo eco del caso. —Mónica siente que la temperatura sube diez grados de golpe—. Así que, ¿qué progresos hubo ayer?

Mónica toma un sorbo de agua para apaciguar su terremoto interior. Luego, procede a relatar su visita al Iglú y el tenso intercambio que tuvo con Raúl Pons.

—Resumiendo —Gordillo recapitula—: Pons enviuda joven de la madre de su única hija. Como es comprensible, vuelve a casarse, solo para que, poco después, su nueva esposa sufra un grave accidente doméstico que la deja ciega. Luego, conoce a Paula Duarte en un evento gastronómico y comienza a contratarla como chica de compañía a través de *RentAGirl*. La relación rápidamente evoluciona, y él se obsesiona hasta el punto de convencerla para que deje la agencia, a la vez que empieza a acudir con ella a locales de dudosa reputación, como el Passion VIP. Hasta que Pons, abrumado por la doble vida, decide poner fin a la relación. Poco después, Duarte aparece muerta en la Casa de campo. ¿Voy bien?

—Sí, aunque tengo mis reservas sobre el Passion VIP —matiza Mónica—. No podemos asegurar que fuera Pons uno de los hombres con los que Duarte acudía a ese local, no llegamos a preguntárselo. Aunque no sería de extrañar.

El jefe asiente, como absorbiendo la información, y agradece a Mónica el informe verbal.

—¿Y tú, Rayco? ¿Volviste a la casa del ex?

Rayco confirma con un gesto, se pasa la servilleta por el mentón y pasa a relatar su segunda visita a la vivienda de Jordi Soler.

—Tras muchas largas al principio, Soler acabó admitiendo estar al tanto de las actividades de Duarte con *RentAGirl*. Había descubierto por casualidad que los encargos de modelaje tan bien remunerados no se quedaban en eso, como él había creído. A pesar de haberle ofrecido su apoyo económico, Duarte se había negado a dejar su mayor fuente de ingresos. De modo que ya tenemos confirmado el motivo real de la ruptura.

—Lo que hace aún más extraño el hecho de que con Raúl Pons, su nuevo ligue, le faltara tiempo para dejar la agencia —murmura Gordillo.

—Imaginad todo lo que le prometería el chef —sugiere Mónica. Se interrumpe para sorber con gusto el contenido de una almeja, y se dirige a Rayco—: ¿Crees entonces que Soler pudo haberla matado?

—¿Movido por los celos, quieres decir? —Rayco sacude la cabeza —. No le veo el sentido, no después de tanto tiempo. Los crímenes pasionales suelen ser más inmediatos .

—Tal vez pensó que esperar desviaría las sospechas —apunta el inspector jefe.

—Aun así, yo tampoco creo que sea nuestro hombre —Mónica descarta la teoría—. Soler ya ha pasado página y tiene una nueva amiga, lo que indica que la ruptura con Duarte no le supuso ningún trauma. ¿Por qué arriesgarlo todo ahora?

—Eso nos deja a Pons como principal sospechoso —concluye Gordillo.

—Por cierto, esta mañana me he cruzado con Goyo —Rayco cambia de tema.

—¿El médico forense?

—Así es. Y, confirmado: Duarte ha dado negativo en el examen de toxicología.

—Bien, pues una cosa menos. —Educadamente, pero sin pecar de pedante, el jefe se disculpa y se dirige al baño—. Aprovecharé también para pedir los cafés, ahora que hay menos gente en el mostrador.

Mónica aparta avergonzada la mirada de sus pantorrillas para centrarse en algo mucho más serio. Lo ha estado sopesando desde que han salido de Jefatura, y especialmente tras recibir el email de Kelemen. Ahora que está a solas con Rayco, es hora de confesarse. Si sigue ocultando un asunto tan grave a su compañero, acabará teniendo que pedir la baja por estrés, y lo que es peor, Rayco podría desenmascararla. Mónica no está preparada para enfrentarse a una bronca con el canario. Es lo que le falta.

Rayco está comentando algo sobre la excepcional salsa. La puerta del baño permanece cerrada. Pero no tardará en abrirse. Entonces,

Gordillo regresará a la mesa y será tarde.

—Mon, ¿me estás escuchando? —Rayco chasquea dos dedos frente a sus ojos, sacándola de sus pensamientos.

Tras una profunda respiración para templar los nervios:

—Rayco, tenemos que hablar. Si no lo suelto, me va a dar algo.

La sorpresa y el desconcierto frenan a Rayco en su gesto, dejando el vaso suspendido en el aire, de camino a su boca.

—Creo que Yago estaba envuelto en algo serio y por eso le dispararon —confiesa ella con seriedad .

Él lanza una mirada cautelosa hacia el lavabo. «Ha captado la gravedad del asunto», celebra Mónica. Después, Rayco clava los codos en la mesa, brindándole a Mónica toda su atención.

—¿Yago? ¿Qué quieres decir con que estaba envuelto en algo serio? —inquiere, su voz cargada de incredulidad y preocupación.

Mónica esboza el contorno de la historia, hablando de su visita a Paco y del tenso encuentro de este con Yago en el bar. Menciona, sin ahondar en detalles, la pista anónima recibida por correo electrónico por parte de Kelemen. La intriga de aquel mensaje y su posterior búsqueda en Google solo han servido para avivar su curiosidad y la necesidad de compartirlo con Rayco.

—Te cuento esto porque no me gusta hacer las cosas a escondidas —concluye, esperando su reacción—. Supongo que estás en contra.

—Mónica. —Él la mira, su expresión tensa—. Esa pista anónima… no tendrá que ver con la foto de Paula Duarte que apareció ayer en la prensa, ¿verdad?

Mónica traga saliva para pasar el nudo que se le ha generado en la garganta. «De modo que él también ha sumado dos más dos».

—¿Foto? —disimula, aunque sabe que es inútil.

Rayco se deshace de los guantes pringados de salsa para sacar un periódico de su bandolera. Lo despliega ante ellos, evitando mancharlo. La página revela el artículo que ayer vio en la mesa de Paco.

Dando unos golpecitos en la noticia con el dedo índice.

—Es una de las fotos que nos llevamos del piso de Paula Duarte. Y casualmente, tú escaneaste todas las fotos ayer.

Mónica coge aire para contestar, pero él la detiene con un gesto de la mano.

—Si esto sale a la luz… —vuelve a mirar al baño por encima del hombro. El jefe ya está esperando en el mostrador para pedir los cafés, donde, por suerte, hay bastante cola—, tendremos un problema de cojones. Así que espero que haya una razón de peso detrás de esto .

Mónica conoce a su compañero lo suficiente para saber que es inútil negar las conclusiones a las que ha llegado. No piensa insultarlo de esa forma.

—Un periodista *freelance* me ha enviado información relevante sobre el caso de Yago a cambio de una foto de Duarte.

Rayco se lleva los dedos índice y pulgar al tabique nasal. Aprieta.

—Joder, Mónica. A ver, ¿qué información?

Ella le muestra el email recibido en la pantalla de su móvil.

—Solo veo una dirección y una serie de números —comenta él, ceñudo—. ¿Qué significa?

—La dirección corresponde a un almacén de alquiler en el barrio de Chamartín. Lo he buscado en Google.

—¿Y los números?

—Aún no estoy segura. ¿Una combinación? —sugiere.

—¿Has probado a meterlos también en Google?

—Claro. Es lo segundo que he hecho.

—¿Y?

Ella hace un gesto de negación. 40 27 6 3 42 46 3 5. Una sucesión de números que ni siquiera el gran sabelotodo de internet ha sido capaz de descifrar.

Rayco sacude la cabeza, mirándola con preocupación.

—Este asunto apesta.

—Ya sé que apesta, coño. Es un desastre. Pero ¿qué hacemos?

—¿Hacemos? Dios, Mónica, esto es un asunto de la Guardia Civil. Lo que tenemos que hacer es quedarnos quietecitos y cumplir con nuestro deber, que es resolver el asesinato de Paula Duarte.

Tuerce Mónica la cabeza, inclinándola un poco. Luego mira alrededor lentamente, cual si buscara nuevos argumentos en la penumbra de las paredes. Al cabo de un instante, encoge los hombros.

—¿Recuerdas cuando, al poco de nacer Jamie, fui a tu casa? Estaba echa polvo.

—¿Qué intentas, Mon? ¿A qué viene eso?

—¿Te acuerdas o no ?

—Por supuesto que sí. Estabas desesperada, a punto de tirar la toalla. Querías dejar la policía y fugarte con tu hijo a otro país.

Mónica asiente lentamente. Desde ese día, cada vez que mira a Rayco a los ojos, lo que ve en realidad es un faro de esperanza.

—Sé lo que es estar muerto por dentro. —Así fue cómo, aquella tarde, empezó Rayco su confesión emocional.

Mónica meneó la cabeza, gesto compungido y llanto contenido, por enésima vez desde que cruzó la puerta de la casa del canario, impregnada del aroma a cerveza y pizza barbacoa. Su mirada se perdía en el desorden de la mesa, donde reposaban los restos de una cena compartida en medio de confesiones y consuelo. Rayco, con la paciencia de quien ha enfrentado tormentas internas, la escuchaba, preparado para avivar el tenue resplandor de esperanza en su mirada.

—Recuerdo aquella noche en Canarias, cuando el mundo que conocía se desmoronó. La misma noche en que llegué a casa y descubrí que habían matado a Fátima y se habían llevado a Faina, me di una vuelta por la costa hasta un acantilado. Me dije: ¿qué hago? ¿Me tiro al agua y adiós muy buenas, o busco una salida al laberinto en el que me han metido?

Su risa, teñida de cinismo, no lograba ocultar la crudeza de su recuerdo.

—Quizás te parezca ridículo, pero estuve a punto de quitarme la vida. Por Dios que quise hacerlo. Pero entonces vi la espuma del agua al chocar contra las rocas, el parpadeo lejano de las luces de la ciudad y el eco de la vida a mi alrededor. Me daba la brisa en la cara, y entonces tuve una epifanía: qué cojones, Rayco, levanta esa cara, no te resignes, vive, eso es, ¡vive!, aunque estés jodido, muévete, ¡lucha, busca a tu hija!

La miró a los ojos, capturándola en ellos.

—Y mírame ahora —concluyó él, su voz vibrando con una fortaleza recién encontrada—, rodeado por el amor de mi familia, más vivo que nunca. Mon, no voy a permitir que te rindas .

El recuerdo de aquel momento de revelación íntima y cruda flota ahora entre ellos, mientras las cáscaras vacías de los moluscos yacen dispersas sobre la mesa. Aquella conversación, aunque ocurrida en otro lugar y tiempo, parece resonar con fuerza en el Holy Crab, impregnando cada rincón con su eco.

¿Qué consiguió Mónica después de aquella conversación?

Recuperar su trabajo.

Un amigo de por vida.

Y una vida por la que merece la pena luchar.

¿Qué no consiguió?

Deshacerse de la constante sensación de que está en el disparadero bajo amenaza de muerte.

—Te hice caso y luché por mantenerme a flote —dice al fin, su voz teñida de una furia que esconde un profundo agradecimiento—. Me las arreglé para recuperar mi puesto, y junto a John, nos ocupamos de la educación de Jamie. Deja de mirar el puto vaso de agua. Mírame a mí. Soy una mujer divorciada, madre soltera y con un pasado oscuro. Pero aquí estoy. Y en medio de todo esto, nuestro amigo y superior yace en coma, y todo indica que la razón detrás de su ataque también me atañe directamente.

—Joder, Mon, eres la leche. Si te atrapan metida de mierda hasta el fondo —dice Rayco, inclinado a tan solo un palmo de la cara de Mónica—, negaré cualquier cosa que tenga que ver contigo. Incluso si eso significa que te despidan otra vez.

Los ojos de Mónica, que momentos antes brillaban con lágrimas contenidas, ahora destellan risueños.

—No espero menos. Me parece justo.

—Me importa un bledo lo que te parezca. —Tras decir eso, emite un chasquido de aparente mal humor, casi cómplice—. ¿De vedad confías en esa información?

Mónica mueve la cabeza, sincera.

—Te lo pregunto de nuevo —dice—. ¿Qué hacemos?

Él resopla cansado.

—Pues, ahora, lo primero es que guardes ese teléfono y que yo guarde el periódico, porque como el jefe nos vea hablando de esto aquí, se nos caerá el pelo. Y lo segundo… —se detiene en su s ojos—. Lo segundo es que tienes una suerte impresionante por tener un compañero que no va a dejarte sola con este marrón. —La apunta con un índice acusador—.Aunque la próxima vez, y espero que no haya una próxima vez, quiero que seas completamente transparente conmigo desde el inicio. ¿Te queda claro? Es ofensivo que me lo hayas ocultado hasta ahora.

Mónica asiente con la cabeza, pero no puede evitar una leve sonrisa de gratitud y, por qué no decirlo, inmenso alivio. Un compañero como el canario es un regalo invaluable.

—Te debo una.

—Me debes cientas —bromea él—. Pero puedes ir cobrando tu deuda avisándome cuando vayamos a investigar ese almacén.

—Hecho. —Bajando la voz—. Cuidado, el jefe.

El inspector jefe se reincorpora a la mesa, colgando el teléfono y ofreciendo a sus subordinados una mirada rápida que presagia complicaciones. Tras un instante de tenso silencio, se pasa los dedos por la comisuras de los labios, mueve la cabeza y arruga la frente.

—El día se complica —dice.

—¿Malas noticias? —se interesa Rayco.

—Depende de para quién. Acaban de hallar a un joven muerto en la sauna de un gimnasio. Todo apunta a un asesinato premeditado.

Sintiendo la mirada de reojo de su compañero, Mónica sufre un estremecimiento.

33

Al caer la tarde, en ese momento efímero en que el crepúsculo cede paso a la noche y los edificios se pintan de rojo, Mónica acude a abrir la puerta de su apartamento. Casi por acto reflejo, retrocede un paso. A punto está de cerrar de nuevo, dando al visitante con la puerta en las narices.

La sorpresa no se debe únicamente a la inusual presencia de ese en su hogar, estando ella con Jamie, ni al hecho de que hace eones que ningún hombre, salvo tal vez Rayco o John, ha cruzado el umbral de su intimidad.

Menos aún se esperaba la visita de su nuevo jefe.

—¿A qué se debe el honor?

La pregunta, tan retórica como cargada de ironía, flota en el aire. Mónica sabe que la visita inesperada de Andrés Gordillo se debe al torbellino de eventos ocurrido hace un rato en Jefatura. Presagia conversaciones complicadas y verdades incómodas.

Y no está preparada para enfrentarse a algo así.

El ambiente en la oficina estaba enrarecido cuando, a las cinco y doce de la tarde, según el reloj de pared que cuelga sobre la puerta de entrada, Mónica, Rayco y Gordillo regresaron a Jefatura procedentes del gimnasio.

La rabia la consumía por dentro.

No era un enfado típico, comparable a las molestias cotidianas que podían perturbar su paz, como las travesuras de John enseñando a Jamie palabrotas en inglés, o la frustración de maniobrar entre una maraña de coches aparcados con descaro en doble fila. Esta vez, la ira se mezclaba con un temor visceral y una ansiedad que le subían por la garganta, una sensación viscosa de encontrarse en terreno peligroso, perdida en la oscuridad de la boca del lobo, sin un faro de esperanza ni un mapa para encontrar la salida.

El detonante de este torbellino de emociones era su reciente visita al Up-Fit, el gimnasio donde Mónica se había inscrito en busca de un escape a sus rutinas y que desde ese día era la escena de un crimen. Habían partido hacia allí desde el Holy Crab, movidos por un aviso de homicidio que Gordillo había recibido.

La señal de alarma la dio un cliente, que al buscar el calor reconfortante de la sauna, se topó con la gélida presencia de la muerte. Así, tal vez con palabras más burdas, lo narró un miembro del equipo científico de Fernando Vara, un hombre de mirada astuta y bigote ceniciento, conocido de vista por Rayco.

En el SPA reinaba una calma tensa; hacía horas que el gimnasio había sido evacuado y acordonado.

—La puerta estaba bloqueada por una vara de hierro —explicó el hombre.

—¿Una vara? —repitió Gordillo. Fuera, el zumbido de los periodistas crecía, hambrientos de desvelar la tragedia que se escondía tras las puertas cerradas.

—Una barra de pesas, para ser precisos —corrigió el de la Científica—. No constan huellas sobre ella. Tratándose de un gimnasio, me temo que poco nos dice sobre el autor del crimen.

Guardando silencio, Mónica ataba dos cabos evidentes: el responsable de esa muerte estaba directamente relacionado con el atentado sufrido con Yago. Lo sabía desde que les comunicaron la identidad de la nueva víctima: «Es un periodista independiente llamado Guillermo Espejo. Firmaba sus artículos bajo el seudónimo de Kelemen».

Las sospechas que la habían asaltado nada más transmitirles Gordillo la noticia de un asesinato en una sauna de su barrio, se veían confirmadas. La pregunta era: ¿se habían quitado a Kelemen de en medio por publicar la foto de Paula Duarte, o por enviar a Mónica información relevante sobre la investigación que estaba llevando Yago a cabo clandestinamente? Ambas posibilidades la situaban en el punto de mira del autor de ambos delitos, fuera este quien fuera.

—¿Estaba muerto cuando han abierto la puerta de la sauna? —siguió inquiriendo el inspector jefe.

—Eso parece. Un golpe de calor. Rápidamente han llamado a una ambulancia, pero los sanitarios no han podido reanimarlo. Se ve que ya estaba muerto cuando han llegado.

Mónica se preguntaba si Rayco, silencioso como ella, también estaba sumando dos más dos, dado que era el único que conocía la secreta relación de ella con la víctima. La revelación de la identidad de esta, un periodista que tejía sus narrativas bajo seudónimo, había encendido una chispa de sospecha no verbalizada entre ellos. ¿Era acaso su muerte una advertencia, o la consumación de un ultimátum incumplido?

En un intento por dar con un hilo del que tirar Gordillo preguntó por la lista de clientes del gimnasio, un mar de nombres entre los cuales se ocultaba, quizás, el autor de este crimen silencioso. Aun así, nada garantizaba que el autor del crimen se encontrara en dicha lista,

porque, tal y como explicó la dueña del gimnasio, «hay clientes que pagan por un solo día, modalidad que permite el acceso directo a las instalaciones sin necesidad de firmar un contrato ni dejar rastro».

Entre tanto, en el corazón mismo de la sauna, un descubrimiento:

—Es un hilo —comentó Gordillo, observando ceñudo la hebra azul en el interior de una bolsita de plástico que sostenía el de la Científica
.

—Es el hilo perteneciente a un traje de baño… posiblemente masculino. —El especialista había acercado una luz a la bolsa y mostraba la prueba con mayor nitidez.

—Se parece al color azul reglamentario de la Policía Nacional —dijo ella.

En el silencio que siguió, podían oírse las respiraciones de los cuatro agentes.

—¿Tenemos bañadores el Cuerpo? —preguntó Rayco.

Ella lo confirmó con la mirada.

—No lancemos conclusiones precipitadas —respondió finalmente el inspector jefe—. Tendrán que analizarlo en el laboratorio.

Un grupo de hombres, armados con grabadoras y micrófonos, irrumpió en el SPA. Iban en búsqueda de la verdad. De *su* verdad.

—¡Exigimos respuestas sobre nuestro colega! —gritaba uno al otro lado del precinto policial que cruzaba el acceso al SPA.

—¡Justicia para Espejo! —siguió un segundo.

—Pero ¿qué es esto? ¡No pueden entrar aquí! —protestó Gordillo. Los encargados de la vigilancia se iban a llevar un buen rapapolvo.

—¡Que los echen de aquí de una patada en el culo, joder! —Mónica nunca se ha llevado bien con los periodistas, así que, ahora que además reclamaban venganza por uno de sus colegas, los veía como un molesto enjambre de avispas.

Una serie de fotos, algunas con flash, fueron disparadas.

Colmada su paciencia, Mónica corrió a enfrentarse a ellos.

—Largo de aquí. —Apuntando la salida con el brazo extendido—. ¡Fuera!

Una becaria con aspecto de acabar de terminar la enseñanza obligatoria, que aguantaba con gesto hastiado los empujones de sus colegas de trabajo, le puso una grabadora delante de las narices y le formuló un par de preguntas apresuradas que Mónica, por supuesto, ignoró.

—Tengo tu foto, ¿sabes? —le gritó un maleducado, de ridícula perilla y pintas de gañán, con tono acusador— ¡Tengo tu foto !

—Ah, ¿sí? —se le enfrentó Mónica, tal vez picando en el anzuelo—. Pues apunta: Inspectora Mónica Lago. L-A-G-O. Ahora, ¡largo!

El equipo de seguridad ya estaba llevándose a la marabunta de medios de comunicación por la fuerza.

—¡Vaya, si sabe deletrear! —Se oyó gritar al juntaletras cuando él y sus colegas desaparecían por la puerta.

—Que te den por el culo —respondió Mónica, a pesar de que ya no podían oírla.

Así que aún vibraba de indignación por el episodio con la prensa cuando los tres inspectores han pisado la oficina. No eran las miradas de desprecio o esquivas a su paso lo que cargaba el aire de una electricidad premonitoria, a eso ya estaba acostumbrada. Era algo más. Un silencio palpable y pesado. La amenaza de una tragedia que se cernía sobre ella.

No estaba preparada para un nuevo duelo verbal con Adolfo Moreno. Esa tarde, no.

Por eso ha chasqueado la lengua cuando, en la esquina del fondo, donde se ubica la brigada de Desapariciones, ha visto a Adolfo Moreno levantándose de su sitio. Mirándola, arrugando la frente. Muchas decisiones lamentables con consecuencias igual de lamentables habían surgido tras esa frente. Tras un breve intercambio de miradas, se ha dirigido hacia ella con torpes y decididas zancadas.

—Joder, lo que me faltaba —Mónica, quejándose por lo bajo, preludio de un enfrentamiento tan inevitable como no deseado—. ¿Qué le habrá picado a este ahora?

El acercamiento de Moreno, cuya actitud se asemejaba a la de un jabalí en plena carga, ha desatado en Mónica un torrente de recuerdos, remontándose a una tarde de hace un par de años, un momento compartido con Rayco. Salían del cine. Habían acudido con John, Mercedes y las chicas. De regreso a casa, tomaron un desvío por el parque, aprovechando la agradable tarde.

En aquel entonces, el paso relajado y las risas contenidas creaban un contraste armónico con el silencio cómplice formado entre Mónica y Rayco, un poco apartados del resto. Fue en ese espacio íntimo donde surgió el tema de Moreno, casi como una nube que ensombreciera momentáneamente su día.

—Esta semana es el cumpleaños de Adolfo. ¿Quieres que le compremos algo a medias? —había bromeado el canario.

—Puede, una caja de bombones —dijo ella con el ceño fruncido—. Rellenos de matarratas.

Rayco no se molestó en fingir sorpresa; el odio que Mónica sentía hacia el de Desapariciones era de sobra conocido en Jefatura.

—Pasa de él, te provocará una úlcera —ha comentado Rayco.

—Úlceras me provoca entrar en la oficina y ver a un hijo de puta que lleva veintitrés años sentado en su escroto. —Ante la sonrisa cómplice de su compañero, un matiz—: Perdón, quería decir escritorio.

—Solo es un quiero y no puedo. —Rayco tenía otro temperamento, estaba claro—. Tú no eres Adolfo Moreno, no entras en esos juegos sucios.

En esa época, los pasillos de Jefatura murmuraban con historias sobre Moreno y Morata, apodados los M&M por aquellos que, entre susurros, compartían relatos de su conducta cuestionable. Se decía que no era raro verlos extralimitarse en el ejercicio de su autoridad. Un día, al atardecer, cuando las sombras alargadas se adueñaban de las calles y los estudiantes dejaban atrás las aulas en busca de libertad, los M&M se toparon con dos adolescentes en una escena cotidiana de rebeldía juvenil. Las jóvenes, refugiadas en un túnel subterráneo cercano al instituto, compartían en secreto un cigarrillo de marihuana lejos de las miradas inquisidoras.

La aparición repentina de Moreno y Morata fue suficiente para que cesara toda diversión. En lugar de guiarlas con comprensión, los M&M eligieron la intimidación. Las chicas, sobrecogidas por el miedo a lo que un acta policial podría significar para su futuro, se enfrentaron a una humillación física, casi sexual, que ninguna persona, mucho menos unas adolescentes, debería afrontar a manos de quienes juraron proteger y servir.

—Pues alguien debería darles un susto para que dejen esos juegos. ¿O es que tienen que ir a por una de vuestras hijas para que los toméis en serio? —se quejó Mónica—. No descansaré hasta que reciban su merecido y estén entre rejas, y luego escupiré sobre sus placas.

Rayco sabía que no debía llevarle la contraria cuando a ella la dominaba la ira. Si los años no habían aplacado su sed de venganza, no había palabras que pudieran hacerlo.

Mónica no ha vuelto al presente hasta que no ha tenido los ojos inyectados en sangre de Moreno acosándola a escasos centímetros.

—¡Eres una mentirosa y una traidora!

La saliva despedida de los labios de Moreno le ha hecho cerrar los ojos. Por lo demás, su rostro era una piedra.

—Eh, cuidado —se ha adelantado Rayco, protegiéndola.

Mónica, poniendo una mano en su pecho:

—No importa. Tranquilo.

Ella, «consejos doy que para mí no tengo», estaba temblando de miedo.

No era miedo a lo que ese insecto pudiera hacerle, solo faltaba, sino a lo que pudiera decir. En la oficina. Delante de todos. Incluido el jefe.

—Enviaste una fotografía de Paula Duarte a la prensa, Lago —la ha acusado el de Desapariciones, rostro enrojecido, escupiendo el apellido de Mónica como si de un trago de leche agria se tratara.

—¿Qué? —se ha defendido ella—. ¿Cómo…?

—¿Que cómo lo sé? —Moreno, interrumpiéndola—. Tengo amigos en la prensa. Gente que te conoce. Y que conocían al muerto de la sauna.

La tentación de responder con una acción tan drástica como estamparle una grapadora en toda la cara, contrastaba intensamente con el instinto de Mónica de preservar un silencio digno, a pesar de las miradas condenatorias que la rodeaban .

Casi podía escuchar los pensamientos de Rayco, a su lado: «Te dije que no era una buena idea».

—Estás diciendo calumnias que no puedes demostrar —se ha defendido finalmente, luchando por mantenerse firme.

El rostro de Moreno estaba cada vez más cerca del suyo; lo arrugaba como si fuera un chihuahua enrabietado. ¿Acaso iba a escupirle? ¿Morderle, quizás?

—Cometiste un error aceptando la readmisión.

—He cometido más errores de los que puedes imaginar —ha replicado ella—, pero ese no fue uno de ellos.

—Eres una zorra traidora, y conseguiré que te echen definitivamente de aquí…

—¡Bueno, basta ya! —La voz grave de Gordillo aún reverberaba entre las paredes de la planta cuando ha añadido—: Moreno, a mi despacho inmediatamente. —Su boca era una línea dura—. No pienso permitir acusaciones contra uno de mis inspectores en mi oficina.

El otro, bufando como un burro:

—Tú no eres mi superior.

Al girarse, los ojos del inspector jefe brillaban con ferocidad.

—Tienes razón, no lo soy. —Susurrando ahora, para que nadie más lo oyera, aunque Mónica, que estaba al lado, si lo ha hecho—: Pero se me ocurre que puedo telefonear al comisario principal Serrano y hablarle de las reiteradas veces que aparcas abajo, entras a fichar, y vuelves a salir para desayunar o irte de compras.

De pronto, el rostro de Adolfo Moreno, sus flácidos mofletes, parecía derretirse como una figura de cera expuesta al calor.

—O, mejor —ha seguido Gordillo—. ¿Por qué no llamo a tus amigos de la prensa? Seguro que estarán encantados de publicar el caso del funcionario que no completa sus horas de trabajo. ¿Qué me dices? A los contribuyentes les fascinará esa historia.

Los diminutos ojos de Moreno ardían. Su silencio era abrumador.

—Lo suponía. —Gordillo, autoritario, ha insistido—: Y ahora, hablemos en mi despacho .

La atmósfera en la oficina se ha cargado entonces de un silencio tenso, solo interrumpido por el eco de los pasos de los dos policías. Uno, con la espalda recta y una aura de autoridad indiscutible; el otro, cabizbajo y rumiando improperios. Tan pronto como la puerta del

despacho se cerró tras ellos, las miradas, que por un instante se habían dispersado, encontraron de nuevo su blanco: Mónica. En el aire flotaba una acusación silenciosa, una palabra que nadie osó pronunciar en voz alta pero que resonaba con claridad: «Traidora».

Superada la cota de humillaciones semanal, Mónica, cargada de una dignidad que parecía ajena al juicio de sus colegas, ha girado sobre sus talones y ha abandonado la oficina.

Más tarde, Rayco, en un gesto de camaradería, le contaría que se oyeron gritos procedentes del despacho de Gordillo.

Pero ella no ha llegado a oírlos.

El sonido corto, seco, del timbre de la puerta, sorprende a Mónica, que mantenía una férrea lucha con Jamie para que este terminara de comer el potito.

No se sobresalta. ¿Espera visita? Sí y no, pues ella ha supuesto que, tarde o temprano alguien, por no decir directamente Rayco, irá a curiosear, a preguntarle qué tal, a interesarse por ella. Como si fuese una viuda o una enferma terminal.

Hace unos días, tuvo un encuentro por el barrio con un conocido de la Jefatura, ella apostaría que de la Unidad de Intervención Policial, pero no está segura.

—Hombre, Mónica, cuánto tiempo sin verte. —Y tras un descarado repaso visual por todo su cuerpo—: Se te ve muy bien.

«Baboso».

Le subieron unas palabras ácidas a la boca: «Ya ves, es que, ¿sabes?, favorece mucho que a una le expulsen del cuerpo y el padre de su hijo le engañe». Pero se las tragó. Él le hizo algunas preguntas más, comentarios sin sustancia, seguramente buscando algún cotilleo con el que ir luego a donde sus colegas tatuados, los trogloditas de la brigada. Es uno de los que no la llamó cuando la despidieron, ni tampoco más tarde, cuando dio a luz. Ni un mísero mensaje al móvil. Así que le contestó con evasivas y vaguedades, sin fingir siquiera una sonrisa. Ella no era como esas falsas.

Abre.

—¿Qué haces tú aquí?

En el vestíbulo espera Andrés Gordillo.

—¿Puedo pasar? —pregunta con sosiego en la mirada, la dulzura contagiando el arco de sus cejas, y una sonrisa amigable. O eso quiere pensar Mónica, que se aferra a un clavo ardiendo.

Lo observa perpleja, con una larga lista de excusas y de *quéhagoyoahoraconestehombre* subiéndole por la garganta.

La lista se disuelve en sus labios cuando se fija en esas manos fuertes, aunque delicadas, colgando relajadas junto a la cintura, y luego en el cuello de la camisa, perfectamente planchado. Un cuello

que aún desprende la loción de afeitado que flota en el aire hasta llegar a ella, todavía sosteniendo a Jamie y con el rostro pétreo. No mueve ni una pestaña. ¿Asombrada? Sería absurdo afirmar lo contrario, aunque no lo demuestra ni medio gramo. Como si al abrir la puerta hubiera encontrado el descansillo vacío.

Lo escruta con ostensible actitud defensiva, meciendo al niño para que deje de llorar.

Cuando él da un paso adelante, Mónica recula brusca, tensa y antes de tiempo, por si acaso, para evitar situaciones incómodas. Marcando las distancias. Finalmente se hace a un lado para que entre, eso no puede evitarlo. Al fin y al cabo, es su superior.

Le ordena que pase.

«En la Jefatura mandará él, pero en mi casa mando yo».

—Como si estuvieras en tu casa.

Él sonríe con educación y accede. En el salón, él saca un tema que la enfurece aún más:

—Pensé que tu hijo estaría con tu… bueno, con su padre.

—Pues ya ves que no —replica Mónica, airada, su voz por encima del llanto del bebé—. Se ve que tiene cosas más importantes que hacer que cuidar de su hijo.

Vuelve al sofá, donde reanuda el intento porque Jamie termine su potito. Este, de un manotazo en medio de la rabieta, envía la cuchara manchada a la alfombra.

—¡Joder, la alfombra!

—Yo la recojo, no te preocupes —ayuda Gordillo, corriendo a recoger la cuchara del suelo—. ¿Dónde tienes más?

—Pues en el zapatero no va a ser. —Consciente de la brusquedad de su respuesta, resopla, se aparta la melena hacia atrás, y reformula la respuesta—: En el primer cajón, bajo la vitrocerámica. Deja, ya voy yo.

—No, yo me encargo —se adelanta él.

Desde el sofá, Mónica ve cómo abre el cajón de los cubiertos, se detiene un segundo ante su contenido y saca algo más. La acuarela. Esa obra de arte que ella hizo de niña y que ahora le ha hecho sonrojarse.

—¡No, eso es…! —Empieza a decir, pero él la interrumpe.

—Una obra de arte. —Alza la acuarela frente a sus ojos y la admira sonriente.

—Oye, si has venido a burlarte…

—¿Es tuya? —vuelve a interrumpirla.

—Solo era una niña —se justifica.

—Pues apuntabas maneras. Si vuelven a echarte del Cuerpo por el caso de Yago, tienes futuro como artista.

«Ahí está, ya lo ha mencionado: el verdadero motivo de su

presencia allí».

Victorioso en el asunto del potito, Jamie eleva la intensidad de sus berridos, como si buscara llevar a su madre, rostro encendido, al límite de su paciencia.

—Deja que lo intente —se ofrece Gordillo.

Ella lo abofetea con la mirada.

—Intentarlo —escupe ella—. ¿Cómo te atreves a sugerir que puedes cuidar de mi hijo mejor que yo?

—¿Esa es tu manera de pedir disculpas?

Sus ojos escupen llamaradas cuando lo mira.

—¿A eso has venido? ¿En busca de disculpas?

—¡Joder, Mónica! ¿Te puedes relajar? No eres la única que ha atravesado malas rachas, ¿de acuerdo? Solo trato de ayudar.

«Qué sabrá este de malas rachas», se dice, enojada. Sus palabras, sin embargo, han sonado como una orden, y sin saber muy bien cómo, Jamie ha acabado en brazos de ese hombre, que ahora lo mece con destreza y mimo, toquecitos en la espalda y todo, mientras ronda por el salón.

En menos de dos minutos, Jamie ha dejado de llorar, y hasta parece reclamar la cena con la manita.

—Estupendo. —Mónica piensa en todas esas miradas. «Traidora»—. Ahora también eres mejor madre que yo.

—No seas tan dura contigo misma —susurra él para no perturbar la paz de Jamie—. Es difícil la primera vez.

Mónica le arrebata a Jamie de los brazos y le ofrece el lado opuesto del sofá. Lo hace a propósito, con la idea de que, cada vez que levante la vista, sus ojos tropiecen con la foto de Jamie, risueño, en brazos de ella, que reposa en el mueble junto al televisor.

Una idea estúpida. ¿Qué intenta demostrar? ¿Que su hijo no siempre está llorando en su presencia? Patético.

—Bonito piso —dice Gordillo, mirando a su alrededor.

Mónica, que aún está sin cenar y guarda pocas provisiones de paciencia, lo corta:

—¿Por qué no me dices a qué has venido realmente?

La boca de él se curva en una sonrisa, pero sus ojos, escrutadores, no dicen lo mismo.

—Cuéntame lo de esa foto y el periodista que ha muerto hoy —dice en voz baja—. ¿Es verdad lo que ha dicho Adolfo Moreno?

De pronto, Mónica siente náuseas.

—Así que es eso. ¿Has venido a mi casa para abroncarme? Si vas a despedirme…

—No. He venido porque quiero que tratemos el tema como dos adultos. ¿O es que hubieras preferido hablarlo en la oficina, delante de todos?

Mónica piensa de repente en Yago y siente deseos de llorar.

—Guárdate la compasión. Conmigo no es necesaria.

—Vamos, Mónica. No me obligues a ejercer de jefe cabrón.

Es eso, el oír salir una palabra malsonante de la boca de ese hombre aparentemente perfecto, lo que le hace sonreír .

—¿Obligarte? Un jefe de verdad sabe cómo tratar a sus subordinados.

—Será mejor que dejes este juego y me cuentes lo que pasa. Ten claro que, si salgo por esa puerta sin una historia convincente, no volveré a esta casa.

—Veo que no me dejas opción.

—Es mejor que un expediente abierto y el riesgo a la expulsión definitiva —replica él.

Mónica lo escudriña con los ojos. Ese hombre va en serio, no cabe duda. Rendida, respira hondo y habla:

—Vale, tú ganas: es verdad que envié una fotografía de Paula Duarte a Guillermo Espejo, alias Kelemen.

Espera una bronca. Como mínimo, una mirada fruncida, un «¡Joder, Mónica!». Pero solo obtiene la más pura neutralidad:

—Eso ya lo sé. ¿Por qué se la enviaste?

—Me prometió información valiosa sobre el caso de Yago.

—¿Cumplió su parte del trato?

—Sí. Esta mañana. He recibido un email con la dirección de un trastero y algo que parece ser una contraseña.

Gordillo asiente, como rumiando las palabras de Mónica.

—Y un rato después, se lo cargan en una sauna. ¿Por qué?

Ella agita la cabeza.

—No lo sé. —Decide no mencionar el hecho de que fue precisamente la sauna donde se reunió con Kelemen clandestinamente —. Pero parece evidente que, aquel que disparó a Yago, está detrás de la muerte de Kelemen.

Mónica le habla del mensaje que recibió de Yago poco antes de que lo atacaran. Él dice que ya le había llegado esa información.

—Y ahora, ¿qué?

Gordillo se sumerge en sus ojos, pensativo, tal vez valorando distintos escenarios respecto a cómo actuar de ahora en adelante. Si está nervioso o preocupado, apenas lo demuestra.

—¿Rayco está al tanto?

Mónica asiente, recelosa porque es posible que esté perjudicando a su amigo.

—Dejaremos que la Guardia Civil siga haciendo su trabajo en el caso y no les diremos nada de esto. Tampoco de la existencia del trastero.

—OK, pero…

—Mónica, si alguien se entera de que estoy aquí, en tu casa, diciéndote todo esto, se me caerá el pelo. Que te quede claro. —Un segundo de silencio, y añade—: Se nos caerá a los dos.

—Entiendo.

—No obstante, nada te impide ir a inspeccionar ese trastero. —El rostro de Mónica ha debido iluminarse, porque añade—: ¿Rayco te apoya en esto?

—Al cien por cien.

—Bien, porque no quiero que acudas sola. Podría ser peligroso.

—Vale.

—No hace falta que te diga que el caso de Paula Duarte es la prioridad absoluta, muy por encima de la visita al trastero, ¿verdad?

—No te preocupes.

Gordillo, mirando de soslayo a Jamie, que ahora juega tranquilamente con un peluche:

—¿Podrás con todo?

—Todavía no conoces a la verdadera Mónica —contesta, tal vez con exceso de chulería.

Mónica ve cómo a Gordillo se le relaja la expresión.

—Muy bien. Aclarado el asunto, ¿puedo quitarme ya el entrecejo y el dedo acusador de jefe capullo? —Se señala la cara—. Me están matando.

Ella sonríe, incómoda. Se lleva la mano al cuello y juega con su melena. Aparta la vista, no será capaz si él sigue mirándola de ese modo.

—¿Quieres algo de beber? —ofrece, porque no sabe cómo actuar a continuación—. ¿Cerveza? ¿Vino?

—No puedo. —Él se levanta del sofá y se alisa la camisa—. Me voy. Mañana tengo que madrugar.

Hace una última carantoña tierna a Jamie, que se está quedando dormido en el sofá, e inicia su partida con una cojera imposible de disimular .

Ella lo despide en la puerta.

El sonido de sus pasos se pierde escalera abajo.

Mónica cierra la puerta y regresa a la cocina para preparar algo rápido que meterse al estómago.

Se detiene en seco ante algo que ha visto.

Sobre la encimera, apoyada en el microondas, como si estuviera expuesta, la acuarela.

Sonríe como una tonta.

Ese complicado miércoles, ella ha conspirado con su mentor, ha sufrido la muerte de Kelemen, su informador secreto, y su mayor enemigo la ha humillado en Jefatura, pero tiene un final sencillo: cena precocinada, lavar los platos y acostar a Jamie.

Cuando se acuesta y apaga la luz, por primera vez en muchas semanas, concilia el sueño casi de inmediato.

34

Los faros del taxi iluminan el carril al sumergirse en el aparcamiento subterráneo, un vasto espacio de hormigón bajo el centro comercial del sureste de la ciudad. Al final de la recta hay estacionados dos coches patrulla. También el Toyota de Rayco. El canario y otros tres hombres la esperan conversando despreocupadamente.

Todavía no se había desperezado del todo cuando, temprano, le ha sonado el móvil. Un mensaje de texto, según el timbre del teléfono.

Girándose, ha buscado refugio en el calor de Jamie, a quien había permitido, en un acto de indulgencia mutua, compartir el lecho materno. Estaba tibio y desprendía un agradable olor a inocencia inmaculada, salpicada por un leve ronroneo, como la nota discordante de un acorde prolongado.

Tras despejarse, su atención ha vuelto al móvil, para descubrir que también tenía una llamada perdida. ¿Tan profundamente había dormido que no había oído la llamada? Era Andrés Gordillo. Los colegas patrulleros habían localizado el Audi de Paula Duarte en el aparcamiento del centro comercial La Gavia. Así que, en vez de dirigirse a Jefatura y analizar datos y situación, o al hospital a visitar a Yago, Mónica ha pedido un taxi directamente al centro comercial, parando por el camino en el jardín de infancia para dejar a Jamie.

La despedida ha sido dura; no volverían a verse hasta la semana siguiente. Eso, claro, si a John no le surge cualquier otro compromiso inesperado.

Junto a Mónica, Rayco y los tres patrulleros, dos colegas de la sección de husmeadores rondan el escenario. Los hombres de Fernando Vara en acción no es algo que pueda verse todos los días. «Qué gran documental se está perdiendo el mundo», bromeó Rayco una vez. Concentrados en su trabajo, rodean el Audi amarillo envueltos en sus trajes blancos, concluyendo su labor justo con la llegada de Mónica. Están guardando los equipos en las cajas de transporte.

—¿Han encontrado algo? —quiere saber Mónica, antes incluso de cerrar la puerta del taxi.

—Acaban de terminar, pero no hay gran cosa. Aunque lo que tienen por ahora confirma que vamos por buen camino. —Rayco la

lleva junto al A3. Sobre una caja cerrada de aluminio, reposan alineadas unas pequeñas bolsas de plástico que contienen diversos objetos hallados en el vehículo de Paula Duarte—. Los típicos artículos que pueden encontrarse en el coche de cualquier mujer: un delineador de ojos, una barra de labios, chicles…

—Evitemos los clichés sexistas, Rayco.

—Esto es interesante. —Haciendo caso omiso del comentario, Rayco señala una bolsa en cuyo interior hay dos papeles de tamaño pequeño.

—¿Qué son? Parecen tiques para algún tipo de evento.

Rayco asiente y sostiene la bolsa.

—Algo así. Son dos entradas para el teatro. Del viernes por la noche.

—La noche del asesinato. —Mónica se relame ante la posibilidad de poder detener a Pons en el día de hoy—. ¿Para qué obra?

—Musical de Ghost, en Gran Vía. Te lo recomiendo, es espectacular .

Uno de los patrulleros asiente con la cabeza, concordando con la valoración positiva de la obra.

—No sé por qué, pero me cuesta imaginar a Duarte acudiendo a este tipo de obras —dice Mónica, recelosa—. Y menos aún, acompañado por Pons.

—Eso es precisamente lo interesante. —Rayco sonríe—. Las entradas están a nombre de Raúl Pons, pero no acudió con Paula Duarte, sino con su mujer.

Mónica se vuelve como si le hubieran clavado una aguja en el brazo.

—¿Y cómo puedes saber eso?

—Porque las entradas corresponden a butacas especiales para espectadores con algún tipo de invalidez.

Le vienen imágenes de la terraza exterior del Iglú, y esa mujer, Lola, disfrutando de su lectura con las gafas de sol siempre puestas.

—Joder, eso casi garantiza una coartada sólida para Pons, siempre y cuando confirmemos que llegaron a entrar a ese teatro. —Mónica apunta mentalmente la tarea de llamar a la compañía y preguntar si las entradas fueron *ticadas*.

—No tan sólida —repone él—. Que acudiera al teatro con su esposa no lo exime de matar a su amante. Una obra de musical dura, ¿cuánto? No llega a las tres horas. Pons bien pudo acudir a la obra, dejar a su esposa en casa y aún así tener tiempo para matar a Duarte. Por otro lado, ¿qué pintan las entradas en el vehículo de Duarte?

—¿Se le cayeron sin querer? No sé, puede que al sacar algo de la cartera, como un billete.

—Sí, podemos asumirlo como premisa —dice Rayco—. Una

premisa que nos lleva a la siguiente conclusión: asumiendo que Pons y su mujer llegaron a entrar al teatro, él ocupó el coche de Duarte en algún momento desde el asesinato de esta hasta el día de hoy.

—Y también a una pregunta: ¿por qué condujo el coche hasta este aparcamiento?

Llegados a un nuevo callejón sin salida, pone los brazos en jarra y suspira .

—Vale, sigamos. ¿Habéis encontrado algo más? —pregunta.

—En el maletero había cabellos largos de color rubio —responde Rayco.

—¿Y manchas de sangre? —Inmediatamente, Mónica recuerda que el cadáver de Duarte no presentaba heridas abiertas—. Olvídalo, no he dicho nada.

—Ausencia total de manchas de sangre.

—Bueno, si se confirma que los cabellos pertenecían a Duarte, podemos dar por hecho que el lugar del hallazgo, el lago, no es el lugar del crimen —afirma. Luego, tras tomar una gran bocanada de aire, teoriza—: El asesino solo la llevó allí para que pensáramos eso. Una vez la hubo matado, la metió en el maletero del coche y la llevó a la Casa de Campo. Allí, aprovechando la quietud de la noche, la arrojó al lago recreando un posible ahogamiento por accidente. Después, volvió al coche y lo trajo hasta aquí.

—¿Y luego? —cuestiona Rayco.

—¿Qué quieres decir?

—De alguna manera tuvo que irse de aquí. Quiero pensar que no fue mera casualidad que escogiera el aparcamiento de este centro comercial. Pudo haber dejado el coche en cualquier descampado, mucho más alejado de la ciudad.

Mónica asiente con la cabeza. ¿Cómo no se le ha ocurrido?

—¿Estás pensando en que pilló el metro? —sugiere, recordando que la parada más cercana está a menos de diez minutos caminando a paso ligero.

—O un taxi. —Rayco señala la rampa de salida del aparcamiento, al final de la cual, una parada de taxis alberga tres vehículos estacionados en fila con sus respectivos conductores, todos ellos apoyados, con ademán desganado, en las carrocerías, a la espera de clientes.

—Comprobémoslo. —Las palabras de Mónica casi suenan a orden —. Obtengamos una lista de todos los taxis que salieron de aquí la noche del viernes al sábado. Además, hay que averiguar si este aparcamiento cuenta con circuito de videovigilancia y, en caso afirmativo, solicitar una orden judicial y repasar las grabaciones de la noche de los hechos. Tal vez tengamos suerte y demos con alguna cara conocida.

—¿Por ejemplo la de Jordi Soler?
Mónica lo mira sorprendida.
—¿Aún tienes al ex como sospechoso? Tiene coartada.
—También Pons —replica el canario.
Mónica, reflexiva, observa el Audi.
—Volvamos al coche. ¿Algún indicio de quién pudo conducirlo? Quiero decir si nuestros amigos de la Científica han encontrado alguna huella que no pertenezca a Paula Duarte.
—En principio, parece que hubo dos conductores distintos. Al menos, es lo que sugieren las huellas en el volante y en la palanca de cambios. Un juego de huellas tiene que ser de la propia Duarte.
—Obvio. ¿Y las otras?
—Las otras son típicas partículas cutáneas. Los compañeros también han encontrado una hebra de pelo, parece que también de mujer. Por la longitud y el color oscuro, apuesto por la compañera de piso —¿Irene Mateos?
Rayco asiente.
—Lo normal en estos caso es que el asesino, o asesina, si tiene un mínimo de luces, seguramente llevara guantes. Siempre y cuando no sea la propia Irene, claro.
—A ella creo que podemos descartarla.
Dada la precipitada conclusión, ella lo mira extrañada.
—¿Y eso?
—Por la posición del asiento del conductor. Así como está, el conductor tiene que medir por lo menos un metro ochenta y cinco para poder llegar a los pedales. Irene Mateos dudo que llegue al metro sesenta y cinco. Eso, siendo generosos. Además, dudo que Mateos tenga fuerza suficiente para meter a su amiga en el maletero y luego sacarla de el para tirarla al lago.
—Vale, así que tenemos un tercer conductor. De estatura, por encima de la media. ¿Volvemos a Pons y Soler?
—Encajan mejor, desde luego .
—¿Qué pasa con los retrovisores? —Mónica, señalando los espejos del Audi.
—Es curioso que preguntes por ellos.
—¿Por qué?
—Su colocación no es natural con la posición del asiento.
—¿El asesino estaba tan apurado que no perdió el tiempo en ajustar los espejos?
—Más que eso, no se tomó tiempo ni para volver a dejar el asiento en su posición original.
Mónica se arrodilla frente al parachoques delantero del vehículo. Una pequeña aunque evidente depresión afea la pieza de plástico negro.

—¿Y esto?

Rayco se acuclilla a su lado. Juntos observan una marca curva y alargada sobre la deformidad.

—¿Esta ralladura?

Mónica asiente.

—Parecen restos de una pared —dice ella—. Que lo analicen también. Quizás pueda averiguarse de cuándo es. Apuesto a que son trozos de un muro de piedra. Es la típica marca al impactar con una columna de aparcamiento, tanto por la zona del coche donde está, como por el material.

Rayco asiente conforme y llama a de la Científica para que se acerquen. Les explica el nuevo descubrimiento y la necesidad de analizarlo. Ellos, con actitud muy profesional, vuelven a enfundarse los guantes y a sacar el equipo. En menos de un minuto, están trabajando en el arañazo.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta luego el canario, volviéndose de nuevo hacia Mónica.

—Ahora vamos a tomarnos un café en una de las cafeterías del centro comercial, que no he desayunado. Invito yo. Después, propongo hacer una visita al domicilio de Raúl Pons.

—¿Quieres preguntarle sobre las entradas del teatro?

—A él no —responde ella, emprendiendo el camino hacia las escaleras automáticas—. A Lola, su mujer .

Terminado el desayuno, ambos inspectores vuelven al Toyota y abandonan el centro comercial. El motor híbrido ruge al subir la rampa de salida.

Mónica está introduciendo la dirección del chef en la aplicación de mapas del móvil cuando entra una nueva llamada del jefe.

—¿Sí? —Casi le ladra al micrófono, molesta por la interrupción.

—Mónica. —La voz de Gordillo suena lejana pero apremiante, algo poco habitual en él—. ¿Estás con Rayco?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Hay otra muerta.

—¿Qué? ¿Otra?

La alarma en su voz hace que Rayco gire el cuello hacia ella, saltándose sin querer un paso de peatones.

—¡Rayco! ¡Cuidado!

El inspector devuelve la vista a la carretera y, agarrando fuertemente el volante, hace un cambio brusco de dirección.

—¡Ostras, por qué poco! —respira aliviado mientras mira por el retrovisor.

Mónica hace lo propio con el espejo de su lado. Un joven transeúnte, de rasgos orientales y cargado con demasiadas bolsas de

compra, los increpa a gritos desde el centro del carril.

—Mónica, ¿sigues ahí? —Gordillo, al teléfono.

—Claro. ¿Qué has dicho? ¿Así que otra muerta más? ¡Mierda!

A su izquierda, Rayco hace chasquear la lengua, esta vez sin desviar la atención de la conducción. Tras escuchar los detalles que Andrés tiene que decirle, Mónica promete que estarán allí en diez minutos. Después, cuelga.

Rayco no la mira. Por su expresión arrugada, Mónica sabe que ha oído gran parte de la conversación.

—Así que un nuevo homicidio —dice.

—Y no te imaginas de quién se trata —responde ella.

—¿La conocemos?

—En cierto modo .

—Por Dios, Mon, déjate de rodeos. ¿Quién es?

Al oír el nombre de la víctima, Rayco se endereza en el asiento y pisa el acelerador.

35

En el umbral de la finca, los recibe Andrés Gordillo, agradeciendo la premura.

—Nos has pillado de camino —explica Rayco—. ¿Dónde está el cadáver, Andrés?

—En la cocina. —Gordillo se hace a un lado, despejando el acceso al portón de entrada, que está abierto.

Al pasar por su lado, Mónica evita mirarlo directamente. Tan solo de reojo, por si detecta algún tipo de gesto o mirada por parte del jefe tras la visita de anoche.

No percibe nada inusual.

Raúl Pons vive en un impresionante cubo de vidrio y hormigón ubicado en El Viso, barrio pudiente de la capital. La casa consta de una cochera adosada con un Range Rover azul oscuro y un 911 Cabrio frente a la puerta. Rayco ha dejado su triste Toyota en una explanada adoquinada al lado de la entrada a la propiedad. Ambos inspectores han recorrido un camino rodeado de bambús, de tres metros de altura, hasta la entrada principal, donde se han reunido con Gordillo.

—Esta gente sí que goza de calidad de vida —ha sido la observación de Rayco, que miraba asombrado hacia todos los lados.

—¿Calidad de vida? No seas ridículo, ¿estás hecho de azúcar? —se ha mofado ella—. Este tío vive de puta madre y punto. Esa es la expresión.

Rayco, medio en broma:

—Más nos valdría hacernos cocineros. Aún tengo ese libro por casa: *100 recetas de cocina española.*

—Zapatero a sus zapatos, canario. Deja que Mercedes se encargue de la cocina en casa, no vayas a provocar estragos en la familia.

El inspector jefe los guía por la extensa vivienda. Si el Iglú es una demostración de arquitectura, donde los espacios, temperatura, colores y texturas parecen haber sido escogidos minuciosamente para favorecer la calma y demostrar la grandeza del propietario, la vivienda del chef no se queda atrás. Al pasar por el pasillo, Mónica se fija en los cuadros que cuelgan en las paredes. Todos ellos muy modernos y, lo más probable, pecaminosamente caros, pero ninguno que ella asocie con algún pintor famoso. A pesar de la indudable belleza, se siente más en un museo de arte moderno que en un hogar.

Exactamente la misma impresión que le causó el Iglú, pero sin la música chill en el hilo musical ni las luces halógenas iluminando los cuadros.

Mientras caminan, Rayco le resume a Gordillo lo que han encontrado en el coche de Duarte y las conclusiones a las que han llegado. El jefe escucha con atención y asiente, entre satisfecho y reflexivo.

Atraviesan la biblioteca, un espacio donde Mónica y Jamie podrían vivir sin problema. Sin duda, esa es la habitación preferida de Mónica, con un bonito juego de ajedrez sobre una mesita redonda, en una esquina, y una enorme librería que ocupa la pared principal al completo. Mónica se pregunta si, entre todos esos libros, estará el nuevo *best seller* de John. Casi todo lo que ve son clásicos, así que lo duda.

Está planteándose esas absurdas cuestiones cuando acceden al salón, donde los espera Fernando Vara. El científico los ha oído llegar y ha interrumpido momentáneamente el trabajo de recolección de huellas. Le cubre el cuerpo el traje Tyvek blanco reglamentario, haciéndolo parecer un tanto psicópata. Una vez, en mitad de un café, Rayco le confesó a Mónica que ese traje le devolvía a la infancia por la película *E.T*.

—Ya sabes, por el grupo de científicos que aborda la casa familiar —matizó.

A Mónica, sin embargo, el mono blanco le lleva a otra película muy distinta: *American Psycho*.

—Buenos días, chicos —saluda el jefe de la Científica—. Habéis venido el equipo al completo.

Rayco le estrecha la mano rápidamente. A Mónica le basta un gesto con el mentón.

—¿Qué tenemos, Fernando? —pregunta, ansiosa.

—Sí, empecemos ya.

Vara, volviendo al salón:

—Mis chicos han repasado lo más relevante. Hemos dividido el lugar del crimen en…

—Fernando —lo interrumpe Gordillo, distraído—. Por favor, vayamos al grano.

Vara suspira, resignado.

—De acuerdo. Estamos en el salón principal —indica Vara.

Mónica piensa que es exactamente el tipo de salón en el que pensarías al oír hablar de la sala principal de una residencia de lujo moderna. Lámparas que se curvan; pinturas abstractas; muebles a medida; ventanales que ocupan toda una pared y dan al jardín. Si el interior es impresionante, el exterior parece la obra de un artista jardinero. Un golden retriever mordisquea en ese momento un *frisbee*

acostado sobre el césped, aún húmedo por el rocío.

Al otro extremo del salón, otro agente enfundado en un traje Tyvek trabaja de cuclillas a los pies de un armario vitrina de pared con las puertas abiertas. Los cristales de las puertas rotos y los objetos esparcidos por el suelo hablan por sí solos.

—Como veis, todo indica a un robo con homicidio —dice Vara, al ver que los tres agentes se han quedado mirando el estropicio.

Mónica frunce el ceño. El sabueso agita la cola cuando husmea algo, y esa es la sensación que le ha transmitido Vara con una sola frase .

Diablos.

—Tiene toda la pinta, pero deja que nosotros hagamos nuestro trabajo y tú limítate al tuyo —le baja Mónica los humos—. ¿Qué más? No veo ningún cadáver.

—La zona con más carga de huellas, el escenario del crimen, es la cocina —comenta, y echa a andar hacia la siguiente estancia del palacio—. Seguidme.

Mónica deja empaparse por el entorno. La estancia parece salida de un catálogo de cocinas con clase. Muebles lacados en blanco y electrodomésticos de primera calidad, todos ocultos. El centro lo ocupa una gran isla con encimera de mármol blanco.

Es entonces cuando ve el cadáver.

El cuerpo inerte de Lola Feixas reposa sobre las baldosas del suelo, parcialmente oculto por las sillas que hay en torno a una mesa de comedor.

Mónica se acerca pisando sobre las alfombrillas de plástico dispuestas por los de la Científica. La esposa de Pons yace boca abajo. Una mancha oscura se extiende en el duro suelo bajo su cabeza. Al contrario que el otro día, cuando la vio de paso mientras ella disfrutaba de los últimos rayos de sol de la tarde en la terraza del Iglú, lleva puesta ropa elegante, lo que podría denominarse «de noche»: pantalón ajustado de tela negra y blusa violeta con algunos brillos. El cuello de la prenda está manchado a causa de la sangre procedente de una herida abierta en la parte trasera de la cabeza, seguramente la causa de la muerte, y a la que se ha adherido el cabello negro. Mónica no recuerda a una inválida con tan buen cuerpo, y mucho menos de la edad de Feixas. En su muñeca, al contrario que sus ojos, aún brilla un fino Rolex de oro.

«Curioso que no se hayan llevado esta joya —apunta mentalmente la inspectora—. A no ser que, en contra de la teoría de Fernando, no sea el robo la causa del homicidio».

Mónica consigue apartar los ojos del cadáver. Solamente en ese momento advierte el bastón de caminar, a menos de un metro del cuerpo. Deja escapar un gemido de curiosidad y se acerca. Es un

modelo ligero y manejable que no parece precisamente económico .

La estancia está prácticamente cubierta de carteles de plástico amarillo con números consecutivos. Han sido repartidos en torno al cadáver y los muebles de alrededor. Uno de los carteles, el número cinco, está sobre la mesa de comedor, junto a un puro Habano a medio consumir que reposa en un cenicero de porcelana. Poniéndose de pie, Mónica acerca el rostro al interior del cenicero y aspira. Lo aparta bruscamente emitiendo un nuevo gemido, esta vez de desagrado. Todavía se aprecia el fuerte matiz ahumado. «Locos los que fuman esto por gusto», se dice.

—Será por pistas —dice, al fin.

—Las hay para dar y regalar —es la respuesta de Vara.

—De regalar, nada. —Mónica vuelve a mirar el cadáver—. ¿Alguna idea de cuál fue el arma del crimen?

Vara niega con la cabeza.

—Corresponde a Gregorio Velasco responder a eso.

—Está de camino —informa Gordillo.

—Genial. Aunque lo más seguro es que confirme lo evidente: que la golpearon en el cráneo con un objeto contundente.

—Menos mal que no te corresponde responder a eso —ironiza Mónica, y después pregunta—: Y, mientras Goyo llega, ¿has encontrado un candidato para el arma homicida?

Vara agita la cabeza en señal de negación.

—Diría que el asesino se llevó el arma de crimen.

—¿Qué te hace pensar eso? —interviene Rayco, callado hasta ahora.

Vara señala con el brazo la pared opuesta a la cocina, detrás de la cual está el salón.

—Tiene toda la pinta de que cogió el arma de la vitrina del salón, visto el caos que hay allí.

—¿Sabemos si falta algo? —pregunta Mónica.

—Estamos elaborado una lista de artículos con la colaboración del marido. Es posible que mis chicos ya hayan terminado.

—Hablando del marido, ¿y Raúl Pons? ¿Dónde está?

—En el dormitorio principal. —Es Gordillo quien contesta—. Está bastante afectado.

—Es lógico. ¿No se encontraba en casa en el momento del asesinato ?

El inspector jefe niega con la cabeza.

—No, llegó pasada la madrugada. Aunque he preferido esperar a vuestra llegada para interrogarlo a fondo.

Mónica, sin mirarlo directamente a los ojos:

—Gracias. —Vuelve a dirigirse a Vara—. Fernando: ¿hay pruebas de allanamiento?

—No. Las ventanas estaban cerradas. También las puertas que dan a la terraza.

—¿Nos dices por dónde se llega al dormitorio principal?

—Yo os indico el camino —se adelanta Gordillo—. Dejemos que Fernando siga trabajando.

—Vale —accede Mónica, y echa la mano a sus gafas de sol para colgarlas del cuello de la blusa—. Vamos allá.

El de la Científica ya está de nuevo agachado y colocando carteles cuando los tres agentes de Homicidios abandonan la cocina en dirección al dormitorio, donde los espera Raúl Pons.

36

Rayco golpea la puerta con los nudillos y, sin esperar respuesta, entra en el dormitorio. Encuentra a Raúl Pons sentado al borde de la cama de matrimonio, con los antebrazos apoyados en las rodillas y la cabeza gacha. Alza la vista sobresaltado cuando oye la puerta y lo ve entrar. No pasan desapercibidos para Rayco los ojos hinchados y enrojecidos y las mejillas húmedas. Con dedos temblorosos, sostiene un vaso de whisky demasiado colmado. En el suelo, junto a sus pies desnudos, la botella, a la que le falta más de la mitad de su contenido.

—¿Quién es usted? —pregunta, echándole a Rayco un vistazo de pasada, antes de volver a centrarse en el contenido del vaso, de un color dorado a la luz de la lámpara de noche.

—Soy el inspector Rayco Medina. Habló con mi compañera el otro día, en su restaurante. —Hace un minuto, en el pasillo, Mónica, Andrés y él han estado de acuerdo en que solo entrara una persona en el dormitorio. La conversación que Mónica mantuvo con Pons acabó resultando más tensa de lo esperado, sintiéndose el chef acusado como principal sospechoso; Andrés ha estimado más práctico que, dadas las dramáticas circunstancias, sea un hombre quien trate de sonsacar información a Pons esta vez. «Un hombre con mayor don de gentes», le ha faltado decir, aunque no ha sido necesario porque todos lo han entendido—. ¿Me puede contar lo que ha ocurrido?

Pons, sacudiendo lentamente la cabeza y sin apartar la mirada del vaso: —Ayer tuve una reunión de trabajo que se alargó hasta altas horas de la noche —tartamudea. Le castañetean los dientes—. Cuando llegué a casa, Lola ya estaba muerta.

En ese momento, Rayco asiste atónito como el afamado chef, Raúl Pons, pierde el juicio de repente.

—Había tanta sangre, inspector… Ya no había nada que pudiera hacer… He intentado… he tratado reanimarla, pero ya era inútil. Y ahí estaba yo, manchado con su sangre, con su sangre preciosa, llamando a emergencias. Luego han venido ustedes y todo se ha vuelto borroso… Dios mío, inspector, había mucha sangre…

—Tranquilícese, señor Pons. —Rayco emplea su tono más conciliador mientras alza las manos en son de paz—. Volvamos al principio: ¿es algo común que se ausente de casa una noche entera?

—No es habitual, pero a veces ocurre. —El chef se sorbe la nariz y

se seca las lágrimas con la manga de la camisa—. Mantener un negocio como el mío requiere dedicación las veinticuatro horas del día.

Luego le cuenta la misma historia que le ha contado antes a Andrés: que había llegado muy tarde, o demasiado temprano, según se mire, y que había decidido hacer algo de tiempo mirando el móvil desde el coche para no despertar a su esposa.

—Ojalá hubiera entrado directamente. Entonces tal vez habría llegado a tiempo…

Se le quiebra la voz. Va a decirlo de nuevo: «Había tanta sangre, inspector…»

—¿Hubo alguna cosa que le llamara la atención cuando entró en casa? —reconduce Rayco el relato—. Una puerta que no debería estar abierta, una ventana forzada…

Pons vuelve a negar con la cabeza.

—No, todo parecía en calma. Las persianas bajadas y la puerta cerrada .

—¿Con llave?

—Sí. Lola siempre cerraba con llave cuando se quedaba sola. Era bastante precavida en ese sentido.

—Señor Pons, al llegar me he fijado en que tienen cámaras de seguridad instaladas.

Pons asiente con la mirada perdida en el contenido del vaso.

—Nada más mudarnos, instalamos un sistema de seguridad con cámaras por toda la casa. Uno no deja de escuchar historias de atracadores que se cuelan en las viviendas cuando estas se encuentran deshabitadas. Lo que nunca habría esperado es que entraran estando Lola… —Sus palabras se pierden, ahogadas en un llanto silencioso que contrae su rostro.

«De modo que la muerta conocía al asesino, ya que, para que este accediera sin hacer saltar la alarma, tuvo que dejarlo pasar», deduce Rayco. Cansado de hablar desde las alturas, se disculpa y se acomoda en un taburete acolchado que hay en una esquina.

—En cuanto al caos del salón… —dice, atrayendo, por primera vez, la mirada cansada y abatida del chef—. ¿Ha echado en falta algún objeto en particular?

—Algunas joyas, como relojes, plumas o gemelos. Y el huevo de bronce.

—Disculpe, ¿ha dicho huevo de bronce?

—Sí. —Ni siquiera lo absurdo del tema consigue asomar una mínima sonrisa al rostro del chef—. Un premio que me otorgaron tras la inauguración del Iglú.

—Y supongo que tiene forma de huevo.

—Un huevo de bronce sobre un pequeño pedestal de mármol.

Rayco tiene una repentina visión. La imagen de dos manos fuertes sosteniendo un huevo gigante manchado de sangre; contemplando el cráneo abierto de Lola Feixas; manchándose el zapato del pegajoso fluido que emanaba la herida de su cabeza. Todo eso parpadea ante sus ojos, como esas manchas que aparecen después de mirar hacia el sol y que suelen producir leves mareos .

—¿Lo guardaba en la vitrina? —pregunta, sacudiéndose la imágenes.

Pons asiente. Sus pupilas titilan al preguntar:

—¿Cree que golpearon a Lola con él?

—Es una posibilidad que no podemos descartar —contesta Rayco —. ¿Y las joyas robadas? Me cuesta creer que un hombre como usted no posea una caja fuerte.

—Tengo una ahí dentro. —Señala el armario de cuatro puertas correderas que ocupa la pared lateral—. Pero en ella solo guardo las joyas de más valor, como los collares de mi exmujer y los relojes que me gusta acumular.

—¿Es usted coleccionista?

Rayco ha oído hablar de las inversiones en relojes de lujo, un negocio que se ha puesto de moda por las altas revalorizaciones que acompañan a ese tipo de joyas. Por no hablar de lo mucho que debe de alimentar el ego el contar con una colección así.

—Siempre me han fascinado los relojes. Es mi gran vicio, y además, ganan valor con el paso del tiempo, siempre que no sean dañados.

«Tu gran vicio, además de las visitas a locales de intercambio de parejas acompañado de jovencitas a sueldo», está a punto de añadir el inspector, pero se contiene en el último instante. Ese es un tema que ya abordó Mónica el otro día, y ahora no es el momento más oportuno para volver a sacarlo.

Lo que no piensa pasar por alto es el otro cabo suelto.

—Sé que este es un pésimo momento, pero necesito que me responda a otra pregunta.

Le menciona las entradas para el teatro a su nombre que encontraron en el Audi de Paula Duarte.

Pons traga saliva y adopta una expresión reflexiva, como si lo planteado resultara del todo imposible. Rayco piensa que, de haber podido palidecer más, lo habría hecho. «Está nervioso.»

—Eso no tiene ningún sentido —dice, visiblemente confuso—. Yo no tengo la llave de ese coche. Y además, yo nunca imprimo las entradas de los eventos. Esa noche, como siempre, llevaba el tique descargado en mi móvil.

—¿Podría enseñármelo ?

Él se toma unos segundos en buscar el documento en su teléfono y

se lo muestra.

Poco conforme, Rayco asiente.

—De acuerdo. Solo una cosa más. Voy a tener que pedirle el nombre de alguien que pueda confirmar que anoche estuvo en esa reunión de negocios.

—Necesita una nueva coartada —repite Pons con otras palabras.

—Es necesario, señor.

—Puede hablar con Juan Fonseca. Es el jefe de sala del Iglú. Mi socio.

—¿Puede anotarme su dirección y número de teléfono?

—Por supuesto. Aunque le pediría que, por favor, espere unas horas antes de ponerse en contacto con él. Todavía no sabe lo de Lola y me gustaría ser yo quien le dé la noticia.

—No puedo prometerle eso, señor. De hecho, le pido que se abstenga de comunicarse con él a lo largo del día. Si su socio lo requiere por temas laborales, póngale alguna excusa.

—De acuerdo.

—Su esposa y su socio, ¿tenían una buena relación?

—Juan fue quien nos presentó a Lola y a mí —explica, dando por respondida la pregunta—. El Iglú es como una gran familia, a pesar de la impresión de exclusividad que pueda transmitir al exterior.

Rayco espera a que Pons le entregue el papel y se despide rápidamente, agradeciéndole el tiempo prestado y presentando sus condolencias.

En el pasillo, se reúne con Gordillo.

—¿Qué tal ha ido? —quiere saber el inspector jefe.

—Está en estado de shock, como era de esperar.

Gordillo se lo queda mirando fijamente.

—Conozco esa cara —dice.

—Es la única que tengo, Andrés.

—Estás pensando en que también podría ser el autor de este crimen, ¿me equivoco?

Rayco le habla muy rápidamente de la ausencia del huevo de bronce y la instalación de seguridad de la finca .

—Tenemos que darle una vuelta —concluye—. Pero no podemos negar que la coincidencia es sospechosa: dos muertas muy cercanas a ese hombre y con menos de una semana de diferencia entre ellas. —Mira a su alrededor—. ¿Dónde está Mónica?

Como si hubiese frotado la lámpara mágica con sus palabras, la inspectora aparece desde el fondo del pasillo.

—Vengo de hablar con Sonia Pons.

—¿La hija adolescente? No sabía que estaba en la casa.

—Por lo que nos ha comentado antes su padre, ha pasado la noche en casa de una amiga —aclara Gordillo—. Ha llegado poco antes que

vosotros.

Mónica asiente, confirmando las palabras del superior.

—Ha sido un hueso duro de roer —dice—. Pero ha merecido la pena. ¿Estáis preparados para un nuevo bombazo?

37

Lo primero que Mónica ha visto tras abrir sin llamar la sugerente puerta entreabierta al fondo del pasillo, han sido los pósteres. Había tantos que casi escondían las paredes. Todos de cantantes y actores. Adheridos a la pintura con papel adhesivo en las esquinas, muchas de ellas ya despegadas por el paso del tiempo. Si miraba a la derecha, Justin Bieber la sonreía con sus ojos de bebé travieso; a la izquierda era Timothée Chalamet quien la seducía con la mirada.

La ha invadido una punzada de nostalgia. Si sustituía a los protagonistas por el Hugh Jackman trajeado en su papel en *Australia,* y por los abdominales desnudos de un joven Justin Timberlake, aquella bien podía ser la habitación de la Mónica adolescente.

Luego la ha visto a ella, de espaldas, mirando a través de la ventana, sentada sobre una silla de estudio de diseño juvenil. Llevaba puestos unos vaqueros blancos ajustados y un amplio jersey de punto de color azul, con las mangas cubriendo casi la totalidad de sus manos; un conjunto que le hacía parecer mayor que el otro día, en el restaurante, cuando Mónica coincidió con ella por primera vez. Tres franjas diagonales verdes y rojas adornaban unos tenis también blancos. En letras doradas, sobreimpresa en las franjas, se leía la palabra GUCCI. Tenía las orejas cubiertas por unos grandes auriculares y la música a un volumen tan alto que se escuchaba, aun con los auriculares conectados, desde la puerta.

Mónica ha entrado en la habitación, cerrando la puerta a su paso.

—¿Hola? —Su saludo se ha perdido en el aire, de modo que se ha acercado y le ha tocado en el hombro.

La joven se ha girado dando un respingo y, al ver que tenía compañía, se ha quitado los auriculares, mirando a la inspectora con una expresión expectante. Al hacerlo, el volumen de la música que llegaba al ambiente se ha intensificado, revelando un tipo de rap que Mónica está muy lejos de reconocer.

Ella a esa edad escuchaba *Ella baila sola* y los clásicos de Disney, ¡por el amor de Dios!

La joven le ha preguntado qué quería.

—¿Eres Sonia, verdad? La hija de Raúl.

Ha asentido en silencio. Tenía unos hermosos ojos azules enmarcados en un rostro de rasgos suaves que, por alguna razón, ella

parecía empeñada en afear con exceso de maquillaje mal distribuido.

Mónica le ha presentado sus condolencias y ha esperado a examinar su reacción.

Nada. Rostro pétreo, insondable. Un «Gracias» vacío en una cara de póquer digna de una profesional.

No se podía decir con menos palabras que la presencia de Mónica en esa habitación no era bienvenida.

Entonces, Mónica ha intentado mostrarse simpática y le ha repetido que lo sentía. Como si esa chica fuera a creerse que a la inspectora encargada del caso le importaban una mierda sus sentimientos.

Era evidente que no quería hablar, ni con ella ni con nadie. Resultaba difícil saber si las ojeras y los ojos hinchados se debían a una larga noche de fiesta sin dormir, o al impacto por la noticia de la muerte de su madrastra.

A las preguntas inocentes de Mónica para romper el hielo, ha contestado con monosílabos. Una manera sutil de decir que no le interesaban sus condolencias ni sus teorías sobre qué le había podido pasar a la esposa de su padre, sin llegar a decirlo. «Eres una desconocida —parecían increpar sus ojos—. ¿Crees que esa placa te da derecho a rebuscar entre la mierda de mi familia?»

Era un comportamiento que Mónica esperaba. Hace no demasiado, ella también fue una adolescente rebelde, especialmente tras la muerte de su padre. Lo pensó de Sonia la primera vez que la vio, en la terraza interior del Iglú, y también ahora: por algún motivo, esa chica la hace sentir en casa.

«Es como mirarme al espejo —se ha dicho mientras observaba sus brazos cruzados, su boca que era una línea dura, su mirar desdeñoso y despreocupado—. Un espejo al pasado».

Ha decidido otorgarle unos segundos de tregua en los que no ha formulado ninguna pregunta. En lugar de eso, se ha dedicado a pasear por el dormitorio, curioseando.

Era el santuario típico de una joven de esa edad: a un lado de la cama, un completo escritorio con cajones y estanterías de colores suaves. La mesa parecía la de un contable estresado, solo que con cuadernos de anillas y libros de texto en lugar de libros de contabilidad. Un ordenador de sobremesa, del mismo modelo que el de Jordi Soler pero cubierto de pegatinas, posits de colores y alguna que otra foto, dominaba el tablero. A los lados de este, un altavoz *bluetooth* y una gorra rosa con el emblema de los New York Yankees, lo cual, Mónica sabía, no tenía que significar que fuese aficionada a dicho equipo. Ni siquiera que le fuera el béisbol. Es lo que tienen las modas. Al contrario, el deporte que parecía practicar era el baloncesto, si se atenía a una fotografía ampliada que colgaba, pegada

con cinta adhesiva, del borde de una estantería llena de libros. La imagen mostraba a un equipo femenino posando en grupo bajo una canasta. Al verla, casi podía olerse el sudor en el pabellón, la complicidad y camaradería escondidas en unos rostros apáticos con la vida. Junto a la fotografía, también adherido, un folio con unas grandes siglas trazadas a mano y coloreadas con rotulador como si fuera un grafiti. SDLM. Lo primero que le ha venido a la cabeza a Mónica es un grupo musical, aunque podría ser cualquier cosa, tratándose de una adolescente. Solo pensar en preguntárselo, le provocaba escalofríos.

Ha hecho una foto general con el móvil y ha continuado su inspección, sin atreverse a mirar dentro de los armarios. No quería provocar más rechazo en la joven del que ella le estaba demostrando. Al menos, no antes de que hablaran.

Pasados unos segundos, ha retomado el interrogatorio. Sonia, vuelta de nuevo hacia la ventana, seguía manteniendo la boca cerrada, pero cuando Mónica ha dejado caer que Lola Feixas había sido víctima de un robo que había salido mal, se ha enfadado y ha saltado.

—No ha *salido mal* —ha bramado—. La han asesinado premeditadamente.

Ahí estaba, el punto flaco.

La joven la ha desafiado con una fría mirada ribeteada en exceso, rímel corrido, mientras Mónica seguía sugiriendo, en un juego claro de manipulación, que nadie tenía motivos para matar a su madrastra.

—Todos los indicios apuntan a que los ladrones la golpearon al encontrarse con ella en la casa, con la mala suerte de que no midieron su fuerza. Sucede más veces de las que imaginas, cielo.

Llamar *cielo* a una adolescente cabreada era como tirar del rabo a un perro agresivo, y Mónica lo sabía.

En lo que dura un parpadeo, el rostro de la joven ha enrojecido.

—¿Es que no me escuchas? ¡Te digo que la han matado!

Mónica ha sonreído por dentro. A pesar del tono, airado y rebelde, la joven se expresaba con ese deje de los que prefieren «mami» a «mamá» o terminan todas sus frases con *tía*. «Ayer me exploté un grano, tía», o «Pásame la birra, tía». Era asombroso. Los tiempos estarían cambiando, pero esas expresiones podía haberlas pronunciado una muchacha que hubiese ido al instituto con Mónica, con su madre o con la madre de su madre. Las generaciones pasan por ciclos. La música, las películas, el lenguaje, la moda; todas esas cosas cambian, pero no son más que estímulos externos. Tanto en el interior de una sudadera ancha como bajo un corte de pelo atrevido, existen los mismos temores, necesidades y sentimientos de inadaptación de siempre.

Ha continuado haciéndole preguntas protocolarias: ¿Cuándo

hablaste con tu madrastra por última vez? ¿Notaste algo raro en ella? ¿Tenía motivos para estar preocupada?

Y la guinda final:

—¿Por qué, cielo? ¿Quién tendría motivos de hacerle algo malo a tu madrastra?

Cielo y *madrastra* en la misma frase. Que Dios nos asista.

Ella se la ha quedado mirando un largo rato antes de saltar:

—¡Pues Marisa, para empezar!

Bingo.

Mónica ha dado un paso y se ha agachado frente a ella. Quería que sintiera que estaba de su lado, transmitirle la confianza de una mejor amiga, aunque resultara imposible.

—¿Quién es Marisa, Sonia? ¿Y por qué dices que tiene motivos para hacer esta monstruosidad?

—Marisa Bayón. —Su pecho se hinchaba y encogía bajo el jersey al compás de su honda respiración—. Es la antigua jefa de sala de mi padre. La puta jefa del restaurante. Una crack. Y esto no lo digo yo, mi padre también lo decía. Puedes preguntárselo y lo verás. Lo que nunca admitirá es que le dieron la jodida estrella Michelin gracias a ella, aunque también lo piense.

—¿Se llevaba Bayón mal con Lola Feixas?

Un bufido sonoro como respuesta.

—¿Por qué dices que esa mujer pudo matarla, Sonia? —ha insistido Mónica—. ¿Acaso tu padre la despidió injustamente? ¿Discutieron?

—Marisa y mi padre se llevaban estupendamente. Pero luego…

—¿Qué pasó?

—Lola la despidió.

Eso no se lo esperaba.

—¿Lola Feixas despidió a la antigua jefa de sala? —ha preguntado con la cabeza ladeada—. Me he perdido.

Sonia, con una sonrisa triste y despectiva como solo las adolescentes saben esbozar :

—¿Mi padre no os lo ha contado? Hace un par de años, Lola compró la mitad del restaurante. Al poco tiempo, despidió a Marisa. Nadie lo entendió.

—¿Tú tampoco?

Se ha encogido de hombros.

—Yo paso. Me la suda el restaurante.

Se ha interrumpido bruscamente, negando con la cabeza, conteniendo el llanto con los labios fruncidos, tanto que habían perdido todo su color.

Mónica le ha tendido su mano, posándola sobre el hombro de la joven, que al sentir el contacto, se ha derrumbado. Se ha cobijado

entre sus brazos y ha atraído a la inspectora hacia sí. Mientras percibía el olor a sudor rancio y a alcohol barato bajo el perfume avainillado, esta acariciaba su melena y se sorprendía preguntándose cuándo había sido la última vez que alguien la abrazaba con ganas.

Y tenía que ser una adolescente en plena crisis nerviosa. Había que joderse.

Ha aprovechado el íntimo momento para rumiar la información que esa chica le acababa de proporcionar. ¿Estaría diciendo la verdad? Y, en caso de que así fuera, ¿era esa una razón de peso para que Marisa Bayón asesinara a Lola Feixas? ¿Y qué relación tenía Paula Duarte con todo ello?

Con Sonia Pons entre sus brazos, una frase de su padre le ha vuelto a la memoria: «Todos los martes, lleva a Lola a dar un paseo».

Era evidente que estaba más apegada a su madrastra de lo que en un inicio pretendía hacer creer.

—Una mujer como Lola no debería quedarse sola por la noche —ha dicho, casi sin pensar, y de inmediato ha sentido cómo Sonia se encogía como un caracol—. No, perdona, no lo decía por ti. Lo siento. —Apesadumbrada por la torpeza, ha agarrado su mano—. No pretendía insinuar que ha muerto por tu culpa. Me refiero a que debería haber estado tu padre, o alguien, un profesional capacitado. De hecho, gracias a Dios que tú no estabas en casa, porque si no… quién sabe si tú también estarías …

La ha abrazado más fuerte, sintiendo Mónica el calor de su rostro contra el abdomen. Esa chiquilla iba a dejarle las lágrimas y los mocos en la blusa.

La cara de Sonia era una fea máscara de rímel corrido cuando por fin se ha separado de ella, tan avergonzada que no se atrevía a levantar la mirada.

—Por favor, déjame —ha dicho—. Quiero estar sola. Atrapa a ese cabrón, ¿vale?

Mónica no ha insistido; allí no había más petróleo que extraer.

—Así que tenemos una nueva sospechosa sobre la mesa, al menos para el asesinato de Lola Feixas —expone Andrés Gordillo mientras los tres inspectores caminan hacia la salida de la finca. A su paso por el salón, se despiden de Fernando Vara con un gesto—. En relación al caso de Paula Duarte, seguimos igual. Y tenemos que corroborar la coartada de Raúl Pons con Juan Fonseca.

—¿Juan Fonseca? —Mónica, alzando las cejas—. ¿Quién es?

Rayco le ha relatado su conversación con Pons, haciendo hincapié en la parte del socio de este.

—¿Socio? ¿Así lo ha llamado?

Rayco lo confirma.

—Pues la hija asegura que era Lola, la esposa muerta, quien poseía la mitad del negocio.

—Será mejor que resolvamos las dudas —dice Gordillo, abriendo el portón de acceso al patio y sosteniéndolo para permitirles el paso—. Tenemos a Marisa Bayón, la antigua jefa de sala, y a Juan Fonseca, el jefe de sala actual.

—¿Quién va a por quién? —le pregunta Mónica. Está ansiosa por seguir tirando del hilo, ahora que la madeja parece mostrarse más clara.

Gordillo niega con la cabeza.

—Esta vez quiero que vayáis juntos. Algo me dice que nos estamos acercando al asesino y cuatro ojos ven más que dos .

Rayco menciona la petición de Pons de no hablar con su socio de inmediato.

—Ni de coña vamos a concederle esa ventaja —replica Gordillo—. Así pues, id a hablar con Marisa Bayón. Por el camino, contactad con Fonseca.

—Vamos. —Mónica echa a andar hacia el Toyota—. Tengo curiosidad por saber qué tiene que decirnos esa mujer sobre esta familia de locos.

La perspectiva de confirmar las pinceladas que la adolescente ha aportado en su testimonio, y completarlo con la versión de la antigua jefa de sala, se le antoja emocionante.

—Sí, por favor, salgamos de aquí. —Rayco se frota los brazos—. Este lugar me pone los pelos de punta.

38

Marisa Bayón vive en una de esas urbanizaciones modernas en las que es necesario teclear un código para llamar al portero automático.

—A este paso, terminarán por obligar a superar una yincana para acceder —protesta Mónica—. Multiplique la fecha de nacimiento del inquilino, leída del revés, por el número del portal y divídalo por el número del piso. Después, tire de esta cuerda…

Teclean el número 027 y el símbolo de la llave. La antigua jefa de sala del Iglú vive en la planta baja. Tras pocos segundos, la puerta exterior de la urbanización se abre.

Repiten el mismo proceso cuando llegan al portal.

Durante el camino, la inspectora ha telefoneado a Juan Fonseca sin éxito. Mientras esperan a que Bayón les abra, es Rayco quien lo intenta de nuevo.

—Me salta el buzón de voz —dice, contrariado—. Apagado o fuera de cobertura.

—Habrá que ir a verlo en persona —propone ella. Justo en ese instante, se abre la puerta.

La mujer que los recibe lleva puestos unos pantalones deportivos, una sudadera con capucha y zapatillas de colores vivos. —«A esta no la atropellan si sale a correr de noche», piensa Mónica—. Da la impresión de estar a punto de irse a hacer deporte. O de estar de regreso. Su rostro rubicundo no significaba nada, pues promete ser ese tipo de personas con la piel rosácea que parecen permanentemente a punto de estallar. De acuerdo con las gruesas arrugas en las comisuras de los labios y los ojos, al aire por la ausencia total de maquillaje, debe de tener unos sesenta años, tal vez más.

—¿La señora Bayón?

Asiente con la cabeza. Sus ojos, dos canicas negras y atentas, contrastan con los gestos afables del resto de su cara. Lleva el pelo unido en una coleta que le llega a los hombros.

Como viene siendo habitual, Rayco los presenta.

—Quisiéramos hablar un momento con usted.

La mujer se lleva la mano al pecho en un gesto de lo más teatral.

—¿Le ha pasado algo a mi hijo?

—No se preocupe —la tranquiliza Rayco—. El motivo de nuestra visita es su antiguo puesto de trabajo en el restaurante Iglú.

La mujer relaja la mano, que vuelve a separar del pecho, pero sus ojos se han intensificado aún más, volviéndose casi militares. Nuevas arrugas han aparecido en las comisuras.

—¿Me permiten ver sus identificaciones, por favor?

—Por supuesto. —Rayco le muestra la suya. Ella la toma, la estudia unos segundos y se la devuelve. Mira a Mónica reclamando la suya, a lo que la policía, a regañadientes, saca su identificación y también se la entrega. Una vez analizada con atención, la devuelve también y les deja pasar, cerrando la puerta a su paso.

Les pide que la acompañen por el pasillo.

Se sientan en la sala de estar. Una colección de máscaras de madera, a cada cual más escalofriante, cuelga de la pared del sofá. El olor a incienso supera ese límite a partir del cual pasa de ser agradable a empalagoso. La persiana está echada hasta más de la mitad, a pesar de que el día está nublado, y son una serie de velas, colocadas estratégicamente por toda la estancia, las que aportan luz, llenando el espacio de sombras titilantes. Mónica piensa que solo falta música de meditación de fondo. También piensa que allí se deben de echar unas siestas de campeonato.

Bayón, que se ha ausentado un minuto para perderse en la cocina, sirve café recién hecho y un plato de galletas. A Mónica le llama la atención porque la mayoría de las personas hacen todo lo posible por deshacerse cuanto antes de los agentes de policía metomentodo. Pero Marisa Bayón, no.

—¿Les apetece café? —pregunta.

—Para mí no, gracias —contesta Mónica.

Rayco sí lo acepta. El día que rechace un café, Mónica lo llevará a que le realicen una resonancia craneal.

Tras servir, la señora se acomoda en el sillón frente al sofá, acompañando el movimiento con un leve gemido de cansancio. Mónica no necesita más tiempo en esa casa para advertir que Marisa Bayón es una mujer que no para quieta. ¿Hiperactiva? No, es más bien eficaz. No es de sorprender que llegara a ser la jefa de sala de uno de los restaurantes más prestigiosos del país. Lleva la acción en las venas.

—¿Así que han venido para hablar de mi etapa en el Iglú? —comienza ella la conversación. Contrae la nariz como si, de repente, sus fosas nasales hubieran detectado un olor desagradable.

—¿Es cierto que fue la jefa de sala del restaurante? —pregunta Mónica.

—Durante veintidós años, tres meses y once días, ni más ni menos —precisa ella sin detenerse a calcularlo.

—¿Disfrutaba de su trabajo?

—La organización de la sala de un restaurante es un juego apasionante. —El rostro sonrosado de Bayón resplandece levemente;

los ojos, muy abiertos, reflejan el entusiasmo propio de las almas más apasionadas. Habla en voz baja, no sin cierta reverencia y nostalgia—. No hay nada comparable a estar al mando de un ejército de camareros. Sin excusas. Sin segundas oportunidades. Tienes unas dos horas para hacer pasar al cliente por una experiencia inolvidable, sabiendo que, el mínimo fallo, hará que nunca regresen y, lo peor, dejen una mala reseña. Ese trabajo era como estar en la guerra .

—¿Por qué la despidió Raúl Pons?

Ella ríe con cinismo.

—Si fuera por el señor Pons, aún seguiría allí, créanme.

Mónica piensa en su breve conversación con Sonia Pons y siente que se le acelera el corazón. ¿Decía la hija del chef la verdad? ¿Había sido Lola Feixas quien echó a Bayón a la calle? Decide dejar que sea ella misma quien lo explique.

—¿Por qué lo dice? —la insta Rayco a hablar.

—Raúl me adoraba. Juntos, levantamos el restaurante hasta recibir la estrella Michelin. Éramos un buen equipo. —Vuelve a llevarse la mano al pecho—. ¿Es que le ha ocurrido algo?

—¿Qué le hace pensar que le haya podido pasar algo al señor Pons?

—Por favor, díganme la verdad. —Es el rostro de una profesional con muchas horas de vuelo a quien no se le engaña con facilidad.

—Señora Bayón, se trata de Lola Feixas. —Allá va Rayco—: Anoche fue asesinada.

La mujer deja escapar un gritito de consternación.

—Dios mío. —Vuelve a contraer la nariz. La mano, otra vez al pecho—. ¿Qué ocurrió?

—Todo indica a que entraron en la casa durante la noche, estando ella sola —resume el inspector—. El asalto terminó en homicidio.

—Dios mío —repite ella.

—¿Conocía bien a la señora Feixas? —pregunta Mónica.

—Nuestra relación era estrictamente profesional. Pero una nunca espera esta clase de noticias. Tan joven, qué mujer tan desgraciada.

—¿A Raúl Pons lo conocía mejor?

De nuevo, ese brillo en su mirada y el color en las mejillas.

—Desde que era un talentoso aprendiz que soñaba con convertirse en el mejor chef del país.

—¿Es verdad que Feixas adquirió la mitad del negocio al poco de casarse con Pons? —pregunta Mónica, ansiosa por saber.

Bayón asiente con todo el cuerpo .

—No es que lo comprara. Fue más bien que lo salvó.

—¿Podría explicarse mejor? —le pide la inspectora.

—Raúl es un cocinero excepcional y posee una mente brillante para la combinación de sabores y texturas. Como yo digo, es todo un

inventor, un científico. Pero todo lo bueno que es en la cocina, lo echaba a perder con las finanzas.

—¿Quiere decir que el negocio iba mal?

—El restaurante iba de fábula. Estaba siempre lleno y era extraño el día que el salón no se declarara completo. Teníamos largas listas de espera. Hasta venían de fuera de Madrid para comer o cenar en el Iglú.

—¿Entonces?

—Raúl empezó a pedir cada vez más préstamos bancarios. Que si para un congelador nuevo, que si para renovar la instalación de aire acondicionado, que si para pintar las paredes… Y luego estaba lo de invitar. Le encantaba ofrecer copas gratis a los comensales después del servicio. Así que se endeudó. Como le digo, era un desastre con los números. —La mujer se inclina más hacia ellos y repite el gesto con la nariz. Resulta francamente molesto, además de contagioso. Mónica tiene que luchar contra el deseo de imitarlo—. Si Lola, su esposa, no llega a inyectar esa enorme suma de dinero, hace años que el Iglú habría echado la persiana para siempre.

—¿De cuánto dinero estamos hablado? —indaga Mónica.

—No lo sé con exactitud, pero más de ciento cincuenta mil. Eso seguro.

Rayco deja escapar un silbido.

—Así que Lola Feixas era una mujer pudiente —observa.

Bayón los mira extrañada.

—¿Es que no lo saben?

—¿Qué deberíamos saber?

—Lola era la hija de un gran empresario del sector pesquero, allá en Galicia. Allí fue donde Raúl la conoció, durante una visita que hizo para conocer a potenciales suministradores.

Mónica trata de ubicar el apellido. Feixas. No le suena de nada .

—Lo que nunca entendí es qué vio Raúl en ella —continúa Bayón —. Bueno, sí que lo sé, pero… en fin… no digo nada.

Mónica y Rayco intercambian miradas severas.

—Vale. Nos hemos quedado en que la señora Feixas, después de casarse con Pons, compró la mitad del restaurante para evitar su ruina —recapitula la inspectora—. ¿En qué momento se quedó usted por el camino?

La mujer se alisa las perneras del chándal con las manos y yergue la espalda. En ocasiones, el dolor ajeno puede sentirse en las carnes de una, piensa Mónica. Esta podría ser una de esas ocasiones.

—Fue de un día para otro —explica la ex jefa de sala—. Lola me reunió en el despacho del restaurante, me agradeció el servicio prestado y me dijo que tenía un mes para recoger mis cosas, despedirme del equipo y marcharme. ¿Se lo pueden creer? ¿Imaginan

cómo me sentí en ese momento? Pensé que me daba algo. ¡El Iglú era mi vida!

—Nos lo imaginamos, señora —dice Rayco, diplomático, puede que en exceso, rozando el peloteo nauseabundo—. ¿Y Pons no intercedió a su favor? Al fin y al cabo, la conocía de toda la vida.

—Antes he dicho que Lola compró la mitad del negocio, pero eso no es exacto. —Los inspectores fruncen el ceño, así que ella se explica —: Compró la parte proporcional al 51% del Iglú.

Mónica registra esa información.

—Convirtiéndose en socia mayoritaria —añade Rayco.

Ella asiente con una sonrisa indignada. No hace falta decir nada más.

—Y luego, ¿qué pasó? —pregunta Mónica.

—Al final llegamos a un acuerdo justo en cuanto a mi salida del restaurante. Creo que Raúl tuvo algo que ver. Además, después de tantos años, no podía echarme así sin más. El caso es que el finiquito ayudó bastante a que ahora pueda vivir bien sin necesidad de matarme a trabajar.

—Después de su marcha, ¿volvió a coincidir con Pons personalmente?

—No mucho, solo en un par de ocasiones más. No quería importunarlo con asuntos laborales. Pero creo que no es demasiado feliz. Desde que falleció su primera esposa, es como que no levanta cabeza. Entre ustedes y yo, creo que Lola y él no estaban enamorados. No me gusta ser la típica cotilla, pero apostaría a que ha tenido alguna que otra aventura a sus espaldas.

Mónica asiente en silencio. La mujer parece estar muy al tanto de la vida de su antiguo jefe.

Es Rayco quien redirige la conversación.

—¿Llegó a conocer a su sucesor?

—¿A Juan Fonseca? Por supuesto. De hecho, tuve que formarlo durante dos semanas —contesta la mujer.

—¿Qué impresión le causó?

Marisa Bayón empieza a arrugar la nariz con renovado vigor. Cuando por fin recupera el control de su rostro, mira a Rayco a los ojos y declara: —El señor Fonseca es un jefe de sala muy competente, para ser justa. Habla varios idiomas y tiene un magnífico don de gentes, lo cual, dicho sea de paso, es esencial para llevar la sala de un restaurante. Además era un hacha con la tecnología, informatizó todo lo relativo a las reservas y gestión del local, que yo hacía a la vieja usanza. Eso impresionó mucho a la Feixas. Como he dicho antes, Raúl es un excelente cocinero, pero no tiene ni el carácter ni el olfato para llevar una sala. Juan Fonseca lo ayuda mucho con eso.

—Está muy segura de los puntos débiles de Pons, a pesar de casi

haber perdido el contacto con él —apunta Mónica.

—Apenas he hablado con él desde mi salida del restaurante —responde ella—. Pero no es preciso bailar sobre la superficie de un lago congelado para saber que el hielo resbala.

Mónica asiente con una sonrisa silenciosa.

—Bonita analogía. —Carraspea, dispuesta a volver a un tema delicado—: Señora, antes ha insinuado creer saber por qué se casó Raúl Pons con Lola Feixas. ¿Le importaría desarrollarlo?

Los ojos de Bayón, profundos y azabaches, se encuentran con los de la inspectora.

—¿No lo he dejado lo bastante claro?

—Por favor, aún así .

Ella deja escapar un prolongado suspiro.

—No soy de las que hablan de las vidas de otros. Pregunten al señor Fonseca. Por mi parte, solo diré que, desde que la primera esposa de Raúl falleció, el pobre parece un alma descarriada. Le ha tomado el gusto a alegrarse la vista y pasarlo bien por ahí, si entienden a lo que me refiero. Y no me sacarán más trapos sucios sobre Raúl, no se lo merece. —Poniéndose de pie—: ¿Puedo hacer algo más por ustedes?

—Creo que eso es todo. —Mónica se incorpora también y le entrega una tarjeta de visita con la petición de llamarles si se acordara de algún detalle más—. Señora Bayón, ¿qué hizo anoche?

La mujer le dedica una mirada cómplice. «Pensé que no ibas a preguntármelo, rubia», es lo que insinúa.

—Cruzar el océano. —La mirada de sorpresa de los inspectores hace que sonría como si estuviera satisfecha de optar al premio a la mejor coartada—. He pasado la semana en Nueva York. Me gusta ir al menos una vez al año, de compras y eso. —Los ojos de ellos continúan abiertos como los de una lechuza—. Ya les he dicho que la indemnización me dio para vivir decentemente. En fin, ¿quieren ver el billete de avión? Creo que todavía lo tengo en el bolso.

—No se preocupe, no hace falta —la detiene Mónica, asombrada por la energía de la mujer, teniendo en cuenta que debe de estar atravesando un *jet lag* de caballo. Un dato que justifica las arrugas en su rostro y que, tal vez, le reste algunos años después de todo.

Ya están Mónica y Rayco en la puerta, cuando a Mónica le asalta una duda.

—Dígame, señora Bayón —dice, volviéndose hacia la mujer—. La ceguera de Lola Feixas. ¿La sufría ya cuando Pons la conoció?

Marisa Bayón agita la cabeza, consternada.

—No, eso vino después.

—¿Sabe qué le ocurrió? Pons mencionó algo de un accidente doméstico.

—Un accidente en el jardín. A Lola le encantaba cuidar de las plantas, y seguía gustándole después de perder la vista —cuenta, melancólica—. Por ejemplo, la vegetación del patio del Iglú la cuidaba ella casi a diario. Era absoluta pasión lo que sentía por las plantas, su gran afición.

A Mónica se le aparece de pronto la imagen de Feixas en la terraza del restaurante.

—Es extraño que ocurriera, porque tenía la costumbre de subirse a una escalera para podar los árboles más altos —prosigue Bayón—. Quiero decir, que era algo que hacía siempre. Tal vez fue una racha de viento. En fin —resopla con tristeza—, ahora ya no importa. El caso es que la escalera se tambaleó y ella perdió el equilibro, golpeándose en la cabeza contra una piedra. Ese día, Lola estuvo a punto de perder la vida. Enseguida se la llevaron al hospital, estuvo dos días en coma. Cuando despertó, había perdido la vista. —Visiblemente confusa, frunce el ceño—. ¿Acaso es relevante para la investigación?

—No lo creo —contesta Mónica, saciada su curiosidad—. Pero gracias por su colaboración.

—Pues ya lo tenemos —dice Rayco nada más subirse al coche y darle vida al motor.

—¿El qué?

—Por qué demonios Pons le puso el anillo a Feixas: el dinero.

—Sí, Marisa lo ha dejado bastante claro —asiente Mónica—. Me lo puedo imaginar: una mujer atractiva, ya con su experiencia, cae prendida de una estrella de los fogones en ciernes. Este, huyendo de ataduras después de enterrar a su primera esposa y con una hija rebelde en plena crisis adolescente, le da largas al principio. Pero entonces, su sueño, el motivo por el que se levanta por las mañanas, amenaza con desmoronarse. ¿Qué hace él? Se casa con su adinerada pretendienta y le convence para que invierta en el negocio.

—Así que firman, el restaurante se salva, y, poco después, la nueva propietaria decide prescindir de la vieja jefa de sala e introduce a Juan Fonseca en el juego —continúa Rayco con la recreación .

—Entretanto, Feixas pierde la vista tras caer de lo alto de una escalera mientras cuidaba del jardín. Pons, que nunca estuvo realmente enamorado de ella, se distrae con chicas que pesca en agencias. Que sepamos, Paula Duarte.

—Y el juego se le va de las manos, llegando a traspasar la línea de acudir con ella a locales de intercambio, como el Passion VIP.

Mónica asiente, casi paladeando el jugo de una historia que parece encajar.

—Al cabo de un tiempo, la amante, Paula Duarte, y la esposa, Lola Feixas, aparecen muertas en un lapso de menos de una semana —

remata Mónica.

—Buen resumen —dice Rayco, orgulloso por haber llegado a la misma conclusión que ella. Acelera cuando un semáforo cambia a ámbar y tuerce en el siguiente cruce—. ¿Vamos a ver a Juan Fonseca, o qué?

En ese instante, suena el móvil de Mónica, que lo saca del bolsillo y mira la pantalla. Es Gordillo.

—Dime, Andrés.

—No quiero interrumpir. Estaréis con Marisa Bayón.

—No te preocupes, acabamos de salir.

—¿Y qué tal? ¿Algo relevante?

—Ya te contaremos en Jefatura. ¿Qué querías?

—Acaba de llamarme Fernando Vara. Sus chicos ya han analizado el hilo que encontramos en la sauna.

Mónica se endereza en el asiento.

—Qué rápido. ¿Y qué?

Cuenta los segundos que tarda el jefe en contestar. Más de cuatro.

—Mónica… —dice él en voz baja, casi susurrando—. Te he llamado a ti, y no a Rayco, porque este asunto te atañe directamente.

—Suéltalo ya, Andrés.

Siente la mirada de Rayco a su izquierda. No le importa.

—Parece que, efectivamente, se trata de una hebra de un traje de baño oficial del Cuerpo Nacional de Policía.

Mónica permanece en silencio. Lo sabía. Vaya si lo sabía .

—¿Sigues ahí?

—Sí, perdona. Gracias por la información.

—De nada. —Un nuevo silencio—. Y, Mónica.

—¿Sí?

—Ten cuidado en dónde te estás metiendo. Esto no me gusta.

—¿Por qué lo dices? El análisis de la Científica confirma mi sospecha. Me estoy acercando.

—Precisamente. Algo me dice que esto es algo muy grande… incluso para ti. —De algún modo, Mónica se siente halagada—. Para todos nosotros. Ten cuidado, ¿de acuerdo? No levantes demasiado polvo.

—De acuerdo. Cambiando de tema, ¿sabemos algo de Lola Feixas?

—Nada que no sepáis ya. Que la golpearon con un objeto contundente es evidente. Gregorio Velasco está con ello. Pronto sabremos más, seguramente mañana.

—¿Mañana? ¿No puede ser antes?

—Una autopsia lleva sus plazos, ya lo sabes. Mañana por la mañana tendremos todos los detalles.

—¿Incluido el nombre del asesino?

Si Andrés se ha reído, es imposible saberlo.

—Muy graciosa. Pretendía que ese dato me lo dierais vosotros.

—Considéralo hecho. En realidad, vamos camino del domicilio de Juan Fonseca, a ver qué más averiguamos.

El inspector jefe le ordena que antes pasen por Jefatura. Quiere hablar con ellos en persona.

Mónica promete obedecer y cuelga sin despedirse. Antes de que Rayco la acose con su mirada inquisitiva, le resume los avances de la conversación mantenida.

—Parece que íbamos bien encaminados en cuanto a lo del bañador. Empiezo a pensar que la muerte de Kelemen esconde más de lo que parece.

—Yo también lo pienso —opina Rayco con semblante preocupado.

—Canario .

—Dime.

—¿No crees que es hora de ver qué hay en ese trastero?

El subidón de adrenalina se ve reflejado en sus pequeños ojos.

—¿No ha pedido Andrés que vayamos a la oficina?

—Venga, solo serán unos minutos. —Mónica vuelve a ponerse las gafas de sol y se peina la melena con las manos, un gesto inconsciente que solo realiza en dos ocasiones: antes del sexo y cuando tiene la sensación de estar cerca de descubrir algo importante—. Además, nos pilla de camino.

Vuelve la vista hacia su compañero, implorante, pero, en lugar de una queja, encuentra una sonrisa.

—Creí que nunca ibas a proponerlo —responde él, antes de encender la radio (suena Coldplay en *Cadena 100*), girar el volante y acelerar.

39

Cuando, días antes, Mónica introdujo en el buscador de Google la dirección enviada por Kelemen vía email, el oráculo cibernético le devolvió un punto del mapa ubicado entre la Plaza de Castilla y el hospital de La Paz.

A pesar de encontrarse a escasos dos kilómetros, Mónica y Rayco tardan más de media hora en llegar por culpa del tráfico anárquico y constante de la ciudad. Dejan el coche en un hueco libre que, ¡aleluya!, encuentran a la primera en una bocacalle. Esta desemboca en el complejo de acristalados rascacielos que componen el techo de la ciudad. Más allá de una pared de ladrillo llena de grafitis (todo un contraste urbanístico) se alza una hilera de almacenes de hormigón con forma de caja de zapato gigante.

Su destino.

Un rápido vistazo al vuelo googlero que Mónica realizó por encima del terreno, le permitió contar el número de almacenes que había en total: dieciocho.

Siguiendo las indicaciones de Kelemen, el suyo es el número quince.

—Ahora, cuidado —advierte la inspectora nada más se apean del coche, con el ataque a Yago y el asesinato a Kelemen pegados en sus retinas—. No es descartable que nos estén vigilando.

Acompaña el aviso llevándose la mano a la empuñadura de la pistola, que le cuelga del cinturón. De reojo, advierte que Rayco hace lo propio.

Mientras recorren, con caminar apremiante, la angosta calle, Mónica se percata de una tensión subyacente que se apodera de ella y se manifiesta, en forma de sensación desagradable, en la boca del estómago. Su informador, aparte de la dirección y la misteriosa contraseña, no le dio más pistas en cuanto a lo que encontraría en ese lugar. Pero el hecho de que se trate de un almacén privado, solo permite una conclusión:

Allí se oculta algo. Algo relevante.

A un lado de un cajero automático lleno de pintadas, hay abandonado un coche herrumbroso y sin las ruedas, apoyado sobre pilas de ladrillos a punto de desmoronarse. En la acera contraria, un mugriento hotel llamado Posada Chamartín da la bienvenida a los

clientes con un rótulo violeta que ofrece habitaciones a veinte euros la hora. Es evidente, piensa Mónica, que no estás ante un hotel de cinco estrellas cuando te ofrecen tarifas por horas. Debajo del precio, el cartel anuncia: HABITACIONES TEMÁTICAS CON SUPLEMENTO. Mónica no quiere ni imaginárselas.

La tarde avanza. Se ve que hace no mucho ha caído un breve chubasco, a tenor del asfalto mojado. Los restos de basura, mezclados con ramas y hojas muertas, se agolpan en las bocas de las alcantarillas. Esquirlas de una botella rota crujen bajo sus botas cuando Mónica se acerca a la puerta metálica con el número quince pintado en negro. Las fachadas colindantes impiden el paso de la luz solar, haciendo que el viento frío, ululante a rachas, se sienta por debajo de la ropa. Sobre sus cabezas, una única nube negra sobrevuela amenazante. La inspectora tiene que apretar la mandíbula para que sus dientes no castañeteen.

En algún lugar cercano, un coche hace sonar el claxon.

Mónica se detiene un instante, mirando la puerta con gesto reflexivo. Carece de cerradura. A cambio, hay un pequeño display a un lado, en la pared de hormigón. Pide a Rayco que la cubra mientras desbloquea el móvil y accede al email de Kelemen. Luego procede a teclear los números de la contraseña, comprobando cada número en el panel.

Empieza a llover con fuerza. Gotas gruesas como guisantes. Rayco se cubre con la capucha de su abrigo. Ella no se inmuta.

Cuando termina de teclear la serie, no sucede nada.

Contrariada, se fija en que una de la teclas tiene pintado el dibujo de una llave. Muchos sistemas de apertura privados solicitan el presionado de esas teclas al final de la contraseña.

Aferrada a esa última esperanza, lo hace.

La puerta continúa cerrada. Tampoco se escucha sonido alguno, como cabe esperar. Es como seguir un manual de instrucciones con algunas hojas perdidas.

—Aquí falla algo —Mónica aprieta los labios.

La capucha de Rayco le ensombrece el rostro, pero Mónica advierte que tiene un brillo férreo en los ojos al escrutarlo con la mirada. Por un momento, teme que le proponga dar media vuelta y regresar al coche. Olvidarse de todo ese asunto.

No lo hace.

Luego, ella repite el proceso, esta vez tirando fuertemente de la manilla de la puerta mientras introduce la contraseña. Está mojada y resbaladiza.

—Joder, no se abre —maldice en alto.

Rayco pregunta si ha introducido bien la serie. Ella emite un chasquido con la lengua.

—Pues claro. Sé teclear unos números. Ni que fuera un diputado.

—Vámonos de aquí. Esto no me gusta. —A su espalda, la capucha de Rayco ondea al viento.

Por un instante, Mónica no se mueve. Solo mira la puerta, como si de un momento a otro fuese a abrirse por efectos telepáticos. Hace un último intento con el display y vuelve a chasquear la lengua. Después, da media vuelta sin decir nada y camina en dirección al coche. Es inútil insistir. El viento sopla más fuerte ahora, clavándosele en los huesos. El pelo le chorrea en la frente y la punta de la nariz. Sin embargo, su cuerpo arde de impotencia. Hasta que divisa un movimiento por el rabillo del ojo.

«¿Rayco? ¿Eres tú?»

—¿Quién anda ahí? —pregunta el canario al aire.

Mónica detecta cierta inseguridad pese al tono autoritario. Se detiene. Escucha atenta.

Solo el rumor de la hojarasca, el discurrir de la corriente en el límite de la calzada y el silbar del viento le ofrecen una respuesta. Este agita las ramas de los árboles escuálidos de la acera, haciendo que se arañen unas a otras.

Una sombra gris se desliza en la fachada y desaparece al instante. Al girar la cabeza, oye un maullido, y acto seguido lo ve: es un gato. Un maldito gato callejero. Con una sonrisa nerviosa pintada en la cara, Mónica oye como a su compañero se le escapa el aliento en un suspiro de alivio.

—Vámonos de una vez —murmura él—. Esto no me gusta.

Mónica reanuda el camino de regreso. Sin correr, pero con ritmo ligero. Su mano, aferrada a la pistola con más fuerza. A su espalda, oye los pasos apresurados de Rayco y sus maldiciones entre dientes; una de sus pisadas ha levantado un chapoteo al pasar sobre un charco, calando el interior de su bota.

Durante el viaje en coche hasta Jefatura, hay preguntas y respuestas; maldiciones e improperios; también alguna risa nerviosa; pero, más adelante, Mónica no recordará gran cosa de lo que allí se habla. En su mente solo hay lugar para la puerta cerrada del almacén, la contraseña, aparentemente inútil, y una pregunta:

«¿Qué se me está escapando?»

40

Nada más entrar en Jefatura, Mercedes los intercepta. Andrés Gordillo los está esperando en la sala de reuniones.

En mangas de camisa, el inspector jefe se encuentra llenando la pizarra portátil de nombres y flechas cuando Mónica y Rayco acceden y toman asiento. Con el rotulador rojo, escribe un comentario junto al nombre de Lola Feixas y lo subraya un par de veces rodeándolo con una elipse, al terminar Rayco de resumir la visita a casa de la antigua jefa de sala del restaurante: Feixas adquirió el 51% del Iglú.

«Tiene cara de doctor, eso es», se dice Mónica, sin dejar de observarlo. Se acuerda de cuando su madre decía a su padre que pusiera cara de doctor y fuera a salvar esta y otra vida. Su padre se reía a carcajadas.

Se preguntaba cómo sería ver a Andrés Gordillo riéndose a carcajadas.

Al otro lado de la ventana parece hacer más frío, aunque el viento y la lluvia han cesado y el sol brilla suspendido sobre el horizonte, apurando los últimos instantes del día. El cielo, iluminado por un tenue resplandor, ha adquirido unas tonalidades purpúreas.

—Personalmente, no me trago el cuento del robo —señala Mónica —. Hay algo en Pons que me da mala espina. ¿Su esposa y su amante asesinadas en menos de una semana? Estaréis conmigo en que el tema apesta.

—Es posible, pero no tenemos nada concreto contra él —dice Gordillo—. A excepción de su aventura con Paula Duarte y que su supuesta fortuna en realidad pertenecía a su mujer.

—También es mala suerte que se le muriera la amante justo antes que la esposa —dice Rayco, a quien los dos se quedan mirando con cara de circunstancias.

Mónica se fija en la pizarra. Observa que Lola Feixas consta como sospechosa del homicidio de Duarte.

—¿En serio crees que la esposa mató a la amante, Andrés?

—¿Tú crees que no?

—El hecho de que fuera ciega casi la descarta como asesina. Por no hablar de que luego tuvo que llevarla hasta el lago y arrojarla al agua.

—Pudo haberla ayudado alguien —apunta el inspector jefe.

—Podría ser, pero ¿quién? ¿Su marido?

Rayco intercede:

—No lo creo. Me cuesta creer que Pons hubiera ayudado a su esposa a deshacerse del cadáver de su amante. Y si hubiese querido librarse de su mujer, lo más cómodo hubiera sido ir a la policía, denunciarla como la asesina y mandarla directa a la cárcel. Y luego está el lugar donde apareció el cadáver. Dudo que fuera escogido al azar. Algo me dice que el lago está relacionado con el asesino.

Gordillo escribe en la pizarra los puntos importantes.

—Además, tiene coartada para la noche del asesinato de su mujer —recuerda Mónica.

—Aún tenemos que hablar con su jefe de sala actual, Juan Fonseca, para que nos corrobore ese dato —dice Rayco—. Andrés, ¿hay alguna novedad de los objetos robados en la finca de los Pons?

El inspector jefe niega con la cabeza.

—Pero tengo algo mejor: el ordenador portátil de Paula Duarte .

Ninguna fanfarria trompetera acompaña la gran noticia, pero Mónica y Rayco se inclinan al unísono.

—¿Dónde estaba? —pregunta el canario, más optimista que hace un segundo.

A Mónica casi le parece ver una sonrisa maliciosa en la cara del jefe.

—Mientras vosotros estabais fuera, hemos recibido una llamada. Adivinad de quién.

—Ni idea.

—De Irene Mateos.

—¿La compañera de piso de Duarte?

—La misma. Había encontrado el portátil de su amiga en el cajón de una cómoda del salón. Lo encontró por casualidad mientras buscaba un bolígrafo, según ha dicho.

—Estupendo. ¿Ya nos ha llegado? —pregunta Rayco.

Gordillo asiente.

—He enviado a dos agentes a recogerlo. Ahora está en manos de Pablo Díaz, a ver qué puede obtener. También pedí a los agentes que recogieran una muestra de cabello y huellas dactilares de Mateos, por lo de las huellas encontradas en el coche de Duarte.

—¿Y? ¿Ha puesto alguna pega? —quiere saber Mónica.

—Ninguna, según me han dicho. De hecho, ha admitido que cogía el coche de su amiga de vez en cuando.

Mónica piensa en los asientos del Audi de Duarte, claramente posicionados para alguien más alto que ella, y mucho más que Mateos. Su mente vuelve a viajar a Raúl Pons. Desde que lo interrogó por primera vez, supo que escondía algo, y, con cada descubrimiento respecto a su vida privada, más queda en evidencia que no lleva una vida perfecta como la que pretende mostrar.

Sufre un escalofrío repentino y se frota los brazos por encima de la chaqueta. A pesar de que se ha secado el pelo en el trayecto en coche y se ha cambiado de chupa, todavía tiene el frío metido en los huesos, estremeciéndola. Una sensación que la lleva una y otra vez al almacén. Kelemen aseguró que aquel lugar estaba relacionado de algún modo con Yago, pero no han conseguido abrirlo. Si la serie de números que le envió con el email no es la contraseña para abrir el almacén, ¿qué diablos es? ¿Y cuál es la clave de acceso, entonces?

Con la ineludible sensación de que Kelemen jugó con ella para obtener la fotografía de Duarte, su frente se arruga un poco más al volver a la callejuela del almacén. La certeza de que estaban siendo observados ha sido real, y apuesta a que Rayco ha sentido lo mismo. De ser así, significaría que alguien los estaba esperando. Alguien que sabía que acudirían. Una nueva chispa se prende en la mente de la inspectora. ¿Le tendió Kelemen una trampa? Y en ese caso, ¿quién le mató a él?

Está tan inmersa en sus pensamientos que no se da cuenta de que todos están mirándola hasta que Rayco disimula un carraspeo y la avisa con un sutil toque en el codo.

—¿Te encuentras bien? —le pregunta Gordillo en voz alta, en un tono adusto que sin embargo no carece de confianza.

Mónica asiente a toda prisa.

—Sí. —Alza la vista y se recoloca en su silla. El inspector jefe, vestido con camisa azul celeste y pantalones de traje, parece un gigante ante ella. Junto a él, también de pie, se encuentra Fernando Vara. ¿En qué momento ha aparecido el bicho raro?—. Ey, ¿qué pasa, Fernando? —pregunta, casi como si no pudiera soportar una respuesta.

Este le saluda con el mentón.

—Fernando dice que tiene información relevante sobre el caso de Lola Feixas —le susurra Rayco al oído, tapándose la boca con el puño, como un alumno aplicado que le echa un cable a su amigo que siempre está en las musarañas.

—Bien, sigo —dice Vara—. Hemos analizado las huellas del Habano que encontramos en la cocina.

—¿Y bien? —lo insta Gordillo, con el bolígrafo desencapuchado y a punto para añadir más garabatos en la pizarra.

—No pertenecen ni a la señora Feixas ni a su marido. Lo hemos comprobado.

—Así que pertenecen a un tercero. ¿El asesino? —propone Rayco.

—Es posible. Lo que podemos asegurar al cien por cien es que, poco antes de morir, Lola Feixas recibió una visita —dice Gordillo. Vuelve a mirar a Vara—. ¿Algo más?

—Sí. Encontré un pequeño cuaderno en la mesita de noche de

Feixas.

—¿Su diario?

Vara sonríe al comentario del inspector jefe.

—Ojalá, pero solo se trataba de una libreta donde la mujer apuntaba recados, citas, etcétera. Una especie de agenda. —Hace una pausa para mirar a los ojos a los tres compañeros, manteniendo el suspense en el aire. Mónica cuenta los segundos. Fernando Vara no era de los listos en la facultad, y sigue sin serlo. Pese a su instinto de sabueso para el olfateo de pistas y su método perfeccionista, no es de los que tiene ideas brillantes ni corazonadas. Por eso, la experiencia le dice que, cuanto más largos son los silencios de Fernando, más interesante es el descubrimiento—. Según sus anotaciones, mañana a primera hora tenía una cita en el hipódromo con un tal Juan. No sé quién puede ser.

—¡Juan Fonseca! —dicen Mónica y Rayco al unísono.

—¿Lo conocéis? —pregunta Vara, sin comprender y con expresión algo molesta, como el último de un grupo de amigos en enterarse de un chisme.

—Es el jefe de sala del Iglú, Fernando —aclara Rayco.

Gordillo asiente complacido.

—Esto se complica —dice, mirando hacia su esquema de la pizarra.

—Más bien, se pone interesante. —Mónica tiene que hacer un esfuerzo para no relamerse—. ¿Le has comentado a Raúl Pons esto de la libreta? —le pregunta a Vara, que niega con la cabeza.

—No lo hagas —se adelanta Mónica—. ¿Sabes a qué hora será la cita?

—A las doce del mediodía, según las anotaciones.

Ella, sacando una goma para el pelo del bolsillo y haciéndose una coleta: —Si Raúl Pons ha cumplido su pacto de silencio, Fonseca todavía no debería saber que Feixas está muerta. Propongo ir nosotros en lugar de ella y abordarlo por sorpresa. Y si ya está al día, tendremos que abordarlo en el propio restaurante. O en su domicilio.

—¿Crees que es buena idea que lo asustemos? —pregunta Rayco.

—Solo vamos a charlar con él, darle la noticia de la muerte de Lola Feixas e intentar indagar por qué se citó con su jefa, y esposa de su jefe, en el hipódromo.

Gordillo se atusa el flequillo con una mano.

—Una gran idea —aplaude—. Mañana a primera hora, os mezcláreis los dos entre la flor y nata de la sociedad. Quiero que le saquéis hasta las tripas a ese Fonseca.

—Ya estoy salivando —sonríe Mónica.

Gordillo se mira el reloj. Deja escapar un suspiro cansado.

—Basta de trabajo por hoy. Buen trabajo, chicos.

41

Guillermo Espejo, el periodista que firma como Kelemen, se acerca al inspector jefe Yago Flores vadeando como una rata sobre los tableros resbaladizos de un bote agitado por las olas. A pesar de la inestabilidad que demuestra, logra mantener el equilibrio cuando hace oscilar un hacha que sostiene con las dos manos como si se tratara de un palo de golf. Los neones violeta de la Posada Chamartín parecen fluir por el acero herrumbroso.

No parece percatarse de que, a su espalda, un hombre sale de la posada y se aproxima por detrás, acechándolo armado con una pistola reglamentaria. La lluvia cae con fuerza en el callejón, golpeando su torso desnudo, flácido y pálido como la leche, y empapando el bañador de color azul oscuro, también reglamentario. Bajo sus pies, el asfalto está encharcado y resbaladizo, chapoteando estos sutilmente al avanzar. El hombre dibuja una sonrisa al paso de Kelemen, que sigue enfocado en Yago. Es una sonrisa maliciosa que a Mónica se le antoja familiar.

Durante un momento, ella teme que al recién aparecido le resbale el dedo del gatillo y la bala acierte en ella. No se atreve ni a respirar. Le cuesta apartar los ojos del hombre de la pistola y dedicar toda su concentración a Kelemen, que no parece tener otra cosa en mente que no sea rebanar el pescuezo al inspector jefe con el hacha. Gotas de agua tiñen de oscuro su precioso cabello rubio, recogido hacia atrás y sujeto en un pequeño moño que le da un aspecto severo enfatizando los rasgos huesudos, y se precipitan desde la punta de su nariz. Su boca se abre en forma de sonrisa desdentada. De la garganta le salen unos estertores que compiten con el repiqueteo de la lluvia sobre el suelo encharcado del oscuro callejón.

—No te acerques más —susurra Mónica entre unos dientes castañeteantes por el frío. De repente ha ocupado el lugar de Yago, que ha desaparecido. Siente la amenaza del hacha cayendo sobre ella, paralizándola.

Se repite que es completamente imposible que ese hombre esté delante de ella. Imposible del todo, después de ser achicharrado como un cangrejo de río sumergido en una olla hirviendo. Ella misma vio cómo se llevaban el cuerpo.

Kelemen susurra unos versos en latín y enarbola el hacha, que

hiende el aire y corta la cortina de agua.

Mónica toma aliento para gritar, pero las palabras se le congelan en la garganta.

No ve el disparo, solo lo oye.

Cuando la bala, que ha debido de entrar por la nuca de Kelemen, emerge de su puente nasal, rajando carne y cartílagos y quebrando huesos, Mónica ve la punta ensangrentada de frente. En el instante en que va a impactarle entre los ojos, Mónica despierta sobresaltada.

Empapada en sudor, contiene el llanto que le ha provocado la vívida pesadilla. «Estás a salvo», se dice, llevándose a la boca el vaso de agua que depositó sobre la mesilla antes de acostarse. Lo vacía de un largo trago, sintiendo el frescor del agua bajando por el esófago.

Tras una rápida visita al baño para orinar y mojarse el rostro, siente que ha recuperado la compostura. Sin embargo, es incapaz de volver a conciliar el sueño.

Con la mirada fija en el techo de su dormitorio, piensa en Yago y siente la rabia. Si no resuelve el misterio y desenmascara al responsable de que su antiguo jefe se encuentre postrado en esa cama de hospital, acabará volviéndose loca. Gracias a Kelemen, creía estar bien encaminada al encontrar el almacén. Pero no tiene ni idea de cómo abrirlo, una vez que han comprobado que la serie numérica que Kelemen le envió no es válida como contraseña de acceso.

Mónica empieza a especular. Tal vez, como ha sucedido en su sueño, mataron a Kelemen porque su misión era la de acabar con Mónica y no había cumplido. ¿Habría sido el verdugo del periodista el mismo que disparó a Yago, o fueron dos personas diferentes? ¿Era Kelemen un aliado en su búsqueda de la verdad, como había asegurado, o un vil traidor? ¿Quién puede estar detrás de ambos delitos? Y, ¿qué relaciona a Yago con ese tipo de gente?

Parpadea al sopesar que, tal vez, fue el mismo Kelemen quien engañó y disparó a Yago.

Por eso sabía tanto acerca de su caso.

La clave, concluye Mónica, está en el almacén. Tiene la sospecha, o más bien la esperanza, de que, si logra acceder a su contenido, responderá a muchas de esas incógnitas.

De pronto, se incorpora como si le hubieran dado cuerda. Acaba de tener una visión. Sabe lo que tiene que hacer.

«El sueño —piensa—. Ahí está la clave».

Se vuelve apresurada hacia la mesilla, donde el móvil permanece enchufado a la corriente. Comprueba la hora y calcula las horas que faltan hasta que Rayco y ella tengan que acudir al hipódromo a la cita con Juan Fonseca. Aún tiene un par de horas, siempre que allí, donde tiene pensado ir, le concedan la entrada.

Con la imagen del sueño del hombre en bañador en la mente,

busca un número concreto en la agenda y pulsa el botón de llamar.

—Con el área de visitas de la prisión, por favor —pide, sin siquiera presentarse, al funcionario del otro lado de la conexión.

42

El salón de visitas de la cárcel de Soto del Real tiene muy poco de salón y mucho de cárcel. Gruesos muros de piedra delimitan un área abierta, sin tabiques ni mobiliario; solo algunas mesas de metal ancladas al suelo de terrazo con sus correspondientes juegos de sillas. Una única ventana, protegida por una reja de retorcidos alambres metálicos, deja pasar algo de luz, permitiendo distinguir el día y la noche de muros para adentro. A pesar de que la mañana es calurosa, allí dentro hace frío, como si un aliento gélido procedente del centro de la tierra no dejase templar la piedra. Mónica tiene que alargarse las mangas del jersey para que los vellos del brazo no se le encrespen.

Siempre que visita una cárcel, le llama la atención el silencio. Allí nadie abre la boca más de lo necesario, ni siquiera los funcionarios. Ellos en especial, se muestran extremadamente parcos, como si allí cobraran por cada palabra pronunciada. Desde el tipo que le ha cogido el teléfono, pasando por el de la garita de seguridad exterior, el guarda de la entrada y el funcionario de prisiones que le ha tomado los datos y la ha acompañado a donde ahora se encuentra. «Documentación, por favor», «Adelante» o «Sígame» han sido las pocas muestras de humanidad que ha recibido desde que ha llegado .

La han conducido a través de desnudos pasillos, han atravesado un pequeño patio de muros de adobe con una descuidada canasta de baloncesto, hasta llegar al salón, donde le han pedido que tomara asiento y tuviera paciencia. Ya lleva un buen rato esperando en esa sala opresiva y el guarda de ropa oscura que custodia el único acceso se ha limitado a mirarla, brazos cruzados, porra colgando de la cadera, como si ella fuese un animal del zoo. Mónica lo saluda con una inclinación de cabeza, que el funcionario devuelve con desgana.

Solo portazos lejanos, el zumbido de una mosca y alguna que otra voz le dicen a Mónica que en ese lugar hay algo de actividad. Calma carcelaria, lo llaman.

Del techo, en una esquina, cuelga una cámara de vigilancia enfocada hacia las mesas. Es un alivio, una gota de agua en mitad del desierto.

Aún está mirando su entorno cuando, en alguna parte, se oye el chirrido de una puerta metálica precedido de un prolongado y grave zumbido. Un segundo después, José Ramón Morata entra al salón de

visitas con las manos esposadas y acompañado de un guarda de seguridad.

Lo reconoce por su rostro severo y cruel. También cansado. Y sigue siendo repugnante, más repugnante, incluso, que antes. Por lo demás, parece otra persona. Una barba negra y tan basta como el alambre le cubre el mentón, disimulando una papada que antes no tenía, pero nada podría esconder la barriga ni las sombras oscuras bajo los ojos.

Viste un desgastado mono que le queda prieto.

Salvo por la mirada lobuna (esa la sigue manteniendo vivaz) y la información que consta en su DNI, el hombre que acaba de entrar no guarda parecido alguno con el pistolero que le volaba a Kelemen la tapa de los sesos en su sueño.

«Erguida y con frente alta, que no se te vea con miedo», se recuerda Mónica cuando Morata se sienta frente a ella sin dejar de mirarla, con parsimonia, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. En realidad, es así. Tiempo es lo único que tiene.

Él no le ha quitado ojo desde que ha llegado, ni siquiera ha pestañeado, y Mónica no necesita saber leer mentes para adivinar sus más secretos deseos: necesitaría diez segundos, no más; si los dejasen solos y le liberaran las manos, con gusto se lanzaría contra ella. Le aplastaría el cráneo contra la piedra hasta que este no fuese más que una masa amorfa y viscosa. Eso es lo que dicen sus ojos.

La visión hace que Mónica mire de reojo a la puerta, donde los dos hombres permanecen atentos pero impasibles. Se pregunta si realmente está a salvo, si las esposas están lo suficiente apretadas… y entonces, con un escalofrío de temor, se da cuenta de que es la única mujer entre las paredes de esa prisión, al menos que ella haya visto.

Durante algunos segundos que parecen no tener fin, el zumbido de la mosca es lo único que se oye en la sala. Ambos excompañeros se miran fijamente a los ojos como en una tensa partida de póquer.

«Deja que él hable primero». Mónica se muere por tantearlo, ver si muestra algún punto débil, tal vez con un gesto de la cara o una mirada. Quizás si espera, él se desmorone y le desvele lo que sabe.

—He pensado mucho en ti —habla Morata por fin.

Esta vez no hay provocaciones sobre su separación con John ni alusiones a su hijo recién nacido. El convicto tampoco menciona la reincorporación de la inspectora al Cuerpo, a pesar de que él fue quien hizo que la suspendieran. No, con Morata nunca ha habido esa clase de competencia. Lo que había entre ellos, y que al parecer se mantiene vivo, era más bien un odio mutuo que rozaba la locura.

Hace poco más de un año, cuando José Ramón Morata aún era miembro de la brigada de Homicidios, se produjo un enfrentamiento entre ambos policías que rebasó los límites de la rivalidad. Después de un juicio contra la inspectora en el que Morata testificó en su contra,

el duelo alcanzó su punto más álgido cuando ella, cegada por las ansias de venganza, investigó al policía por su cuenta. Corrían las sospechas de que Joserrata llevaba a cabo negocios turbios con organizaciones ilegales. Mónica incluso llegó a acceder a su domicilio por la fuerza, ya que tenía pruebas (o creía tenerlas) de que Morata estaba reteniendo a una menor de edad en contra de su voluntad. Resultó estar equivocada y el error acabó con Mónica expulsada del Cuerpo. Ese día, ella le declaró la guerra.

Cuando, meses más tarde, el nombre de José Ramón Morata apareció en ciertos archivos, confiscados por la Guardia Civil, que implicaban a algunos nombres importantes del panorama empresarial del país con una red de pederastia, Mónica pudo saldar su deuda pendiente. Por supuesto, testificó en su contra y aportó pruebas que ayudaron a que Morata terminara entre rejas. Aquel fue uno de los días más felices en la vida de la inspectora.

—Qué ganas tengo de borrarte esa puta risa de la cara —añade él.

Mónica no sonríe ni un ápice, pero sabe a qué se refiere. Está pensando en la última vez que coincidieron antes de que él ingresara en prisión. Él le había dedicado un sincero corte de mangas y ella le había devuelto la mayor de sus sonrisas. Y es justo la sonrisa que ahora se muere por borrar.

—¿A qué has venido? —Su impaciencia se percibe creciente.

—¿Quién disparó a Yago? —pregunta Mónica a su vez, impertérrita.

Morata ladea la cabeza de una manera casi imperceptible. Su boca es una fina línea. Sus ojos pardos, pozos de odio bajo dos párpados cargados.

—¿Qué?

—Eres un expolicía condenado por pederastia. Me bastaría con chasquear los dedos para que te hagan la vida aquí todavía más insoportable —amenaza ella con voz calmada.

—¿Pero qué cojones dices, joder?

Antes de que apenas pueda concluir la frase, Mónica repite, esta vez más lentamente:

—Quién. Disparó. A Yago.

De nuevo, el opresivo silencio.

—No sé qué grano te ha salido ahora —escupe él—. Pero si alguien le ha hecho daño al jefe, te jodes.

Mónica no contesta, pero las últimas palabras han caído sobre ella como fuertes sopapos. Algo en el tono de Morata, en su mirada, le dice que acudir a esa cárcel ha sido un error. Siente que le sudan las axilas.

—¿Que me joda, dices? —Lo fulmina con la mirada.

—Te jodes. ¡Y al carajo Yago también! Dime, rubia, ¿cómo se supone que iba yo a hacer algo así? —El rostro del expolicía es la viva

imagen de la desolación—. Estoy solo, encerrado y sin un puto duro. —Las palabras parecen salir de su boca con espinas. Extiende un dedo hacia el muro—. Y ahí afuera, todos me repudian. *Violaniñas*, me llaman. Y ahora, tú, hija de puta, ¿vienes pidiéndome explicaciones de un caso que no eres capaz de resolver? Pues te lo repito —adelanta el mentón, y por un instante, ella cree que la va a escupir—: Te-jo-des.

La risa llena de odio de Morata se mezcla con el sonido de las esposas al impactar los puños contra la mesa. Mónica se estremece y cierra los ojos un segundo.

Quizá sea cierto que los seres humanos tenemos un reflejo primitivo, una especie de mecanismo de supervivencia que conservamos de la era prehistórica, cuando estábamos en constante peligro, y que yace en estado de letargo en el hombre moderno; un sexto sentido que casi nunca emerge porque no es necesario en nuestra sociedad, pero que sigue ahí, adormecido, latente en lo más profundo de nuestra estructura genética.

Cuando José Ramón Morata salta por encima de la mesa, haciendo chirriar las sillas contra el suelo, a Mónica se le eriza el vello de la nuca y abre los ojos de inmediato. O quizás ocurre en el orden inverso. El caso es que no tiene margen suficiente para esquivar el golpe en la cara con el puño cerrado, que aterriza sobre su tabique nasal como una maza.

El dolor lo llena todo.

Mónica cae hacia atrás, dándose en el duro suelo con la nuca.

—Me han violado tres veces, ¿sabes? —está gritando Morata cuando ella recupera la vista. Los dos guardas tratan de llevárselo por la fuerza—. ¡Por tu culpa! ¡Por todo lo que dijiste sobre mí! —Ya desde la puerta, antes de desaparecer de la vista de ella, un último dardo—: ¿A quién se la chupaste para volver? ¿Eh, zorra? ¿A quién ?

Sus últimas palabras siguen reverberando en la sala cuando se cierra de golpe la puerta de acceso a las celdas.

Pocos minutos más tarde, Mónica cruza el muro exterior de la prisión con la cara dolorida y una rabia visceral. Inmediatamente, llama a Rayco. Mientras espera a que el teléfono devuelva tono, se lleva la mano a la nariz y se la mira: se le ha teñido de rojo. Lo que faltaba, ir por ahí con un pimiento en la cara.

—Ey, Mon, ¿ya estás lista? Todavía queda más de una hora para nuestra cita con Juan Fonseca.

—¿Puedes venir a por mí? Estoy en la cárcel de Soto del Real. No preguntes.

—¿En la cárcel? Pero ¿qué ha pasado?

—Eso son dos preguntas. —Exhala un suspiro cargado de impaciencia—. ¿Vienes o me pido un maldito taxi?

Media hora más tarde, está subiendo al Toyota de Rayco, deseando

no tener que volver a ese lugar nunca más.

En el navegador: la dirección del hipódromo de la Zarzuela.

43

En el aparcamiento del hipódromo, el Toyota de Rayco canta como un grano en un anuncio de Lancôme entre todos esos vehículos de lujo. Lo estacionan al final, a la sombra de un pino. El reloj del salpicadero marca las 11:44.

—Aún falta un cuarto de hora para la cita que Juan Fonseca iba a tener con Feixas —comenta Rayco, dando un sorbo a un café con leche para llevar.

—Eso, suponiendo que llega puntual —dice Mónica.

—¿Qué tal va la nariz? —pregunta él al cabo de un rato.

Mónica se lleva un dedo a la zona dañada, confirmando que le sigue doliendo al tacto.

—Me temo que se me va a hinchar, pero no está rota y ha dejado de sangrar.

—Sigo sin entender cómo se te ha ocurrido ir sola a la cárcel.

—Si te lo hubiera contado, me habrías dicho que era una locura.

—¡Es que era una locura! ¿Y todo por una pesadilla en la que aparecía Morata disparando a Kelemen en ropa interior?

Mónica clava la mirada en Rayco y hace un esfuerzo por no decirle algo de lo que se arrepentirá más tarde. Esa mañana no ha empezado bien y no está de humor .

—No es solo por el maldito sueño, Rayco —replica—. La pesadilla solo me hizo recordar el hilo del bañador perteneciente a un miembro del Cuerpo. Entonces he pensado, ¿qué policía puede tener motivos para hacernos daño a Yago y a mí? La abominable cara de Morata me ha venido inmediatamente a la cabeza.

—Morata está preso, Mon.

—¿Y qué?

—¿Cómo que *y qué*? Que él no pudo disparar a Yago. ¿Es que no ves la evidencia?

—Pero pudo haber orquestado el ataque desde prisión, joder. —Se echa el pelo hacia atrás y niega con el rostro contraído, su vista fija en el pinar—. En fin, olvídalo. Ahora ya podemos descartar a ese hijo de puta.

—Te veo particularmente susceptible.

—Ha sido un día muy largo.

—No es ni mediodía aún.

—El tiempo no lo miden solo las manecillas del reloj.
—¿Quién dijo eso?
—Nadie. Me lo acabo de inventar.
Rayco sonríe.
—Deberías plantearte escribir tarjetas de felicitación.
—Y tú deberías cerrar el pico —gruñe ella.
Rayco, que la conoce bien, deja pasar los minutos en silencio hasta que bajan un poco los grados en el interior del coche. Mira alrededor con su mejor expresión de aburrimiento, aprendida mientras esperaba en la cola de la oficina de Correos.
—Oye —dice, admirando los coches de lujo que van completando las plazas libres del aparcamiento. Se nota que la carrera está a punto de empezar. Un matrimonio que debe de rondar los setenta está apeándose de un Porsche berlina de color blanco radiante. Más allá, dos hombres calvos a finales de la cincuentena se esfuerzan por sacar sus cuerpos rechonchos de un BMW descapotable; son saludados por unas mujeres unos treinta años más jóvenes con efusivos besos en las mejillas; mientras la radio del deportivo entona el *Love Story* de Taylor Swift—. ¿Cómo vamos a reconocer a Fonseca entre toda esta gente ?
Justo en ese momento, un Tesla rojo se desliza ante ellos. Silencioso como un ninja. Las ruedas anchas hacen crujir los guijarros del aparcamiento. En su interior, un joven apuesto y repeinado conduce orgullosamente enfundado en sus gafas de sol.
Dos zapatos negros, pulidos y brillantes como la carrocería de su vehículo, se posan en la gravilla con movimientos suaves y seguros de los que solo un triunfador es capaz. Del interior del Tesla no se oye ninguna canción, pero una de Chris Isaak habría quedado que ni pintado.
«Es como un anuncio de colonia», piensa Mónica del hombre de piel aceitunada y cabello engominado, cuyos orígenes probablemente provienen del otro lado del océano. Al menos, si no llevara puestos esos pantalones azules con finas rayas amarillas, de un tono algo más brillante que una supernova en el instante mismo de la explosión. Sin embargo, en ese ambiente apenas llaman la atención. Parece como si todos los allí presentes se hubiesen levantado esa mañana preguntándose qué indumentaria desentonaría más en el llamado mundo libre. Muchos lucen tonos pastel en sus americanas, como extras en una película de Wes Anderson. El rosa y unos tonos púrpura sumamente raros también abundan, por lo general juntos, en una combinación de colores que resultaría estrafalaria hasta al equipo de vedetes de un club de Benidorm. Es como si, al verse rodeada por toda esa belleza natural, la gente se empeñara en hacer cuanto estuviera en su mano para compensarla. O quizá fuese otra cosa la que estaba en juego. Quizá la fealdad de la ropa tuviese un origen más funcional. Tal

vez en los orígenes de la hípica, cuando los caballos eran salvajes y competían en libertad, los espectadores se vestían de aquella manera para ahuyentar a las bestias peligrosas.

Es una buena teoría, concluye la inspectora mientras abre la puerta del Toyota.

—Apuesto a que ese es nuestro hombre —dice Mónica, mordiéndose el labio inferior.

—¿Tú también has visto la bolsa? —pregunta Rayco. Cuando el recién llegado ha abierto la puerta del coche, durante un segundo se ha dejado ver una bolsa de deporte con el logo del Iglú en el asiento del acompañante—. ¿Vamos?

—Espera. —Mónica suspende una mano abierta en el aire—. Que entre él primero. No queremos que se sienta acosado en el aparcamiento, donde podría huir.

Esperan a que Fonseca entre en el vestíbulo del hipódromo para atravesar el aparcamiento. Recorren un cuidado parque que da acceso al recinto. El aire huele a hierba recién cortada y a polen. Está siendo una buena primavera para el polen en la capital; los alérgicos deben de estar contentos.

En el hall, preparan su identificación según se acercan al punto de control de acceso. Al ver los distintivos policiales, la joven risueña encargada de comprobar las entradas traga saliva y avisa al guarda de seguridad. Este, con las dos manos colgando del cinturón al más puro estilo cowboy (solo le falta la paja colgando entre sus dientes): —¿Hay algún problema, agentes?

—Descuide —lo tranquiliza Mónica—. Una investigación en curso.

El hombre los deja pasar.

La tribuna del hipódromo es un milagro de la arquitectura. Una cubierta ondulada sobrevuela por encima del graderío sin necesidad de verse apoyada por pilares, dando la sensación de estar suspendida en el aire y aportando sombra a los espectadores en días de sol, y cobijo en días de lluvia. Todo ello, sin privarles de la mejor vista.

Tras un concienzudo repaso visual, con las manos a modo de visera para protegerse de sol, dan con Fonseca. El jefe de sala ya está ubicado en su asiento y permanece de pie, contemplando la pista con una sonrisa, tal vez pensando en lo bien que sienta estar dentro de ese cuerpo. El asiento de su lado permanece libre. Fonseca mira su reloj por segunda vez en un minuto, y Mónica juraría que esa sonrisa ha menguado un poco.

Los caballos están preparados en la línea de salida con los jinetes listos, rodillas flexionadas y máxima concentración, sobre las sillas. Pequeños hombrecillos ataviados con pantalones ajustados y casacas de colores vivos. ¿Es que en ese universo paralelo no existen los colores neutros?

El juez de salida efectúa el disparo al aire que da comienzo a la carrera, y las bestias salen disparadas en una impresionante estampida que deja una nube de polvo a su paso. Los espectadores aplauden y sonríen eufóricos, felices de estar vivos en una mañana perfecta como esta. Pasado el emocionante momento inicial, Mónica y Rayco descienden por las escaleras hasta donde está el hombre que los ha llevado hasta allí.

—Tiremos de él como una piñata, a ver qué cae —dice Mónica.

Rayco se queda de pie en el pasillo mientras ella molesta a los espectadores de la fila hasta llegar a su objetivo.

—¿Juan Fonseca?

El peripuesto jefe de sala del Iglú gira la cabeza hacia ella como si hubiera saltado un resorte en su cuello. También se ha fijado en Rayco, que no les quita ojo desde su posición.

—Sí. ¿Quiénes son ustedes?

—Policía de Madrid —responde Mónica rápidamente. Esta vez no se molesta en enseñar la identificación.

Mostrando una deslumbrante sonrisa de anuncio, Fonseca le extiende la mano y, por un segundo, Mónica piensa que quiere que se la bese. Pero todo termina con un flojo apretón.

—¿Había quedado con alguien? —pregunta Mónica.

El hombre da un respingo, soltando la mano de ella como si tuviese un temporizador.

—¿Quedar con alguien? —Fonseca desliza la mirada al asiento vacío—. ¿Por qué lo pregunta?

Mónica ocupa el asiento libre para no molestar a los de la fila superior. El hombre huele a gel de ducha y loción de afeitado. La sonrisa se hace más radiante a la luz del sol. Mónica casi se tiene que proteger los ojos.

—¿No había quedado justo ahora con una conocida suya?

Fonseca abre la boca, parece que va a decir algo, pero la vuelve a cerrar, terminando de nuevo en una sonrisa más forzada si cabe. Ella se queda contemplándolo, a la espera de que esa dentadura de alto voltaje disminuya su intensidad; pero no es así, de modo que decide mostrarle la fotografía de Lola Feixas.

En la frente bronceada de Fonseca, hasta ahora perfectamente lisa, se dibujan unas arrugas.

—¿Qué ocurre con Lola? —pregunta. Su sonrisa parece inalterable, pero una luz intermitente se ha encendido detrás de ella.

—De eso es precisamente de lo que queremos hablarle. Pero antes, contésteme a esto: ¿dónde estuvo la noche del miércoles al jueves?

Apenas necesita pensarlo.

—En casa. ¿Por qué quiere saberlo?

—Las preguntas las hago yo. —A Mónica no le pasa por alto que el

hombre le mira más las piernas que los ojos—. ¿Estuvo solo o acompañado?

—Mi amigo Raúl y yo estuvimos tomando unas copas en mi salón. Ningún rollo homosexual, si se lo está preguntando. Se hizo tarde y Raúl se sentía mareado para conducir, así que se quedó a dormir.

«Ha confirmado la coartada de Pons y de paso ha asegurado la suya propia —reflexiona Mónica, recordando que el chef les pidió un tiempo para hablar con su amigo—. Salvo, claro, que ambos hombres se hayan puesto de acuerdo.»

—¿Por qué nunca enciende su móvil? —le pregunta.

Él se echa hacia atrás con gesto confundido.

—No sé por qué lo dice, pero nunca lo apago. Ni siquiera por las noches.

Mónica le enseña el papel que les facilitó Pons.

—¿No es este su número y su dirección?

El jefe de sala se pone una mano como visera para leer el papel escrito a mano.

—La dirección es correcta, pero el número no. El último seis es un nueve, en realidad.

Mónica alza la mirada buscando la de Rayco. «Nos dio un número falso». Él asiente.

Los primeros caballos cruzan la meta en un sprint final de infarto. Los espectadores, muchos armados con delicados catalejos, se levantan como en una coreografía para aplaudir y vitorear. Sin duda, es un gran momento para ser de la clase alta.

Mónica también se ha puesto en pie, pero por otro motivo.

—¿Le importa que vayamos dentro, señor Fonseca? —sugiere—. Allí estaremos más cómodos.

—Cómo no, me tiene intrigado. —Su voz ha bajado como mínimo una octava y, aunque mantiene la compostura, ya no se muestra tan erguido y despreocupado como hace unos minutos.

Abandonan la fila. Fonseca camina hacia Rayco con la mano extendida, pero en el último segundo la retira y deja pasar a Mónica.

—Las damas primero.

Luego sí, le da un apretón de manos a Rayco y camina tras él («Usted primero, por favor. ¡No, insisto, caballero!») mientras este se abrocha el segundo botón de la americana gris que esa mañana ha rescatado del armario para la ocasión.

Unos minutos más tarde están sentados a una mesa de la terraza, separada de los demás clientes. El sol se oculta detrás de unos altos abedules y Mónica disfruta del frescor que traen las primeras sombras del día. Los pájaros cantan en los árboles y una versión chill de los Beach Boys ameniza el momento desde el bar de cócteles, ubicado dentro, a sus espaldas. En la mesa de al lado, cuatro jóvenes snobs

discuten sobre el papel de las criptomonedas en el mundo moderno. De vez en cuando, dejan flotar en el aire palabrejas como «*exchange* descentralizado», «*wallet*» o «frase semilla». En la suya hay dos zumos de naranja que han pedido Mónica y Rayco. Quizás sospechando de que lo espera una conversación difícil, Fonseca ha optado por un Martini Bianco con hielo y una rodaja de limón.

Nada más servírselo el camarero, saca una cajetilla de puritos Montecristo de su pantalón.

—¿Les apetece uno? —Los dedos con los que sujeta el cigarrillo muestran unas uñas perfectamente cuidadas.

Ambos policías rechazan el ofrecimiento, a lo que él se encoge de hombros, enciende el pitillo y se lo lleva a la boca, saboreando la primera calada como si fuera la última de su vida.

Mónica hace una mueca. Desde el minuto uno ha odiado a ese hombre. Tan solo su postura, tieso como si llevara un palo introducido por el ano, le causa rechazo; con unos pantalones ajustados que, con el calor, le debe de estar provocando tensión en las partes nobles. Para corroborar la sospecha de Mónica, el hombre cruza sus piernas un par de veces hasta alcanzar una postura cómoda. Ella lo observa con jocosidad. Esos testículos parecen estar a muy poco de una muerte por falta de riego sanguíneo.

«Es un latino *seguro* —piensa Mónica al examinarlo—. La clase de tipo a quien hasta los racistas pueden apoyar para demostrar que en realidad no lo son». Se pregunta de qué modo conseguir que la inmaculada fachada de ese hombre se derrumbe. En cualquier otra ocasión, tal vez dedicaría unos minutos a allanar el terreno, intentar que el hombre se relaje, pero la mañana ha empezado torcida para Mónica y no tiene ganas de perder el tiempo. Tras una breve reflexión, opta por ir con todo y atacar de frente.

—Lola Feixas fue encontrada muerta ayer en su domicilio.

Las palabras de Mónica tienen el mismo efecto en Juan Fonseca que una bomba atravesando el techo. En los segundos que siguen puede observar cómo la sonrisa de ese Casanova pasa de una incredulidad inicial al espanto más puro. De un momento a otro ha desaparecido todo el color de su rostro, y con él, la autoconfianza que hasta hace unos minutos ha mostrado.

—¿Muerta? ¿Qué quiere decir con que fue encontrada muerta?

—¿Qué parte de «muerta» le resulta confusa?

—¿Lola está muerta? —Fonseca sigue agitando la cabeza como un muñeco averiado—. Pero ¿cómo…? ¿Ayer? Pero eso no puede… ¿Qué ha pasado?

—Es el motivo por el que estamos aquí —habla Rayco.

—¿Qué? Me temo que no le entiendo.

—Estamos tratando de averiguar qué ocurrió ayer en la villa de la

señora Feixas y su esposo.

—¿Y cómo puedo ayudarlos?

—Por lo que sabemos, usted solía quedar con ella con cierta frecuencia. Sin que estuviera su marido presente .

El hombre observa a Mónica después de vaciar su copa de Martini de un solo trago.

—Somos amigos desde el colegio. Nos perdimos de vista durante mi estancia en París. Lo típico.

—¿Vivió usted en París? —pregunta Rayco.

—Sí, trabajé para el chef Joël Robuchon en su restaurante L'Atelier. ¿Lo conocen?

Mónica contiene un bostezo.

—Al grano, por favor.

—Tras mi regreso, hace ya unos cuatro años, se intensificó el contacto con Lola. Y para Raúl no suponía problema alguno, se lo aseguro. No es un hombre celoso.

—¿Desde hace cuánto conoce a Raúl Pons?

—Desde que los dos coincidimos en la escuela culinaria, nada menos. De hecho, fui yo quien se lo presentó a Lola después de que su esposa muriera. El pobre pasó una época muy mala que casi acaba con su carrera. Por suerte, entre todos conseguimos que remontara y acabó ganando su propia estrella Michelin.

—Así que hizo de celestina —dice Rayco.

Fonseca asiente.

—Aunque, para serle sincero, jamás pensé que iban a acabar juntos. Tras la tragedia de su esposa, Raúl dejó de interesarse por las mujeres, al menos para relaciones a largo plazo. —Da una prolongada calada al purito, expulsando el humo lentamente como si experimentara un orgasmo—. Pero, claro, los problemas económicos en el Iglú lo cambiaron todo.

—Así que cree que Pons se casó con su amiga exclusivamente por dinero.

Fonseca mira a Rayco como si fuera un hilo suelto en su camisa que hay que cortar de un tirón.

—Yo no he dicho eso.

—¿Quedaban Feixas y usted aquí muy a menudo? —continúa Mónica.

—En ocasiones.

—¿Por qué? Después del accidente y su ceguera permanente, asistir a carreras de caballos resulta curioso. ¿Tan aficionada era ?

Otra vez esa cínica carcajada.

—A Lola nunca le gustaron las carreras. Siempre fue más de salir de regatas. Pero la comida de aquí es muy buena. Y el ambiente, muy relajado, como pueden ver.

—¿Cómo de intensivo era el contacto entre ustedes? —indaga Rayco.

Fonseca aparta con la mano una avispa que ronda su vaso vacío atraída por el olor del limón y el dulzor de las gotas sobrante del Martini.

—¿Cómo dice?

—Le pregunto si había algo más que amistad entre usted y su amiga de juventud.

—Esa es una pregunta ofensiva, agente. Entre Lola y yo nunca hubo nada.

—¿En serio? —Es Mónica otra vez.

—¿Hay algún problema, inspectora?

—Sí, hay un problema. Está haciéndonos perder el tiempo.

Él, señalando a Rayco:

—Estoy contestando a su…

—Basta. —Mónica levanta la palma de la mano—. Se está poniendo en evidencia.

—Me gustaría que cambiáramos de tema.

—Y mí me gustaría darle un repaso a Hugh Jackman —replica Mónica, mordaz—, así que vamos a tener que seguir viviendo con un cierto nivel de decepción.

—Inspectora. —El hombre se inclina hacia delante sin pestañear. Su rostro y su voz no traslucen ahora ni una pizca de impaciencia o incomodidad; sin embargo, ya no sonríe—. ¿Puedo ser plenamente sincero?

—Por favor.

—Creo que están ustedes dando palos de ciego.

—Gracias por la sinceridad —dice Mónica.

Fonseca los obsequia con una nueva muestra de arrebatadora sonrisa.

—No, gracias a usted, inspectora.

—¿Puedo ser sincera yo ahora?

—Por supuesto .

—Le pondré las esposas y lo arrastraré a Jefatura como se siga yendo por las ramas. No tenemos todo el día para perderlo en este sitio.

La nuez en la garganta de Fonseca se mueve arriba y abajo fruto del nerviosismo.

—Lola y yo éramos amigos —retoma la explicación—. Ni más ni menos. Además, soy el jefe de sala del restaurante del que ella era copropietaria, así que Lola era mi jefa.

—Vale, volvamos al matrimonio de Feixas con Pons. ¿Diría usted que funcionaba bien, a pesar de haber empezado, de algún modo, como una unión por conveniencia? Si eran ustedes tan buenos amigos

como dice, entonces la señora Feixas tuvo que hablarle abiertamente sobre la relación con su marido, ¿no?

—Lo llevaban bien. Se amaban. Como todo matrimonio, tuvieron altibajos y el accidente de Lola no ayudó, pero, si quieren saber si eran un matrimonio feliz: sí, lo eran. Al menos, desde mi punto de vista. Y si me piden mi opinión, no veo a Raúl capaz de matar a su esposa. La amaba.

—¿Y el hecho de que fuera ella la poseedora de más de la mitad del negocio? —interviene Rayco—. ¿No hizo mella en ellos?

—No, que yo fuera consciente.

—Al poco de adquirir su parte del restaurante, Feixas despidió a la que era jefa de sala por aquel entonces y lo contrató a usted.

—No se les escapa una.

—Es nuestro trabajo —responde Rayco—. Díganos, ¿estaba Pons de acuerdo con esa decisión?

—Por supuesto. Raúl era como mi hermano.

—¿Sabe qué va a ser de la parte del negocio de la señora Feixas ahora que ha fallecido? —pregunta Mónica.

—Supongo que Raúl quedará como dueño único.

—Es decir, quedará bastante mejor parado que si hubiera habido un divorcio.

—¿Quién ha hablado de divorcio? Jamás oí que ninguno de los dos lo mencionara.

—El señor Pons mantenía una aventura con una mujer bastante más joven que ella. —Si Rayco hubiera llevado las gafas de sol a mano, se las hubiera puesto para rematar el incendiario comentario.

Fonseca sonríe de manera elocuente y bizquea a causa del sol que ya asoma por encima del abedul.

—¿Él no le mencionó nada? —insiste el inspector.

—Éramos amigos y compañeros de trabajo, pero no metíamos las narices en la vida del otro.

—Eso me ha parecido un sí —bromea Rayco con Mónica, que no le quita ojo al jefe de sala.

—Encuentren al cabrón que la mató —acaba diciendo Fonseca, devolviéndole la mirada fija a ella e ignorando a Rayco de paso.

—Nos vamos —dice Mónica. Al ponerse de pie, deja veinte euros y su tarjeta en la mesa—. La vuelta, para el camarero. Por supuesto, no puede abandonar el país hasta que se resuelva este caso. Y si se le ocurre algo más, llámenos.

Fonseca examina el billete como si se tratase de dinero del Monopoly.

—Inspectora, esto es un hipódromo con clase, no un bar de Donuts. —Mónica ha pillado la referencia, el chiste fácil sobre policías. Lo deja pasar—. Pero deje. Corre de mi cuenta.

Sin hacerle caso, Mónica tira otro billete de veinte sobre la mesa mientras Rayco se despide con un frío apretón de manos.

—¿Algo que te gustaría resaltar? —le pregunta, de camino al aparcamiento.

—Que ha hablado por dos veces de un posible asesino sin que nosotros mencionáramos nada.

—¿Crees que estaba al corriente del asesinato? Pons te aseguró que no había hablado con él, ¿no?

—Sí, pero pudo haberme mentido al respecto, al igual que me dio un número equivocado de Fonseca. —La mira—. ¿Estará el jefe de sala involucrado en la muerte de Feixas?

—No sé si llega a ese punto, pero estoy segura de que no nos ha contado todo lo que sabe. Me da a la nariz que estamos rodeados de una panda de mentirosos.

Al llegar al Toyota, Mónica se da la vuelta y echa una mirada reflexiva en dirección a las cristaleras de la primera planta, a través de las cuales se ve el bar desde el aparcamiento. Juan Fonseca permanece sentado en la mesa, sin prisa aparente. En lugar de pagar, llama al camarero para que le sirva otro Martini.

—Creo que volveremos a vernos —murmura.

44

Al poco de abandonar el aparcamiento del hipódromo, un pensamiento se cuela por la puerta trasera del cerebro de Mónica. Casi puede sentir el estímulo en sus neuronas.

Rayco bromeó sobre ello en el piso de Jordi Soler, cuando hizo mención a la minería de bitcoin, y hace un rato, en el bar del hipódromo, esos chavales hablaban sobre el mismo tema.

Poco antes de ser expulsada del Cuerpo, Mónica cursó una formación sobre criptohacking en Jefatura. Piratería en el mundo de las criptomonedas es el término largo y en castellano. Algunos compañeros no pasaron de los quince minutos de clase antes de dar cabezadas; el entorno (una sala sin ventanas y luces apagadas) daba pie a ello. En el proyector circulaban diapositivas de ámbito técnico mientras un triste hombrecillo de bigote, vestido con un chaleco de punto, hablaba en un tono demasiado monótono. Ella permaneció atenta durante toda la hora que duró la ponencia.

—Nunca sabes cuándo podrá serte útil lo que aprendas en estas formaciones. Un buen policía debería saber un poco de todo —le había dicho Paco Cereceda una vez.

Mónica alza la mirada. Esta podría ser una de esas ocasiones .

«Una frase semilla…»

Era un concepto que le había llamado la atención en la clase, y los snobs del hipódromo también lo habían mencionado.

Una frase semilla, trata de hacer memoria la inspectora, es un sencillo elemento criptográfico utilizado para restaurar un monedero de criptomoneda (*wallet*, si se quiere ir de moderno), en caso de que el usuario pierda el acceso a él. Las frases semilla las componen una serie de palabras aleatorias que son generadas cuando el monedero es creado por primera vez.

«¿Qué más?»

—Si un usuario pierde el acceso a su monedero virtual, debido al olvido de su contraseña o a la pérdida de su dispositivo —explicó el bigotudo—, puede utilizar su frase semilla para recuperar el contenido del monedero y volver a tener acceso a sus fondos. Es, por lo tanto, el último reducto ante los *hackers*; una contraseña indescifrable, al constar dentro de un mundo casi infinito de posibles combinaciones de palabras aleatorias que, además, han sido generadas por una

máquina, y no por un humano.

Mónica recuerda también que las frases semilla suelen tener entre doce, dieciocho o veinticuatro palabras, y estas son mostradas en un orden específico cuando se generan.

El display de acceso al trastero de Yago solicitaba una contraseña de doce caracteres.

Y hay otra cosa: Yago estaba sentado junto a ella en esa sala formativa.

Pestañea. Su cabeza echa humo.

La idea crece en su mente como un cáncer: cabe la posibilidad de que Yago utilizara una frase semilla de doce palabras para salvaguardar el contenido de su trastero. ¿Tiene esto sentido? Los doce caracteres de acceso podrían coincidir con la primera letra de cada palabra de la frase semilla.

Hace un esfuerzo por recordar más palabras de aquel ponente gris. Dijo algo relacionado con la importancia de guardar la frase semilla en un lugar seguro, pero no es capaz de dar con la esencia del concepto.

Excitada, accede a internet desde su teléfono. Rayco está hablando a su lado, pero son solo murmullos ininteligibles para ella.

La segunda página que le devuelve Google dice lo siguiente:

> *Es importante que los usuarios anoten su frase semilla y la guarden en un lugar seguro, dado que es la única forma de recuperar su monedero si algo sale mal. Se recomienda evitar guardarlo en un ordenador u otro dispositivo que esté conectado a Internet, ya que esto aumenta el riesgo de que sea pirateado o robado.*

Si su teoría es cierta, razona Mónica, Yago tuvo que guardar las doce palabras de su frase en un lugar seguro y sin conexión a internet. Pero ¿dónde? Que ella supiera, su antiguo jefe no tenía caja fuerte, y además, suponiendo que la tuviera, igualmente necesitarían conocer su contraseña para acceder a su contenido.

Todo es un complicado y desalentador juego de contraseñas que no los está llevando a ninguna parte.

Experimenta un nuevo chispazo. Este no llega a ser una idea, solo un pálpito.

«¿Podría ser?»

—Mónica, ¿me estás escuchando? —Le llega la voz de Rayco desde su izquierda—. Es como hablar con una pared.

—Un segundo, no me interrumpas ahora —lo aplaca ella mientras accede a su servidor de correo electrónico del móvil.

—¿Va todo bien? Parece que vengas del futuro.

—Es posible que tenga algo —explica—. Dame solo un momento y

te lo cuento.

El email que está buscando se presenta en la pantalla del dispositivo. Cuando vuelve a leerlo, su respiración se acelera.

402763424635

—Doce dígitos —dice para sí, estudiando la serie—. Si mi teoría es cierta, Yago tuvo que guardar su frase semilla en un lugar físico.

—¿Qué ocurre? —insiste él—. ¿Qué tienes ahí?

Ella lee cada dígito entre susurros ahogados.

—¿Mon?

—El correo que me envió Kelemen —dice, sentándose de lado—. Desde el principio hemos asumido que se trataba de una dirección y una contraseña.

Rayco frunce el ceño sin dejar de mirar a la carretera.

—Sí. ¿Y?

—Pues que creo que son dos direcciones.

—¿Dos direcciones? —Las arrugas de la frente de Rayco son ahora tres oscuros surcos.

—El email contenía la dirección del trastero de Yago, correcto. Y debajo de ella, una serie de doce dígitos. Justo la cantidad de números que contienen… —hace una pausa para copiar los dígitos y pegarlos en la aplicación de mapas. Suelta un grito de euforia—. ¡Los sistemas de coordenadas!

Acerca la cara a la pantalla mientras la aplicación se acerca vertiginosamente a un punto concreto del globo terráqueo.

—¿Y bien? ¿Adónde nos llevan es coordenadas? —quiere saber Rayco.

Mónica palidece cuando la aplicación se detiene en la localización introducida.

—¿Mónica? ¿Dónde es?

—Son las coordenadas de… —Carraspea.— De la Jefatura Superior de Policía.

La última diapositiva del curso, la cual solo vieron los pocos valientes que aguantaron en la sala hasta el final, entre los que se encontraban Mónica y Yago, mostraba una frase lapidaria:

No compartas tu frase semilla con nadie.

45

Nadie en la oficina levanta la mirada, sumidos todos en un mar de monotonía, cuando Mónica y Rayco irrumpen en ella. Solo Mercedes los sonríe al pasar. Ha debido de notar la urgencia en sus rostros, o quizás sea por el paso acelerado, porque arruga el ceño. Rayco lo percibe y le dedica un gesto tranquilizador: «luego te cuento».

En el pasillo opuesto, el comisario principal Serrano parece pasar revista al grupo de Desapariciones. Ha abandonado su trono celestial para bajar y mezclarse con los mortales. Con el rostro más sonrojado de lo habitual, Adolfo Moreno le ríe cada comentario. Su risa estridente resuena en las paredes.

Al verlo, Mónica susurra con desdén algo que suena a «lameculos», pero aparte de Rayco, no se percata nadie más.

La segunda mitad del email de Kelemen los ha llevado hasta allí. Las coordenadas apuntaban al edificio de la Policía Nacional, pero no se especificaba el punto exacto, ni tampoco la altura.

En el piso subterráneo, en la sección de Informática, han indagado si Yago tenía algún ordenador viejo en revisión. Nadie ha muerto nunca por preguntar. Pablo Díaz les ha confirmado que no.

En la planta baja, la cochera. Tras una visita fugaz, en la que han examinado la plaza de garaje reservada para el inspector jefe , no han encontrado lo que estaban buscando.

—¿Qué demonios estamos buscando? —ha preguntado Rayco durante el chequeo.

—Una unidad de almacenamiento digital —ha gritado Mónica, su linterna alumbrando los bajos de los vehículos contiguos, entre las ruedas—. Puede ser una memoria externa, un portátil, un *pendrive*… Cualquier dispositivo que pueda albergar documentos digitales.

La opción más lógica, no obstante, los ha hecho ignorar el resto de plantas e ir directamente a la tercera, Homicidios y Desapariciones. Al viejo despacho de Yago, actualmente ocupado por Andrés Gordillo.

—Deja que yo hable con él —le dice Mónica según se aproximan a la puerta cerrada del despacho.

—¿Estás segura?

Pero ella ya está tocando vivazmente la madera con los nudillos.

—¡Andrés! ¡Somos nosotros! —anuncia.

—Adelante —se oye.

Solo hasta que Rayco no cierra la puerta desde dentro, la inspectora comienza a hablar. Empleando unas pocas frases que parecen ensayadas, le resume a Gordillo el nuevo descubrimiento.

—Creemos que Yago escondía algo en este despacho —concluye—. Algo que aloja la contraseña de doce dígitos que abre la puerta de su trastero.

Rayco observa al inspector jefe con la respiración contenida. Luego desliza su mirada hacia Mónica, que también permanece en silencio. «Algo pasa entre estos dos», se dice Rayco.

Ambos mantienen sus miradas en un duelo mudo. Tan mudo que solo se oyen las carcajadas de Moreno, lejanas y flemosas, desde el otro lado de la pared.

Andrés tarda algunos segundos en reaccionar. Desliza un brazo por debajo de la mesa y abre un cajón. Cuando alza la mano por encima de la madera, Rayco oye a Mónica tragar saliva .

—¿Algo como esto? —sonríe Andrés. Entre dos dedos, sostiene una memoria USB. Un objeto mundano y a la vez cargado de significados ocultos que se convierte en el centro de todas las miradas.

—Oh, Andrés, menos mal. —Mónica da un paso al frente. Solo el tablero de la mesa la separa del inspector jefe.

A Rayco le sorprende que la memoria continúe en el cajón de Andrés desde hace días. Se lo pregunta.

—Cuando me instalé, la conecté a mi ordenador para ver si contenía algo de valor —responde el jefe.

—¿Y? —lo insta Rayco.

—Solo una carpeta titulada YAGO REYES.

—¿No la abriste? —pregunta Mónica. Parece sofocada.

Andrés niega con la cabeza, encogiéndose de hombros.

—Ponía YAGO REYES —repite—. No soy de los que curiosean en propiedad ajena.

—Entonces, ¿lo has guardado en tu cajón sin saber lo que contiene? —insiste ella.

—No es mi cajón, solo se lo estoy cuidando a un compañero —repone él, dedicándole una sonrisa casi imperceptible que Rayco no es capaz de interpretar. «Acaba de demostrar por qué lo ascendieron», se dice—. Pensé que, cuando Yago volviera, querría que esto estuviera en el mismo sitio donde lo dejó.

La sonrisa que ella le devuelve es mucho más generosa, y el canario se pregunta si la que tiene a su lado es la Mónica de siempre.

—¿Desvelamos el misterio? —propone Andrés, dominando la situación.

Introduce la memoria en la ranura de su ordenador portátil y se levanta del asiento. Se lo cede a Mónica.

—Por favor, haz los honores.

Ella le dedica un «Gracias» mudo. Lo hace moviendo sutilmente los labios, como si compartieran un gran secreto. Después ocupa la silla ergonómica. Se inclina sobre el ordenador, tanto que cualquiera diría que tiene algo contra él.

Rayco rodea la mesa para colocarse junto a Andrés.

—Es verdad, solo hay una carpeta que se llama YAGO REYES —confirma Mónica mientras desliza el ratón sobre la alfombrilla. Presiona el botón izquierdo dos veces seguidas y Rayco nota que se le iluminan las pupilas al reflejarse en ellas el contenido de la pantalla—. Dentro hay un fichero de formato HTML. Sin nombre.

—Ábrelo —sugiere Rayco.

Ella lo hace. Se inclina aún más, tanto que su cabello casi roza el monitor. El resplandor en sus ojos ha cambiado de tono, y Rayco interpreta que se ha abierto una pestaña nueva en la pantalla. Estos se mueven ahora lateralmente.

«Está leyendo».

—¿Qué pone, Mon? —pregunta.

Pero ella no responde, concentrada en el texto.

—¿Todo bien, Mónica? —Ahora es Andrés quien se impacienta.

De pronto, la inspectora se levanta de la silla. Rayco detecta un brillo de satisfacción en su mirada.

—¿Por qué sonríes?

—Yago es un genio.

—¿Qué? ¿Cómo dices?

—*Recuerda que Bobby se va con mi hermana. Asegúrate de ello. Como sabes, para mí es como uno más de los nuestros.*

Rayco no entiende qué pretende.

—La contraseña de acceso al trastero —dice con una sonrisa de oreja a oreja—. Estoy casi seguro de que al final sí nos la dijo.

—¿Dónde?

Mónica gira el monitor hasta que Rayco y Andrés pueden ver lo que pone en la pantalla. Es una pregunta secreta. A Rayco le basta con leer hasta la mitad para darse cuenta de que Mónica tenía razón.

Nombre de mi primera mascota y película favorita

46

La pregunta para obtener las doce palabras de la frase semilla —dice Mónica, con la solemnidad de quien ha dado con la ecuación de la teoría de la gravedad. Aún no puede creérselo—. Nombre de mi primera mascota y película favorita.

«¡Yago me dejó por escrito en la posdata de su mensaje la respuesta a la pregunta que daba acceso a la frase semilla!»

Al leer el mensaje de texto por primera vez, Mónica dio por sentado que Yago se había equivocado al seleccionar el receptor. Más tarde, cuando encontraron su cuerpo con un agujero en la cabeza, sospechó que la posdata tenía que ocultar algo más, un enigma que solo ella pudiera descifrar. Ahora, con absoluta sorpresa, ve que esa frase tiene un importante significado. Es, sin lugar a dudas, el último acertijo para entrar en el misterioso trastero.

Sus dedos vuelan atropellados sobre el portátil cuando teclea: BOBBY Y UNO DE LOS NUESTROS

Andrés y Rayco han dado un paso hacia el ordenador. Los tres policías lo rodean ahora formando un semicírculo humano.

La pantalla cambia, mostrando doce palabras en inglés : ISLAND NAIL POOR MERMAID

OWNER LINK APPLE OIL
NARROW ARCHER REAR CROWN

—Una frase semilla —susurra Andrés, boquiabierto.

—Efectivamente, son doce palabras —añade Rayco—. Y el panel de acceso al trastero solicita una clave de doce dígitos.

—¿La primera letra de cada palabra? —se le ocurre al jefe—. Esto es una locura.

—Yago fue muy listo —dice Mónica, hablando a toda prisa para que no la puedan interrumpir y para que la bola que le estaba subiendo a la boca desde el centro del pecho no le prive de voz—. Con el objetivo de asegurarse de que nadie entraba en su trastero, eligió una contraseña encriptada a la que solo se puede acceder conociendo la respuesta a una pregunta muy personal. De esa forma, solo él tenía acceso. —Respira hondo. El pecho se le ha desbocado—. Él, y aquellos que conocieran la respuesta.

—Por eso añadió esa posdata en el mensaje que te envió —deduce

Rayco, llevándose un dedo al mentón—. Quería asegurarse de que solo tú descubrías la contraseña.

—Y para eso, teníamos que encontrar esta memoria USB —completa ella—. No habríamos dado con la frase semilla si Kelemen no me la hubiera facilitado en su email, de la misma forma que nunca habríamos encontrado el trastero.

—Eso solo demuestra una cosa: Yago y Kelemen eran aliados. El periodista trataba de ayudarte, Mónica.

La visión del hombre pálido y de piel depilada, embutido en ese ridículo bañador, regresa a su mente. Aquella escena en la sauna solo era un teatro para despertar su interés y hacerla colaborar. La fotografía de Paula Duarte que se había cobrado era un simple premio por el trabajo bien hecho, una especie de recompensa.

De pronto, la inspectora se lamenta por su muerte. Se trata de otra víctima más del peligroso juego en el que se había metido su viejo jefe .

Mónica piensa en ello mientras apunta la frase semilla en un papel de cuaderno.

Cuando termina, Andrés hace palmear sus manos.

—Chicos, no es necesario que os diga lo que debéis hacer ahora, ¿no?

—En marcha —apremia Rayco, abriendo la puerta. Mónica sale tras él.

—Mónica —la llama Andrés. Ella asoma la cabeza—. Buen trabajo.

Las palabras del jefe le han gustado, pero intenta que no se le note.

—Gracias, Andrés.

47

Las ruedas del Toyota crujen cuando aparcan junto al bordillo. El intenso sol ha evaporado por completo la humedad pluvial de los últimos días, dejando tras de sí un aire cargado. Un muro de ladrillo de unos dos metros de altura transcurre en paralelo a la acera. Detrás, doblando la esquina, a mitad de altura de la estrecha calle, se encuentra el trastero.

Cae la tarde cuando pasan por delante de la Posada Chamartín, ahora palpitando con más vida que el otro día. Una pareja extranjera sale por la vieja puerta de madera y los inspectores tienen que desviar sus pasos para no chocar con ellos. Como respuesta, la mujer les enseña unos dientes torcidos en un gesto que bien puede ser una sonrisa amable o una mueca de desagrado.

Más allá, un pequeño solar abandonado en el que Mónica no reparó el otro día. En torno al terreno hay una verja en varios de cuyos puntos se han colgado letreros que rezan en grandes letras mayúsculas y escritas a mano: NO DAR DE COMER A LAS RATAS. Asombroso. Mónica menea la cabeza. Se pregunta cómo puede haber gente incapaz de resistir la tentación de alimentar a los asquerosos roedores. Mira de nuevo el cartel, y después el final de la calle. Ratas. Muy apropiado para espantar a quienes sienten la tentación de acceder a un trastero ajeno.

El coche sin ruedas sigue allí; también el cajero lleno de pintadas y las esquirlas de vidrio esparcidas por el hormigón. El cielo despejado y la temperatura cálida, no obstante, han transformado el lugar, disipando la sensación de estar siendo permanentemente vigilados. Hoy, los dos inspectores recorren la acera con las manos en los bolsillos y sin sentir la necesidad de empuñar la pistola. Hasta se oye el sonido de los pájaros en alguna parte.

Una calma engañosa.

—No nos relajemos —advierte Mónica cuando se detienen frente a la puerta marcada con el número quince—. Recordemos que Yago fue disparado por lo que guardaba aquí dentro.

Como acompañando su mal presagio, voces discordantes de pandilleros atraviesan la calle, más allá de la hilera de trasteros. Uno de ellos, de piel oscura y vestido todo de negro, con pantalones anchos y un gorro de lana, vuelve la cabeza y se los queda mirando con ojos

pesados, desafiantes. Porta una bolsa de plástico que se mece al viento como un presagio oscuro. Botellas de alcohol, lo más seguro. Finalmente, el chico pasa de largo y sigue al resto de su pandilla, chavales decididos a arruinar sus vidas y llevarse las de otros por el camino.

Mónica agita la cabeza.

—Entremos de una vez —repone Rayco, situándose frente al panel táctil, guardián de una puerta moderna que contrasta con el entorno decadente.

No lejos de la entrada, un hombre está sentado en la acera con la indiferencia de quien ha visto el mundo cambiar sin ofrecerle un lugar. Viste harapos que narran historias con amargo final, y exhibe una gorra de tela con algo de caridad en su interior, testimonio de la compasión ajena (o la ausencia de ella). A su lado, un chucho de pelaje duro y lleno de nudos que evoca noches al raso, disfruta de la siesta sobre una manta vieja, ajeno a las complicaciones humanas.

Rayco ha debido de ver la inquietud en los ojos de Mónica, porque dice :

—Solo es un pobre mendigo, Mon.

—No podemos arriesgarnos. Podría ser un espía.

Rayco mira al hombre. Hace una mueca.

—¿Él?

Mónica sabe que Rayco también ha visto a la pandilla. Y sabe que está pensando que un hombre desamparado como ese hombre es un blanco perfecto para las manadas callejeras, que disfrutan provocando el terror entre los débiles y haciéndolos sufrir. Todos han visto historias similares con anterioridad. Es una de las lacras de las grandes ciudades.

—Mira, Rayco —replica, volviéndose hacia él—. Yago se preocupó de mantener su investigación profesional lo más oculta posible, tú mismo lo has visto. Tanto que ni siquiera nosotros, sus amigos, estábamos al corriente. Fue cauteloso hasta el extremo. Y aun así, alguien fue lo bastante listo para tenderle una trampa y engañarlo. Así que prefiero pecar de prudente que de incauta.

Sin dar opción a la réplica, rodea a su compañero y le pide al hombre que se traslade a otra de calle. El perro abre los ojos, levanta el hocico, la mira y mueve la cola. El hombre protesta de inicio. Todo queda en eso, en una protesta al aire, cuando Mónica le muestra su identificación.

—En el otro sentido —le advierte cuando el hombre ha empezado a arrastrarse hasta el final de la calle. Al volverse este para mirarla, sus ojos caídos parecen no comprender. Ella señala el camino por donde han llegado, alejado de los pandilleros—. Es más seguro.

El hombre hace caso. Lo ven alejarse en silencio, más allá del

coche sin ruedas y de la Posada Chamartín. El chucho sigue moviendo el rabo cuando finalmente doblan la esquina.

Una vez se han quedado solos ante la puerta número quince, Mónica resopla. Siente que el corazón se le ha acelerado de súbito.

«Doce cifras para dar con las coordenadas. Doce palabras en la frase semilla. Doce dígitos para abrir el trastero.»

No pierden más tiempo y Mónica lee en voz alta la primera letra de cada palabra de la frase semilla, en orden. Rayco las va introduciendo en el panel :

I - N - P - M - O - L - A - O - N - A - R - C

Cada carácter es una pieza del puzle que Yago dejó atrás, un legado envuelto en el misterio. Es como si, con cada pulsación, se acercaran un paso más a desentrañar un secreto guardado a lo largo de las semanas, ahora al alcance de sus manos.

Cuando termina de introducir la secuencia, Rayco pulsa la tecla con el símbolo de la llave.

No sucede nada.

Rayco suspira, presa del abatimiento.

—¿Seguro que los he metido bien? —pregunta.

Mónica lo comprueba.

—Sí, están bien. —Se detiene delante del display. Acaba de tener una idea rocambolesca.

—Vámonos, estamos perdiendo el tiempo —dice Rayco, airado.

—Espera. —Entorna los ojos frente a la contraseña, todavía visible en el panel—. La contraseña no es correcta.

—Pues claro que lo es. Tiene doce caracteres. Y acabas de decir que coincide. ¿Cuál va a ser si no?

Mónica borra los números y mira a Rayco con determinación.

—Es un anagrama.

El año pasado, después de su periplo en la sierra de Gredos, John se obsesionó con los anagramas y las posibilidades que estos abrían. Compró libros temáticos y acudió a charlas impartidas por especialistas. Ahora, Mónica ve por fin que todos esos juegos de palabras absurdos tienen una utilidad.

—¿Un anagrama de qué? —pregunta Rayco.

Mónica lo mira a los ojos y sonríe. Por fin ha descifrado el enigma.

Empieza a teclear los caracteres en el terminal, como si se los supiera de memoria.

—Creíamos que Yago había creado una frase semilla, que custodió con una pregunta clave que solo él conocía, y luego generó una contraseña con la primera letra de cada palabra de la frase —dice a medida que va introduciendo un nuevo código—. Pero no fue así. Lo

que hizo fue seguir la lógica inversa: pensó en una contraseña sencilla de doce caracteres, algo que tuviera un sentido sentimental para él. Después la desordenó y buscó doce palabras que empezaran por cada una de esas letras. Ya tenía su frase semilla. Lo único que debía hacer era encontrar una pregunta clave lo bastante confusa para que nadie, al menos nadie que no contara con cierta ayuda, pudiera acceder a las doce palabras de la frase. —Teclea el último carácter y suspira emocionada—. Un trabajo digno del criptólogo más rebuscado… y del hombre más enamorado.

Rayco mira la pantalla maravillado. Luego, sin mutar su expresión, la mira a ella.

P - A - L - O - M - A - R - I - N - C - O - N

—El nombre y primer apellido de su mujer —susurra. Sus ojos brillan.

—Te concedo el honor —sonríe Mónica.

Un sonido nuevo suena al momento de pulsar Rayco la tecla con la llave. La puerta se abre con un ligero chasquido.

Intercambian una mirada triunfal y entran, por fin, al almacén secreto de Yago Flores.

48

La luz de la tarde apenas se cuela en la oscuridad que reina allí dentro, tan profunda que pasan algunos segundos hasta que las reminiscencias luminosas dejan de saltar en las retinas de la inspectora. Mónica recorre la pared con los dedos hasta dar con un interruptor. Lo acciona y reprime una exclamación ahogada cuando un halo blanquecino parpadea a lo largo de la pared. Un tubo halógeno baña de luz un escritorio viejo cuando finalmente deja de titilar.

Ambos se quedan unos segundos en silencio, contemplando el interior del contenedor. Ella advierte la sorpresa en los ojos claros de Rayco. Se reconoce en ellos, porque ella está igual. Trata de encajar en el contexto general lo que está viendo y dar con una explicación inofensiva. No lo logra.

—Es increíble —murmura él.

Una montaña de papeles cubre la superficie del escritorio.

—Fíjate en esto. —Mónica se acerca a la pared tras la mesa, sus pasos esquivando un colchón individual que cubre casi todo el suelo del almacén. Bajo el halógeno, el inspector jefe tenía sujetos, valiéndose de cinta adhesiva y chinchetas, recortes de periódico, informes fotocopiados y esquemas elaborados a mano, aparentemente por él mismo—. Casi todo son artículos sobre la muerte de Paloma .

—*Paloma Rincón muere atrapada en un incendio tras prender la cocina de su piso* —lee Rayco, pensativo, colocándose a su lado—. *La mujer del inspector jefe de Homicidios, víctima de las llamas…* —Desvía la vista y traga saliva—. Da la impresión de que Yago dedicó mucho tiempo a esto.

De cada uno de los artículos salen hilos de colores, sujetos con chinchetas, que llevan a diversas fotografías. Primeros planos de Paloma, el propio Yago, Kelemen y un cuarto individuo que Mónica no reconoce. Se aproxima para ahondar en los detalles. El rostro que aparece en la cuarta foto pertenece a alguien de edad similar a Espejo, pero, al menos en el aspecto físico, es diametralmente opuesto: moreno, abundante vello facial, mejillas redondas y grasa en la papada. Tras unas gafas de montura gruesa, posee la mirada dubitativa de alguien a quien no le gusta mostrarse.

—¿Te dice algo esta cara? —Deja escapar un suspiro mientras se

apoya con ambas manos en el borde de la mesa.

Rayco niega con la cabeza.

—¿Alguien cercano a Guillermo Espejo? —sugiere.

La mente de ella vuelve a mostrarle esa mueca. La sonrisa imberbe de Kelemen mientras sujetaba su tarjeta con el tirante del bañador de ella. Pestañea rápidamente para disolver el recuerdo.

El último jirón de sol desaparece en ese momento tras las fachadas del callejón. En el interior del trastero, es como si hubiese caído la noche en lo que dura un parpadeo.

Rayco se ha quedado mirando el colchón con detenimiento. Las sábanas, arrugadas y desordenadas, cubren la superficie, cruzadas por una almohada en el extremo superior, revelando que alguien ha buscado reposo entre ellas. Al lado de la almohada, sobre el frío suelo, hay una botella de plástico, su contenido de agua a la mitad, como olvidada en medio de la noche. La ausencia de somier sugiere que es un lugar de descanso provisional.

—Es increíble —murmura—. ¿Piensas que Yago ha dormido aquí?

Mónica siente un estremecimiento .

—¿Quién si no? —Aspira hondo—. Tras la muerte de Paloma, se obsesionó con desvelar las causas reales de su muerte. Creo que esa búsqueda lo confinó entre estas paredes, entregado a noches de vigilia en su afán por encontrar respuestas.

Desliza la mirada por la pared y se demora un instante más en el intrincado trabajo de investigación, sin apartar los ojos ni pestañear, como si temiera que toda la información pudiera desaparecer de repente. En las últimas horas, la inspectora ha barajado diversas posibilidades sobre lo que encontrarían en ese trastero, pero desde luego no esperaba encontrarse algo así. Es una sensación más emocionante que aterradora. En la mesa, acurrucado sobre un forro de ediciones antiguas de periódico, descansa un teléfono móvil. Mónica lo enciende, aliviada al ver que aún conserva algo de batería. Pero suelta una maldición cuando un mensaje aparece por pantalla.

—Joder, no tiene la tarjeta SIM —anuncia, desalentada.

—¡Mon, mira esto! —Rayco está inclinado sobre la mesa. Tiene la mirada fija en un cuaderno de anillas.

Ella se acerca. La hoja a la vista permanece virgen salvo por una única palabra. Está escrita en letras grandes, mayúsculas, y ha sido repasada varias veces.

—Pero, ¿qué…? —Mónica no da crédito a lo que está leyendo.

Atrapado entre signos triples de exclamación, y subrayado a su vez mediante un trazo nervioso y apresurado, un nombre ocupa casi todo el ancho del papel:

¡¡¡MÓNICA!!!

49

La mirada de Mónica vaga perdida en el café que pronto estará frío. En el televisor, el informativo matinal vomita que se prevén subidas en los niveles de polen (una noticia inesperada en mayo, sin duda). En el resto de la casa, la ausencia de Jamie, que está con su padre, se impone sobre todo lo demás.

Lo descubierto la otra tarde en el trastero de Yago le ha privado de horas de sueño, acosándola en la oscuridad. Y eso que Rayco la obligó a posponer la investigación, ya que, si hubiese sido por ella, aún seguiría allí, buceando entre las montañas de papeles. Dando uso al viejo colchón.

—Vamos, Mon —insistió él, casi tirándole del brazo—. Aquí poco podemos avanzar por ahora. Ya volveremos cuando tengamos la mente más despejada.

Ahora que ya es de día, continúa dándole vueltas. ¿De dónde sacó Yago aquella información? ¿Y por qué demonios anotó su nombre en ese cuaderno? ¿Fue su sexto sentido el que lo condujo sobre una pista que ella todavía desconoce? ¿O bien ocurrió algo que tal vez dirigió sus sospechas en esa dirección?

Desde luego, ella lo ignora.

La visita al almacén hizo que, en la soledad de la noche, reviviera una y otra vez su encuentro en la sauna con Kelemen. Repasó la conversación palabra por palabra. El acuerdo que él le había propuesto y que ella había confundido con un sucio chantaje. Ahora que parece claro que Yago y Kelemen estaban colaborando, dado que había sido el periodista quien había hecho posible que encontraran el almacén y accedieran a él, nuevas cuestiones comandan sus pensamientos.

¿Quién es el hombre de la cuarta foto?

¿Y por qué Yago subrayó su nombre? Piensa en el teléfono móvil desprovisto de tarjeta SIM, junto al cuaderno. ¿Recibió el inspector jefe una llamada cuyo mensaje le hizo escribir MÓNICA de manera apresurada?

La sucesión de ideas hace que se le abra una nueva posibilidad: dado que ahora es obvio que Yago pretendía que ella encontrara el trastero, ¿quiso él llamar su atención y por eso escribió su nombre?

Las palabras de su mentor, Paco Cereceda, sobre el encuentro que

mantuvo con Yago una noche en cierto bar, cobran ahora más sentido que nunca:

Yago me miró profundamente y me hizo una pregunta que hoy en día sigue rondándome la cabeza: ¿Y si no fue un accidente?

Lo que ha empezado como un desayuno introspectivo, ahondando en el contenido que Yago mantenía oculto en el almacén y desentrañando el doble misterio que rodeaba los asesinato de Paula Duarte y Lola Feixas, deriva en una mente en blanco y unos posos de café asentándose en el fondo de la taza como un sedimento de pensamientos inacabados.

«Venga, Mon, ¿qué sabes?»

Sabe que el incendio de Paloma no resultó un accidente, sino que fue provocado.

Sabe que Yago estaba colaborando con Guillermo Espejo, y puede que con otro hombre más, en la investigación sobre la muerte de su mujer.

Y sabe que el nombre de ella surgió en algún punto de la investigación, seguramente poco antes de que le dispararan, atendiendo al tono urgente y misterioso del mensaje de texto que le envió ese día.

Se detiene un segundo .

¿Realmente está segura de todo eso, o es lo que Yago creía saber?

De nuevo, las palabras de su sabio mentor:

A veces basta con un detalle, la falsa interpretación de algo inusual, para que un relato inventado se convierta en realidad en la cabeza de uno.

Un día más, la falta de sueño haciendo mella en su estado físico y anímico.

Anoche, tras la visita al trastero, Rayco la dejó en casa. Ella odia llegar y encontrar el apartamento vacío, especialmente de noche, cuando las sombras emergen para echar sal en sus heridas aún abiertas. Por eso invitó a Rayco a tomar algo. Él rechazó el ofrecimiento. Claro, tonta, lo esperaba en casa una bonita familia. Al final, se abandonó al sofá resignada, con un botellín de cerveza en la mano, y se quedó dormida con la ropa puesta y el eco de un *reality show* de fondo como banda sonora de sus sueños.

Un mensaje de Rayco al móvil la trae de vuelta al presente:

Reunión en 30 minutos, máquina.

Hay que joderse con la energía que tiene ahora el tío por las mañanas.

Lava la taza bajo un hilo de agua tibia, se cepilla los dientes superficialmente y sale por la puerta.

Abajo, en la acera, permanece un momento inmóvil, contemplando

el cielo despejado. Un avión que pasa volando arranca un destello plateado a la luz del sol, pareciendo un ovni, y deja un rastro blanco de condensación. Un pájaro trina desde la copa de un alcornoque en el parque de enfrente. El hombre del tiempo ha dicho que será un día bonito.

El sexto sentido de Mónica la advierte de todo lo contrario.

La pizarra de Andrés Gordillo presenta garabatos nuevos respecto a ayer.

—Gregorio Velasco nos ha hecho llegar los resultados de la autopsia de Lola Feixas —comenta el jefe, vestido hoy con un jersey azul por encima de la camisa. La barba de dos días, jaspeada de algunas canas, asoma en su mentón—. Tal y como sospechábamos, su muerte fue consecuencia de un golpe seco y contundente en la parte posterior del cráneo. Todo indica que el arma homicida es el trofeo del que Pons habló.

—El huevo de bronce —matiza Rayco.

Mónica, con la mirada clavada en un punto específico de la pizarra, la sección recién añadida:

—Veo que definitivamente descartamos la teoría del ladrón que, sorprendido por la presencia inesperada de alguien en la vivienda, perdió el control y asestó un golpe mortal a la dueña de casa con el trofeo, que luego se llevó.

—Tu expresión sugiere que no compartes esa tesis —apostilla Gordillo.

Con el trasero casualmente apoyado en el borde de la mesa, ella hace una mueca y se encoge de hombros.

—Al contrario, sí que la comparto —admite—. Partamos pues desde la hipótesis de que fue un homicidio premeditado y con un móvil personal.

Levantándose, se acerca a Gordillo. Con un gesto audaz, le arrebata el rotulador rojo de las manos. Después, traza una nueva flecha que parte desde FEIXAS. En la punta, escribe R.P. El resplandor que se filtra a través de las ventanas incide directamente en el tablero.

—¿Sigues pensando que fue Pons? —pregunta él.

Mediante un gesto teatral, Mónica dibuja una segunda flecha, esta vez partiendo de DUARTE hacia las mismas iniciales recién inscritas, y expone:

—Mantengo que Raúl Pons está directamente relacionado con ambas muertes, sí.

—Tiene coartada para ambos crímenes —recuerda Rayco—. En lo concerniente a Duarte, sabemos que estuvo en el teatro aquella noche.

—No es una coartada sólida —apunta ella.

—En cuanto al crimen de su esposa, Juan Fonseca corroboró el

alegato de Pons: estuvieron toda la noche en casa del jefe de sala .

—Ese es otro argumento tan débil como el del teatro —replica Mónica— ¿Y si nos mintieron?

Rayco se vuelve. Su mirada es un gesto de interrogación.

—¿Ambos?

—Son íntimos amigos, no sería descabellado.

Con la determinación de un estratega, Mónica suma el nombre FONSECA junto a las iniciales de Pons.

—Pero prestaron declaración por separado —recuerda Rayco.

—Con un día de margen. Pons bien pudo haber avisado a Fonseca, pese a que dijo que no lo haría. ¡Oh, sorpresa! Sí, la gente miente cada día.

—En algo estoy con ella —le dice Gordillo a Rayco—: La relación de Pons con ambas víctimas es demasiada coincidencia. Hay algo que se nos está pasando por alto. —Con delicadeza, recupera el rotulador de los dedos de Mónica y se coloca mirando a la pizarra para plantear —: La autopsia de Lola Feixas determina que la hora de la muerte está entre las veintidós horas y la medianoche. Y hay una cosa más. —Coloca el capuchón al bolígrafo y se vuelve hacia ambos inspectores, cargando sus siguientes palabras de un peso inesperado—: Estaba embarazada.

—¿Qué? Tienes que estar de coña —se le escapa a Mónica, incrédula. Rayco se limita a repetir:

—¿Embarazada?

—Veo que os ha sorprendido tanto como a mí —sonríe el superior.

—Esto no lo veía venir. —Ella se acerca a la ventana con una sonrisa irónica—. Hay que joderse con este caso.

—¿De cuánto estaba? —pregunta Rayco.

—Velasco asegura que de doce semanas.

Mónica, mirando de nuevo a la pizarra:

—¿Sabéis qué es lo más raro de todo?

—¿Que Pons no lo mencionó? —responde Gordillo.

Ella extiende un dedo hacia él y lo hace chasquear.

—Exacto. ¿Por qué, sabiendo que lo íbamos a descubrir, el futuro padre de la criatura no mencionó un dato tan importante como ese?

—Porque no lo sabía —concluye Rayco.

En el silencio que sigue se podría escuchar el filamento de una bombilla.

—Tenemos que volver a hablar con él —propone Mónica.

—Esperad.

La voz de Andrés Gordillo rebota en las paredes de la sala de reuniones. Los dos inspectores lo miran expectantes.

—Pablo Díaz ha terminado de repasar el portátil de Paula Duarte.

—Adoro a ese friki —celebra Mónica, frotándose las manos—.

¿Qué ha encontrado?

—En el disco duro, poca cosa. Nada relevante para la investigación. Lo interesante está en su bandeja de correo electrónico.

—¿El de Pocahontas? —pregunta Rayco.

—No. Hablamos del correo que usaba para asuntos cotidianos. El día de su muerte, a las 17:22, Paula Duarte recibió un email de un tal ChefPons.

—Qué discreto —masculla Mónica—. Según me dijo el primer día, hacía semanas que no se veía con ella. Idiota mentiroso.

Gordillo asiente con la cabeza.

—¿Qué decía el mail? —quiere saber Rayco.

—En un mensaje escueto, apenas una línea, Pons se citaba con Duarte «en el lugar de siempre».

—¿En el lugar de siempre? —repite Mónica.

—Palabras textuales.

—¿Y eso qué significa? Podría ser cualquier punto de la ciudad y alrededores. Desde una habitación en un hotel que ambos conocían, hasta un enclave apartado donde pudieran estar a solas.

—Como la Casa de campo. —Las palabras de Rayco dan pie a un nuevo silencio reflexivo en la sala.

—¿Tenemos alguna pista más? —pregunta ella—. ¿Se sabe si la cita llegó a celebrarse?

—En el mensaje también se especificaba una hora propuesta para el encuentro —informa Gordillo—: Las diez y media de la noche.

—Eso es justo a mitad del musical al que esa noche acudieron Pons y su esposa —apunta Rayco—. Con lo que es imposible que llegaran a verse.

—Al menos, no a esa hora —puntualiza el inspector jefe—. Aunque sí sabemos que Paula Duarte leyó el mail unos minutos después de recibirlo y contestó aceptando la cita.

—La pizarra se nos va a quedar pequeña —bromea Mónica, mirando el tablero. Gordillo alza las cejas.

—Pues espera, que hay más —promete este.

Rayco suelta un soplido prolongado y se apoya en la pared con los brazos cruzados, esperando la nueva información de su superior.

—Según Pablo, ese mismo día, alguien entró a la cuenta de Duarte desde una dirección IP ajena. Pablo lo ha comprobado.

—No sé si te sigo —dice Mónica—. Que Duarte entraba a sus cuentas de correo desde otros ordenadores ya lo sabíamos desde que Pablo averiguó que la cuenta de Pocahontas se registraba siempre desde un cibercafé de Malasaña.

—Así es. Pero, en este nuevo caso, el acceso se hizo desde una IP localizada en el barrio de Chueca.

Los tres policías intercambian sus miradas.

—Creo que estamos pensando en la misma persona —dice Rayco.

—Solo se me ocurre un nombre relacionado con Duarte que viva en Chueca y que entienda de ordenadores —interviene Mónica.

—Y que pueda conocer sus contraseñas —remata el canario.

Sin que haga falta verbalizarlo, Andrés Gordillo vuelve a la pizarra y escribe, a un tamaño más grande que todo lo demás: JORDI SOLER.

—Tal vez estuviera más celoso de lo que quiso admitir —opina Rayco.

Mónica, mirando al horizonte a través de la ventana, de espalda a los otros dos:

—Jordi Soler, espía recurrente del correo de su exnovia, descubre que ella va a quedar con Pons, el nuevo amante millonario por quien lo dejó.

—Y la intercepta en el lugar de la cita —continúa Rayco—. Discuten, se pelean y a él se le va de las manos. Puede que estuviera bebido y no midiera la fuerza de sus manos al agarrarla del cuello. Cuando se quiso dar cuenta del daño, ya no había marcha atrás.

—Entonces se deshace del cadáver utilizando el coche de ella. Terminado el trabajo, lo deja aparcado en un lugar público y concurrido, lejano a la zona y con una estación de metro cercana como es el centro comercial de La Gavia.

Rayco emite un gemido de satisfacción.

—No suena mal. Y no hay que olvidar que Soler no cuenta con coartada, más allá del testimonio de su nueva amiguita, pero no se trata de una coartada sólida, en cualquier caso.

—Respondedme a esto —interviene Gordillo—: ¿cómo podía saber Soler a qué lugar se estaba refiriendo Pons con «en el lugar de siempre»?

El silencio que sigue es revelador; no tienen respuesta para eso.

—Hay que volver a hablar con él —propone Mónica—. Ese tipo nos ha estado mintiendo desde el principio y quiero saber por qué.

—Antes, hablad con Pons —ordena el jefe, dejando el rotulador en su bandeja de manera definitiva, dando así por finalizada la reunión—. Descubramos si estaba al tanto del embarazo de su esposa. No podemos obviar que Pons mantenía una doble vida a espaldas de su esposa, y llevaba haciéndolo desde hacía semanas. No es difícil imaginar que Feixas lo descubriera y discutieran, teniendo en cuenta que ella sostenía el negocio económicamente.

—Tal vez ella lo amenazara con el divorcio y él, sabiendo que eso conllevaría la ruina del restaurante, decidió matarla y fingir el robo. Así se aseguraba la herencia del 51% del negocio.

—Todo se reduce a dos muertas —Gordillo golpea con los nudillos los nombres de Duarte y Feixas en la pizarra— y dos sospechosos. —Hace lo propio con los nombres de Soler y Pons—. Buen trabajo,

chicos.

Acto seguido, los emplaza a visitar a Jordi Soler y Raúl Pons. Él promete indagar en la vida de Soler, por si tuviera antecedentes, y se despide. Pero Mónica ha dejado de escucharlo. Su cabeza hace segundos que está centrada en un quinto nombre de la pizarra.

Y es que tiene un As en la manga que ha preferido guardarse para sí, pero que podría cambiarlo todo.

50

La cocina del Iglú parece un velatorio. Uno que huele, no obstante, a exquisita salsa al Pedro Ximénez y a parmentier de patata trufada.

El ambiente fúnebre no es de extrañar, tan solo hace unas horas que se ha conocido la trágica muerte de la socia mayoritaria y esposa del chef.

Han estacionado en el aparcamiento reservado para los clientes del restaurante, bañado en una luz que hacía brillar los ventanales como diamantes bajo el sol matutino. Al atravesar el portón de entrada, han saludado a Marisol que, al igual que en la primera visita de Mónica, seguía firme en su puesto de recepción como un guardia real, solo que con su tirante moño y el traje ejecutivo.

Esta vez no ha habido que esperar en la terraza. La mera visión de la orden judicial ha bastado para que Marisol, con un carraspeo nervioso, los condujera directamente a las entrañas del restaurante.

—Menos mal que ha llegado a tiempo —ha musitado Rayco mientras atravesaban el restaurante.

Mónica se ha limitado a asentir con un gruñido, su mente en otra parte.

Esa mañana, apenas salían hacia su vehículo, Andrés Gordillo los había interceptado en el aparcamiento de Jefatura. Llevaba un papel en la mano: el permiso para interrogar a Raúl Pons. Al juez debió de parecerle que la conexión del chef con ambas muertes era un hilo demasiado grueso para ignorar, aun con las coartadas que parecían exculparlo.

Andrés había sido claro:

—De momento no lo traigáis a Jefatura. Informadle sobre el embarazo y observad su reacción, a ver por dónde sale. Pero que no se sienta acorralado. Nos conviene que esté relajado. En el momento que crea que es sospechoso, se cerrará en banda y solicitará hablar delante de su abogado. No quiero llegar a eso.

Un cariacontecido Pons ha reaccionado tímidamente al verlos entrar en la cocina, como si un lugar sagrado estuviera siendo profanado. A su alrededor, el habitual bullicio se ha interrumpido, dejando solo el sonido de un caldo burbujeante como fondo.

—¿Hay novedades sobre el asesino de Lola? —pregunta el chef con solemnidad una vez la recepcionista los ha dejado, no sin antes

mostrar ella su impecable sonrisa. Con un gesto hacia la puerta, Pons los invita a pasar al salón, a esas horas vacío de comensales, y les ofrece tomar asiento a una de las mesas redondas, dedicadas a grupos numerosos. Un gesto que ellos ignoran, pues no quieren una charla cómoda.

Una vez a solas con él, Mónica y Rayco cruzan las miradas. Ella reacciona con un gesto muy discreto, a lo que el canario formula la pregunta sin rodeos:

—¿Sabía que su esposa estaba embarazada?

La incredulidad se apodera del rostro de Pons. De no ser porque Mónica no logra deshacerse de la sensación de que el hombre ha estado mintiéndolos desde el principio, no dudaría ni por un instante de la honestidad de su reacción.

—No… ¿Embarazada? —Se deja caer en una silla—. Eso… no puede ser.

—¿No lo sabía? —pregunta Rayco.

Pons agita la cabeza, llevándose una mano a la sien. Da la impresión de estar precipitándose en un abismo de negación y sorpresa .

—¿Ella no le mencionó nada? —insiste Mónica ahora.

Es evidente que Pons está luchando en una batalla interna. El espanto reflejado en su rostro se va transformando, de manera apenas perceptible, en rabia.

—¡No! Desde luego que no lo sabía. —Un escalofrío sacude al hombre, que está haciendo todo lo posible por no perder la compostura. De un segundo a otro, logra recuperar su templanza—. ¿De cuánto estaba? —pregunta.

Alguien cruza el salón por el otro extremo. Mónica lo reconocería a doscientos metros de distancia. Esa sobriedad, esa manera de caminar como si el aire le perteneciera, solo pueden atribuirse a un hombre. Sin reparar en ellos, Juan Fonseca vuelve a perderse por la puerta que accede a la terraza.

Mónica aprieta la mandíbula.

—Su mujer estaba de doce semanas —informa Rayco con tono de condolencia—. Señor Pons, sentimos mucho la pérdida.

—Doce semanas —repite él. Se levanta de súbito. —Por favor, váyanse. Salgan y encuentren a ese cabrón. Necesito estar solo.

La respuesta de Pons es cortante, una mezcla de duelo y rabia apuntalando sus palabras mientras se dirige, dando largas zancadas, hacia la puerta del fondo, por la que se asoma.

—Juan, hoy lleva tú la cocina —se le oye decir. La orden resuena como un eco de su tormento.

Desde donde se encuentran, Mónica y Rayco no aciertan a escuchar la respuesta de Fonseca.

—Me voy a casa. Ha ocurrido algo —es la réplica del chef. Tras un nuevo silencio—: ¡Ya te lo explicaré, Juan! Tú encárgate de la puta cocina y punto. Gracias.

La desolación inicial de Pons se ha tornado definitivamente en una furia peligrosa. ¿Por la muerte de su hijo no nato, porque su esposa le ocultó el embarazo, o, tal vez, porque la confianza que tenía en su amigo y jefe de sala se ha visto vulnerada? Mónica no sabría decirlo, aunque sospecha que hay un poco de las tres.

Pons cierra la terraza de un portazo que da por finalizado la conversación, y regresa con los inspectores. Ha recuperado algo de color, pero su expresión sigue siendo de auténtico desconcierto.

—Y ahora, si me disculpan, por favor. —Se desabotona la casaca personalizada, que cuelga de un perchero—. Necesito estar solo. Ya conocen el camino de salida. Gracias por su comprensión.

Mientras ve a Pons atravesar el salón con paso incierto, Mónica piensa si darle el alto y hablarle del intercambio de emails que mantuvo con Paula Duarte el día de su asesinato, pero decide no hacerlo. Gordillo estaba en lo cierto. Que siga creyendo que para ellos es la víctima, y no el sospechoso.

—Este tío cada vez me da peor espina —comenta Rayco una vez que él ha desaparecido, su intuición de detective pulsando ante el misterio no resuelto—. ¿Vamos tras él y lo llevamos a comisaría para interrogarlo?

—No, ya has oído a Andrés. Veamos cuáles son sus siguientes pasos, ahora que se siente traicionado.

—¿Estás pensando en que quizás el hijo no era suyo?

—Lo que estoy pensando es que, un hombre que acaba de perder a su esposa y a su hijo, no reacciona como si fuera a declararle la guerra a alguien.

Rayco resopla.

—Entonces, ¿qué? ¿Vamos a hablar con Jordi Soler, a ver si este también está con el hacha de guerra?

—Todavía no. —Mónica mira hacia la terraza—. Antes, toquemos un par de teclas más.

A la inspectora no le cabe la menor duda: Juan Fonseca está más involucrado de lo que admite.

51

¿Le han dicho a Raúl que Lola estaba embarazada? —Juan Fonseca se apoya en el borde de una mesa preparada para el almuerzo, abrazando un cuaderno contra el pecho. Observa a los inspectores con claros signos de estupor—. Ahora entiendo que se haya ido hecho un basilisco. Hay cosas que no son fáciles de digerir.

Después de la breve conversación con Pons, Mónica y Rayco han accedido a la terraza cubierta del Iglú, donde el jefe de sala organizaba el servicio junto con tres camareros que parecían dispuestos a acatar cualquiera de sus órdenes. Nada más verlos entrar, los cuatro se han vuelto alarmados. Fonseca les ha ofrecido tomar algo, haciendo mención al espectacular café de la casa, recién molido. Ellos han rechazado el ofrecimiento y Mónica ha solicitado hablar a solas. El jefe de sala ha pedido a sus chicos que los disculparan un minuto. Hoy va vestido con el mismo conjunto que el resto de los camareros: pantalón y camisa azul oscuro; en el pecho, por encima del corazón, el nombre del restaurante. Esta vez, los colores chillones brillan por su ausencia.

—El hecho de que la señora Feixas estuviera esperando un bebé, lo cambia todo —explica Mónica, intentando evitar la soberbia media sonrisa de Fonseca clavada en ella—. Nos preguntamos cómo es que Pons no sabía nada del embarazo.

—Supongo que ella no llegó a darle la noticia.

—Ya. La pregunta es: ¿por qué no?

Fonseca le dedica una mirada larga y profunda, como si meditara sobre qué información acerca de sus dos amigos debe facilitar. Ya no sonríe.

—De acuerdo, se lo contaré. —Se pone de pie y deja el cuaderno sobre la mesa—. Lo que sea para que encuentren al cabrón que mató a Lola.

Rayco, sacando una pequeña libreta y un bolígrafo del bolsillo de su americana:

—Hace usted lo correcto, señor Fonseca. Cuando quiera.

—Lola no le habló a Raúl del embarazo porque es imposible que él sea el padre. —Carraspea—. No puede tener hijos.

Un periquito se posa en ese instante en el borde de una de las sillas del patio exterior, y los mira a través del cristal, ladeando la cabeza

muchas veces. ¿Raúl Pons es estéril?, parece preguntar.

Es la cuestión que flota sobre Rayco y Mónica.

Así que Raúl Pons, el mujeriego, es estéril.

—Eso es imposible. Tiene una hija —recuerda Mónica.

El jefe de sala esboza una sonrisa muy poco feliz.

—¿Eso tampoco se lo dijo? Sonia es adoptada. Raúl y Florentina, su primera esposa, la acogieron cuando Sonia tenía seis años.

Mónica se fija en que Rayco no para de registrarlo todo en la libreta. Ella cambia el peso de su cuerpo a la otra pierna y pregunta:

—¿Podemos fiarnos de lo que nos está revelando?

—Pueden comprobarlo, estará todo registrado. Raúl y Florentina estaban locos por tener hijos, pero él no podía, así que tomaron una vía alternativa.

—¿La señora Feixas estaba al corriente de todo esto?

—¡Por supuesto! —repone él, como si fuese una pregunta estúpida
.

—Ella tenía que saber que su marido sumaría dos más dos y llegaría a la rápida conclusión de que el hijo no era suyo, ¿no?

—Supongo que sí.

A Mónica se le escapa un gemido reflexivo.

—Me interesa su opinión. ¿Cree que la señora Feixas era capaz de engañar a su marido? A él no parecía importarle engañarla con otras.

Fonseca se lleva la mano a la barbilla antes de contestar.

—Lola era una mujer muy atractiva, lo fue desde que era una adolescente. Después de perder la vista, seguía manteniendo la elegancia. Y, aunque se vio impedida para realizar muchas tareas, no se encerró en casa y siguió saliendo por ahí, a disfrutar de la vida. De modo que no descartaría que hubiese conocido a otro.

Mónica mira a Rayco con el rabillo del ojo, preguntándose si en esa libreta vendrá escrita la relación de lo que Fonseca acaba de insinuar con el hecho de que Feixas y él quedaran asiduamente para acudir al hipódromo… y quién sabe a qué sitios más.

—¿Y usted no tiene ni una ligera sospecha de quién podría ser ese supuesto amigo? —sigue preguntando.

—La verdad es que no.

—¿Ella nunca le mencionó que hubiera otro hombre en su vida? ¿Un amigo especial?

—No, nunca. —El jefe de sala parece molesto, como si la insinuación de que su amiga le hubiese ocultado algo así, lo molestara incluso más que el hecho de que estuviera engañando a su esposo, a su vez también amigo de Fonseca. Es como si toda la autoestima que ese ser petulante demostró tener el otro día, en el hipódromo, se hubiese esfumado de repente—. Sin embargo, su matrimonio con Raúl no era perfecto, ni mucho menos. Ella sabía que él salía con otras mujeres, no

era estúpida, así que no es descabellado que conociera a otro hombre, como digo.

—¿Está diciendo que ella sabía que Pons la engañaba?

Contiene una risa altiva.

—Y tanto. Como que estaba pensando en el divorcio.

Rayco detiene las anotaciones para levantar la vista .

—¿Puede demostrarlo? —pregunta.

Fonseca deja escapar una carcajada, breve pero orgullosa.

—No, no puedo. Pero hace unas semanas, Lola vino a verme. Me confesó que lo estaba considerando y me pidió consejo. También me preguntó si conocía a un buen abogado especialista en divorcios. Desde entonces, volvimos a reunirnos en varias ocasiones para comentar los detalles.

—Háblenos de esos detalles —le pide Mónica.

—Lo que a ella le quitaba el sueño era mantener su parte del negocio en caso de separación.

—Quería quedarse con el restaurante, vamos.

—Así es.

—¿Por eso se citaron en el hipódromo? ¿Para hablar de todo esto?

Él asiente.

Mónica lo examina en silencio, intentando discernir si ese hombre les está diciendo la verdad y, lo más importante, qué les está ocultando.

—Supongo que es consciente de que, con este testimonio, nos acaba de entregar en bandeja un móvil de asesinato para su amigo.

—¿Preferirían que les hubiera mentido u ocultado todo esto? —Detiene su mirada en la de Mónica, provocativo, confiado—. Lo último que quiero es que me acusen de interferir en una investigación policial por asesinato.

«Y yo que me lo creo. No tuviste reparos en ocultarnos toda esta información el otro día», le transmite ella telepáticamente, imitando su semisonrisa.

—Además, no estoy seguro de que Raúl llegara a saber que ella pretendía divorciarse.

—Supongamos que era así. ¿Cree que su amigo mataría a su esposa para mantener el restaurante?

Fonseca la mira muy serio ahora, con respiración sosegada.

—No, no lo veo capaz. Puede que sea un mujeriego, pero no es un asesino. Y mucho menos un idiota para cometer un acto semejante.

Rayco ha vuelto a escribir en la libreta .

—¿A qué se refiere? —pregunta Mónica

—Recordemos que tiene una hija de quien ocuparse, no se arriesgaría a entrar en prisión.

—¿Ni siquiera sabiendo que, si Feixas lo dejaba, podía perder el

restaurante?

—Como les he dicho, Raúl no es idiota. Apuesto a que no descartaba la posibilidad de que Lola acabara pidiéndole el divorcio, esas cosas se intuyen. De hecho, sé que lleva tiempo planeando abrir un segundo negocio, más humilde y de menores pretensiones, esta vez financiado exclusivamente por él.

—¿Y Feixas no estaba al tanto de eso?

—Diría que no. Creo que solo me lo confesó a mí, y eso porque lo pillé revisando los papeles del nuevo establecimiento, que si no, ni eso. Antes de que me lo pregunten, yo no le dije nada a Lola sobre ese tema.

—Háblenos de ese segundo negocio. ¿De qué se trata?

—Un nuevo restaurante, aunque con otro concepto. Hamburguesas y perritos premium a orillas del lago de la Casa de Campo.

Mónica parpadea. Con el rabillo del ojo percibe que Rayco la está mirando. Él también ha atado cabos.

«Pons está familiarizado con esa zona de Madrid. Un aspecto más que lo sitúa aún más como sospechoso principal de la muerte de Duarte».

El canario guarda la libreta en su sitio.

—Gracias por la información, señor —se despide—. Nos ha sido usted muy útil.

Acto seguido, abandonan el restaurante dejando al jefe de sala con la inevitable duda de si ha echado un cable a su jefe y amigo, o por el contrario acaba de delatarlo.

Mónica tiene la cabeza en otra parte cuando cruzan el portón del Iglú y el sol les recibe con un fuerte resplandor. Entre todos los individuos sometidos al escrutinio de su minuciosa investigación, solo Raúl Pons contaba con motivos para perpetuar los crímenes .

La inspectora redacta una lista mental.

Paula Duarte, la amante, se había convertido en un estorbo para el chef. Alguien que, en caso de irse de la lengua, podía hacer peligrar su matrimonio, y en consecuencia, su imperio culinario.

Lola Feixas, la segunda en el trágico desfile de víctimas, portaba en su vientre el secreto de otro hombre. Para Mónica, no resulta difícil imaginar que se produjera una fuerte discusión entre ambos tras enterarse el chef. Aquí, se plantean dos posibles desenlaces —sendas flechas emergen, formando un ángulo, en la cabeza de la inspectora—: uno, un golpe fatal no intencionado en el calor de una discusión; el otro, una petición de divorcio por parte de Feixas que lleva a Pons, herido en su orgullo, y sabiendo que perdería el restaurante, a eliminarla de su vida y escenificar un robo fortuito.

Y luego está el relevante hecho de que el cadáver de Paula Duarte

apareciera justo a orillas del lago. De todos los puntos de Madrid donde esconder un cadáver, y al asesino se le ocurre precisamente aquel donde Raúl Pons planea abrir un nuevo negocio.

Una casualidad que Mónica no piensa tragarse.

Todas sus teorías se basan, sin embargo, en el testimonio de Juan Fonseca. ¿Pueden fiarse de ese hombre? Por lo poco que lo conoce, pondría la mano en el fuego a que el jefe de sala estaría dispuesto incluso a mentir a la policía con tal de ayudar a su amigo, jefe y marido de su mejor amiga. ¿Son sus palabras el eslabón perdido de la investigación o una cortina de humo destinada a desviar la atención?

Otro asunto queda por resolver: los emails intercambiados por Duarte y Pons y que fueron borrados.

«Fonseca no pudo hacerlo porque no conocía a Duarte —cavila en silencio—. Al menos, no lo bastante para saber la contraseña de su cuenta de correo. Tampoco Lola Feixas», se dice, quedándose con el mismo candidato que ya tenían: Jordi Soler.

¿Por qué lo hizo? ¿Fue una rabieta provocada por un repentino ataque de celos, o hubo algo más? ¿Interceptó Soler a Duarte en el lugar de encuentro secreto y la mató? En ese caso, ¿por qué dejó el cadáver frente al Papagayo?

—Como sigas dándole vueltas, te va a explotar el coco. —Rayco ya ha abierto la puerta de su coche—. Se ve el humo saliendo de tu coronilla desde aquí.

Ella agita la cabeza, volviendo al mundo real.

—Se dice que la mejor manera para asegurarse de que nadie resuelve un rompecabezas es quitar dos piezas y esparcir el resto —comenta ella.

—Creo que el resto ya lo hemos recolocado.

—Pero aún nos siguen faltando esas dos piezas. Tenemos que llevar a Pons a Jefatura para interrogarlo. Hay muchas cosas que requieren de su explicación.

—¿Qué ha sido de lo de ver cuáles son sus siguientes pasos y las consignas de Andrés?

—Eso era antes de que habláramos con Fonseca. Quiero a ese hombre en Jefatura cuanto antes.

—Bien, ¡pues vamos a por él! —apremia Rayco, entrando al vehículo.

—No. —Mónica ha abierto la puerta del acompañante, pero vuelve a cerrarla. Acto seguido, rodea el coche y pide a su compañero que baje la ventanilla—. Tú ve a detener a Pons. Yo iré a hacer una visita a Soler, quiero ver qué tiene que decir sobre esos emails.

—De acuerdo, como quieras —acepta él. No parece convencido—. Nos vemos en un rato en la oficina.

No ha pasado ni un minuto, y Mónica está otra vez en el asiento

trasero de un Uber, camino del domicilio de Jordi Soler.

Es como si Andrés Gordillo estuviera vigilando sus movimientos, porque, nada más abrir la aplicación de notas para revisar la dirección del ex de Duarte, el nombre del jefe aparece por pantalla.

—Hola, Andrés —saluda, y pasa a resumirle lo que acaban de averiguar en el Iglú—. Me dirijo a donde Jordi Soler, a ver si le saco algo. ¿Has podido averiguar algo más sobre él?

—Desde luego. —Algo le dice a Mónica que Gordillo está sonriendo al otro lado de la comunicación—. Precisamente por eso te llamo. Digamos que lo que he descubierto no habla muy bien de él.

52

Jordi Soler se detiene en el acto, es una figura recortada al final de la calle. Sujeta dos bolsas de la compra y lleva puesta una gorra cuya visera oculta la parte superior de su rostro, pero no cabe duda de que es él.

Antes de que ella pueda percibir su presencia, él ya ha sentido la suya, un reconocimiento mutuo que trasciende la distancia. Es obvio que la recuerda, porque, nada más cruzarse sus miradas desde la lejanía, él suelta las bolsas y echa a correr, desapareciendo al doblar la esquina.

Mónica se lanza tras él.

Un minuto. Ese es el tiempo que ha pasado desde que Mónica ha bajado del Uber y, con la nueva información revelada por Gordillo en la mente, ha llamado repetidamente al telefonillo de Soler sin obtener respuesta. Solo un minuto y lo habría sorprendido en su casa, de donde no habría podido salir corriendo.

Se sorprende pensando que le gusta la sensación familiar reencontrada: el latir acompasado del pulso en los tímpanos y el hormigueo en el vientre; la insólita claridad de los sentidos puestos en máxima alerta; el fragor de una persecución. Solo algunos coches y algunos hombres, según la circunstancia, causan un efecto parecido. Pero este es mucho más intenso. Ninguno de los otros hacen alcanzar ese clímax perfecto: la certeza de estar dando caza a un sospechoso que huye. Y de ese modo, feliz, sintiendo el grato peso de la pistola en el cinturón, lejos todavía la mano de la culata, convertido su rostro en una máscara rígida de concentración, corre Mónica entre la multitud.

En su carrera, choca con un joven que camina despistado mirando su móvil. Cruza la esquina y salta por encima de una correa extensible de perro. El beagle le dedica un aullido grave y prolongado al verse interrumpido mientras dejaba su ADN sobre la acera.

Ve a Soler girar a la derecha. Ella toma un atajo, adentrándose en la penumbra de un callejón que huele a orina y donde las sombras le susurran súplicas de monedas a su paso.

El callejón da a una avenida de grandes aceras y cuatro carriles. Mónica mira a ambos lados sin localizar a su presa, hasta que un bocinazo la pone en alerta. Sigue el origen del sonido con la mirada y… ¡ahí está Soler!, cruzando la avenida, provocando un pequeño caos

vial. Es mediodía y el tráfico bulle en el céntrico barrio. Un motorista realiza una maniobra brusca para esquivar a Soler. Pero no todos los conductores circulan lo bastante atentos. En el tercer carril, una furgoneta frena bruscamente. El chirrido de los neumáticos contra el asfalto se mezcla con el bocinazo de alerta, rasgando el aire. El parachoques delantero impacta en Soler, que es empujado y arrojado al suelo. La adrenalina de la persecución le permite levantarse de inmediato y seguir huyendo, pero debe de haberse dañado la pierna, dada su ostensible cojera.

Con la circulación detenida a causa del accidente, Mónica cruza corriendo y sin obstáculos. Alcanza a Soler antes de que este llegue a la acera opuesta. Él se revuelve, pero ella no está para juegos. Ante la mirada curiosa de los viandantes, lo empuja contra la fachada de una chocolatería y lo acorrala.

—¿Por qué huías de mí? —pregunta Mónica, su antebrazo oprimiendo el cuello de su oponente hasta casi impedirle la respiración.

Él no contesta, solo boquea en busca de oxígeno. Un hilo de sangre le cae desde la línea de la sien donde nace el cabello. En algún momento, seguramente en el impacto con la furgoneta, ha perdido la gorra.

A esa corta distancia parece aún más joven.

Un vehículo de la policía local se ha detenido junto a la acera.

—¡Soy policía! —grita ella cuando los ve acercarse. Una vez se han quedado conformes, les pide que avisen a una ambulancia para el sospechoso.

—A partir de este momento, estás detenido —le dice a Soler al oído—. Ahora, mientras llega tu ambulancia, vas a responder a todas mis preguntas y a explicar por qué has echado a correr. —Junto a la chocolatería hay una taberna con la puerta abierta. Mónica la señala con el mentón—. ¡Andando!

Él, testarudo y rebelde, hace un último intento de escapar. Emite un gemido de dolor cuando ella intensifica la fuerza contra su cuello.

—Lo haremos por las buenas… —Con la mano libre, Mónica saca un juego de esposas que despliega en el aire—, o por las malas. Tú eliges, chaval.

El cuerpo de Jordi Soler al fin se relaja. Está a punto de caer al suelo. Mónica lo ayuda a mantenerse en pie y lo conduce hasta la puerta de la taberna, a través de cuya ventana, los clientes observan intrigados.

Antes de adentrarse, la inspectora habla a los agentes locales con la mirada: «De este me encargo yo».

53

El sol aprieta cuando Rayco Medina accede, con un juego de esposas colgando amenazador de su cinturón, al patio frontal de la finca de Raúl Pons. Espera no tener que utilizarlo, pero debe estar preparado para un enfrentamiento. No sería la primera vez que un sospechoso, asustado ante la perspectiva de verse pernoctando en un calabozo de comisaría, opusiera resistencia.

Avanza con la determinación grabada en cada pliegue de su expresión.

La desolación del jardín contrasta marcadamente con su visita anterior. La ausencia del bullicio habitual de los investigadores, que aquel día iban y venían ataviados con sus trajes blancos de astronauta, sumada al silencio casi sepulcral que ahora lo envuelve, otorga al lugar una atmósfera cargada de presagios. Frente al portón, Rayco alza la vista hacia las ventanas desiertas, las persianas subidas como párpados abiertos que no revelan nada del interior de la casa.

Su dedo presiona el timbre. La cámara de seguridad lo observa desde lo alto con su ojo inquisidor, como un cíborg hostil, o como un televisor de restaurante de carretera.

Pasados los segundos, prueba con la aldaba (una cabeza de león, qué original). Sigue sin recibir respuesta .

Tras varios intentos, la impaciencia guía sus pasos hacia el patio trasero, donde la única señal de vida es un gato atigrado que, indiferente a las tensiones humanas, se dedica a sus propios rituales de limpieza. La mirada desafiante del animal es un recordatorio de que aquí, en este espacio, Rayco es un intruso.

«Tampoco a ti te pertenece este lugar», es la réplica muda de Rayco.

El teléfono de Rayco empieza a sonar. Sobresaltado por el timbre, el felino maúlla y se esconde de un salto grácil entre los arbustos.

Es Andrés. Contesta.

La conversación es breve, pero su contenido es suficiente para detener a Rayco en seco en su camino de regreso al coche.

—Repite eso —le pide, incrédulo.

54

¿Por qué has salido corriendo al verme frente a tu portal?

Mónica dedica a Jordi Soler su mirada más intimidatoria, tipo Jennifer Lawrence, cordial pero perversa; no debe confundirse con el tipo Julia Roberts, perversa pero cordial. Soler, evitando el contacto visual, parece incapaz de despegar sus ojos de la mesa. Esta carece de mantel y no ha sido limpiada con ninguna bayeta, por lo que una corre el riesgo de contraer algo si se apoya en ese criadero de virus. El resto del local no es más higiénico, lo cual no parece importar a aquellos que degustan sus desayunos en silencio, leyendo la prensa o mirando sus móviles bajo el embrujo del hilo musical: Rock FM. Sobre la barra hay expuestos platos de chorizo a la sidra, torreznos fritos y lacón bañado en aceite que el camarero, un espécimen enérgico y descamisado, ofrece con cada consumición con una despreocupación que roza lo temerario. Al entrar, Mónica lo ha pillado sirviendo en un platito un puñado de rodajas de chorizo, con la misma mano con la que, un instante antes, sujetaba un trapo sucio. La inspectora se daría un baño en una piscina de jeringuillas usadas antes que llevarse esa bazofia a la boca.

Se centra en Jordi Soler. La persecución le ha revuelto el pelo, ya caótico de por sí, dejando un mechón graciosamente pegado a su frente, donde la sangre de la herida está empezando a secarse. Sus manos tiemblan con violencia, delatando el shock tras verse envuelto en una persecución policial en plena ciudad, pero también el puro dolor, deduce la inspectora por la vibración de sus dedos entrelazados. Lo más probable es que, en el impacto con la furgoneta, además de la lesión en la pierna se haya fracturado algún hueso de las manos.

El camarero se acerca y deposita sobre la mesa dos cafés que ella ha pedido. Le dedica una mirada furtiva a Soler y, con la preocupación en el rostro, una sonrisa incómoda y mal disimulada a ella. «¿Va todo bien?», parece preguntar. Ella le contesta con un guiño, pensando para sí en la suerte que tiene ese hombre de que ella sea policía, y no inspectora de sanidad. Después de la persecución, se siente como si tuviera superpoderes.

Claramente disconforme, el camarero vuelve tras la barra sin añadir nada.

—No me gusta el café —se queja Soler, su voz teñida de desdén.

Mónica, demostrando quién lleva la voz cantante:

—Pues hoy sí te gusta.

En un arranque de rebeldía, Soler empuja el platito con el dorso de la mano, rehusándolo, con la mirada fija en los ojos de ella. Detrás de la irreverente expresión, Mónica capta un disimulado respingo de dolor. Su dedo meñique no para de moverse en una mano enrojecida que se inflama por momentos.

—Debería ir a un hospital —pide—. Me duele bastante.

Ella asiente en un ademán disfrutón. «Es valiente y orgulloso», se dice, pensando que aquello debe de estar doliéndole más que *bastante*.

—La ambulancia está en camino. Pero antes, hablemos: ¿qué pasó en el año 2022?

Soler abre mucho los ojos.

—¿Así que es por eso? ¿Ha leído mi expediente?

Mónica no ha acudido al domicilio de Jordi Soler por ese motivo, pero la llamada de Andrés, cuando estaba de camino, ha cambiado la idea que tenía en la cabeza respecto a cómo afrontar el interrogatorio. El inspector jefe no había tenido que escarbar demasiado hondo: el expediente del joven no es lo que se dice inmaculado. Hace dos años, se vio envuelto en un caso de presunta violación del que salió bien parado. A pesar de tratarse de un caso ya cerrado, se muere de ganas por conocer la versión del protagonista de la historia, y, por encima de todo, se relame por saber el motivo por el cuál ha salido corriendo nada más verla. Decide abordar los temas poco a poco, pero no está dispuesta a abandonar esa tasca con la mínima duda.

—¿Me lo vas a contar, o no? Puedo llamar a comisaría y que envíen un coche policial en lugar de la ambulancia, si te parece bien.

Los ojos de Soler regresan a sus magulladas manos. Parece estar lidiando consigo mismo. ¿Qué le conviene más, mantener silencio o contarlo todo?

—Está bien —acepta de mala gana, recostándose de manera insurgente—. Ya les conté todo a sus compañeros en su momento, pero supongo que puedo repetirlo.

—No puedes. Debes.

Rendido, el joven suelta un suspiro. Parece una vela derritiéndose.

—Harán ya dos años, aproximadamente. Todavía no había echado a andar mi negocio de edición de vídeo, que por aquel entonces era solo una idea en mi cabeza.

—¿Cómo te ganabas la vida?

—Impartía clases particulares.

—¿Eras profesor? —Mónica trata de contener la risa.

Soler la mira con los párpados cargados. Ella se percata de que tiene un tic en el ojo derecho en el que no se fijó el otro día.

—¿Qué pasa? Siempre se me han dado bien los números, ya sabe:

cálculo, álgebra, programación, etcétera. Así que durante el día daba clases particulares en mi piso, y por la noche trabajaba en mi proyecto personal.

—¿Tus estudiantes eran universitarios?

—Sí, y entre todos ellos estaba la cabrona esa.

—Entiendo que te estás refiriendo a la señorita De la Morena. Te denunció por acoso e intento de violación .

—¡Todo era mentira! —Ha vuelto a inclinarse hacia el borde de la mesa. Sus manos ya no tiemblan—. Nada de lo que contó aquella zorra era cierto, absolutamente nada. Jamás la toqué sin su consentimiento.

Da la impresión de que es algo que ha dicho ya muchas veces en el pasado, pero al mismo tiempo parece sincero.

—Pero sí que quedabas con ella, ¿no?

—Obviamente, joder. ¿Cómo iba a impartirle clase si no? ¿Por videoconferencia? Eso no sirve de nada.

—¿Dabas todas tus clases en presencial, o solo con ella?

—Todas. Siempre.

—Vale. Y el roce hizo el cariño, ¿no? —Mónica se lo puede imaginar: entre ecuación y derivada, una mano que roza a otra; una mirada que se prolonga un segundo más; una risa tonta que termina en rubor. Es la historia de siempre.

Soler se encoge de hombros como si su inocencia resultara evidente.

—Me resultó simpática y era muy guapa. Yo nunca había tenido nada con una estudiante, de hecho era una norma autoimpuesta. Pero ella me tiraba los tejos descaradamente, me fue imposible contenerme. Así que, una tarde, al finalizar la clase, nos liamos.

—¿Y luego? Según el acta del juicio, declaraste que la señorita De la Morena y tú os entendisteis bien desde el principio e incluso salisteis juntos.

—Así es, todo lo que dije era verdad. Ella me gustaba mucho.

A Mónica le viene a la mente la joven medio desnuda que conoció en la primera visita al domicilio de Soler, e inmediatamente le cuesta creer que este pudiera albergar sentimientos profundos por una mujer.

—Pero, al cabo de unas semanas, la mandaste a paseo —dice, reproduciendo con sus propias palabras lo que Andrés le ha contado sobre el archivo del caso.

—Corté con ella, sí. Oiga, ¿esto va a durar mucho? La mano me duele un huevo .

—Durará lo que dure —repone ella, firme—. Si esa chica te gustaba tanto, ¿por qué la dejaste?

—Porque me mintió.

Mónica esperaba esa respuesta, pero quiere oírselo decir a él, de

modo que mantiene silencio y le deja hablar.

—Desde el primer día me dijo que era mayor de edad, que había repetido un par de cursos y por eso seguía en el instituto.

—Pero resultó que era menor.

Otra dramática historia repetida hasta la saciedad: chica menor de edad se encapricha de un chico mayor que ella y lo miente para que él no sienta reparo en jugar a médicos con ella.

Él asiente.

—Dieciséis añitos. Lo cierto es que estaba desarrollada espectacularmente bien para su edad, no sé si me entiende.

—Te entiendo.

—Fue un error por mi parte no haberme asegurado desde el principio. Así habría evitado todo el acoso que vino después.

—¿Acoso?

—¿Cómo lo llamaría usted si alguien la telefoneara varias veces al día, le llenara el móvil de mensajes, la esperase en la puerta de su casa o incluso le pinchara las ruedas del coche?

Mónica siente que se le alzan las cejas. Antes, Andrés se ha saltado esa parte.

—¿Eso hizo?

—Lo último no puedo demostrarlo, pero sé que fue ella. ¿Quién, si no? —A medida que habla, su semblante se va animando—. Total que, como no le hacía caso, fue un paso más allá y me denunció por acoso e intento de violación. La acosadora, acosada, ¿qué le parece? Imagine mi impotencia al ver que ella lo tenía todo planeado. Se aseguró de que yo no contara con coartada para cierta noche en la que nos acostamos. El juicio fue un infierno, sobre todo porque su familia tenía dinero y pudieron permitirse un abogado especializado y de prestigio.

La mente de Mónica empieza a discernir la forma, envuelta en niebla, de una idea, pero antes de poder agarrarla, se vuelve a esfumar.

—Pero acabaste ganándolo —dice .

—Porque yo tenía razón. ¡Era inocente! A pesar de todo, fue un milagro. Lo tenía todo en contra, ya sabe cómo funcionan estas cosas hoy en día.

Está un rato despotricando contra el sistema y contra el Gobierno.

—El caso es que, aunque gané el juicio —concluye—, mi reputación como profesor quedó lastrada. Por suerte, poco después pude lanzar mi proyecto, el cual promociono con el nombre de la empresa, así mi cara no quedaba públicamente expuesta.

—Jordi —Mónica saborea el momento antes de lanzar la pregunta que la ha llevado hasta allí—: ¿tienes acceso a los correos electrónicos de tu exnovia, Paula Duarte?

De repente, la nuez de Soler empieza a moverse con vida propia en

su garganta.

—¿Eso es un sí? —insiste ella—. ¿Por eso has salido corriendo antes?

—¿Va a detenerme por curiosear en el correo de Paula? —A ella le cuesta discernir si es el miedo o la chulería lo que se esconde tras el tembloroso tono de voz.

—Por el momento parece que sabías que, la noche que mataron a Duarte, ella y su nuevo novio tenían una cita. Sumaste dos más dos y decidiste borrar los mensajes para que él no se presentara. —Mónica cruza las piernas, su posición ofensiva preferida—. ¿Te presentaste tú en su lugar, Jordi?

—¡Eso no son más que patrañas! —protesta, alzando la voz. Afortunadamente, Mariah Carey suena ahora por los altavoces, llenando el aire de histriónicos decibelios que camuflan el grito de Soler.

—Vas a tener que demostrar eso.

—Por última vez, yo no me presenté a esa cita, y desde luego que no maté a Paula. —Si siguen hablando, romperá a llorar.

—Oigo un pero —dice Mónica, animándolo a seguir.

—Está bien. —El chico mira a su alrededor como si buscara ayuda desesperadamente. «Vamos, suéltalo», le anima ella telepáticamente—. Confieso que, después de enterarme de la muerte de Paula, me metí en su cuenta de correo. Supongo que quería colaborar en la investigación, puesto que conocía sus claves de acceso. O puede que me pudiera el morbo, no lo sé. Paula era muy poco cuidadosa con su privacidad. Y no será porque yo no la avisé miles de veces. Ponte una contraseña más segura, ponte una contraseña más segura…, le insistía. El caso es que yo acabé aprendiéndomela de memoria, la recordaba aún después de que lo dejáramos, y ella no se molestó en cambiarla ni siquiera entonces. El colmo del descuido, así era Paula. Iba por la vida como si las cosas solo le ocurrieran a los demás, como si dispusiera de un escudo protector que la volvía inmune a la desgracias.

—No te andes por las ramas y vuelve a cuando te metiste en su cuenta de correo.

—Vale. Pues accedí y vi los mensajes que se había intercambiado con ese hombre. No era la primera vez que la curioseaba sin que se diera cuenta, pero sí fue la primera vez que borré los mails. No sé por qué lo hice. Supongo que porque estaba furioso.

—¿Furioso o celoso?

—¿Es que hay alguna diferencia?

—¿Por qué no nos contaste nada de esto cuando te preguntamos por el nuevo novio de tu ex el otro día?

Tiene la decencia de sonrojarse. Es una manera de sonrojarse muy tierna, piensa Mónica, que empieza a entender el secreto del éxito del

joven entre las chicas de su edad: un tenue brillo de dulzura oculto tras la coraza de rompecorazones.

—Porque no quería admitir que había violado la intimidad de Paula. Ya había salido de un juicio muy duro y mi negocio por fin empezaba a despegar. Lo último que necesitaba era un nuevo antecedente a mis espaldas.

—Y por eso has echado a correr cuando me has visto en tu portal —insiste Mónica.

Soler se revuelve en la silla.

—Veo la tele. Leo los periódicos en internet. Sé que todavía no se ha detenido al asesino de Paula y, bueno, ya sabe lo que se dice de la policía.

Mónica entorna los ojos.

—¿Qué se dice, Jordi ?

—Pues que, cuando un caso complicado llega a la opinión pública, las autoridades necesitan dar con un chivo expiatorio antes de que la gente se le eche encima.

Mónica piensa en Kelemen, en la fotografía que le envió y que este publicó. Mal que le pese, lo que dice Soler no está lejos de ser verdad. Y, en este caso, es culpa suya que el caso se haya vuelto noticia.

—Entonces, ¿no te presentaste a la cita entre Duarte y su novio?

—Lo juro. Ya les dije que me quedé en casa viendo una peli.

—¿Qué hay de la noche del miércoles al jueves? ¿Dónde estuviste? —Es su última pregunta. Luego, se irá y dejará que Soler acuda a un hospital. Si presenta una coartada sólida para el asesinato de Lola Feixas, estarán en un nuevo callejón sin salida.

—¿El miércoles? ¿Es por esa otra muerte? ¿La de la ricachona ciega del restaurante?

—Tan solo contesta.

—Fui a un concierto con un par de amigos. —Mónica abre la boca para preguntar el grupo, pero Soler se adelanta—: Imagine Dragons. Espere un momento.

El joven saca su móvil de los tejanos y lo desbloquea.

La inspectora apunta mentalmente la tarea de confirmar la celebración de dicho concierto, pero no hará fata que lo haga, porque Soler le muestra las entradas, con fecha y localización, en la pantalla del dispositivo.

—Excelente gusto —admite. Soler vuelve a bloquear el teléfono y lo deja en la mesa. Mónica se incorpora—. Una cosa más: en los emails que borraste, Duarte y su novio se citaban para encontrarse «en el lugar de siempre». —Levanta comillas en el aire—. ¿Por casualidad tienes una idea de qué lugar puede ser?

—Pues claro. Siempre se veían en el mismo sitio, no eran especialmente cuidadosos. Creo que él era un hombre casado y usaba

ese lugar a modo de picadero.

—Necesito que me digas exactamente dónde está.

Soler se lo dice .

—Bien. De momento, eso es todo —dice Mónica, satisfecha por la nueva información—. Eres libre. Aguarda aquí a que llegue la ambulancia. En caso de que nos surjan más preguntas, volveremos a contactarte. Espero que, si ocurre, no salgas corriendo como un delincuente. —Le dedica una mirada fraternal que hasta a ella le sorprende—. Basta de hacer chorradas, ¿vale?

Soler asiente mudo. Está tan agradecido como avergonzado, pero tiene el ego demasiado inflado, qué edad más mala, para demostrarlo.

Mónica abandona el local con los ojos protegidos por las gafas de sol. ¿El próximo movimiento? Reunirse con Rayco en Jefatura para interrogar formalmente a Raúl Pons.

Desconoce que, antes de eso, se producirán una serie de llamadas que lo cambiarán todo.

55

En los asientos traseros del Uber, Mónica está buscando el número de Rayco en el historial de llamadas del móvil cuando le salta un mensaje de aviso: 10% de batería. Su teléfono reclama que le den de comer.

Ignora el mensaje como a una paloma molesta en medio de un parque. Está a punto de presionar el botón de llamada cuando el nombre de Fernando Vara copa la pantalla.

Intuyendo que el de la Científica debe de tener información relevante —de lo contrario no se habría atrevido a llamarle al número personal—, no lo deja ir más allá del primer timbrazo.

—Se ve que tu olfato sigue en forma como antes de que te fueras —dice Vara sin preludios banales—. Las huellas dactilares del puro y las de la copa de Martini coinciden.

Mónica asiente satisfecha. Fue un movimiento tan sutil como arriesgado. Y nada premeditado. Se le ocurrió en el acto, el otro día, durante la visita al hipódromo. Rayco estaba despidiéndose de Juan Fonseca cuando a Mónica, ya de pie y ansiosa por perder de vista a ese tipo, se le encendió la bombilla. Sobre la mesa, a pocos centímetros de su mano, estaba la copa de Martini de Fonseca, ya vacía. En un rápido gesto, la inspectora asió la copa y la escondió tras su espalda. Al ver la mesa, si Fonseca hubiera llegado a percatarse de la ausencia de su copa, habría dado por hecho que algún camarero había acudido presto a recogerla.

Mónica llevó la copa a Fernando Vara, quien ya había analizado las huellas dactilares del Habano que encontraron en la mesa de la cocina junto al cadáver de Feixas. A petición de ella, las ha comparado con las que Fonseca había dejado en la copa de Martini, en el hipódromo.

—Sabes lo que eso significa, ¿no? —dice Vara.

—Que, casi con toda seguridad, Juan Fonseca estuvo en el lugar del crimen la noche del asesinato de Lola Feixas.

La coincidencia en las huellas prácticamente confirma que Fonseca les mintió. Esa noche no estuvo en su casa con Raúl Pons, como ambos aseguraron. O, al menos, no toda la noche, porque hubo un lapso temporal en el que Fonseca estuvo en la cocina de la finca de Pons, fumando en la misma estancia donde, horas después, encontraron el

cuerpo de Feixas sin vida.

—Sin embargo, no entiendo —interrumpe Vara sus cavilaciones—. ¿Por qué iba Fonseca a proporcionarle a Pons una coartada falsa? Son amigos íntimos, vale, pero de ahí a mentir y arriesgarse a ser cazado…

—Espabila, Fernando. La coartada de Fonseca en ningún momento iba con Pons, sino con él. Se proporcionó una coartada a sí mismo diciendo que había pasado la noche con Pons.

—Y entonces, ¿Raúl Pons?

—Es posible que Pons siga pensando que su amigo del alma esté tratando de ayudarlo. Tal vez ni siquiera sospeche que estuvo en su casa esa noche. Pero ahora ya sabemos que Fonseca estuvo con Lola Feixas momentos antes de que la asesinaran. Eso lo sitúa en la primera posición de la lista de sospechosos principales.

El vehículo se detiene en un semáforo, congelando el mundo al otro lado de la ventanilla. A la izquierda, una valla publicitaria exhibe la imagen de Pablo Motos con una sonrisa torcida y mirada maquiavélica. Bajo la foto, un epígrafe reza: «La tele abierta». Muy aspiracional. ¿Qué demonios significa eso? A la altura de la oreja derecha de Motos, sobreexpuesto, un cartel con claros matices políticos y reivindicativos: un puño blanco alzado sobre un fondo violeta. En grande, la siglas SDLM, y debajo de ellas, en letra más pequeña, su significado: Servicio de Defensa Legal a la Mujer.

El Uber vuelve a ponerse en marcha y los carteles desaparecen de su vista.

—¿Crees que sabía lo del embarazo?

—¿Qué?

—Si piensas que el jefe de sala sabía que Feixas estaba embarazada —repite Vara.

Mónica se toma unos segundos para reflexionar antes de contestar. Se ha hecho la misma pregunta nada más confirmarse la concordancia de las huellas dactilares. Aunque sus elucubraciones van un paso más allá.

—Creo que la pregunta clave sería: ¿era Fonseca el padre del niño? Tendremos que confirmarlo con las pruebas del feto. De momento, se me ocurre que puede que ese fuera el motivo de su visita. Tal vez, por algún motivo, la conversación con Feixas se calentó, pasó a discusión y a Fonseca se le fue de las manos. Es un crimen típico.

—¿Y crees que tuvo algo que ver con el asesinato de Duarte?

Mónica lo valora. ¿Cómo encaja Juan Fonseca en el asesinato de la joven modelo? A simple vista, de ninguna manera.

—No lo sé, a priori no tiene sentido. De hecho, si Fonseca era el padre del hijo de Feixas, el hecho de que Pons echara una cana al aire con Duarte le facilitaba las cosas con la mujer de su mejor amigo.

—¿Vais a detenerlo?

Mónica deja escapar un gruñido reflexivo.

—Está por ver que esa huella sea admisible ante un jurado. No lo sé, tengo que hablarlo con Rayco y con Andrés. Gracias por tu ayuda, Fernando.

Cuelga y se queda mirando la pantalla del teléfono. El contacto de Rayco sigue ahí, esperando a que ella pulse el botón de llamar.

No llega a hacerlo.

Con la mente todavía inmersa en las novedades que le ha proporcionado el de la Científica, vuelve a sonar el teléfono .

Casualmente, es Rayco.

Esa mañana, a Mónica se le va a poner cara de telefonista.

—Estoy en la casa de Pons —anuncia él. Cuando le resume la última llamada de Andrés, la inspectora tiene que contener una carcajada de euforia.

—De modo que ya es oficial. —Da un bandazo. El vehículo ha tomado una curva cerrada y se incorpora a la carretera de circunvalación—. La muerte de Lola Feixas no fue resultado de un robo con homicidio, como pretendían hacernos creer en un principio.

En dicha llamada, Andrés Gordillo ha puesto a Rayco al día. Los submarinistas habían avisado de que, tras varias horas buscando en el fondo del lago de la Casa de Campo, habían encontrado una bolsa de deporte llena de todo tipo de objetos. Un auténtico tesoro. Inmediatamente, Gordillo se había acercado hasta allí. Para su sorpresa, en la bolsa había relojes, anillos y collares. Todos caros, a juzgar por su peso y brillo. Pero el objeto que relacionaba el hallazgo con la investigación en curso fue el más singular y pesado de todos: una escultura de bronce con forma de huevo, de unos veinte centímetros de alto. El día antes, se habían repartido fotos y características del peculiar trofeo con la consigna de mantener los ojos bien abiertos. La conclusión era clara: alguien se había llevado algunos objetos valiosos del escenario del crimen, con la idea de escenificar un robo, y más tarde los había tirado al fondo del lago para que nadie los encontrara.

—Sí —dice Rayco—. Parece que tenemos el arma ejecutora del segundo asesinato. Vara debería analizarla de inmediato. ¿No te parece casualidad que los objetos hayan aparecido tan cerca del lugar del primer crimen? Cuesta creer que las muertes no sean objeto de la misma persona. ¿Qué probabilidad hay de que dos asesinos escojan por casualidad el mismo lugar?

—Hum… —Mónica está pensando en la información que le acaba de proporcionar Fernando Vara en relación a Juan Fonseca—. El asesino de Feixas pudo haber leído en el periódico algo acerca del primer caso y haber escondido los objetos allí a propósito, como medida de distracción .

—Es posible. Pero algo me dice que el asesino es común a ambos casos. Y recordemos que ninguna de las dos coartadas de Raúl Pons son lo bastante sólidas. Por otra parte, es el único que guardaba relación con las dos mujeres y que tenía motivos para matarlas.

—Es cierto que en su caso todo encaja. Por un lado, la amante que le exigía más de lo que él estaba dispuesto a darle. Por el otro, la esposa que le ponía los cuernos, pero que, desafortunadamente para él, era la socia mayoritaria de su negocio. Un negocio del que, en caso de divorcio, no vería ni un solo céntimo.

—Puede que sí matara a Paula Duarte y que poco después, o poco antes, acudiera al teatro con su esposa —observa él.

—Puede que hasta tenga un cómplice.

—O una cómplice.

—Bien, entra en su casa y detenlo. Llévalo a Jefatura y nos vemos allí. Creo que se va a montar una buena reunión de amigos —dice ella, pensando en detener también a Fonseca. Siente que se le eriza el cabello. El túnel se estrecha.

—¿Por qué lo dices?

Mónica le explica brevemente la conversación con Jordi Soler en el bar, la llamada de Vara y la concordancia de las huellas que demuestra que el jefe de sala estuvo en la cocina de los Pons la noche del segundo asesinato. Después, mientras Rayco asimila toda la información, ella se queda en silencio, rumiando una idea que lleva pellizcándole desde la primera vez que se vio con Pons. Más que una idea, es una nueva pieza del rompecabezas, tal vez la que lo encaja todo.

«Una cómplice…»

—¿Y si Pons tuviera otra aventura? —plantea.

—¿Te refieres a otra amante más? ¿Aparte de Paula Duarte y su esposa?

—Sí, pero esto sería diferente. Sabemos, por los testimonios de Fonseca y Marisa Bayón, que todo lo que Raúl Pons tiene de genio culinario, también lo tiene de mujeriego. Es un cliente habitual del Passion VIP, y quién sabe de qué otros clubs más. Fue allí donde conoció a Duarte, lo que no significa que no conociera a otras en el pasado. Quizás esta relación dura ya algunos años, es probable que llevaran tiempo planeando eliminar a Lola Feixas y recuperar de paso la totalidad del negocio. Para lo cual, ella tenía que morir. Pons sabía perfectamente que, en caso de separación, iba a quedarse con las manos vacías.

—¿Estás diciendo que los amantes secretos idearon esto en común?

—Es una conclusión plausible. Incluso puede que fuera ella, la amante, la que perpetró el asesinato. Aunque sigo sin entender el papel que interpretaba Duarte en todo esto. Tal vez descubriera los

planes de Pons de matar a su esposa, y por eso la tuvieron que borrar del mapa.

—O puede que alguien se deshiciera de una rival molesta —sugiere Rayco, sin duda pensando en esa nueva supuesta amante.

—Es una posibilidad. Y, volviendo al segundo crimen, mi teoría es esta: cuando Lola Feixas descubre que su marido la engaña, acude a contárselo a su antiguo amigo de la infancia, Juan Fonseca. Acaban intimando. Con el tiempo, no sólo entra como jefe de sala en el restaurante de Pons gracias a ella, sino también en la casa de la propia Lola Feixas.

—¿Un amor de juventud reavivado?

—¿Por qué no? Fonseca no ocultó en ningún momento que Feixas siempre le había gustado —recuerda Mónica.

—Vale. Hay un acercamiento entre esos dos y la aventura de su marido le parece un motivo lo suficientemente legítimo como para meterse en la cama con su viejo amigo. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Exacto. Y siguen quedando incluso después del accidente de Feixas. Como el marido apenas para en casa, ella puede actuar con cierta libertad con Fonseca. Entonces…

—Queda embarazada… —Rayco deja la conclusión flotando en el aire—. Joder, ¿así que Juan Fonseca era el padre de la criatura?

—Tendremos que solicitar una prueba de ADN y confirmarlo, pero estoy convencida de que es así.

—Y crees que Pons llegó a la misma conclusión que tú.

—Así es. Creo que su mujer le ocultó de verdad lo del embarazo. Cuando le dimos la noticia, vi un dolor genuino en su rostro desencajado, como si de inmediato hubiera sabido que él no era el padre.

—¿Y por qué pensó en Fonseca? Su mejor amigo y jefe de sala, nada menos.

—Dudo que hubiera más hombres con los que Feixas quedara con regularidad. Además, un marido tiene que sospechar esas cosas. Y más, tratándose de dos personas con quienes trabajaba a diario.

—Así que, la noche del segundo crimen, Pons llega a casa poco después de irse Fonseca y ve el Habano en la mesa.

—Me cuadra.

—Pero ¿por qué no pensar que el puro es de ella? —cuestiona Rayco.

—Puede que la respuesta sea tan simple como que Lola Feixas no fumaba. Y menos, ese tipo de puros. Personalmente, yo no la veo como ese tipo de mujer. Sin embargo, tenía que saber que Fonseca era fumador de puros.

—Buena salida. —Mónica oye cómo su compañero coge aire—. Entonces, él descubre el engaño. Le pide explicaciones a ella. La cosa

se caldea y se convierte en una discusión. Agarra el huevo de bronce y la golpea en la cabeza con él. Hay que tener mucha sangre fría para hacer algo así a tu esposa, siendo además ella invidente…

En el interior del vehículo, Mónica se estremece.

—Acto seguido —prosigue Rayco— coge el arma del crimen y algunos objetos de valor más. Los mete en una bolsa de deporte y lleva esta al lago, el mismo sitio donde ya se deshizo anteriormente del cadáver de Paula Duarte, porque sabe que allí, por la noche, puede moverse en la oscuridad sin llamar la atención; al fin y al cabo, ya lo hizo una vez. Arroja la bolsa al lago y prepara el escenario del crimen de tal manera que parezca un robo. Pero al instante se da cuenta de que no tiene coartada para la hora del crimen. A la amante no puede pedirle ayuda sin de paso servirnos en bandeja su relación con ella. Habríamos descubierto el tiempo que llevaban juntos y le habríamos presentado otro motivo para asesinar a su esposa. Así que se saca una coartada de la manga y se inventa la historia de que pasó la noche con su amigo.

—Es una buena historia —aplaude Mónica—, pero tiene una laguna evidente: ¿qué motivos tendría Fonseca para acceder a colaborar con Pons en una coartada falsa, más aún si su amor de la infancia acababa de ser asesinada?

—No tengo respuesta para eso. —Esta vez, un fuerte resoplido—. Este caso es un dolor de cabeza.

—Volvamos a Fonseca por un segundo, quien lo más probable es que estuvo con Feixas la noche de su muerte porque sus huellas estaban en el puro. Pons pudo llegar de madrugada a casa tal como dice. Se encuentra con su esposa muerta y llama a la policía. No es hasta que habla con su amigo que empieza a sospechar de este. Y puede que ni siquiera fuera Pons el autor del primer crimen, ya que, del lugar donde se encontró el cadáver de Duarte, pudo enterarse en el periódico. En fin, creo que solo saldremos de este laberinto de hipótesis hablando con ambos sospechosos en Jefatura.

Esta vez, Rayco tarda en contestar.

—Mon, hay otro problema.

—¿Qué pasa?

—Raúl Pons no está en su domicilio. Tampoco su deportivo.

Mónica se lleva el puño a la boca. «Mierda, ha huido». De pronto, una imagen se presenta en su cabeza como un flashazo.

—Creo que sé dónde puede estar.

Rayco guarda silencio, dejándola continuar.

—Antes, cuando Jordi Soler me ha admitido que accedía a la cuenta de Duarte para leer sus emails, le he preguntado si conocía el lugar de encuentro secreto al que Pons hacía referencia en uno de los correos.

—El «en el lugar de siempre».

—Sí.

—¿Y? ¿Lo sabía?

—El chef tiene una segunda residencia que utiliza como picadero.

—¿Estás segura? No consta en el registro que posea una segunda vivienda .

—Quizás no esté a su nombre. Eso le da más motivos para esconderse allí, si es lo que pretende.

—De acuerdo, envíame la dirección.

Mónica lo hace.

—Eso está muy cerca de…

«Él también se ha dado cuenta».

—Sí, lo sé. Llámame cuando llegues, tanto si lo encuentras, como si no —dice luego—. Nos reuniremos en Jefatura.

Terminada la llamada, pide al conductor del Uber que cambie de sentido. Le indica la dirección del Iglú. Acto seguido, telefonea a Jefatura y solicita refuerzos.

Un coche patrulla se reunirá con ella a las puertas del restaurante para detener a Juan Fonseca. Mónica se relame. Será un placer llevarse a ese estirado esposado.

Cuelga y se recuesta en el asiento, descansando los ojos y dejando que el movimiento del coche la arrulle, su nuca apoyada en el reposacabezas. La sensación del deber cumplido, de que todo empieza a encajar, se mezcla con el pico de adrenalina que desde hace un rato corre por sus venas.

¡Dios, lo echaba tanto de menos!

Calcula que aún deben faltar unos diez minutos hasta llegar al restaurante, así que aprovecha el tiempo recreando en su cabeza los interrogatorios que tendrán lugar en Jefatura. ¿Qué cara pondrá Fonseca cuando le mencionen su demostrada presencia en casa de los Pons la noche del crimen? Pocas cosas hay más satisfactorias que desenmascarar un embuste delante del mentiroso.

En cuanto a Pons, tiene muchas cosas que explicar. Por qué mintió cuando dijo que había pasado la noche con Fonseca, por ejemplo, cuando hay pruebas que confirman que su amigo estuvo en su casa. O si tiene alguna justificación para que, tanto el cuerpo de Paula Duarte como los objetos robados en su casa, aparecieran tan cerca de donde tiene pensado montar su nuevo negocio.

Abre los ojos con un nuevo frenazo. Vuelven a estar en el mismo sitio de antes, solo que en sentido inverso: el cartel de la tele abierta y la llamada a la movilización a favor de los derechos de la mujer.

Por alguna razón, siente un demonio pinchándolo en el subconsciente.

Entonces, pese a la climatización del vehículo y el cuero de su


chaqueta, Mónica se estremece.

56

En cuanto Mónica le ha revelado la dirección de la segunda vivienda de Raúl Pons, Rayco se ha percatado de inmediato. Ni siquiera ha necesitado un mapa.

Es el barrio donde está el centro comercial La Gavia, en cuyo aparcamiento subterráneo encontraron el Audi de Paula Duarte. Durante el camino hacia allí, el inspector ha mantenido un pequeño debate consigo mismo. Tal vez, se ha dicho, la ubicación del segundo domicilio de Pons debía leerse como mera coincidencia. Rayco podía aceptarla como tal. Sin embargo, ese dato también podía ser la explicación de por qué no habían dado con ningún taxista que alejase del centro comercial al asesino después de que este dejara allí el vehículo de Duarte. El dúplex de Pons estaba a, ¿cuánto?, unos quince minutos andando desde allí, siendo pesimistas. Se antojaba razonable que Pons hubiera dejado el coche en el aparcamiento y después caminase tranquilamente hasta su segundo piso, también usado a modo de picadero.

La imagen lo ha puesto furioso.

Había una tercera posibilidad, aunque más enrevesada: que el asesino de Duarte se alejara del aparcamiento a pie y tomara un taxi una vez se hubo alejado. Aquello volvía a convertir en casualidad la ubicación del dúplex .

Decidido a resolver la duda, Rayco aparca en la acera contraria y, sin más dilación, se apea del coche. Para su sorpresa, el portón de acceso de vehículos está abierto.

«Qué extraño», piensa. A pesar de la tranquilidad que transmite el vecindario, no es común dejar libre el acceso a una finca privada. El hecho lo pone en alerta.

Mira a su alrededor antes de adentrarse.

Al aproximarse a la fachada del chalé, la vista del inspector se topa primero con un impresionante Porsche 911 descapotable de color negro. El deportivo de Pons. Está estacionado, con la capota echada, en la rampa que desciende hasta la cochera, cuyo portón está cerrado.

Rayco lo rodea y se desliza sobre un camino de adoquines que serpentea a través de un jardín meticulosamente cuidado, donde pequeñas islas de plantas suculentas y exóticas se intercalan con elegancia. Arriba, subiendo unos peldaños de piedra, una robusta

puerta acorazada del color del acero, enmarcada por paneles laterales de cristal, le da la bienvenida. Rayco observa la fachada, revestida con paneles de hormigón pulido y madera clara que se alternan, creando un contraste visual que enfatiza la modernidad y la calidez en partes iguales. No tiene claro si el bloque minimalista de dos plantas lo fascina o lo horroriza.

Intenta ponerse en la piel de Duarte, y de otras chicas jóvenes, cuando fueron llevadas allí por primera vez. ¿Se excitarían solamente al ver el imponente chalé, sabiendo que un chef de reconocido prestigio mundial las trataría como reinas en el pulido interior de aquella mansión, o por el contrario sentirían miedo al verse sometidas por alguien tan poderoso? Resulta difícil discernirlo, pero a él se le ha erizado el vello de los antebrazos imaginando la escena.

Asciende los peldaños y pulsa el timbre. Desde el interior de la casa, le llega el sonido de un gong al estilo zen. Para Rayco, este resultaría más apropiado en un templo budista que en un dúplex moderno, pero, a lo largo de sus años como investigador, ha visto demasiado como para sorprenderse ya por nada .

El primer gong no recibe respuesta. Insiste y espera unos segundos más. Tampoco.

«Estupendo». Rayco emite un chasquido con la lengua. Al parecer, ese día nadie quiere abrirle la puerta.

—¿Hola? —exclama al aire. Espera unos segundos en los que no ocurre nada.

Decide volver junto al Porsche. Lo examina con la mirada, meticuloso, rodeándolo con lentitud, fijándose en cada junta de la carrocería.

Luce impecable, como recién salido del concesionario.

No es hasta que se agacha para comprobar los bajos del vehículo, que lo ve. Se incorpora y se acerca al muro exterior, donde hay algo que no debería estar allí. Pasa la mano por la piedra, allí donde presenta un arañazo. Y dentro del surco, restos de pintura amarilla.

«Como el Audi de Duarte».

La mente de Rayco lo sitúa en el aparcamiento del centro comercial. El coche abandonado presentaba un arañazo de cierta profundidad en la aleta delantera derecha. Trata de llegar a una conclusión al respecto del nuevo hallazgo. Alguien que conducía un vehículo de carrocería amarilla, lo más probable el Audi de Duarte, abandonó el chalé con tanta prisa que se llevó por delante parte de la columna de piedra. La ubicación del arañazo en el chasis concuerda con la altura de la marca en la piedra. De modo que, o fue la propia Duarte quien sacó el coche, posiblemente huyendo, tal vez muerta de miedo, lo que explica el descuido, o fue Pons la noche en la que se deshizo del cadáver. «¿Fue eso, chef? ¿Ibas tan nervioso por lo que

acababas de hacer que te llevaste la columna por delante?»

Piensa en los retrovisores. Los retrovisores exteriores del Audi de Duarte no encajaban con la posición del asiento, lo que sugiere que el último que se había sentado frente al volante no se había tomado el tiempo de ajustar, o bien el asiento, o bien los espejos. El hecho cuadra a la perfección con la versión de que fuera Pons quien se llevó el cadáver de su casa. Como no había ajustado los espejos, no vio el muro del piedra. Eso, sumado a su lógico estado de excitación por haber perpetrado un crimen, hizo que rozara el coche. Manos en la cintura, Rayco continúa recreando en su mente el posible escenario: acto seguido, el chef llevó el cuerpo a la Casa de Campo, donde se deshizo de él; de regreso, dejó el coche en el centro comercial, desde donde podía volver andando a su casa en pocos minutos.

—¡Hola!

Rayco se vuelve como un resorte. Desde lo alto de los peldaños de entrada, quien lo ha interrumpido curioseando en su propiedad lo sonríe tras una de las esquinas del edificio.

Durante el viaje en coche hasta allí, Rayco se ha preparado para encontrarse con una versión inquieta, escurridiza y a la defensiva de Raúl Pons. Pero no es el caso. Con el cabello húmedo, Sonia Pons, la única hija del chef, lo observa con curiosidad tras unas gafas de sol que le cubren media cara. Bajo unos *shorts*, de los que sobresale la tela de los bolsillos por debajo de la pernera, lleva puesto un traje de baño rojo que realza su silueta de adolescente a punto de culminar su transición a mujer. El sol incide en sus piernas, brillantes y bronceadas, de piel fina que invita a ser acariciada.

Al observarla, Rayco no puede evitar pensar en su hijastra, Hannah. Ambas tendrán más o menos la misma edad. ¿Transmitirá su hija la misma sensualidad que Sonia Pons? ¿Qué efecto provocará en los hombres? Siente que le crece una bola en el estómago al pensarlo. «Es ley de vida —se dice—. Pero… cuánto jode».

—Usted es el agente de policía, ¿no? —pregunta ella con un sonsonete despreocupado—. Estuvo el otro día en mi casa.

A modo de respuesta, Rayco saluda con la mano.

—Perdona que haya pasado sin llamar, pero estaba el portón abierto. ¿Está tu padre en casa?

—No, pero no tardará en llegar —responde ella.

Rayco está a punto de discutir con el argumento de que el deportivo de Pons sí está en la casa, cuando de pronto recuerda que, en su otro domicilio, también vieron un segundo coche aparcado. El Range Rover .

«¿Así que es su hija la que conduce el Porsche? Un poco exagerado para una universitaria».

—Pase, puede esperarlo en el jardín —le invita la joven.

Él se lo piensa, pero termina aceptando. ¿Qué otra opción tiene? Se le han acabado los sitios donde buscar al chef, y no quiere aparecer en Jefatura con las manos vacías.

En el jardín privado se respira calma, una tranquilidad propia de los denominados barrios dormitorio a esas altas horas de la mañana. El sol empieza a apretar.

Mientras la sigue, saca disimuladamente el teléfono móvil del bolsillo, activa el grabador de voz y lo vuelve a guardar. Algo le dice que la hija de Pons estará dispuesta a hablar sobre su padre, o cualquier asunto en torno a su familia y el restaurante, y es posible que más tarde agradecerá contar con un registro de la conversación.

Acceden a un espacio abierto con una amplia extensión de césped, piscina privada y dos tumbonas con sus respectivas sombrillas, ahora plegadas. Un seto muy cuidado delimita el terreno, asegurando la máxima intimidad. A un lado de la piscina, el dúplex muestra su mejor cara, con una terraza en la planta baja adecuada para comidas al aire libre, y un coqueto balcón, con listones de madera cruzados, en el piso de arriba.

A Rayco le viene un destello repentino. El informe forense de Paula Duarte.

«Hematomas en la espalda… Marcas en el cuello… Cloro en los pulmones…»

Desde el primer momento, varias de las hipótesis fueron basadas en que Duarte fue estrangulada y, en algún momento del ataque, arrojada desde una altura a una piscina.

Su mirada se ha quedado clavada en el balcón. Casi puede ver a Paula Duarte cayendo por encima de esos barrotes, aterrizando en el agua. En su visión, ¿de quién son las manos que aprietan el cuello de la joven? Es un dato que está borroso, como también lo está el rostro del asesino.

«Manos fuertes —piensa—. ¿Acostumbradas a desplumar aves y destripar pescado? »

—Me ha pillado aprovechando este día tan bueno, acabo de darme un baño.

Rayco agita la cabeza, regresando al mundo real. La chica lo está sonriendo.

—¿Sueles venir aquí a menudo? —se interesa él.

—Claro, sobre todo en verano, y ya empieza a hacer calor. Aquí estoy más tranquila que en la otra casa. Además, le tengo más cariño, obviamente.

Rayco no encuentra la obviedad.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque es mía, claro.

Sonia se quita las gafas y las deja sobre una mesita de plástico

junto a la hamaca. Después, se sienta a los pies de esta, exhibiendo un escote que, aunque aún poco maduro, sin duda volverá locos a unos cuantos en el futuro. Rayco, sin embargo, se ha quedado atrapado en sus ojos, grandes y claros bajo la luz del sol. En ese momento, recuerda que es adoptada, y piensa que sus padres biológicos debieron de ser verdaderamente bellos.

Toma asiento en la hamaca libre.

—¿Dices que esta casa es tuya? —pregunta, mirando a su alrededor, admirando los setos, el césped, la fachada.

—Sí. Era de mi madre. Me la dejó en herencia cuando falleció. —Sus palabras salen ahora con cierta melancolía de su boca—. Nada más cumplí los dieciocho, pasó a mi nombre.

—Qué suerte —es lo único que el inspector acierta a comentar.

—Depende. Yo preferiría que mi madre siguiese viva.

—¿Y Lola, tu madrastra?

—¿Qué pasa con ella? —La melancolía se ha mudado ahora al brillo de sus ojos. De pronto, Rayco siente que está ante toda una mujer.

—¿Desearías que Lola siguiese con vida? —pregunta.

La joven deja pasar un par de segundos antes de dejar escapar una carcajada.

—¡Por supuesto! ¿Qué sádico respondería que no a esa pregunta ?

Rayco, pensando tristemente en el padre de quien tiene enfrente:

—Alguien que tuviera interés en verla muerta.

Ella estampa las palmas de las manos en sus muslos. Suena como un sopapo.

—Me ha entrado hambre. Voy a prepararme algo de picar —dice, como si se le acabara de ocurrir—. ¿Tiene hambre?

—No, muchas gracias.

—Como quiera.

Rayco se fija en el libro que hay en la mesita, junto a las gafas de sol. *Diez negritos*.

—¿Lo estás leyendo?

—Sí, lo cogí de la biblioteca de casa —responde, ya dirigiéndose a la terraza, dando pequeños saltitos a causa del calor que desprenden las baldosas del suelo. —Es entretenido. Va a ser verdad que Agatha Christie es la reina del suspense —se ríe desde lejos.

La joven desaparece dentro de la casa. De nuevo a solas, Rayco se quita la chaqueta y la deposita sobre la hamaca, a su lado. Empieza a sentirse fuera de lugar. ¿Qué está haciendo allí? Que Pons aún no haya llegado entorpece sus planes. Decide que, mientras espera, llamará a Mónica para preguntarle si ya se ha llevado a Fonseca detenido. Salta el buzón de voz. Con cierto desasosiego, se dice que esperará un poco más. Si Pons no hace acto de presencia en diez

minutos, se irá de allí y pospondrá la detención del chef para después del interrogatorio de Fonseca en Jefatura.

Se encuentra mirando las manecillas del reloj cuando Sonia regresa sosteniendo una bandeja con las dos manos. La coloca sobre la mesa y vuelve a sentarse. Rayco mira lo que ha traído: un cuenco con aceitunas, otro de berberechos en escabeche y un plato con patatas fritas. Se dice que debe de atesorar una genética privilegiada para conservar esa figura comiendo de esa forma y entre horas. Luego recuerda que él solía hacer lo mismo cuando tenía veinte años. Ahora, no puede pedir una porción de tarta en el postre sin que más tarde se vea reflejada en la báscula. «Ya llegarás a mi edad», piensa, perverso .

Junto a la comida hay dos vasos vacíos y una jarra de té con mucho hielo, lo que despierta las papilas gustativas del inspector. No ha bebido nada en toda la mañana y, si bien tiene el estómago cerrado, un par de tragos de ese apetecible té no van a matarlo.

Como si tuviera la sed reflejada en sus pupilas, Sonia le sirve un vaso y se lo entrega con una sonrisa.

—Tome, para que se refresque mientras espera a mi padre.

Él lo acepta con un gesto de cabeza. Realmente le apetece, y además, será una manera de hacer tiempo mientras llega Pons. La yema de los dedos se le congelan al tacto con el cristal. Resulta reconfortante en esa calurosa mañana.

—Gracias.

El líquido refresca su garganta hasta llegar al estómago, provocando una explosión cítrica a su paso por la boca. Un sabor muy bien conseguido.

—Está bueno —dice, pasándose la lengua por los labios.

—Beba lo que quiera, en serio. —Se lleva una aceituna a la boca y comenta—: Usted no es de Madrid, ¿a que no?

Él sonríe.

—¿Tanto se nota?

—Es por el acento —explica, mostrando una divertida y perfectamente alineada dentadura a la vez que pulveriza la oliva con las muelas.

—Soy canario. Las Palmas, para ser exacto.

Sonia se deja caer contra el respaldo de la hamaca y exhala un gemido. Como si le hubiesen disparado. O como si experimentase un orgasmo.

—Ah, me encantaría vivir en Canarias. Con días soleados todo el año, cerca de la playa, el mar a tu alrededor… Estas ciudades enormes me agobian. Son cárceles de cemento.

Cárceles de cemento. Rayco se pregunta en qué libro habrá leído tremendo cliché. Desde luego, en el que hay sobre la mesa, no. Se vuelve para mirarla directamente a la cara. Ella parece estar a gusto

en presencia de él, lo cual, piensa, podría tener un beneficio. Se cuestiona si sacaría algo en claro si profundizara un poco más .

—Cada sitio tiene su parte buena y parte mala —señala, todavía pensando en cómo dirigir la conversación—. No existe el lugar perfecto para vivir. A todos terminas por encontrarle defectos.

—Pasa lo mismo con las personas.

Rayco tiene la impresión de que lo está midiendo con la mirada. Él también lo está haciendo. «¿A qué está jugando?», se pregunta.

—¿Por qué tengo la sensación de que hablas de alguien concreto de tu familia? —indaga.

—En mi familia todos pasan de mí. —Se encoge de hombros con ensayada despreocupación; sin embargo, le tiembla el labio de la rabia —. Mi padre, Lola… incluso el bueno de Juan. Todo gira en torno al restaurante, es como si me hubiera vuelto transparente a sus ojos.

Rayco se limita a asentir con la cabeza, condescendiente. Mira hacia el camino de salida. Ni rastro de Pons. Resopla impaciente.

—Supongo que el hecho de ser una adolescente rebelde ha contribuido a ello —continúa ella, con una autocrítica asombrosa para alguien de su edad—. Pero todo tiene su parte positiva, ¿no?

Él frunce el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Escucho todo lo que sucede en casa. Y en el restaurante. En todas partes. —La chica está coqueteando con el susurro melodioso que son sus palabras—. Llevan tanto tiempo pasando de mí, que ya ni se cortan en hablarlo todo, aun sabiendo que estoy en la habitación de al lado. Son patéticos.

Con los ojos clavados en ella, Rayco traga saliva. Hasta ahora, no se ha dado cuenta del odio que la joven profesa hacia los miembros de su familia. La promesa de una revelación determinante le ha secado la garganta. Busca el vaso de té y se lo lleva a la boca. Ingiere un generoso trago.

—¿Qué sabes? —pregunta después, tomando el camino corto de una vez.

Ella se ríe. Ahí está otra vez, ese gemido exagerado .

—¡Joder! ¡Por fin alguien que se interesa por mi opinión!

—Cálmate y cuéntame lo que sabes. —«Antes de que llegue tu padre», añade para sus adentros.

En apenas un segundo, ella muta su excitación en una máscara impasible y cruza las piernas, tratando sus siguientes palabras como si fueran a quedar para la posteridad.

—Sé que mi padre engañaba a Lola. Y sé que Lola lo engañaba a él con su mejor amigo. —Tras un breve silencio, la estocada final—: También sé que ella estaba embarazada.

—Espera… ¿Lo sabías? ¿Cómo te enteraste?

Otra risa, esta vez menos grotesca.

—¿De verdad me lo pregunta?

Rayco asiente.

—¿Te lo contó tu padre?

Una sombra cruza su rostro.

—Eso es lo peor. Que nadie me contó nada. Ni siquiera él. —Se lleva una patata a la boca y la mastica con rabia—. Para mi padre era fácil tener toda clase de aventuras sin que Lola lo descubriera. ¡Coño, si era ciega! Así que se relajó y empezó a hacer tonterías. Al parecer, se olvidó de que estar ciega no significa ser imbécil —expulsa una risa cargada de ironía—. Al contrario, esa señora era muy inteligente.

Rayco hace una mueca. No le gusta el modo en que esa mocosa se está refiriendo a sus mayores.

—Dices que tu padre hacía tonterías. ¿Con Paula Duarte?

—Con ella y con muchas otras. Paula fue la última de una larga lista.

—¿Lo sabía su esposa?

—Le acabo de decir que Lola era más lista que el hambre. —Sus palabras suenan despreciables—. Lo supo desde el primer momento.

El relato le eriza el cabello. ¿Está esa chica encubriendo a su padre, o delatándolo? Llegado a este punto, no quiere más que averiguarlo.

—Sonia, ¿mató tu padre a Paula Duarte para evitarse problemas? —pregunta a discreción .

—No sé quién mató a esa furcia —contesta ella, encogiéndose de hombros con dignidad fingida.

Rayco no sabe si creerla. Pasa a la siguiente pregunta:

—El niño que esperaba Feixas, ¿era de Juan Fonseca?

Hay morbo en su mirada ahora. Rayco se la imagina poniendo esa misma cara con su pandilla de amigas de la facultad, antes de soltar que Menganita se ha liado con Fulanito.

—Lo quiere todo, ¿eh?

De nuevo, lo mira de esa forma que le produce escalofríos.

—Esto no es un juego, chica. Ha muerto gente.

—Sí, el bebé era de Juan. Yo estaba presente cuando le dio la noticia. Llevaban viéndose en secreto desde hacía bastante tiempo, así que la sorpresa les hizo muy felices.

—¿Dices que estabas presente?

—En la habitación de al lado. Ellos no sabían que estaba allí. Joder, como si no fuese también mi casa. De hecho, algún día lo será.

Un nuevo estremecimiento. La joven, siempre presente, había sido como un fantasma para todos. También para ellos.

—Venga, pregúntemelo de una vez —dice ella, atacando el cuenco de patatas.

Él la mira confundido.

—¿A qué te refieres?

Sonia tiene la boca llena. Bebe un trago de té helado para pasar las patatas, y después de un exagerado *¡ahhhh, qué rica!*, dedica a Rayco una sonrisa macabra.

—La gran incógnita —dice—: ¿quién mató a Lola?

Rayco se incorpora de la hamaca como si de pronto se viera atacado por un enjambre de avispas. El sol incide en sus ojos, dejándolo casi ciego. Las axilas y la espalda le sudan por debajo de la camisa.

—¿Sabes quién fue? —La pregunta es un hilo de voz.

—Siento decepcionarlo, pero no —responde ella, pasándose la lengua por los labios para limpiarse los restos de sal.

Rayco deja caer los hombros.

—Sin embargo —añade ella—, tal vez sepa algo que podría ayudar a resolver el caso .

—¡Oye! ¿Crees que esto es divertido? ¿Que estamos en una absurda serie de televisión? Habla claro y déjate de chorradas —espeta Rayco, colmada su paciencia—. Ocultar información de relevancia a la policía supone un delito grave.

Sonia se muerde el labio inferior. Realmente está disfrutando.

—Si tu padre ha hecho algo, estás en la obligación de contármelo —insiste el inspector—. No eches tu futuro a perder por protegerlo.

Coacción a una adolescente. No es algo de los que Rayco se sentirá especialmente orgulloso, pero siente que está rozando la clave del caso con la punta de los dedos y no tiene intención de dejarla ir.

—Mi padre es inocente —replica, seca. De pronto, parece enfadada.

—Entonces dime de una vez eso que aseguras saber.

Un halo de misterio cruza los ojos de ella cuando desliza la mirada hacia el otro extremo del jardín, más allá de la piscina.

—Mire allí. —Señala una caseta de madera levantada junto al muro de piedra que delimita la propiedad. Rayco alza las cejas, pues no se ha fijado en ella hasta ahora—. Es el cuarto de las herramientas.

Rayco mantiene silencio. De pronto tiene un pálpito, como si algo fuera de su control estuviera sucediendo a su alrededor, y sin embargo él no se diera cuenta.

La posibilidad de que está ante algo grande pasa por su cabeza.

—Casi nadie pasa por allí, está medio abandonada —explica ella.

La chica tiene razón. A diferencia del chalé, la caseta presenta signos evidentes de desgaste en sus listones. La hierba a su alrededor es más seca, y apuesta a que las arañas campan a sus anchas en su interior.

—¿Qué hay allí?

—Se lo he dicho: herramientas.

La fulmina con la mirada, cansado de tanto rodeo. Al mismo tiempo, piensa en la ambigüedad existente en el significado de la palabra herramienta. En algunas civilizaciones, herramienta y arma se consideran prácticamente sinónimos. Su mente dibuja la figura de un hacha. Una herramienta, sí, pero ¿acaso no es también un arma letal?

—Como he dicho antes, vengo a menudo a darme un baño o simplemente estar a solas —continúa ella—. Ayer fue uno de esos días, aunque el día se estropeó, así que me metí dentro a ver una peli después de clase. Se me antojaron unos berberechos —señala el plato en la bandeja—, son mi perdición. No encontraba el abrelatas por ninguna parte, así que pensé que tal vez habría algo que sirviera en la caseta para las herramientas.

El hacha sigue dando vueltas en la mente de Rayco. «No —concluye—. Ni Feixas ni Duarte presentaban heridas susceptibles de ser infringidas por un arma con filo».

Sin embargo, hay muchos tipos de armas.

—Sonia, ¿encontraste un arma en esa caseta?

De repente, su rostro es una máscara cubierta por el miedo. Sus ojos, muy abiertos, lo miran suplicantes.

—No… lo sé —susurra—. Me asusté y salí corriendo.

—¿Saliste corriendo?

—Odio los bichos, ¿vale? —repone, visiblemente avergonzada—. Además, me mareo con la sangre. No quería perder el conocimiento estando aquí, sola. No le había dicho a nadie que venía. Nunca lo hago.

Sangre.

Es con lo único que se ha quedado el inspector.

«¿Qué diablos hay ahí dentro?»

—Echemos un vistazo —se sorprende diciendo.

Ella coge impulso y se incorpora de un salto.

—Lo acompaño.

Rayco se fija en que la suave piel de la chica se está enrojeciendo a altura del pecho. Sufrirá una leve quemadura.

Bordean la piscina y caminan hasta detenerse frente a la puerta de la caseta. Las predicciones de Rayco eran incluso optimistas; las bisagras de la puerta lucen herrumbrosas por la exposición a la intemperie.

—Tu primero —dice él .

Desconoce la naturaleza de su corazonada, pero ahora mismo no se fía ni de sí mismo. Si está ante el final del caso, irá con todo. No existe otra forma.

—Es usted un hombre peculiar, agente —se burla ella, desdeñosamente.

—Inspector.

—De acuerdo, inspector. —Lo sonríe por encima del hombro, casi desafiante, mientras accede a la caseta—. Pero, si me desmayo, usted se ocupará de mí.

Rayco espera, cuenta hasta cinco, pero no sucede nada.

—¿Qué ocurre? —pregunta Sonia—. ¿Se lo ha pensado mejor?

Al ver que él no responde, ella se encoge de hombros y se dispone a salir. En ese momento, él se adelanta y entra junto a ella. La sombra del interior es recibida con gusto por el inspector.

—Mira que sois desconfiados los policías —se ríe ella. Ahora podría pasar por una colegiala—. ¿O seréis los canarios?

Rayco se ha percatado. Ha pasado a tutearlo. El significado de dicho cambio, lo desconoce.

—Bien, ¿dónde está eso que viste?

Sonia señala una rincón con la mirada. En el suelo, rodeado de matojos, hay una vieja caja de madera. Las caras carecen de barnizado, por lo que uno corre el riesgo de rasparse las manos si las pasa por ellas. CONSERVAS RAMÍREZ, aún puede leerse en el lateral.

«Un antiguo proveedor del restaurante», deduce Rayco, sin darle mayor importancia.

Da un paso al frente y se agacha, en posición de cuclillas, frente a la caja. No tiene que hacer apenas esfuerzo para levantar la tapa.

Una descarga agita su mente cuando observa el interior y siente un escalofrío. Con manos temblorosas, deja caer la tapa, volviendo a quedar la caja cerrada.

Hormigas.

Ahí dentro no hay más que hormigas asquerosas circulando en una coreografía frenética en torno a …

«Un momento, ¿qué era eso?»

Levanta la tapa de nuevo y esta vez la mantiene abierta. Atrapa aquello que está siendo tapado por los diminutos insectos. Estos se repliegan despavoridos al contacto de los dedos del inspector.

Es en ese momento cuando el cuadro al completo se muestra ante sus ojos. Ya está claro, el nudo en la boca del estómago no lo traiciona.

Han estado ciegos todo el tiempo.

57

El Uber sigue su camino hacia el restaurante Iglú mientras Mónica repasa la galería de imágenes de su teléfono. Los días pasados de dormir poco y trabajar mucho la han dejado hecha polvo… y sin embargo, ahora se nota la mente curiosamente lúcida. La mano le tiembla a medida que va pasando las fotografías sin apartar la vista de la pantalla. También se nota ligeramente mareada y la garganta seca.

¿Es por la excitación de la perspectiva de haber dado con la pieza clave? Hay un poco de eso, pero, básicamente, lo que siente es miedo.

Por haber estado equivocada desde el primer día.

Por tenerlo delante de sus narices y aún así no verlo.

Pero, sobre todo, por la posibilidad de que la idea que desde hace un minuto no puede quitarse de la cabeza, resulte fatal para Rayco.

«No, es imposible».

Pasa de largo la instantánea que está buscando. Rápidamente, vuelve atrás con un deslizamiento de pulgar. Siente que sus dedos tienen vida propia sobre el cristal.

Hace zoom a la imagen y, conteniendo el aliento, acerca el rostro a la pantalla .

Ahí está, aquello que busca.

Siente que se le empapan las axilas mientras se concentra en la fotografía. Traga la poca saliva que le queda. Su mano es ahora un manojo de nervios. Tanto es así, que le cuesta acceder a la nota donde tiene escrito un número de teléfono. Finalmente, llama a dicho número.

La mujer descuelga al cuarto tono. Cuatro pitidos que se hacen eternos en la cabina del coche.

—¿Señora Bayón? —habla Mónica, tratando de no sonar atropellada—. Soy la inspectora Mónica Lago. Hablamos el otro día en su casa.

Se oye ruido de fondo. Alguien está hablando por megafonía.

—Ah, hola. Claro que la recuerdo. —La voz de Marisa Bayón es un gritito agudo—. ¿Le importaría llamarme en diez minutos? Estoy a punto de tomar un tren.

Mónica agarra el móvil con más fuerza. A través de la ventanilla, los rayos de sol inciden en sus ojos y la ofenden.

—No, escuche, solo será una pregunta. —La frase es seguida por

un ruidoso silencio—. ¿Me escucha?

—Sí, sí, perdone. Hay bastante ruido aquí.

—Seré rápida. Pero necesito que entienda muy bien lo que voy a preguntarle.

—Adelante, soy toda oídos.

—La primera esposa de Raúl Pons, ¿cómo se llamaba?

—Florentina. ¿Por qué lo pregunta?

—Florentina. Sí, eso ya lo sé. ¿Florentina, qué más?

—Florentina De la Morena.

Por un instante, la vista de Mónica se vuelve borrosa. A punto está de que se le escurra el teléfono de la mano. La voz de Bayón sigue saliendo por el altavoz.

—¿Inspectora? —repite—. ¿Sigue ahí?

—Muchas gracias, Marisa. Disfrute de su viaje —dice Mónica, y rápidamente cuelga.

Con la respiración acelerada, se las ingenia para realizar una nueva reconstrucción de los hechos. No consigue más que volver a la fotografía que hizo en el dormitorio de la hija de Pons.

«Dios mío… ¿podría ser? »

—Señorita, ¿va todo bien? —El conductor la observa con ojos preocupados a través del espejo retrovisor.

—Sí… ¿Puede detener el coche un segundo? —le pide.

El hombre obedece y estaciona en doble fila en una calle secundaria. Mónica apenas presta atención, porque en sus retinas solo resplandecen cuatro letras.

SDLM. En la fotografía. Colgando de la estantería. En la habitación de Sonia.

Algo tan simple como sus iniciales: Sonia De la Morena. Es algo más común de lo que se cree. Tras la adopción, alguien, ella o sus padres, decidió un día que el apellido de su madre no biológica apareciera en primer lugar.

Y entonces, como por arte de magia, todos los puntos que hasta ahora han estado flotando en la espesura de su mente, quedan unidos con una lógica aplastante.

Sus pensamientos viajan a esa misma mañana, a la mesa donde ha interrogado a Jordi Soler. La posibilidad de que aquello pueda ser cierto la mantiene con los nervios a flor de piel. Ahora, Mónica siente que la respuesta está al alcance de su mano.

Nada de lo que contó aquella zorra era cierto, absolutamente nada. Jamás la toqué sin su consentimiento.

Las palabras de Soler parecen sucederse las unas a las otras como revelaciones. La falsa acusación por acoso y violación… la edad de la

chica… ¿Encajan?

Dieciséis añitos. Lo cierto es que estaba desarrollada espectacularmente bien para su edad, no sé si me entiende.

¡Sí, por supuesto que encajan! Soler mencionó el apellido de la chica, le estaba resolviendo el caso justo delante de ella. Solo que, en ese momento, Mónica no se percató. El vello de la nuca empieza a erizársele por la emoción. ¿Descubrió él la verdad sin saberlo ?

¿Cómo lo llamaría usted si alguien la telefoneara varias veces al día, le llenara el móvil de mensajes, la esperase en la puerta de su casa o incluso le pinchara las ruedas del coche?

La cabeza de Mónica sigue echando humo. ¿Quién sería capaz de asesinar a dos mujeres en menos de una semana? ¿Alguien que le pincha las ruedas del coche a su profesor y le coacciona hasta llevarlo a juicio, tal vez?

Su familia tenía dinero y pudieron permitirse un abogado especializado y de prestigio.

De nuevo, Soler se lo estaba revelando. Raúl Pons y Lola Feixas sin duda podían permitirse un abogado prestigioso.

Mónica oye las palabras de Sonia, la mañana después del asesinato de Feixas, en su habitación: «La han asesinado premeditadamente».

De pronto, la abordan unas ganas irrefrenables de salir corriendo. Hasta lleva la mano a la manilla de la puerta, pero se contiene en el último instante.

«Piensa, Mónica —se dice—. Todavía tienes tiempo».

Coge el móvil para avisar a Rayco, que ya debe de estar allí.

Pero la pantalla es negra y no responde a sus dedos. ¡Está sin batería! Suelta un par de tacos. La mayor mentira —al mismo nivel que «le atenderemos en los próximos minutos» y «así son las cosas y así se las hemos contado»— es la vida que dicen que tiene la batería del móvil. La suya se supone que dura más de veinticuatro horas en *standby*. Es afortunada si el maldito chisme aguanta hasta media tarde.

«¡Tengo que ir allí como sea!», se apremia.

Con repentina urgencia, Mónica se dirige al conductor:

—¡Por favor, cambie de rumbo! Un agente de policía está en peligro

58

Lo primero que oye es el chirrido del portón de madera, a su espalda. Una corriente helada recorre su espina dorsal.

Lo segundo es la risa de Sonia Pons.

Sigue riéndose cuando él se da la vuelta y descubre que está encerrado.

—No tiene gracia. —Se aferra a los listones de la puerta y los zarandea sin éxito. La estructura, aparentemente frágil, esconde una robustez inesperada—. Déjame salir, Sonia. Esto no es un juego. Hablo en serio.

La chica deja de reír. Su mirada ha cambiado. Parece mayor. Y menos cabal.

—Para mí nunca ha sido un juego —responde. Su voz llega distante y amortiguada tras atravesar la madera—. ¿Todavía no has llegado al quid del caso? ¡Menudo inspector! —se mofa.

Furioso, Rayco va a contestar, pero un destello cruza su mente, deteniéndolo.

La mira a los ojos. A pesar de su belleza, destilan una satisfacción siniestra.

«Es inútil, no abrirá. —Rayco vuelve la mirada hacia el tiesto de cerámica manchado de sangre: el arma del delito—. Al igual que no mostró compasión por su madrastra, Lola Feixas. »

Esa chica le ha tendido una trampa con una simplicidad desconcertante. Hábilmente, ha dosificado cada detalle, cada respuesta, manteniendo a Rayco en vilo. Su curiosidad iba incrementándose con cada pieza del rompecabezas que ella revelaba. Cuando él estaba listo, le ha hablado de la caseta y, segura de que él no pasaría por alto la oportunidad de dar con la verdadera arma del delito, lo ha llevado hasta allí. Esa mocosa lo ha engatusado hasta conducirlo a la trampa.

«He sido engañado por una niña de dieciocho años», concluye abatido.

—No puede ser. Tú… —balbucea.

—Yo, ¿qué?

Encerrado, rodeado de insectos en la penumbra, intenta mantener la calma. Raúl Pons llegará de un momento a otro y pondrá fin a esa locura. Mientras tanto, su móvil, oculto en el bolsillo, sigue grabando.

«Vamos, Rayco, solo es una niña», se infunde ánimos.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunta, buscando arrancarle la confesión.

—¿Por qué? Vamos, inspector, te hacía mucho más listo. —Ella ríe despectivamente. Una risa despreciable—. Como he dicho, estaba al tanto de todos los trapos sucios que rodeaban a mi familia. Las aventuras de mi padre y el juego que se traían Lola y Juan a sus espaldas. Traidores, ruines desagradecidos.

Rayco vuelve a zarandear los listones. Es en vano.

La frustración se mezcla con la incredulidad en su voz al enfrentar a Sonia: —¿Todo esto es por vengar a tu padre?

—Mi padre es un imbécil que se merece todo lo que le está ocurriendo —bufa—. Pero no podía dejar que esos dos se salieran con la suya. ¿Abandonar a mi padre y largarse con la mitad del restaurante? Puede que pensaran que mi padre se iba a quedar con los brazos cruzados mientras se llevaban el 51% del negocio, pero a mí no me conocen.

—¿Entonces todo se reduce a un tema de dinero?

Sonia ladea la cabeza, desafiante.

—Lo dices como si fuese una caprichosa que coge una rabieta porque le castigan sin paga. —Da un paso al frente, se señala con el dedo—. Estamos hablando de mi herencia, inspector. Mi futuro. Yo era la única heredera, se suponía que iba a recibir la totalidad del restaurante cuando ellos fallecieran, ese había sido el plan desde el principio. El trabajo de la vida de mi padre. Y esos dos me lo querían arrebatar.

—Así que lo admites. —Rayco se palpa el móvil a través del tejido de su pantalón. «Que hable…»—. Mataste a tu madrastra.

—Lo cierto es que sólo pretendía hablar con ella. Quería hacerle entender que estaba enterada de todo lo relacionado con ella y Juan, incluido el embarazo.

—La chantajeaste.

—A mí me gusta llamarlo lucha de poder. —Encogiéndose de hombros—: Simplemente jugué mis cartas.

—¿Qué se torció?

Ella frunce el ceño.

—¿Torcerse?

—Has dicho que no querías matarla.

—Yo hacía tiempo que me había dejado ver por el restaurante para controlar sus hábitos, sus horarios… esas cosas. Y, lo más importante, escuchar sus conversaciones. Nadie lo notó. Mis parientes estaban demasiado ocupados con sus asuntos. Así que me fue sencillo enterarme de que, esa noche, Juan y Lola se verían en casa a espaldas de mi padre.

—¿Cómo lo hiciste?

—Me bastó con estar presente. Olvidas que Lola era ciega. Ella creía que se encontraba sola cuando habló con Juan por teléfono, pero yo estaba allí en todo momento. Los oí quedar. Juan estaba en su piso con mi padre, que se había quedado dormido, medio borracho. Era la ocasión perfecta para una escapadita nocturna. Veinte minutos más tarde, Juan estaba llamando a la puerta.

Rayco recuerda el puro encontrado en la cocina, con las huellas de Juan Fonseca. El relato encaja.

—Por suerte, no se enrollaron, habría sido vomitivo. Aunque apuesto a que era lo que esa zorra esperaba. Escondida tras la puerta del pasillo, escuché a Juan hablar del niño que esperaban juntos. Se puso serio, y Lola con él. Hablaron de planes de futuro. Juan le cogió de la mano y le habló de matrimonio, e imagino que era la primera vez que lo hacía, porque Lola lloró de emoción.

Rayco trata de ponerse en el lugar de la joven. Aquella pareja de enamorados estaba conspirando contra su padre en su propia casa.

—Luego él se encendió un puro, aunque Lola le pidió que no lo hiciera. —Sonia pasa a imitar la voz de Feixas en un tono cómico—: «Si Raúl huele el humo…», insistía. «Tu marido está borracho como una rata», se burló él. Fue indignante, tendría que habérmelo cargado a él también.

—Pero él no era ciego —añade el canario, sus palabras saliendo con bilis de su boca.

—Exacto —sonríe ella—. Y mucho más fuerte. No habría podido.

—Sigue. ¿De qué más hablaron?

—Del estorbo que suponía mi padre para el porvenir de ambos. Se pusieron aún más serios. Enseguida acordaron que debían tomar una decisión. La petición de divorcio a mi padre por parte de ella era el camino lógico. Luego, Juan se fue. Y no pude contenerme —confiesa, con una sonrisa cruel adornando sus labios.

—La mataste sin más.

—¿Es que no escuchas? —se queja la joven—. Te he dicho que solo quería hablar con ella, hacerla rendir cuentas. ¡Conmigo no juega ni Dios! Pero, cuando le dije que lo había escuchado todo y que se lo iba a contar a mi padre, la harpía esa fue a sacar su móvil para avisar a Juan. Menos mal que estaba ciega como un grillo y tuve tiempo para reaccionar. —La cara de Sonia Pons se ilumina con una sonrisa de satisfacción cuando señala el tiesto dentro de la caja—. Le aplasté la cabeza con eso.

La declaración estremece a Rayco. La crudeza de sus palabras es demasiado para procesar. Ella, siempre presente, pasó desapercibida para todos .

—Mataste a Lola Feixas sabiendo que era inocente —dice con voz

firme.

—Nadie es inocente. Acaso los niños, y los perros. Y de los niños no estoy seguro. Siempre acaban creciendo y mostrando su verdadera naturaleza.

—Aquella no fue la primera vez que intentaste deshacerte de ella, ¿me equivoco?

La sonrisa de la joven parece inalterable, pero, por primera vez, una luz intermitente se ha encendido detrás de ella.

—¿Cómo sabes tú eso?

Antes, durante la llamada con Andrés Gordillo, el inspector jefe no solo le ha informado del hallazgo del huevo de bronce en el fondo del lago. Gordillo también había descubierto algo después de leer un informe antiguo sobre el accidente de Lola Feixas: —No se cayó desde un alto mientras cuidaba el jardín, sin más —dice Rayco—. La policía encontró algo en la escalera a la que Feixas estaba subida. Como, por desgracia, no se encontró ningún indicio más, no se siguió tirando de aquella pista. Pero la niebla se va aclarando poco a poco. ¿Sabes qué fue lo que encontraron nuestros compañeros de la Guardia Civil? —Ahora es él quien desafía a Sonia, cuya boca ha pasado a ser una dura línea—. Manchas de aceite. Alguien roció con aceite el último peldaño de la escalera. Ella resbaló y cayó. El golpe no la mató, pero la privó de la vista para siempre.

—Una desgracia —replica ella, hostil.

—¿Que quedara ciega?

—Que no muriera.

De nuevo, Rayco hace tamborilear dos dedos en el móvil por encima del pantalón.

—Vale, volvamos a la noche de su muerte. ¿Qué hiciste después?

—Me largué.

—¿Así sin más? ¿Dejaste el cuerpo sin vida de Feixas tirado en el suelo y te fuiste sin avisar a nadie?

Sonia Pons vuelve a encogerse de hombros.

—¿Cómo iba a explicar lo ocurrido ?

—Así que te fuiste de la casa y punto.

—Y punto, no. Tenía que llevarme el tiesto, ya que estaba plagado de huellas mías y de sangre de Lola. Y luego se me ocurrió revolver un poco la casa para hacer que pareciera un robo. Metí en una bolsa deportiva algunas piezas de valor, entre ellas un trofeo al que mi padre tenía mucho cariño y que debía de valer una pasta, y me los llevé. Al día siguiente, tiré la bolsa al lago.

—Muy lista.

—He visto muchas películas policíacas —se burla ella. Su mirada dulce es insultante.

—¿Por qué el lago?

—Había visto en la prensa lo de la putilla esa, así que pensé que tenía sentido hacer pensar a todo el mundo que aquel que había matado a Lola también se había cargado a la otra.

Rayco parpadea. Algo chirría dentro de su cabeza.

—Pero tú sabías que, con tus actos, estabas convirtiendo a tu padre en el primer sospechoso.

—Claro.

—¿Estabas dispuesta a arrojarlo a los leones, haciendo que entrara en prisión?

—Quien no arriesga, no gana, supongo.

—Veo que no te hubiese importado.

—Quiero mucho a mi padre, pero no deja de ser un pichabrava vanidoso que vive enamorado de su restaurante. Al final, todos recibimos lo que merecemos.

—Y que lo digas, niña —masculla él.

Sonia mantiene silencio como si lo hubiera oído. Por un momento, el jardín es un lugar calmado y bello.

—Vale. ¿Y qué hiciste esa noche, después de acabar en casa? —pregunta el inspector.

—Me fui al cine.

—¿Fuiste al cine con la bolsa llena de artículos de lujo y el arma del crimen? Dios mío, estás loca.

—¡Qué curioso! Esas fueron exactamente las últimas palabras de Lola —dice, y explota en carcajadas. Todavía con resquicios de esa sonrisa boba de la que solo una adolescente motivada es capaz, la joven mira el reloj de su teléfono. Luego bordea la caseta, quedando fuera del espacio de visión de Rayco.

Aparece diez segundos después con dos garrafas.

—¿Qué es eso? —pregunta él, confuso—. ¿Qué vas a hacer?

Con una calma escalofriante, Sonia Pons derrama todo el contenido de las garrafas sobre los listones, asegurándose que baña todo el perímetro de la caseta.

Se deshace de las garrafas tirándolas a un rincón y saca algo de los pequeños bolsillos de los *shorts*. Lo manipula con los dedos, y solo cuando alza la mano para mostrárselo, Rayco ve lo que es.

Una caja de cerillas.

—¡Sonia, no!

Cree ver el pulso latirle en el cuello de ella.

Luego, como si se detuviera el tiempo, a Rayco le parece oír el despiadado tic tac de una bomba en sus oídos.

Sonia tiene sus ojos idos y clavados en Rayco cuando prende una cerilla y la arroja.

59

Uno tiende a pensar, seguramente inducido por las experiencias vividas cuando somos niños en torno a hogueras, barbacoas y fogatas, que el fuego avanza lentamente y se toma su tiempo en extenderse.

No es así.

Si cuenta con un entorno propicio para crecer (madera seca y oxígeno de sobra), el fuego no necesita demasiado para arrasar con todo a su paso. Si además es alimentado con gasolina, el resultado es el mismo infierno.

En la caseta de herramientas, nada más entrar la cerilla en contacto con los listones empapados, las llamas han salido disparadas, desencadenando rápidamente un mar de fuego en torno al perímetro. Una nube de humo invade el interior, provocando la tos de Rayco. El calor es abrasador.

La primera reacción del inspector, casi un acto reflejo, es llevarse la mano a la pistola. El pestillo de esa puerta saltará por los aires con un par de balazos.

Con la mano sobre la tela de la camisa, se queda helado cuando se da cuenta. Tiene la pistola en el bolsillo interior de la chaqueta, y ha dejado esta en la hamaca.

Saca el móvil para pedir refuerzos. Detiene la grabación — ya tiene pruebas más que suficientes para encerrar a esa loca— y llama a la central.

No se produce la llamada.

Confuso, mira la pantalla. No hay señal.

«Pero… ¿qué?»

Una nueva carcajada de Sonia interrumpe su estupefacción.

—He instalado un inhibidor de frecuencia en el jardín, inspector. Fue pan comido conseguirlo en Amazon.

Rayco traga saliva. Conoce bien los inhibidores de frecuencia; son sencillos dispositivos electrónicos que envían señales a rangos de frecuencia concretos para inhibir las transmisiones en dichos rangos. Para inutilizar un teléfono móvil en un espacio específico, basta con que el inhibidor esté configurado para las frecuencias empleadas por el dispositivo para realizar llamadas y conectarse a la red de datos. En resumen, el aparato que tiene ahora en su mano no es más que una cámara de fotos con calculadora. El engaño ha sido perfecto. Por

primera vez, siente que su vida corre peligro.

—Si matas a un policía, jamás saldrás de la cárcel —trata de hacerla entrar en razón, lamiéndose el labio superior cubierto de sudor. Tiene la boca terriblemente seca.

Más tos.

—¿Crees que iba a dejar que te fueras? —Tras el humo y las llamaradas que suben desde el suelo, la figura de Sonia Pons se desvela como la de un hermoso demonio.

—Estás loca. Tu padre llegará pronto y terminará con todo esto.

—Siento decirte que eso no será posible —contesta ella, agitando la cabeza con esa sonrisa siniestra. Está disfrutando—. Mi padre está encerrado en la buhardilla, dentro de casa. Lleva allí todo el rato. No he tenido otra opción. Cuando has llegado y has llamado al timbre, ha pensado en entregarme. ¿Qué podía hacer? Es mi padre y lo quiero, pero obviamente no podía permitirlo.

Desesperado, Rayco mira a su alrededor en busca de una posible salida alternativa. Tras él, el muro de piedra. Imposible. El techo, de madera, está unido a la estructura; necesitaría un hacha o una sierra para abrir un agujero, además de una escalera para salir por allí. En cuanto a los listones que conforman el perímetro, son gruesos y están fuertemente fijados. Dentro de unos minutos no serán más que ascuas consumidas, pero para entonces, él ya estará muerto.

Con toda su alma, propina una serie de patadas a la estructura. Esta se tambalea, pero no cede. Las llamas trazan formas salvajes en la madera.

Un nuevo ataque de tos le sobreviene. Este es mucho más fuerte. Si sigue inhalando humo, no durará consciente mucho tiempo.

Trata de conservar la calma, dentro de lo posible. Recuerda que está en un jardín dentro de una zona residencial. Esperando que haya alguien al otro lado del muro, opta por la desesperada.

—¡Socorro! —grita con todas sus fuerzas, lo que hace que trague más humo y se retuerza en toses violentas—. ¡Ayuda…!

—No derroches energía, inspector. Nadie transita nunca por las calles de este vecindario. Por eso pienso irme esta misma tarde, muy lejos de aquí. Es una pena que no llegaré a ver cómo termina todo, aunque me conformo con imaginarlo —exclama Sonia—. El pobre Juan cargará con todo. Es un buen tío, pero es inevitable que ocurra.

Rayco la observa a través de la humareda. No entiende nada.

—¿Juan Fonseca? Pero ¿qué dices? —Las primeras llamas están alimentándose de la tela de su pantalón. No le queda tiempo.

—¿Recuerdas cuando te he dicho que esta casa está a mi nombre? —exclama para hacerse entender por encima del fuego—. Te mentí. Pertenece a Juan. Antes tenía el chalé alquilado, hasta que mi padre le pidió que lo admitiera como inquilino a cambio de una mensualidad

fija. Ya sabes, para sus rolletes sexuales. Cuando tus compañeros los polis encuentren tu cuerpo calcinado en la propiedad de uno de los sospechosos del caso, y junto al arma del crimen de Lola, ¿qué crees que ocurrirá?

«Que Fonseca será condenado por la muerte de Feixas… y también la mía», responde internamente, lleno de terror .

La madera crepita y cruje cada vez más. Las náuseas empiezan a manifestarse y su vista hace rato que está borrosa. Intenta vomitar, pero solo sufre arcadas. La sensación de que se le cierra la garganta es mayor cada segundo.

Piensa en Mónica, en Mercedes, en Faina y en Hannah. En todas las mujeres de su vida. También en Fátima, con quien se reunirá pronto. Con lágrimas surcando sus ennegrecidas mejillas, piensa en todo lo que le queda por vivir.

Se da cuenta de que hace un rato que ha dejado de oír la risa macabra de Sonia. Está de rodillas en el suelo. Pronto perderá el conocimiento. Reza por que suceda antes de que lo devoren las llamas. La ansiedad lo invade. Ya no puede respirar.

En un lugar incierto entre la realidad y el mundo onírico, el sonido de una sirena se cuela por una rendija de su mente.

También oye la voz de Raúl Pons. Está gritando.

Sonia Pons grita aún más.

El estallido de un disparo («mi pistola…») es lo último que registra, incapaz de discernir, sin embargo, si se trata de algo real o una alucinación previa al estertor final.

La pared de la caseta se abre en un agujero de luz, y entonces todo se vuelve oscuro.

—¡Rayco…!

60

Despierta con el repiqueteo de la lluvia contra la ventana. Aún perdura en su boca el sabor a humo. Parpadea, desorientado, y se lleva por instinto la mano a la garganta.

Tose con tal fuerza que se hace daño en el pecho.

Aparte de eso, se siente bien, liviano, como si flotara. Más tarde, alguien le explicará que la sensación de paz se debe al efecto de los analgésicos que le han suministrado a través del tubo que comunica su brazo con una bolsa de suero.

Abrirá los ojos por varias veces. Verá a Mercedes llorando de alegría, besándolo, solo para volver a quedarse dormido.

En una de ellas, antes incluso de ser consciente de que se encuentra despierto, oye una voz conocida:

—¡Andrés, ya está con nosotros!

Es la voz de Mónica. Rayco piensa que nunca se ha alegrado tanto de oírla.

A su izquierda, sentada sobre el borde de la cama, su compañera lo observa con expectación. Tiene los ojos hinchados y el cabello enmarañado, pero sonríe con toda la cara. De pie tras ella, Andrés, brazos cruzados, contiene la emoción.

—¿Dónde estoy? —pregunta Rayco. Una pregunta estúpida.

—En urgencias —aclara Mónica. No añade ningún comentario hiriente o sarcástico, lo que hace que el canario se plantee si no seguirá soñando—. Ha faltado poco.

—¿Y Mercedes?

—La hemos obligado a ir a casa a descansar. No se ha separado de ti hasta que has despertado. No entiendo por qué, pero la tienes loquita —sonríe. Un halago muy de su estilo: metiéndose con él.

Nota que algo le tira la piel de una pierna. Al levantar la sábana, comprueba que tiene las dos extremidades vendadas. También una mano. De pronto, le pica todo el cuerpo.

—Sufres quemaduras de segundo grado en piernas y brazos —explica Gordillo, al ver su mueca de dolor—. Si no fuese por los fármacos, te estarías retorciendo. El médico dice que te recuperarás, apenas te quedarán secuelas.

Las quemaduras, el fuego, la caseta… Todo lo lleva a la misma persona.

—¿Y ella? —pregunta, angustiado— ¿Y Sonia?

Mónica frunce los labios y mira al suelo. Es Andrés quien explica lo ocurrido.

—Ha fallecido —dice tras un soplido hondo, acariciándose la frente—. Tú estabas luchando con el fuego cuando Raúl Pons, que se encontraba encerrado en la buhardilla del chalé, consiguió escapar echando la puerta abajo y apareció en el jardín. Al ver que su hija había perdido el juicio, corrió a liberarte, pero ella se interpuso. Se hizo con tu pistola y lo apuntó con ella.

—¿Amenazó con disparar a su propio padre?

Andrés asiente.

—Él trató de arrebatarle el arma. En mitad del forcejeo, el gatillo se disparó por accidente. Mónica fue la primera en llegar. Oyó el disparo desde la calle. Cuando accedió al jardín para liberarte, el cuerpo de la joven flotaba en el agua, que empezaba a teñirse de rojo.

Rayco respira hondo, estremecido por el relato.

—Cuéntanos lo que pasó con Sonia Pons en esa casa —le pide Mónica.

Él la complace. Para sorpresa de los tres, se acuerda de todo. No omite un solo detalle .

—Lo grabé todo con mi móvil.

Se apresura a agradecerle a Mónica que llegara a tiempo.

—Te debía varias, ¿no? —sonríe la inspectora.

—Si no es por Mónica, ahora estaríamos llorando tu muerte. —Andrés posa una mano en el hombro de ella.

Rayco no se jugaría la paga, pero le ha parecido ver a su compañera ruborizarse.

Ella le pregunta cómo se las apaña para meterse siempre en problemas. Él sonríe. Hacía algunos días que no lo hacía y empezaba a echarlo de menos.

—¿Qué ha sido de Raúl Pons? —pregunta.

—Prestó declaración y se encuentra en libertad provisional —explica Gordillo—. El pobre hombre está devastado. No sé si será capaz de levantar cabeza.

Rayco, frunciendo el ceño:

—¿Libertad provisional? ¿Se lo acusa de la muerte de su hija? Él no…

El inspector jefe agita la cabeza.

—El juicio por la muerte de Sonia aún no se ha celebrado. Tu testimonio en él será relevante.

—Desde luego. Ya os digo que tengo todo grabado en mi móvil, será un juicio sin mayor misterio. Pero entonces, ¿de qué se acusa a Pons? —insiste.

—De ocultación de las pruebas de la muerte de Paula Duarte —

responde Gordillo.

—No entiendo.

—La noche de la muerte de Duarte, tras salir del teatro con su esposa, Pons acudió al encuentro con su amante en el dúplex de Fonseca, que, como ya sabes, el chef utilizaba como picadero. Por supuesto, seguía viéndose con ella a escondidas. La encontró muerta, flotando en la piscina —«Como terminaría su hija», añade Rayco mentalmente—. Pensó que no podía avisar a la policía. Eso le habría obligado a prestar declaración, provocando que su mujer se enterase de su aventura con Duarte. Según Pons, ella ni siquiera sabía que le estaba alquilando el dúplex a Juan Fonseca.

—Y si Lola Feixas hubiera llegado a enterarse, habría sido el fin de su matrimonio… —Rayco clava la mirada en los ojos de su jefe y amigo, buscando la confirmación—, y de su negocio.

—Exacto. Así que decidió deshacerse del cuerpo de Duarte. La metió en el coche de ella y la llevó a la Casa de Campo sin pararse a ajustar los espejos. Pensó que, si encontrábamos el coche con los retrovisores colocados para Duarte, nos sería más difícil elaborar una reconstrucción de la escena. Pero tuvo mala suerte y, con las prisas, rozó el vehículo al salir. En la Casa de Campo, arrojó el cuerpo al lago con la esperanza de que se hundiera y nadie la encontraría.

—Después de deshacerse del cadáver —interviene Mónica—, Pons abandonó el Audi en el aparcamiento del centro comercial más cercano al dúplex y regresó caminando.

—¿Qué pasa con Juan Fonseca? —pregunta Rayco.

—También prestó declaración. Está en libertad sin cargos. Su único delito, además de ser un hortera redomado, fue enamorarse de quien no debía —resuelve ella con ese sarcasmo tan suyo.

—¿Confirmó lo del puro con sus huellas en el lugar del crimen?

—Lo confirmó todo. Juan Fonseca es un gran aficionado a los puros Habanos. Esa noche, antes de que Sonia apareciera de la nada e incrustase un tiesto en el cráneo de su madrastra, Juan Fonseca fue a visitar a Lola Feixas. Allí, en la misma cocina, se encendió un puro que apagó de inmediato, nada más darle Feixas la noticia de que estaba embarazada. Fue, palabras textuales de Fonseca, el mejor momento de su vida. Irónicamente, vino seguido del peor. El resto de la historia ya la conoces.

—Así que, siendo propietario del piso donde fue asesinada la primera víctima, y estando sus huellas en el lugar del crimen de la segunda, resulta que es cien por cien inocente.

—Ojalá pudiéramos decir lo contrario, deseaba que ese chulo engreído fuese nuestro hombre.

—Aún no puedo creer que fuera ella —dice Rayco, mirando al techo. Todavía puede ver la mirada siniestra de Sonia desafiándolo

más allá de los listones, reconociendo su crimen (no solo el asesinato de Feixas, sino cuando lo intentó por primera vez, provocando que cayera de lo alto de la escalera). La ve justificando sus actos y le sobreviene un nuevo ataque de tos—. ¿De verdad creyó que borrando a Lola del mapa iba a salvaguardar su herencia? —pregunta después, al aire.

—Creo que es más simple que todo eso —señala Mónica—. Había una parte en la personalidad de Sonia Pons que ella no podía controlar.

Acto seguido, le cuenta a Rayco la historia de la falsa denuncia por acoso y violación interpuesta contra Jordi Soler, años atrás.

—En cuanto a los hombres concernía —continúa—, levantaba un cerco invisible en torno a ellos. Creo que se sentía obligada a hacerlo. Al igual que un perro fiel pero agresivo, nadie podía atravesar ese cerco sin ser atacado. Y, por supuesto, el hombre no podía elegir abandonarla, porque, de hacerlo, ella no dudaría en sacar los dientes. Por eso fue a por Jordi Soler cuando este decidió dejarla, y por eso no se detuvo hasta que se deshizo de Lola Feixas, la principal amenaza que se cernía sobre la relación de Sonia con su padre y la herencia que, según su parecer, le correspondía únicamente a ella. —Mónica hace una mueca de ambigüedad—. Recordemos, además, que en el registro civil constaba como Sonia De la Morena. Utilizaba el apellido de su difunta madre, no el de Pons, lo cual solo puede significar una cosa: estaba más unida a ella que a él. Es de suponer que, tras la muerte de su madre, algo se averió dentro de su cerebro. Comprensible, si además tenemos en cuenta que era adoptada.

Rayco, que ha escuchado con atención, busca una reacción en el rostro de ella, algo que le diga más que las palabras. Se hace una idea de lo que está pasando por su cabeza ahora mismo, porque ella también fue adoptada y también perdió a su padre querido siendo una adolescente. Quizás esté pensando que ella podría haber sido una Sonia Pons. Y tal vez lo habría sido de no haber ingresado en el Cuerpo de Policía y haber conocido a Yago, Paco Cereceda, y muchos otros compañeros que ya no están. Colegas que la ayudaron a tomar el camino correcto, a pesar de todo, y, por qué no, a canalizar su ira a través de un trabajo que desestresaba.

¿Es lo mismo que le ocurrió a él tras la violenta muerte de su primera esposa? ¿Son todos unos Sonia Pons en potencia, que afortunadamente cayeron en el lado bueno del terreno de juego?

Todo eso ve Rayco en una fracción de segundo, puede que animado por el efecto de las drogas, al mirar a su compañera.

Es Andrés quien rompe el embrujo.

—Os dejo a solas, chicos —dice—. Ya nos veremos. Rayco, recupérate bien y tómate unas vacaciones con la familia. —Le guiña

un ojo—. Te lo mereces.

—Andrés. —Mónica lo detiene cuando este está atravesando la puerta—. No te vayas aún. ¿Te importa esperarme en el pasillo? Salgo en un minuto.

El inspector jefe asiente y cierra la puerta tras él con delicadeza.

Mónica vuelve a dirigirse a Rayco.

—En fin, canario, un nuevo caso cerrado. Y esta vez, doble. —Sonríe y abre mucho los ojos—. Ya has oído al jefe: ¡vacaciones! ¿Adónde vas a llevar a Mercedes y las niñas cuando te den el alta?

—Mon. —Rayco se arrastra por el colchón hasta quedar sentado. Mónica se apresura a colocarle una almohada por detrás de la cabeza—. Llevo dándole vueltas desde que he despertado, y hay algo que sigue sin cuadrarme.

—¿Qué ocurre?

—Es sobre Paula Duarte. No creo que Sonia Pons la matara.

La sonrisa de Mónica se desvanece tan rápido como entorna los ojos.

—¿Por qué dices eso? Creía que ella había confesado.

Rayco niega con la cabeza. Siente la boca muy seca. Mónica le acerca un vaso de agua, que se bebe de un solo trago.

—Sonia confesó haber asesinado a su madrastra. Tampoco tuvo problemas en admitir que ya había intentado matarla con anterioridad, e incluso aceptó con naturalidad que yo la acusase de haber actuado por dinero. Sin embargo, cuando mencioné a Paula Duarte, y lo hice hasta por dos veces, no pestañeó al decir que no sabía quién la había matado. A diferencia de cuando se refería a Feixas o Fonseca, en cuya voz se percibía un claro matiz de odio y rencor, con Duarte ocurrió todo lo contrario. —Rayco hace un esfuerzo para recordar sus palabras exactas: *Había visto en la prensa lo de la putilla esa, así que pensé que tenía sentido hacer pensar a todo el mundo que aquel que había matado a Lola también se había cargado a la otra*—. Hablaba de ella como si se tratara de un suceso sin importancia al que no merecía la pena prestar atención.

—Rayco, creo que…

—Mónica, hazme caso. Sonia Pons era muchas cosas terribles, pero, si hubiera matado también a Paula Duarte, yo lo habría sabido. Te juro que ella no tenía ni idea de quién la había asesinado. —Al fruncir la boca, siente los labios secos—. No, no pudo ser Sonia.

Ella clava sus cansados ojos en los suyos.

«Quiere creerme».

—Entonces, si no fue Sonia y tampoco fue su padre, ¿quién la mató? —pregunta Mónica.

—¿Juan Fonseca? —sugiere Rayco—. A fin de cuentas, es el dueño del piso donde fue asesinada.

Mónica rechaza esa posibilidad con un contundente movimiento de cabeza.

—Tiene coartada para esa noche. Se encontraba en Sevilla, en una despedida de soltero de un amigo de la infancia.

Rayco emite un profundo suspiro. Después de todo lo pasado, el caso Paula Duarte sigue abierto. Y la prensa no tardará en presionar. Alza las cejas. Acaba de tener una ocurrencia.

—Tampoco sabemos quién mató a Guillermo Espejo —dice—. ¿Y si ambas muertes están de algún modo relacionadas?

Mónica se yergue en la silla y se lleva las dos manos a la cara. Han sido días difíciles.

—Ahora descansa, canario —le dice, dándole un beso tierno en la frente—. Es posible que esas vacaciones tengan que esperar, después de todo .

Rayco le da las gracias una última vez. Ella le devuelve un gesto desdeñoso.

«Ya está, la ilusión de la Mónica dulce y sensible se ha desvanecido como la carroza de Cenicienta», se dice, divertido.

Agradecido por tenerla a su lado, la ve abandonar la habitación. En el pasillo, la espera Andrés. Una combinación curiosa de personalidades, la de esos dos.

Con ese pensamiento en la cabeza, el inspector Rayco Medina vuelve a quedarse dormido.

61

Cuando Mónica sale al pasillo, olvida momentáneamente el motivo de haber pedido a Andrés que aguardase fuera, si es que hubo alguno.

Lo encuentra de pie, mirando despreocupadamente un cartel de donación de sangre; esperándola con ademán cansado pero con su planta de siempre, como recién salido de una revista de moda, que da hasta rabia que no tenga, aunque sea, un poco de caspa. Tan solo un mechón rebelde de cabello insiste en desafiar su pulcritud.

Decidida a navegar el momento, Mónica opta por dejarse llevar por su instinto.

—Te has quedado —dice—. Va a ser que los jefes también sabéis seguir órdenes.

Mónica Lago, reina de la improvisación.

Él se vuelve al oír su voz y le ríe la gracia. Su sonrisa, aunque contenida, revela un destello de admiración genuina, prendiendo una chispa en el aire.

—Se pondrá bien. —Se refiere a Rayco—. ¿Tú querías algo? —Mira su reloj—. Tengo un poco de prisa, y…

—Sí —responde ella, su voz bajando casi a un susurro. «No juegues con las manos, míralo a los ojos»—. Quiero darte las gracias. —«Y no bajes la guardia, que no te note vulnerable»—. Y pedirte perdón.

Él inclina el rostro, buscándola con la mirada como quien rastrea una pista en el escenario de un crimen. Tiene unos ojos cansados, aunque firmes. Comunes pero con personalidad. Transparentes. Ojos de jefe. Ojos confiables.

—No tienes por qué… —comienza él, pero ella lo interrumpe.

—Sí que tengo, Andrés. Esta semana he sido un grano en el culo para ti. Te lo he puesto difícil desde el primer día, comportándome como una gilipollas. Tú, en cambio… —se detiene cuando, en un gesto inocente, roza la mano de Andrés. La temperatura de su cara se dispara.

—Mónica, basta. —Andrés posa una mano en su codo. Un relámpago que ella aparta como si sufriera una descarga eléctrica.

—Tú, en cambio —continúa—, no has hecho más que ayudarme, dando la cara por mí cuando nadie, ni siquiera Yago, habría dado un paso adelante. Te jugaste el puesto frente al comisario principal, te enfrentaste a Adolfo en mi nombre y me has concedido toda clase de

caprichos, tratándome con una paciencia que ni yo misma me concedo.

—Caprichos no, Mónica. Es conciliación laboral —la corrige él. Su voz es un bálsamo—. Ya te lo dije, eres una de mis mejores inspectoras. Mi trabajo como inspector jefe es facilitar que puedas hacer el tuyo de la mejor manera posible, sin importar las circunstancias. Tienes un niño pequeño. ¿Y qué? Somos un equipo, tenemos que ayudarnos.

—No es solo eso, Andrés. —«No llores. Ni se te ocurra derramar una sola lágrima»—. Te he humillado, menospreciado e insultado. Te oculté mis planes respecto a Yago, información crucial sobre su caso. Joder, cualquiera en tu lugar me habría expedientado sin pensarlo. Pero tú, ¿qué hiciste? Allanarme el camino. Como cuando me ayudaste con el *pendrive* que Yago guardaba en el cajón del despacho. ¿Cómo lo haces, maldita sea?

Agita la cabeza, sobrepasada por sus propias emociones. Se nota los ojos húmedos. Parpadea repetidamente. Él da un paso hacia ella. Su presencia es un imán que atrae y al mismo tiempo intimida. Ella retrocede.

—Me siento tan perdida, tan estúpida. Y odio sentirme así. Como si los demás no tuvieran sus propios problemas. —Le señala la rodilla—. Tú, por ejemplo, casi pierdes una pierna en tu anterior puesto. La vida te arrebató a tu mujer y aquí sigues, plantándole cara con esa puta sonrisa calmada que me pone de los nervios.

Andrés frunce el ceño en actitud reflexiva.

—Basta, necesitas descansar —dice.

—O fíjate en Rayco —sigue ella—. Él también ha sufrido mucho, pero ha sabido sobreponerse. Mataron a su mujer y secuestraron a su única hija. Se las arregló, siguió luchando, y ahora tiene dos hijas y está a punto de casarse con una mujer maravillosa. —Mira hacia la puerta que acaba de cruzar—. Si hoy le hubiese pasado algo, yo… —La voz se le quiebra, atrapada por una gélida bola de acero en la garganta. Esos puntos suspensivos entierran una posibilidad para la que no está preparada.

—Se pondrá bien —la consuela él.

—¿Y Yago? —Una única lágrima resbala por su mejilla—. ¿Se pondrá bien Yago?

—Ven aquí.

Andrés la envuelve entre sus brazos. Dos segundos. Es el tiempo que ella se concede para desahogarse con el rostro hundido en la tela de su camisa. Dos segundos de alivio en los que el mundo se reduce al espacio entre sus brazos. Allí, se deja envolver, entre ese aroma a desodorante y masculinidad, por un sentimiento de protección que creía olvidado.

No se concede más y se aparta ayudándose con el brazo.

—Necesito organizar mi vida de una maldita vez —declara. No se atreve a mirarlo a la cara, aunque sospecha que él también se ha emocionado. O incomodado, lo cual sería aún peor. Por eso extiende el proceso de secarse las lágrimas, con cuidado de que no se le corra la raya del ojo. Es tarde para eso, como comprobará más tarde frente al espejo—. Soy un puto desastre, no puedo seguir así .

Andrés da un paso al frente, su mirada contagiada de algo que Mónica no se atreve a descifrar.

«¿Qué pretende?», piensa, petrificada. Una mezcla de esperanza y miedo anudándose en su estómago.

—Lo superarás —afirma él, con una voz que parece acunarla. Cada frase es un puente hacia ella.

Mónica desea cogerle de la mano y no soltarla en un buen rato. Pero no lo hace.

—Debo irme —dice finalmente, poniéndose en marcha. Con paso apresurado, zancadas más largas de lo normal la alejan del epicentro emocional. Cada paso es un esfuerzo consciente por no volverse. Sin llegar a correr, eso sí, pero con la urgencia de desaparecer de allí cuanto antes.

Piensa en Andrés aun después de abandonar ella el hospital, inmóvil, observando su partida, y en los minutos que siguen, Mónica se encuentra atrapada en un momento suspendido, un *qué podría haber sido* que persiste mucho después de que él haya desaparecido de su vista.

62

Durante las cuarenta y ocho horas que siguieron al encuentro íntimo —y profundamente incómodo— con Mónica en los estrechos pasillos del hospital, Andrés Gordillo se sumergió en un aislamiento casi total. Ignoró las llamadas entrantes y dejó su ordenador apagado. El domingo lo dedicó por completo a hacer limpieza en casa y a devorar, sin pausas, por enésima vez, la primera temporada de Los Soprano.

El tiempo consigo mismo le permitió reflexionar. El caso doble de Duarte y Feixas le había pasado factura. Y no solo desde un nivel físico.

También emocional.

Esa tarde, la sensación volvió a invadirlo: paredes desnudas, despojadas de fotos y recuerdos; el eco de sus pasos resonando en el vacío de la casa, un vacío opresivo y absoluto. Se sorprendió a sí mismo; había olvidado el sabor amargo de la soledad, una sensación que no lo visitaba desde hacía meses.

Pensó en vender la casa y empezar de nuevo en otro lugar, un alquiler temporal parecía la solución más sensata por ahora. Su casa tenía demasiadas habitaciones vacías. Demasiados rincones llenos de momentos felices que nunca llegarían a repetirse.

Se dio cuenta de que ese mes aún no había visitado el cementerio. Le invadió la tristeza por ello. El nuevo puesto y el enredado caso lo habían absorbido.

Buscando distracción desde el móvil, acabó entrando en esa aplicación de búsqueda de pisos. Incluso llegó a marcar el número de un apartamento que le pareció prometedor en la Avenida de América. *Amplio y luminoso exterior. Preciosas vistas. Dos habitaciones y un baño.*

Sí, dos habitaciones bastarían.

No llamó para preguntar.

El eterno domingo también le brindó la oportunidad de considerar llamar a su hija, cuya voz seguramente aliviaría su pesar, aunque su relación estaba sustentada por respuestas monosilábicas, breves y distantes, por parte de ella. Andrés lo entendía, su hija era una universitaria de primer curso estrenándose en una nueva vida fuera de casa. No había nada que incumbiera a su padre cuarentón.

Tampoco la llamó.

Hoy es lunes.

El temido lunes.

Premeditadamente, Andrés ha llegado a la oficina antes de tiempo y se ha encerrado en su despacho con la excusa de tener montañas de trabajo atrasado. A media mañana, el comisario principal Juan Carlos Serrano lo ha citado en su despacho para pedirle cuentas sobre el caso de Lola Feixas (se ha ganado una palmadita en la espalda) y el de Paula Duarte (se ha ganado una bronca).

Las casi dos horas de reunión le han venido de perlas para no tener que merodear por la planta.

No se ha cruzado con Mónica ni una sola vez, ¿acaso ella lo está evitando? A Mercedes, en cambio, la ha visto de pasada. Le ha preguntado por Rayco y le ha mostrado su alivio por saber que está mejor. La conversación no se ha alargado más.

El reloj de pared dice que son las seis y media de la tarde. Al asomar la cabeza por la puerta de su despacho, comprueba que Mónica ya se ha esfumado. Un suspiro se le escapa, mezcla de alivio y una inconfesable desazón.

Es cuando se queda paralizado, repentinamente asaltado por un torbellino de pensamientos. Nunca antes ha sentido una añoranza como esa. Está evitando a Mónica. ¿Por qué lo hace? ¿Qué quiere él en realidad? Ni siquiera se atreve a explorar esos sentimientos.

En realidad, sospecha que le basta con ansiar su compañía. Quiere oírle protestar entre dientes, mientras le dedica una imperceptible sonrisa de complicidad que apenas asoma por sus labios. Quiere conocer su historia, no solo profesionalmente, sino adentrarse en los misterios de su vida personal. Saber lo que la desvela por las noches.

«Estoy perdiendo la cabeza», se dice mientras pasea inquieto por el despacho.

Duda de todo. De sí mismo y de lo que debería hacer. Mónica Lago atraviesa sus propios problemas, no necesita uno más. Y él es su superior. ¿Qué es lo apropiado? ¿Dónde está el límite?

No entra en sus planes conocer a alguien. «Nunca habrá otra», se hartó de prometer, arrodillado frente a la tumba de su mujer.

Se dice que no pasaría nada si la invita a un café fuera del trabajo. A fin de cuentas, el caso ha servido a ambos para empezar a conocerse mutuamente. Además, con Rayco no tuvo remilgos para sacarlo de cervezas a los pocos días de ser nombrado su jefe directo. ¿Qué diferencia hay?

«Vale, la invitas a un café —se persuade—. Y después, ¿qué? ¿Y si ella quiere algo más?»

¿Qué va a querer, si lleva toda la semana despreciándolo, insultándolo y recordándole que nunca será ni la sombra de Yago?

La posibilidad de verla, más que ilusionarlo, lo aterra.

Se da cuenta de que le tiemblan las piernas, de modo que se sienta en su silla.

Vuelve a sentir la mirada juiciosa y opresora de las paredes de su piso, a pesar de que no está en él. Regresa a su cabeza ese luminoso quinto de dos habitaciones con preciosas vistas. Su hija pronunciando un «Sí, papá…», insinuando que es un petardo sin decirlo, a través del auricular. La tumba de su mujer, que em pieza a acumular musgo y hierbajos a su alrededor porque él no ha ido a limpiarla este mes.

De pronto, se siente desgraciado.

Se incorpora. Acaba de tomar una decisión. Le ha llevado días reunir el coraje necesario, pero tiene que verla. Tantearla. Tal vez así se aclare.

Cualquier alternativa resultará una tortura.

Veinte minutos más tarde, está subiendo las escaleras de la parada de metro más cercana al apartamento de Mónica. Al salir a cielo abierto, dobla la calle. Como un resorte, da un rápido paso lateral para ocultarse tras una parada de autobús. El motivo de su imprevisible movimiento es que ha visto a Mónica saliendo de su portal en compañía de John Everett.

Incapaz de quedarse solo con esa imagen, que es casi un parpadeo, arriesga y asoma un ojo por la estructura de metal. Everett está hablándole a Mónica. Ella sonríe a su comentario mientras empuja un carrito de niño. ¿Es una sonrisa sincera? Es imposible discernirlo desde esa distancia. Están cruzando la calle. Se detienen frente a una cafetería. Por unos segundos, observan el menú que hay en un marco acristalado junto a la entrada. Luego, él le sostiene la puerta y la invita a pasar. Antes de desaparecer en el interior, Everett apoya sus manos en los hombros de ella, como si le estuviese dando un masaje.

El lenguaje verbal no deja lugar para malentendidos.

La punzada de dolor es inmediata e imprevista. Una parte de él quiere ir tras ellos, hacerse el sorprendido al verlos, quizás sentarse en la misma mesa.

«No —se dice, apenado—. No seas crío».

Rendido, se separa de la parada con la intención de dar media vuelta y regresar al mundo subterráneo del metro. Al hacerlo, se topa con el rostro sonriente y triunfador de aquel que acaba de destruirle los planes.

En la marquesina, en tamaño de tres por dos: *John Everett, nuevo premio Planeta.* Por un instante, tiene la impresión de que el escritor se está burlando de él.

—Andrés, eres gilipollas —se dice en voz alta.

Da la vuelta y camina de regreso a la parada. Empieza a llover cuando desciende los primeros peldaños. El recuerdo de la sonrisa de Mónica lo acompaña y lo raja en el largo viaje hasta casa.

A pocos kilómetros de allí, mientras el pecho de Andrés Gordillo está sufriendo un inesperado varapalo, el silencio de la noche en un hospital cercano se ve abruptamente cortado por el frenesí de pasos apresurados. El equipo de guardia —enfermeros y celadores por igual— irrumpe en uno de los cuartos, rasgando la calma habitual con su urgencia.

—¡Que alguien busque al médico, rápido! —exclama uno con voz quebrada por la premura.

—¿Es posible? ¿Ha despertado? —exclama otro, mientras un murmullo de asombro se propaga por los pasillos—. ¡Ha vuelto en sí!

Son sonidos que, aunque cercanos, le llegan como si atravesaran un espeso velo de niebla. No logra asirlos, perdidos en la bruma de su conciencia.

Después, en un lapso que se siente eterno y fugaz a la vez, una figura se inclinará sobre su rostro, sometiéndolo a una serie de evaluaciones.

Las asumirá con pasiva resignación, como si contemplara la escena desde fuera, desligado de su propio ser.

Durante unas horas, la mente del inspector jefe Yago Flores quedará suspendida como una hoja muerta sobre aguas calmadas, apenas interrumpida por el eco de dos preguntas que cruzarán su mente en un bucle sin fin:

«¿Dónde estoy? ¿Qué ha ocurrido?»

Son dos preguntas sin respuesta, pues una única palabra se repite, insistente y solitaria, como el murmullo de un espíritu, en el espacio reducido que es ahora su subconsciente:

«Paloma…»

Fin

NUEVA SERIE

RESERVA MI PRÓXIMA NOVELA A PRECIO REDUCIDO Y SÉ EL PRIMERO EN LEERLA



CRIMEN FUERA DE ESCENA

¿Viste el último capítulo de la serie de moda? El asesino también.

El primer gran triunfo del escritor Toni Galán en su nueva vida en Los Ángeles es convertirse en guionista de una popular serie de televisión. Todo parece ir viento en popa hasta que una mujer es encontrada sin vida. Las particulares circunstancias que envuelven al cadáver sitúan las miradas de todos sobre la serie de ficción. Alguien está recreando las escenas de crímenes que Toni escribió. Convertido en el principal sospechoso por la policía y bajo la amenaza de ser despedido por la productora, Toni se ve forzado a actuar en un mundo de mentiras y falsas promesas que creía conocer bien. Con la ayuda de quienes menos espera, inicia una carrera contra el tiempo para atrapar al asesino y limpiar su nombre, todo mientras lucha contra los desafíos personales que le plantea su complicada enfermedad.

"Crimen fuera de escena" es un viaje electrizante a través del misterio, el drama personal, y la oscura intersección entre el arte y la realidad.

Descúbrelo en Amazon Kindle y sumérgete en una historia donde cada página te acerca más a la verdad. ¿Estás listo para enfrentarte a la intriga y el suspense junto a Toni?

Resérvala en preventa

GRACIAS POR LEER ‘HERIDAS ABIERTAS’

Si has disfrutado de esta historia, no olvides dejar tu comentario al final de este ebook o en la página de compra de Amazon: Valora la novela en Amazon

Tu opinión es importante para mí. Te estaría muy agradecido y ayudaría a que otros lectores conozcan la novela.

Pero no todo es Amazon en la vida. Si te apetece, dime lo que piensas de la novela o pasa a saludar en luisalbertosantamaria.com o en escritor@luisalbertosantamaria.com.

UN LIBRO GRATIS

Consigue un ejemplar gratis de *El secreto de Oli*, novela que ya acumula más de 7.000 reseñas en Amazon, uniéndote a mi lista de correo:

Lista de correo de Luis A. Santamaría

TU LIBRO GRATIS TE ESTÁ ESPERANDO



«Os contaré la historia de cómo fui engañado por la persona que más quería.»

Así comienza Alfonso Morales el relato sobre cómo, hace 23 años, se vio sumergido en una atípica historia con una joven ambareña que le cambió la vida.

En la actualidad, Oli, un entrometido niño de diez años, descubre que una enfermedad letal amenaza la vida de su madre. Inmediatamente construye en su peculiar imaginación un plan para salvar a su familia. Para ello cuenta con la ayuda del 'Yayo', sarcástico cirujano retirado, conocido por los inmorales tratos utilizados con sus discípulos y que tiene buenas razones para no preocuparse por las consecuencias del mañana. Juntos se adentrarán en los oscuros misterios de la familia y en una trama en la que saldrán a la luz algunos turbulentos sucesos ocurridos en el pueblo pesquero de Ámbar: venganzas, corrupciones, traiciones… y un secreto que cambiará el destino de todos para siempre.



«Espectacular la manera en la que me enterneció el alma al principio de la historia para dar un completo giro a la trama con un final de auténtico suspense.»

También estarás al día de los nuevos lanzamientos, promociones y contenidos exclusivos.

AGRADECIMIENTOS

Lector, si me sigues desde hace un tiempo, habrás observado que este libro es un retorno a los orígenes de la serie, cuando Mónica y Rayco recorrían Madrid siguiendo pesquisas y adentrándose en la boca del lobo. Tenía muchas granas de volver a escribir una historia así y lo he disfrutado muchísimo.

No obstante, el proceso de creación de una novela siempre es largo y arduo. No lo habría conseguido sin mi lector beta Alfonso Palazón, sin duda mejor lector que yo, y sus impagables consejos sobre la trama.

Tampoco sin el aliento de mis lectores más fieles y mis compañeros de profesión, a quienes siento día a día.

Gracias a Luisa Aguado, Fernando Santamaría, Itziar de Andrés y Lucía Santamaría, por hacer que la vida merezca la pena siempre.

A Fernando Santamaría Aguayo, cuyo recuerdo y presencia está en cada letra que tecleo, cada idea que me viene y cada éxito conseguido.

A mi esposa, Silvia, la razón de mi felicidad. La vida es una pasada junto a ella, y mis libros son más mérito suyo que mío. El día que Netflix descubra su desbordante imaginación, se la llevan.

También quiero mencionar a Sonia Quintero, Irene Feixas, "Kelemen" García Barbero, Silvia Auditore (y su perrito Lenny), Paloma Bayón, Marisol Mateos, María Mateos, Pablo Escribano, Florentina Espejo, Marisa Fonseca, Davinia Burgos y Juan Muñoz Martín. Estas personas, todos lectores fieles, fueron seleccionadas para que sus nombres y apellidos (y los de sus seres queridos) aparecieran en la novela. Gracias por la contribución .

Por último, gracias a ti, querido lector. Por invertir tu tiempo en estas páginas. Espero que te hayas divertido y emocionado. Nos vemos en la próxima aventura. No será lo que esperas. ¡Será mejor!

Puedes encontrarme, entre otros sitios, en mi web de autor:

www.luisalbertosantamaria.com

ACERCA DEL AUTOR



Luis A. Santamaría (España, 1985) ganó el Premio Literario Amazon Storyteller con su novela *Entre líneas*. Desconoce si llegarán más premios, pero no le importa demasiado mientras se lo pase en grande poniendo en apuros a sus protagonistas desde su escritorio con vistas a la sierra de Madrid. Siempre que nuevas ideas sigan haciendo cola en su cabeza clamando por salir, como afirma, seguirá haciendo lo que más le apasiona.

Vive con su mujer, la verdadera artífice de las mejores ideas pero demasiado humilde para admitirlo públicamente, y Yoda, su perezoso perro mestizo que se asegura de que su dueño no procrastine .

Luis fue miembro del jurado del Premio Amazon Storyteller en el año 2022.

www.luisalbertosantamaria.com

Sígueme en redes sociales:

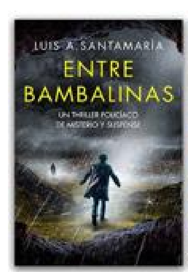




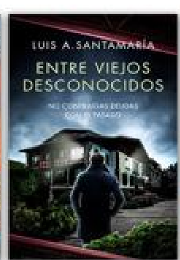

OTROS THRILLER DE LUIS A. SANTAMARÍA

SERIE MÓNICA LAG O

1. Entre bambalinas
2. Entre líneas (premio Amazon 2021)
3. Entre viejos desconocidos
4. Secretos entrelazados
5. Heridas abiertas







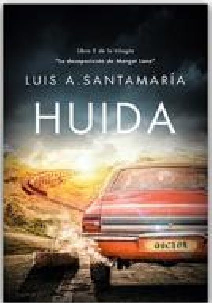


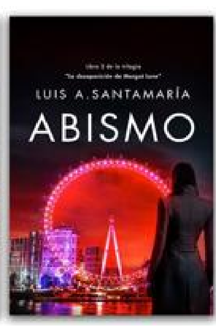


TRILOGÍA ‘LA DESAPARICIÓN DE MARGOT LANE’

1. Margot
2. Huida
3. Abismo







SAGA TONI GALÁN

1. Crimen fuera de escena



SERIE OLI

1. El secreto de Oli
2. El aleteo de la mariposa
3. Veinte veintitrés



MÁS SUSPENSE

Reflejos en el espejo

Mensajes ocultos



